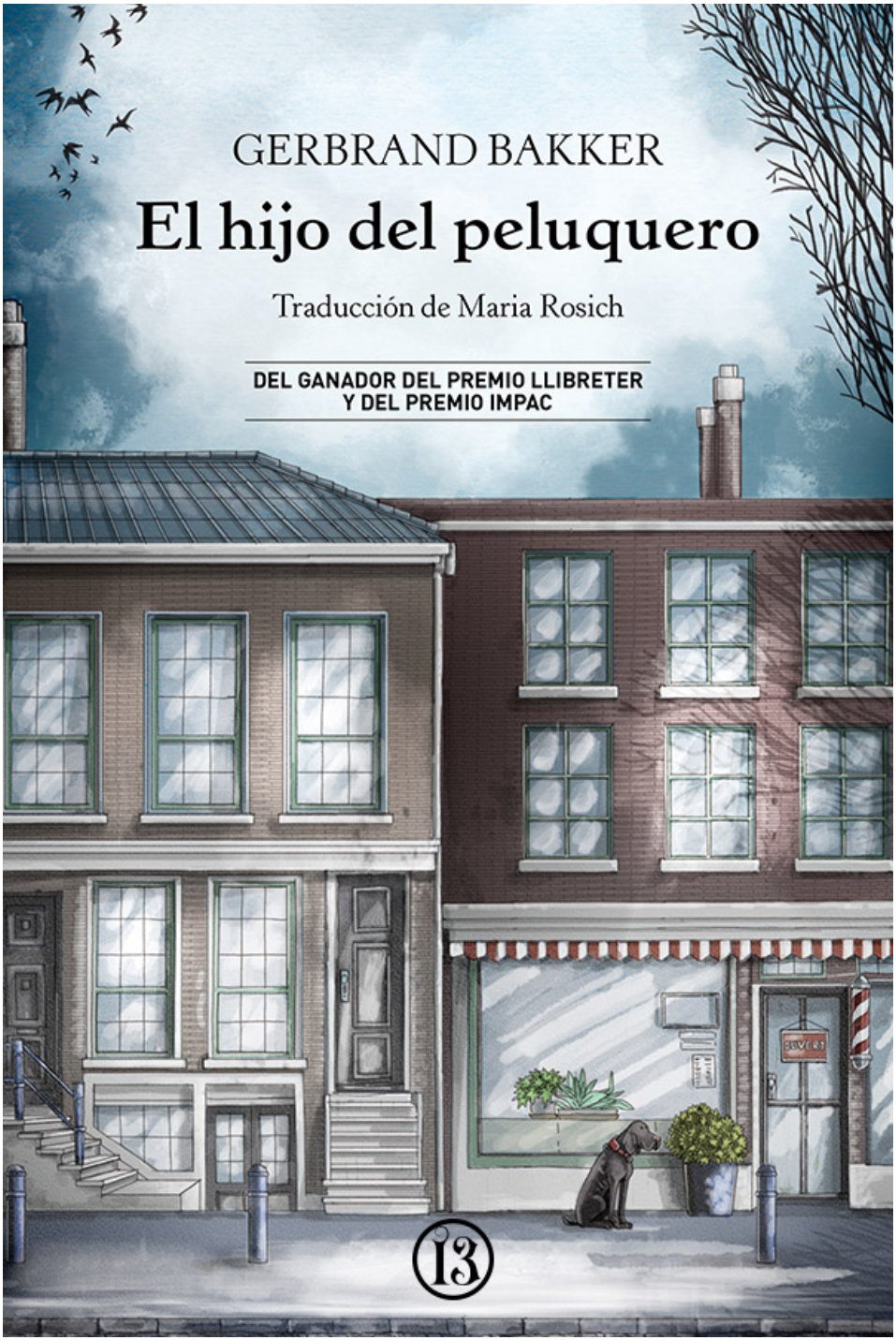

GERBRAND BAKKER
El hijo del peluquero
Traducción de Maria Rosich
DEL GANADOR DEL PREMIO LLIBRETER
Y DEL PREMIO IMPAC
13

Cornelis es peluquero en Ámsterdam. En 1977, cuando su mujer le dice que está embarazada, se marcha de casa y desaparece sin dejar rastro, después de que el vuelo que había cogido hacia Tenerife se estrellara. Años después, Simon, su hijo, hereda la peluquería que fue de su abuelo. Sin embargo, no disfruta de su oficio y el cartel de «cerrado» a menudo decora la puerta de su local. Su relación con la peluquería cambiará cuando empiece a indagar sobre la desaparición de su padre.

Gerbrand Bakker, ganador de los premios Llibreter, IMPAC e Independent Foreign Fiction Prize (Booker International), nos ofrece lo mejor de su escritura con esta impactante obra. Una historia escrita con gran sensibilidad, silencios elocuentes y diálogos singulares para hablarnos de los vínculos familiares, el duelo y el sentimiento de pertenencia. «¡El mejor libro de Bakker hasta ahora!» J. M. Coetzee «Ha escrito una novela irresistible, en la que demuestra su atrevimiento literario y la mano firme que tiene a la hora de escribir. Sin pretensiones ni ruido, pero con una gran precisión, Bakker demuestra ser uno de nuestros mejores escritores». NRC Handelsblad

Gerbrand Bakker

El hijo del peluquero

Título original: *De kapperszoon*
Gerbrand Bakker, 2022
Traducción: Maria Rosich, 2022

Diseño de cubierta: Agustín Comotto

-

Revisión: 1.0

12/06/2023

Soy el oso Colargol,
sé cantar en fa y en sol,
en do re mi do re sol
en falsete y si bemol.
El rey, el buen rey, de las aves el señor,
me ha dado la voz para cantar
cui cui cui cui cui cui…
Es natural en mí, sí.

(Canción de la cabecera de la serie infantil de televisión *El oso Colargol).*

I

1

Igor nada. Bueno, no, nadar no es la palabra adecuada, no tiene ni idea de braza ni de crol, al parecer nadie ha logrado enseñarle a nadar. Se mueve por el agua tibia y poco profunda. Camina y parece descubrir, una vez tras otra, que es mucho más fácil caminar en suelo seco. Le flojean las rodillas y traga agua clorada porque se olvida de cerrar la boca. Tose y eructa, de vez en cuando, suelta un grito y la mujer del traje de baño de color naranja chillón le responde, también a gritos:

—¡Igor! ¡No grites!

La otra mujer, la del traje de baño de flores, lo sosiega y le dice:

—Boca cerrada, Igor. Si el agua te cubre, tienes que cerrar la boca.

Las dos mujeres vigilan que nadie se ahogue. No solo está Igor. Algunos sí saben nadar, hasta hacen largos. Una chica lleva unas gafas de natación; en cada giro se las quita, intenta secarlas soplando sobre ellas y luego se las vuelve a poner. Nada imperturbable de un lado a otro, todo el mundo se aparta para dejarla pasar. Todo el mundo, menos Igor. Igor la agarra, le tira de las piernas, intenta quitarle las gafas; quizá cree que así él también podrá nadar.

—¡Igor! —grita la mujer estricta—. ¡Suelta a Melissa! ¡Déjala en paz!

Fuera brilla el sol, en la piscina hay casi tanta luz como al otro lado del ventanal. Podría ser verano, podría ser invierno. Igor tiene

poca noción de las estaciones, cuando salga a la calle ya verá si hace frío o calor. Arboles desnudos o con hojas, eso no le permite saber qué estación es. Igor es el más grandote del grupo. Es un chico robusto y bien formado, casi un hombre. Por fuera no se le nota nada, podrías cruzarte con él en Kalverstraat y pensar: caramba, qué guapo. Su bañador es azul claro, su pelo, negro, su piel, clara. Dos chicos que podrían ser hermanos le golpean la cabeza con unos flotadores alargados y flexibles. Lo que hace uno, el otro lo imita, como si fueran gemelos. A veces, Igor reacciona, pero normalmente no.

—Beuahh —dice.

2

—¡Henny! ¡Sabes perfectamente quién es! ¿Me escuchas, alguna vez, cuando hablo? Parece que no, en serio. Nunca me has escuchado, siempre vas a lo tuyo. ¿Es porque no has tenido padre? ¿Porque te has criado solo con una madre? Sabes que todas las semanas voy a nadar con los discapacitados, ¿no? ¡Llevo años haciéndolo! No es que me paguen mucho, pero bueno, tampoco lo hago por eso. Lo sabes, ¿no? Y no lo hago sola, sería imposible, son demasiados y se podría ahogar alguno sin que me diese cuenta, porque he dicho «nadar», pero por supuesto que en realidad lo que hacen no es nadar, porque no saben. Chapotean un poco, van de un lado a otro, se agarran a un flotador… Ya sabes cómo es la piscina pequeña, ¿no? ¡Tú vas a esas piscinas al menos dos veces por semana! La pequeña solo tiene un metro veinte de profundidad. Pero créeme, con eso basta, podrían ahogarse. Por eso siempre, siempre, somos dos. Henny y yo. Y ahora Henny va y desaparece. Bueno, no es que haya desaparecido literalmente, no; sé que está en alguna de las Islas Canarias con su nuevo novio, uno de esos albañiles que solo trabajan en negro, con cadenas de oro y aspecto curtido, cabeza calva y un diente roto que se niega a arreglarse. Pues

eso, que desapareció de un día para otro y ahora me ha mandado un mensaje de WhatsApp diciendo que a lo mejor tarda en volver. «Ko y yo estamos tan a gusto aquí», dice. Ni mu sobre la hora de natación, ni una disculpa. Que nadan en la piscina todos los días y se toman un par de copas de vino rosado antes de cenar, dice. ¿Simón? ¿Me estás escuchando? ¿Oyes lo que te digo? Y me manda la foto de las dos copas de vino rosado, así que el albañil ese también toma vino rosado, apuesto a que él no les ha mandado la foto a sus colegas. Dice que no se bañan en el mar, que todavía hace demasiado frío, y que las noches son maravillosas, no quiero ni pensar a qué se refiere. Espero que se haya comprado un traje de baño nuevo, porque esa cosa de florecitas que lleva siempre es un auténtico adefesio, pero aquí eso no es un problema porque solo estamos esos retrasados y yo para verlo. Uy, perdón, he dicho retrasados, pero eso no se dice. Nunca sé exactamente cómo llamarlos, pero bueno, tampoco nos oye nadie. A lo que iba… ¿me estás escuchando? Tienes que ayudarme. Te necesito. No puedo controlarlos yo sola, porque te despistas y se te ahoga uno. Y sé que cuelgas muy a menudo el cartelito de «cerrado» en la puerta. Estás más veces cerrado que abierto. Y sí, lo sé: yo también me entero de cosas a veces, y ya sé que pone «fermé» y «ouvert», pero no tengo ganas de hablar francés por teléfono. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué no atiendes a los clientes todo el día? Al fin y al cabo, tienes que ganarte la vida, ¿no? En realidad preferiría que no tuvieras tiempo para ayudarme, que te pasaras el día trabajando. ¿Qué opina tu abuelo al respecto? ¿Eh? ¿No se le humedecen los ojos cuando pasa por delante y ve el cartelito de «cerrado» en la puerta? Pobre hombre. Tienes que cortar pelo, se lo debes. ¿Me oyes? Pero ya que no lo haces, igual de bien puedes ayudarme. Y no puedes negarte, ¿me oyes? Si no, será culpa tuya si se ahoga alguno de esos retrasados. ¿Entendido? ¡No puedes dejarme tirada! Además, llevan dos semanas sin nadar, porque en marzo la piscina siempre cierra dos semanas, y entonces, cuando pueden volver a bañarse, están como locos.

3

CHEZ JEAN. Eso pone en el gran escaparate. El abuelo de Simon se llama Jan, por eso. El abuelo Jan cortaba el pelo a hombres y mujeres, Simon no, o bueno, casi. No hace permanentes ni peinados ondulados. Corta y afeita. Hoy en día, afeitar suele significar recortar barbas. Es una peluquería que sigue teniendo el mismo aspecto que en los años setenta, cuando su abuelo, el peluquero Jan, le cambió el nombre a Chez Jean porque a la vuelta de la esquina y a la esquina siguiente abrieron dos bistrós con nombres franceses y damajuanas forradas de mimbre en el techo. En ella hay sillas de cuero con reposacabezas, reposabrazos y patas cromadas. Paredes empapeladas con viejos carteles publicitarios. Incluso tiene un estante con todo tipo de botellas de Boldoot, una loción capilar de abedul —con la leyenda «Sáfte der Birken, Kráfte die wirken» en alemán— y un armario que anuncia «Lociones». Se puede elegir un masaje de cuero cabelludo con la loción deseada, y en el armario están los frascos de varias opciones aromáticas. Aromas antiguos, una costumbre antigua, pero Simon lo sigue haciendo y hay mucha gente que lo pide o, mejor dicho, vuelve a haber mucha gente que lo pide. Todo depende de lo que ofrezcas. Después de buscar mucho, encontró un proveedor en Francia. El cartel de detrás de la ventana de la puerta no dice «cerrado» y «abierto», sino «fermé» y «ouvert».

Su abuelo viene una vez al mes a cortarse el pelo y afeitarse. Cuando lo hace, es el único cliente, porque Simon le dedica mucho tiempo. Jan se lo ha dejado todo en herencia, si es que se puede decir así, porque no está muerto. Tiene ochenta y ocho años y un hermoso cabello. Simon se asegura de que el único pelo que le quede en la cara sea el de cejas y pestañas: le corta cuidadosamente los pelos de la nariz y de las orejas. Jan siempre va impecable, dice que las ancianas de la residencia donde vive lo acosan continuamente.

—¡Hasta las de veinte años menos, eh! —asegura. Simon no se lo cree, pero da igual. El resto del mes, Jan se asea él mismo y logra

afeitarse correctamente, sin que le queden cañones en la piel flácida y difícil del cuello. Lleva ropa limpia, y cuando Simon le ofrece el masaje al final, se asegura de elegir siempre el mismo aroma: Muguet, en concreto, una fragancia un poco femenina, pero que le pega. Él siempre daba estos masajes con loción y está encantado de que Simon vuelva a ofrecerlos.

—Tienes que cobrártelo, ¿eh? —le dice—. Ya no quedan peluqueros que lo hagan.

Y sí, Simon se lo cobra; inicialmente lo hacía con la esperanza de que así no se le llenara tanto la peluquería, pero todo el mundo lo paga con gusto.

Encima de la peluquería hay dos pisos. Ahí es donde vive Simon. Todo ya pagado y de su propiedad. Lo primero que hizo fue demoler con sus propias manos el tabique que separaba la cocina y el salón, y después fue, poco a poco, haciéndose con la casa de los abuelos. No siente necesidad de tener el cartel en «ouvert» todo el día. Sospecha que, si su padre estuviese vivo, él ahora estaría en otra parte. Pero el 27 de marzo de 1977 su padre estaba en el avión equivocado. Un avión equivocado que tuvo un accidente en una isla equivocada. Se había ido de vacaciones de repente, como Henny. Él solo. O, al menos, eso es lo que piensa su madre. Simon aún no había nacido, es posible que su padre ni siquiera supiera que él estaba en camino. Simon es del 4 de septiembre de 1977, y —sobre todo a raíz de la muerte de su padre— estaba destinado a ser peluquero. Cosa que le va bien.

4

Tres veces por semana, cierra la puerta de la peluquería tras de sí a las seis y media de la mañana y se va en bicicleta a la piscina. Nada de siete a ocho. Una hora, sin parar. Nunca hay mucha gente, hace

sus largos entre otros nadadores que no hablan. Hay mucho silencio, nadie va ahí a charlar ni a buscar conversación. El sonido del agua chapoteando contra el borde, a veces una radio muy lejos. Aquí se viene a nadar, a veces fanáticamente. Él no presta atención a nadie; solo al terminar, en la ducha, saluda con la cabeza a los conocidos que siempre están ahí. Y ellos le devuelven el saludo. Claro que hay algunos a los que les gusta mirar. No saben que es peluquero, verlo en la ducha no les da la idea de ir a su peluquería a cortarse el pelo o afeitarse. Él tampoco sabe a qué se dedican los demás, excepto el socorrista, porque es socorrista.

(En su dormitorio hay pósteres de nadadores: Aleksandr Popov, Matt Biondi, Mark Spitz. Se los trajo de la casa en que nació. Spitz es de mucho antes de su época, pero siempre le ha parecido guapo, y tardó en darse cuenta de que parecía una estrella porno de los setenta. En su dormitorio no suele entrar nadie, por eso colgó los pósteres de la habitación de su infancia). Ahora nada por gusto; en otro tiempo entrenaba todos los días en esta misma piscina. Competía, alguna vez ganaba, pero con el tiempo resultó que, de algún modo, lo de ganar no le pegaba. Nadar se le daba bien, pero no cuando quería o estaba obligado, y esa no es la actitud adecuada si quieres ser el campeón de los Países Bajos o si sueñas con alcanzar las marcas de Popov. El tal Popov, por cierto, fue apuñalado en el estómago por un azerbaiyano justo después de los Juegos Olímpicos de 1996. Se pelearon en el puesto que ese azerbaiyano tenía en un mercado de Moscú. Popov estuvo a punto de morir. Una navaja en ese vientre, el vientre más bonito que ha habido en la natación masculina. Simon tardó años en saber nadar como lo hace ahora. Durante años maldijo la natación, no entendía de qué servían todas aquellas horas en agua clorada; ahora es capaz de nadar por nadar y se alegra de no haberlo dejado nunca.

Él tiene poco pelo. Cada quince días se pasa un cortapelos al cero y medio y once minutos después ya está listo. Es difícil, mucho más difícil que afeitar o cortar el pelo a otra persona. Al hacérselo a otro, tienes el espejo y la cabeza física. Si te lo haces a ti mismo, solo tienes la cabeza en el espejo.

5

—He visto una película —dice el joven que está sentado en la silla —. Una de esas donde la gente muere.

En realidad, Simon nunca contesta, siempre les deja charlar un poco. A veces suelta un «mm» o «vaya». Corta y afeita, masajea con loción. No está aquí para hacer terapia a nadie.

—Salía un hombre que llamaba a su esposa por última vez. «I love you», le decía. «I love you so much». Y mira, no cuela. Si yo supiese que me iba a morir, y no dentro de unos meses, ¿eh?, sino en un minuto o dentro de medio minuto, no iba a llamar a mi novia para decirle que la quiero, ¿no? Tendría otras cosas en la cabeza.

—Mm —dice Simon. Tira de la cabeza del joven un poco hacia atrás; no ha venido por el cabello, sino por la barba. Una de esas barbas de hipster. Por lo visto, no saben cuidársela solos y tienen suficiente dinero para que se la retoque otra persona. No hay nadie más, así que puede dedicarse tranquilamente a ella. Nadie lo está esperando. Este chico huele muy bien. Ese es el privilegio del peluquero: los tienes presos en la silla, están a tu merced. Les acaricia la nuez, el cuello, y creen que se limita a hacer su trabajo. Cuando termine con la barba, este cliente va a pedir un masaje, siempre lo hace, Simon cree que es más porque le gusta que alguien le masajee el cuero cabelludo que porque le guste el aroma o crea en los supuestos efectos beneficiosos. Tiene el pelo grueso y abundante, y la arrogancia de pensar que siempre será así. Quizás pensará en su novia mientras Simon le haga el masaje.

—Tengo razón, ¿no? Si estuvieses a punto de estrellarte, ¿tú llamarías a alguien?

—Muah… —dice Simon. Es la tercera palabra que utiliza. Muah. Ni siquiera se dan cuenta, porque él sigue trabajando, utilizando la navaja de afeitar antigua, el pulpejo de su mano izquierda contra la mandíbula del chico para llevarle la cabeza un poco hacia arriba y hacia la izquierda. La gruesa arteria carótida debajo de su mano.

—Qué va —dice el chico—. Seguro que no. En un momento así, uno solo se preocupa de sí mismo.

Seguramente es verdad. Ahora Simon está pensando en algo muy distinto. Estrellarse. Saber que no puedes hacer nada. Aunque en el caso de su padre, ese momento debió de ser muy breve, ya que el avión en el que viajaba estaba despegando y no llegó a elevarse ni veinte metros. Treinta, tal vez. Nunca ha profundizado mucho en todo el tema de su padre, siempre ha sido la historia de su madre. Ella tenía el monopolio. Era su drama, su dolor; eran sus recuerdos. Acaricia el cuello del chico. Lo llama chico, aunque él no es mucho mayor. Bueno, le debe de sacar unos diez años. Quince, tal vez. Sigue la arteria carótida con el dedo índice, notando la piel fina, el latido suave e impasible de la sangre. En realidad no tiene por qué tocar el cuello de un cliente de esta manera. El joven no se da cuenta, o lo deja pasar. Simon le aplica una crema cara en el cuello.

—¿Puedes hacerme el pelo, también? —pregunta el chico.

—Claro —dice Simon.

—Qué bien.

Bien.

Por la noche, en la cama, piensa en Alexandr Popov. Ese vientre con una navaja clavada, el dedo índice que aún parece conservar el recuerdo del suave latido de la sangre. La navaja de afeitar, otra de esas cosas: les encanta, creen que afeitarse con aquel trasto anticuado mejora la experiencia, la hace más intensa, más real. Un afeitado es un afeitado. Él mismo se afeita con maquinilla, queda igual de bien.

6

A la mañana siguiente, prepara café. Son las seis, fuera todavía no hay movimiento. La radio está encendida. No come, siempre lo hace más tarde, entre que llega a casa y el primer cliente. Hoy no tiene a

nadie hasta las doce y media. Se toma el café de pie frente a la ventana de la cocina. Se está haciendo de día, el amasijo de ramas del jardín interior se separa de las casas del otro lado, se convierte en árbol. No falta mucho para que haya hojas en las ramas. Se oye cantar a algún pájaro. No piensa en nada. Ha dormido bien. No ha soñado y, si ha soñado, lo ha olvidado. Al lado opuesto de la calle no hay luces. Lava la taza de café y la deja en la encimera. Coge su bolsa de la mesa de la cocina y baja.

—Buenos días —le dice el socorrista.

—Buenos días —dice Simon.

Ya hay gente en la piscina. Nadie levanta la mirada. Se moja las gafas de natación y se las pone. Su calle es la 1, le gusta nadar cerca del borde. Está solo en la calle. Nada. Una hora. Ir y volver. Al cabo de unos diez largos apenas sabe qué hace. Sus brazos y piernas hacen lo que tienen que hacer, su respiración es cada vez mejor sin que se dé cuenta. No oye mucho, pero advierte que ya no está solo en la calle. No le molesta nadie, se mantiene a la derecha, los demás hacen lo mismo. A esta hora del día en la piscina reina el silencio, no se vuelve ruidosa hasta más tarde.

Cuando está en la ducha y el hombre que está a su lado sacude la cabeza con demasiada brusquedad, de modo que a Simon le entran salpicaduras de champú en los ojos, piensa en los retrasados de su madre.

—Tío —protesta Simon.

—Perdón —dice el hombre.

—No pasa nada.

El hombre sonríe. O no, levanta la comisura de los labios. Simon no recuerda haberlo visto antes. Se seca y se viste en un cubículo. Luego, en lugar de dirigirse directamente hacia la salida, se mete en el pasillo que va a la otra piscina. El agua está lisa como un espejo. El rectángulo de agua es mucho más grande de lo que se había imaginado. Aunque sabía que esa piscina estaba ahí, por supuesto, ahora se pregunta si había entrado alguna vez. Aquí

también se dan clases de aquagym para gente mayor, de natación para niños e incluso hay horas en que la cierran para sesiones de rehabilitación. Huele diferente a la piscina grande, hay un aroma dulzón en el aire. Este sitio cambia con cada actividad. Los viejos no gritan, los pacientes de rehabilitación gimen suavemente o se animan a sí mismos. Los únicos que armarán escándalo aquí son los retrasados. Sacude la cabeza y se da la vuelta.

A la salida se encuentra al hombre con el pelo recién lavado. Fuma.

—Buenas —dice él.

—Buenas —dice Simon.

Ya se ha hecho de día del todo. En la mancha de tierra negra que hay frente a la piscina crecen decenas de narcisos, algunos de los cuales tienen el tallo roto. El aire es fresco y claro. Simon ve las flores primaverales, es consciente de su presencia, pero no siente la primavera. El hombre tira el cigarrillo entre los narcisos. Ambos miran la colilla humeante.

—Es asqueroso, en realidad —dice el hombre. Simon lo mira. Ahora él también podría decir que es asqueroso, pero no lo hace.

7

Casi nunca entra nadie en su dormitorio, pero no se avergüenza de los pósteres. Los mandó enmarcar, ya no son los del cuarto de un niño. Se han convertido en arte, los marcos son mucho más caros que las fotos. Las cortinas están cerradas, una luz rojiza flota en la habitación. El hombre se ha quedado dormido sobre el costado. Tenía la piel áspera por el cloro. Por mucho tiempo que pases en la ducha, por mucho champú y gel que uses, el agua clorada se te pega. El aliento le olía ligeramente a amoníaco por el cigarrillo.

—Está bueno —había comentado el hombre al ver a Popov.

Simon está tumbado boca arriba, no tiene ninguna intención de

dormirse. Pronto llegará la primera clienta del día, no sabe qué hora es. Debería despertar al hombre y echarlo, pero primero quiere estar un rato así.

Cortar y afeitar, comer y beber, nadar. Padre muerto y desconocido, madre ligeramente histérica. Nunca ha tenido novio estable. Seguramente lo ha tenido demasiado fácil, el trabajo le cayó del cielo. Fue a la academia de peluquería, por supuesto, pero ¿quería ser peluquero?

Gira la cabeza hacia un lado, inspecciona el cuello indefenso del hombre. Tiene el pelo rojo, lacio. A menudo, los pelirrojos tienen mucho pelo en el cuello; parece crecer más rápido que el de la cabeza, y el pelo del cuello es el primero en volverse gris. Podría ofrecerme a afeitárselo, piensa.

—¡Eres peluquero! —había exclamado el hombre al entrar en la peluquería. Se había sentado en una silla y había mirado a Simon a través del espejo.

—Sí, peluquero —dijo Simon. No tiene ni idea de a qué se dedica él, por qué puede quedarse ahí dormido un día laborable. Simon piensa: al menos, soy peluquero hasta el punto de que siempre me fijo en el pelo, del mismo modo que un pintor seguramente verá marcos de ventanas desconchados, o un jardinero, arbustos demasiado crecidos. Es un hábito. Lo que no es ningún hábito suyo es tener a un hombre dormido en su cama.

8

—¡Aún es peor de lo que pensaba! Ahora resulta que no piensa volver. O, al menos, eso dice. Ha escrito para decir que Ko ha aceptado un trabajo. Un encargo grande, la casa de un británico. Está lleno de británicos, aquello, de esos turistas ordinarios. Esos que se ahogan como moscas en el canal en cuanto han bebido o esnifado demasiado, ¿sabes? Que todo sigue siendo igual de fantástico, me está sentando de maravilla, dice por WhatsApp, y

debajo otra foto de Ko en bañador, con su vientre plano y una cadena de oro. Y no tiene treinta años, ¿eh? Rondará los sesenta. ¿Cómo se le ocurre? ¡Esa Henny se ha vuelto loca! Imagínatela, con su bañador de flores. Han hecho una excursión a la cima de un volcán. Que apestaba, dice. ¿Y eso? ¿Qué ruido es eso? ¿Qué estás haciendo?

(El hombre sale de la cama. Para hacerlo, tiene que pasar por encima de Simon. Le recuerda un sueño en el que Ian Thorpe tenía que pasarle por encima una y otra vez porque sonaba el timbre. Thorpe pesaba mucho y Simon era como un escalón de una piscina: lo pisaba al salir y lo pisaba al entrar. El nadador siempre volvía, llamara quien llamara. Tenía la certeza absoluta de que iba a volver. Fue un sueño maravilloso que todavía duró un rato cuando ya se había despertado. Simon tuvo durante días la vaga sospecha de que Ian Thorpe era realmente su amigo y de que el nadador australiano pensaba en él de vez en cuando. Mientras su madre divaga sin parar y sin esperar respuesta ni reacción, el hombre se viste en silencio. Es extraño, ese cuerpo al que antes Simon ha podido acceder como si fuera lo más normal del mundo, ahora ya se ha convertido en una especie de zona prohibida. Con solo ponerse unos pantalones y una camiseta, han vuelto a convertirse en dos hombres distintos y separados. El hombre se cierra la cremallera de la chaqueta, se lleva el pulgar al oído y el meñique a los labios, se da la vuelta y sale de la habitación. Ya puede hacer los gestos de teléfono que quiera con la mano, que Simon no tiene ningún número al que llamar ni él tampoco. Ni número ni nombre. Simon deja a su madre a lo suyo un momento y mira la pantalla para ver qué hora es. Las doce menos cuarto).

—… no ha visto nunca un volcán, y ahora con ese Ko…

—Está a punto de llegar un cliente —dice Simon.

—¿Un cliente? Eso sí que es una noticia. Mientras no tengas

ningún cliente el próximo sábado por la mañana, que es cuando tienes que ayudarme… Y ten en cuenta que tendrás que venir más veces, porque si lo que Henny dice es verdad, ya no volveremos a verla. Ya les he dicho que tienen que ponerse a buscar un sustituto, porque en realidad tú no puedes ayudarme porque no tienes el título, pero estas cosas no se resuelven de un día para otro y ellos también entienden que yo sola no puedo, así que están encantados de que vengas a ayudarme, aunque me hayan dicho que, en realidad, no está permitido, pero entonces les he dicho: «Ese chaval nada tres veces por semana, se conoce la piscina al dedillo, está a gusto ahí y no va a dejar que se ahogue nadie, en serio», y luego les he dicho que se te da bien estar con gente de esa edad porque tú también eres un crío todavía, un niño grande con una peluquería. Bueno, eso no se lo he dicho, por supuesto, pero lo he pensado. Dios mío, Henny y Ko. ¿Crees que estoy celosa? ¿Soy una persona celosa? Sí que me pregunto a veces cómo es posible que una mujer como Henny esté en una isla tropical con ese figurín. Bueno, ¿es el trópico, ahí? ¿O es una isla subtropical? ¿Qué tiene ella que yo no tenga? Pero oye, ¿todavía estás en la cama? ¿En serio? ¿Por qué no dices que sí sin más cuando te pido que me ayudes? ¿O quieres que te suplique? ¿Es eso? Si no me ayudas, tendré que cancelar la natación, sola no puedo, de verdad.

—Vale —dice Simon—. Iré. Te ayudaré.

—¿Tanto costaba? Por cierto, que no van a pagarte, ahí no puedo hacer nada, como entenderás, no pueden pagarte a ti el sueldo de Henny así como así. Pero a ti no te falta dinero, ¿verdad?

—No, mamá, no me falta dinero.

—Perfecto. Muy bien. Empieza a las once, así que asegúrate de estar ahí a las diez y media. Tienes que pensar que no son como nosotros, ya lo entiendes, y hay algunos que se te pegan todo el rato, esa gente tiene otro tipo de… Bueno, no sé cómo decirlo… Otra manera de comportarse a nivel físico, por ejemplo, quieren darte besos todo el tiempo, no les parece nada raro, les gusta y lo hacen, no se paran a pensar que personas como nosotros no hacemos esas cosas así sin más, que es inapropiado o que uno puede no querer…

—Vale. Ya los apartaré a empujones.

9

La clienta es la novia del joven de la barba. Una de las pocas mujeres a quien Simon corta el pelo. Un día habían entrado juntos y la mujer se había puesto a olfatear inmediatamente.

—Qué bien huele —dijo. Fue la primera y la última vez que entraron juntos. Suerte que Simon suele limitarse a las interjecciones, o podría decirle que no va a poder contar con su novio cuando lo necesite. Tal vez tienen la intención de utilizar a Simon como intermediario. Nunca se sabe qué quiere la gente en el fondo, qué quieren decir de verdad. En todo caso, a ambos les gusta hablar. Sobre todo sobre ellos mismos. A medida que va cortando las puntas abiertas, Simon repasa conversaciones anteriores. ¿Le han preguntado algo alguna vez?

—La barba de Jason ha quedado muy bien —dice ella.

—Mm —dice Simon. La mujer tiene una cabellera preciosa, de color rubio oscuro, que, de algún modo, siempre cae bien por sí misma. Eso significa que el pelo no es demasiado grueso, porque entonces es indomable. Simon nunca ha tenido dermatitis del peluquero. La loción perfumada que utiliza para los masajes contiene exclusivamente ingredientes naturales (solo por eso ya es bastante cara) y siempre que puede evita usar champú al lavar. En este caso ha mojado el pelo de la mujer, que se llama Martine. Cuando termine se lo secará con el secador. No quiere masaje; le parece algo para hombres a quienes les gusta que otro hombre les masajee la cabeza.

—La semana que viene nos vamos de vacaciones —explica—. Por eso he venido. Qué anticuada, ¿no? Me voy de vacaciones, así que paso por la peluquería. Y cuando cumplo años, también.

—¿Dónde vais? —pregunta Simon, y le lanza una mirada por el espejo, casi como si quisiera comprobar si ella está tan sorprendida

como él ante esta pregunta inesperada.

—A las Maldivas. Un lugar precioso. Tres semanas. Con un poco de suerte, cuando volvamos habrá llegado la primavera.

—Mm —dice Simon.

Más vale que no se estrellen. Bueno, irán juntos en el mismo avión, así que Jason no tendrá que llamarla para decirle que la quiere, podrá decírselo en persona. O no.

Simon ha volado una vez, pero no recuerda nada. Tenía tres o cuatro años. Un vuelo al Reina Sofía. En aquella época, Los Rodeos ya no se utilizaba para vuelos internacionales. Demasiada niebla. Demasiada historia. El lado equivocado de la isla. Voló de vuelta el día siguiente mismo, después de que su madre y él fueran y volvieran en bus por la autopista hasta el otro lado de la isla y echaran un vistazo por ahí. Sabe que estuvo, se lo han contado, pero, por más que hurga, nunca ha aflorado ningún recuerdo. Si acaso, tiene falsos recuerdos las poquísimas veces que mira las fotos que sacó su madre ese día. Fotos de pistas de aterrizaje vacías y de la torre de control cuadrada, montañas difusas cubiertas de nubes. Tal vez habría recordado algo, aunque solo fuera un olor, si no hubiera habido fotos.

Mientras seca el pelo a Martine, piensa por primera vez desde que ha hablado por teléfono con su madre en el hombre pelirrojo que ha pasado por encima de él para salir de la cama.

Martine lo interrumpe.

—Llevamos cinco años juntos —dice—, por eso.

—Mm —dice Simon.

—Por eso hacemos este viaje. Qué bien, ¿no?

Acaba de caer en la cuenta de que su madre ha dicho que Henny y el albañil están en una de las Islas Canarias. ¿Es por eso que estaba tan alterada? ¿Estarán en Tenerife? No tiene por qué, claro, hay bastantes más islas en las Canarias. Gran Canaria. Lanzarote y… No sabe más nombres. El sábado tiene que acordarse de preguntarlo. Apaga el secador y se dirige a la caja, donde tiene una

agenda grande con las citas programadas. Ve de reojo que Martine se pasa una mano por el pelo. Eso le irrita. ¿Es que la gente no entiende lo inapropiado que es? Luego mira a través del cristal donde pone «CHEZ JEAN». Ha empezado a llover. Ve que el sábado está libre, totalmente libre, como ya se esperaba.

—¿Ya está? —pregunta Martine.

—Ya está —dice Simon. Y cuando sale de la peluquería le grita, casi alegremente—: ¡Buen viaje!

Se sienta en la silla frente al escaparate. La única silla de peluquería que no usa. Casi nunca se sienta nadie, porque apenas corta ni afeita a gente que no haya pedido hora. La mera idea de que alguien se esté esperando detrás de él mientras trabaja le da repelús. El cartel «ouvert» y «fermé» casi siempre cuelga con el lado de «fermé» hacia la calle; los clientes habituales lo saben y entran de todos modos. Los únicos que hacen comentarios al respecto son su madre y su abuelo.

—Así ahuyentas a la gente —dice este último.

Simon contesta que quizás eso es justo lo que pretende.

—Eres un bicho raro —replica su abuelo, pero el tono de su nieto debe darle a entender que no habla en broma y no insiste.

En los tiempos de Chez Jean, la peluquería siempre estaba abarrotada. No solo con gente que quería cortarse el pelo. Había una cafetera, una Wigomat, que todos los vecinos sabían usar a la perfección. Era más un centro social que una peluquería y eso era exactamente lo que querían sus abuelos. Al padre de Simon, que se llamaba Cornelis, no le gustaba nada. Parece ser que tuvieron bastantes discusiones al respecto, y que lo que más le molestaba era que el local estuviese lleno de «aprovechados», que es como llamaba a las mujeres y a los viejos del barrio. Para Simon todo eso son historias, cosas que sabe de segunda mano. A la gente le gustaba mucho más su abuelo que su padre. Pero ¿puede tomarle la palabra a un viejo de casi noventa años que se jacta de que continuamente tiene que quitarse de encima a las mujeres de la residencia?

Por la calle estrecha pasa poca gente. No es una calle comercial. Un poco más arriba hay un taller de bicicletas y, siguiendo un poco más, un taller de marcos que también hace las veces de tienda de pintura. También dos terapeutas, pero no tienen ni escaparate ni una puerta abierta. Ya no deben de quedar muchos de los vecinos que treinta o cuarenta años atrás utilizaban la barbería como centro social. O viven en un apartamento asistencial en Almere. Tendría que ir al cementerio de Westgaarde con el abuelo algún día, piensa Simon mientras mira las casas mojadas de enfrente sin fijarse en ellas. Es mediados de marzo. Con el abuelo o él solo. Se pone en pie y agarra la escoba blanda. Barre con cuidado el pelo de Martine en un montoncito y luego lo recoge con el recogedor.

Entonces ve al pelirrojo delante del escaparate. Tiene el pelo húmedo y señala el cartelito de la puerta, levantando los hombros. Simon sacude la cabeza y le hace un gesto para indicarle que pase. El hombre va hacia la puerta y la abre tímidamente. Con timidez fingida.

—¿Te importaría…? —dice.

—Siéntate, va —dice Simon.

El hombre se quita el abrigo y se sienta sin decir nada más.

Simon no le pone capa de corte; así le transmite que esto no es una visita cualquiera a la peluquería. Coge una navaja para el cuello del carrito que tiene al lado de la silla y empieza a rasurar con cuidado los pelos grises y enmarañados. Todavía no sé ni cómo se llama, piensa. ¿Se ha quedado fuera, bajo la lluvia, esperando a una cierta distancia a que Martine se fuera? El hombre evita la mirada de Simon en el espejo. Una situación muy poco clara. ¿Es un final o un principio? Simon guarda la navaja y le limpia los pelos del cuello con una brocha suave. Después le pone las manos en los hombros.

—Ya está.

—Gracias —dice el hombre. Se frota el cuello con una mano y se levanta—. Nos vemos —añade, y se dirige a la puerta.

Ni siquiera ha hecho ademán de pagarle. Da la vuelta al cartel

para que los transeúntes lean (si se fijan) «ouvert» en lugar de «fermé», y se despide:

—Adiós, Jean.

La campanilla de la puerta resuena un rato.

Simon sube a la cocina y se prepara un expreso en una máquina Siemens carísima. Los días de la cafetera de filtro se acabaron hace mucho tiempo. Wigomat, ¿cómo es posible que me acuerde del nombre?, piensa. Todavía soy bastante joven, piensa, pero también un poco mayor. No se siente rechazado. No se siente aliviado. Tampoco piensa «capullo». Alguien le ha llamado «Jean», aunque él no se llama así. En realidad, no siente nada en absoluto. Ni siquiera le pone nervioso el hecho de que, por motivos inexplicables, abajo esté abierto en lugar de cerrado.

10

—Estoy trabajando en una nueva novela —dice el escritor que había tenido el pelo rubio paja.

—Mm —dice Simon.

—El protagonista es un peluquero.

—Mm.

—Así que quería preguntarte si no te importaría que estuviera un par de días aquí.

—¿Aquí? —pregunta Simon.

—No en esta silla, claro. —El escritor señala la silla que hay frente al escaparate—. Ahí, por ejemplo, o contra la pared.

—¿Haciendo qué? —pregunta Simon. Contra la pared, de ningún modo: ahí Simon no quiere tener a nadie, desde ahí lo mirarían a la espalda.

El escritor, que ahora ya tiene el pelo gris, lleva años viniendo. Un par de aros en la oreja izquierda, las manos cruzadas sobre el

regazo bajo la capa, los zapatos firmemente apoyados en el reposapiés que hay colocado contra el zócalo. Casi siempre le explica por qué ha venido. Un festival literario en Londres. Presentación de un libro en la Embajada de los Países Bajos en Berlín. Una ceremonia de entrega de premios en España. Es como Martine y Jason. Anticuado, en cierto modo. Tienes algo, algo con otras personas —una fiesta, unas vacaciones, una reunión—, así que vas a la peluquería. Aunque no es exactamente como Martine y Jason, porque el escritor tiene un miedo terrible a volar. Siempre va a todas partes en tren. Simon se toma en serio la petición, este hombre no escribe al tuntún. Es un escritor traducido, premiado en el extranjero, que vive de su trabajo. Simon se considera un lector medio. Tiene todos los libros de este hombre en casa, simplemente porque él se los regala. Se ha leído las novelas y, cada vez que el escritor se sienta en su silla, se angustia por si le pregunta qué le pareció una u otra, aunque también sabe que este nunca haría tal cosa porque, de alguna manera, parece no interesarle. Hay un libro, Abajo hace frío, sobre una hija que un día baja a su madre al sótano porque ya no puede soportarla más, que le gustó mucho.

—Tú, como si yo no estuviera —dice el escritor.

—Pues… —dice Simon.

—Para mí lo importante es ver lo que haces, oír cómo hablas, el vocabulario relacionado con cortar y afeitar, palabras que yo no conozco.

—Pero si casi nunca digo nada.

—¿Ah, no?

No, piensa Simon. En realidad no. Aunque con este hombre sí que habla. Es porque le hace preguntas, no es un cliente típico.

—Por cierto, ten cuidado —dice el escritor—. Vuelvo a tener un grano en la nuca, encima del oído derecho. Mira que tengo cincuenta años, joder, pero aún me salen granos. La idea es apuntarme lo que vaya oyendo.

Simon maniobra con cuidado la maquinilla alrededor del grano.

—La mayoría de gente empieza a hablar sin más —dice—. De cualquier cosa, les da igual. La verdad es que no hace falta darles pie.

—No voy a venir mañana mismo, ¿eh? Vendré si me hace falta.

—Pero avisa, hay días que solo tengo un cliente.

—Vale.

Simon coge un cabezal. Cero coma cinco en los laterales y la nuca, dos en la parte superior. El escritor tiene buen pelo para el corte cepillo. A Simon le viene en mente la cara vieja y curtida de un escritor muerto. Ahora no cae en el nombre. Es un seudónimo.

—Mañana tengo que ir a Aquisgrán.

—¿Qué hay allí?

—Ah, por una conferencia. Nada especial. Bueno, un poco sí, es con Daniel Kehlmann, que hace un tiempo sacó otro libro fantástico, sobre Till Eulenspiegel.

—No me suena —dice Simon.

—¿Por qué iba a sonarte? Yo siempre doy por sentado que nadie me conoce, así no me hago ilusiones.

Ya, piensa Simon.

—Admiro mucho a Kehlmann. Menudo escritor. La verdad es que admiro a casi todos los demás escritores, tengo la sensación de que ellos son escritores de verdad y yo estoy ahí como por casualidad, como una morsa en una manada de focas.

—¿Una morsa?

—Sí, o un cormorán en una bandada de gaviotas. Yo qué sé. En cualquier caso, una especie distinta que mira a su alrededor sin entender nada y se pregunta cómo demonios ha llegado allí. —El escritor separa los dedos que tenía entrelazados, saca una mano de debajo de la capa y se rasca la nariz—. Menuda tontería —añade en voz baja.

—¿Qué?

—Que menuda tontería —repite el escritor, ahora un poco más alto. Se coloca la capa recta y vuelve a cruzar las manos. No necesita que lo afeiten porque apenas le crece barba. En general, los hombres rubios o pelirrojos suelen tener poca. Bueno, no es que tengan poca, es que es poco densa. No da para una barba frondosa y bonita. Simon sabe que el escritor está solo, como él. Hubo una época, hará unos tres años, en que se preguntaba, sin ningún motivo aparente, si

podría vivir con este hombre. El escritor viene a menudo, lo normal cuando alguien se corta el pelo con maquinilla, y le parecía interesado. Al entrar dice: «Buenas, peluquero». Otras personas dicen: «Buenos días» o «Buenas tardes». Y hasta hay uno que anuncia «Ya estoy aquí», como si Simon llevara horas esperándolo expectante. A veces basta con oír mencionar tu profesión en voz alta. Se llaman el uno al otro por la profesión del mismo modo que otra gente usa los apellidos. No duró mucho, lo de preguntarse aquello, porque hace falta algo que ponga las cosas en marcha, algo como la carótida de Jason, la percepción o el descubrimiento repentino del cuerpo de otro. La cabeza del escritor siguió siendo la cabeza del escritor, nada más ni nada menos.

—Las morsas, con aquellos colmillos tan raros, realmente tienen expresión de no entender nada.

—¿Qué?

—¿Tienes algún plan para el fin de semana?

—No. Bueno, sí, mañana voy a nadar con unos retrasados.

—¿A nadar? ¿Con retrasados?

—Bueno, creo que más bien lo que hacen es chapotear por el agua. Tengo que asegurarme de que no se ahoguen.

—Una tarea loable. Apuesto a que no te pagan.

—Exacto. Lo hace mi madre, y su compañera fija, que se llama Henny, se ha largado de repente a una de las Islas Canarias. Yo la cubro. —Pone el peine más fino sobre las cejas del escritor y las repasa con cuidado con la maquinilla pequeña.

—Y el libro, si acaba saliendo, no tratará sobre ti, claro.

—Muah —dice Simon.

Viernes. Después de la cena, Simon busca Daniel Kehlmann en Google. Lleva varios libros escritos ya. Nacido en 1975, mayor que Simon y menor que el autor. Un rostro anodino, pelo con poca gracia. Un millón y medio de ejemplares de *La medición del mundo*. Así que es asquerosamente rico. El escritor le dijo una vez que el autor se lleva el diez por ciento. Dos euros por libro, tres millones de

euros. «No exenta de humor y por tanto accesible para un amplio público», lee en Wikipedia. Luego mira la televisión y se toma un expreso, No le afecta tomar café antes de dormir: siempre duerme bien.

En la cama, lee el editorial del último número de la revista *El peluquero*. «Los empresarios pueden anticiparse a los deseos de los clientes del mañana». Ya, ya, piensa, y deja la revista a un lado. Justo antes de quedarse dormido, le pasa por la mente la palabra «loable». Una labor loable. El escritor en Aquisgrán con Daniel Kehlmann; él, en una piscina infantil con una panda de retrasados. Y su madre, claro. Se tumba de lado, ve a Aleksandr Popov antes de apagar la luz de la mesilla de noche y se le ocurre por primera vez que todas las noches se acuesta aquí a oscuras mientras ese mismo Popov, acompañado de Biondi y Spitz, lo observa desde la pared. No, que en ese mismo momento cada uno hace o deja de hacer cosas en su propio lugar del mundo. Existen simultáneamente. Se sacude con rapidez la idea. Algunas cosas son demasiado grandes. Se da la vuelta sobre el otro costado, husmea un rastro del olor del pelirrojo, se imagina la piscina pequeña a la luz del día, se da cuenta de que no ha preguntado al autor de qué trata este nuevo libro suyo y se queda dormido.

11

Simon no está preparado para el traje de baño naranja chillón de su madre. Ah, sí, la del bañador de flores era Henny. Claro que sabe quién es Henny. No de la piscina, sino de cumpleaños y otras fiestas, hasta alguna Navidad. Su madre y ella se conocen de toda la vida. Él quiere a Henny, por la ternura con que se toma los cumpleaños de su madre, mirándolo de vez en cuando en los momentos en que se encuentra un poco agobiada. «Agobiarse» es como Henny llama a los momentos en que su madre se derrumba. Algo que en cualquier festividad se puede dar por sentado que

ocurrirá. Su madre se pone tan a tope —casi literalmente, como si fuera un juguete automático al que das cuerda y te pasas— que no tiene otra que estallar. Nunca ha visto a Henny borracha. Curiosamente, sintió una ligera envidia cuando su madre le habló del albañil moreno con el diente partido y una copa de vino rosado.

—¡Simón! —grita su madre, aunque está a un metro de él.

—Sí, aquí estoy.

—¿Ya comes bien?

—Claro. Cocino todos los días.

El bañador naranja gotea, ya ha estado en el agua.

Todavía no hay ningún retrasado a la vista.

—Métete un momento tú también, así te acostumbras a la temperatura.

—No será para tanto, ¿no?

—Prueba y verás.

—Tu bañador me hace daño a la vista.

—Pues a mí ese bañador azul marino tuyo tan soso me deja fría.

La piscina es demasiado poco profunda para tirarse. Simon entra por los amplios escalones. Seis peldaños. La frente se le humedece de sudor al instante. Se sumerge y nada bajo el agua de un lado a otro de la piscina. Aquí no se puede nadar normal, así que después de cuarenta y cinco minutos de labor loable, tiene intención de pasar al menos media hora en la piscina de cincuenta metros. Su madre está sentada en el último escalón de la escalera.

—Ahora los traen —dice.

—¿De dónde?

—Algunos de sus casas, otros del centro. Los padres no vienen. De eso se trata, de que los padres que tienen a sus hijos en casa tengan un rato para sí mismos. Después de nadar van todos a un centro de día. La conductora de la furgoneta se toma un café en la cafetería y al final siempre entra a echar un vistazo. Cuando llega ella, es que ya casi hemos terminado. Y, si es necesario, ayuda a los niños a vestirse.

—¿Cuántos años tienen?

—¿Entre trece y dieciocho? ¿O doce y diecinueve?

—Entonces no son niños.

—¿Cómo llamarías tú esa edad?

Simon tiene que pensárselo un momento.

—¿Chavales? —dice.

—Vale. Chavales. Como quieras, los chavales. Ya los irás conociendo, no voy a decirte todos los nombres ahora.

—¿Cuántos hay? Tan grande no es esta piscina.

—Serán ocho o nueve, diría yo. Siempre hay alguno enfermo, creo que estos niños enferman mucho más a menudo que los normales. Estos chavales, quiero decir. Perdona. Chavales.

Simon se seca el agua y el sudor de la frente. El agua lo cubre hasta un poco por encima del ombligo. El sol brilla bajo, la luz de primavera entra dura y oblicua, puede contar los pelos de las piernas de su madre. Si le mira la cara, no se reconoce en ella. Dicen que se parece a su padre. Otra cosa de Henny, que en algún cumpleaños de su madre, antes o después de su momento de agobio, le había susurrado: «Por suerte tú te pareces a tu padre». Su madre lleva un gorro de baño. No es naranja, sino rojo. No le importa. El vello en las piernas, los colores que no pegan ni con cola. Como si pudiese leer la mente de Simon, le dice:

—Son como perritos u otro animalillo, te quieren mucho, se te agarran, te babean encima. Les da lo mismo alguien guapo como tú o feo como yo. Pero un perrito también puede morderte con mala idea de repente. Son imprevisibles.

—¿Por qué hace este calor infernal aquí? —pregunta Simon.

Su madre no es fea en absoluto. No entiende por qué nunca ha podido conseguir otro hombre.

—Creo que la tienen sobre todo para la gente que viene a hacer rehabilitación y no pueden estar cambiando la temperatura del agua continuamente, sería demasiado caro. Además, cuanto más caliente esté el agua, más tranquilos están nuestros clientes.

—Mm —dice Simon—. Si tengo que preguntarte algo o llamarte, diré Anja y no «mamá».

—Ningún problema.

—Gracias.

Simon está nervioso. Su madre chapotea con los pies relajados en el agua porque lleva años haciendo esto. Él sale de la piscina y, cuando pasa al lado de su madre, ella le pellizca el muslo. Simon sacude un poco la pierna y luego se coloca frente al enorme ventanal con las manos en los costados. Qué locura. En el parque de detrás de la piscina hay gente con abrigos gruesos. Es primavera y el sol brilla, sí, pero no calienta. Y él está aquí, chorreando agua tibia, en su bañador soso. Saluda con la mano, a nadie en particular. No está cómodo. Necesita tener una pared detrás, se siente cómodo contra una esquina. Un niño lo ve y lo saluda desde un arenero, su padre mira y le dice algo al niño. Simon se desata el lazo de la cintura del bañador, tira para apretársela y vuelve a anudarlo. Se da la vuelta. Desde el pasillo llegan sonidos de patio de colegio.

Su madre, a partir de ahora, Anja, ayuda a los retrasados a ponerse los bañadores cuando es necesario.

—Tú no lo hagas todavía —le ha dicho. Tal vez no debería hacerlo nunca, ha pensado él.

Van saliendo del vestuario de uno en uno. Enseguida ve que hay de todo. Hay dos mongólicos, a los que, advierte, incluso mentalmente debería llamar «con síndrome de Down».

—¡Hola! —grita desde la piscina. A su alrededor flotan todo tipo de cosas: pelotas, aros, churros, una barca inflable. Lo miran como si llevara años allí esperándolos, como si fuera Henny.

Se quedan al lado de la escalera, al parecer les han enseñado a esperar a que llegue todo el mundo. Simon los cuenta, hay siete. Uno de ellos se yergue por encima de los demás, un chico robusto de pelo negro. Simon no entiende qué tiene; mongólico no es. Se parece a Aleksandr Popov.

—Venga, chicos —dice su madre.

Una chica con gafas de piscina salta al agua por encima de los escalones y empieza a nadar en una especie de braza. Los otros seis bajan por las escaleras, su madre es la última en meterse en la piscina. Los dos mongólicos agarran enseguida un churro y

empiezan a golpearse con él. ¿Es porque llevan tres semanas sin venir a la piscina o lo hacen siempre?

—¿Siempre hacen eso? —pregunta a su madre.

—Sí, a Sam y a Johan les gusta pegarse. No te preocupes, esos churros no pesan nada. Luego te pegarán a ti también.

—¿Tú quién eres? —le pregunta Sam o Johan.

—Soy Simon.

—¿Sabes nadar bien?

—Este es Sam —dice su madre.

—Sí, Sam —dice Simon—. Sé nadar muy bien. Antes competía.

—¿Y ganabas?

—A veces sí. Otras veces no.

—¿Tienes algún hijo?

—No, no tengo.

—¿Y perro? —pregunta Johan.

—Tampoco. Vivo yo solo.

Sam lo golpea en la cara con el churro.

—¿Tienes pilila dentro del bañador? —pregunta Johan.

—Claro —dice Simon.

—Yo también —dice Johan. Tira su churro, se agarra el borde del bañador y con la otra mano se saca la pilila.

—Vaya —dice Simon.

Sam también empieza a hurgarse en el bañador.

—No hace falta que me lo enseñes, Sam —dice Simon—. Me lo creo. Solo al verte ya se nota que eres un chico.

Para su sorpresa, Sam le hace caso y Johan también vuelve a meterse el pene en el bañador. Ahora que esto ha quedado claro, los chicos vuelven a golpearse con aquellos flotadores alargados que al parecer llaman churros.

—Muy bien, de momento —dice su madre.

—¿No tendrías que presentarme? —pregunta Simon.

—Qué va. No hace falta forzar nada. Mira, Jelka quiere bucear, a esa tenemos que vigilarla.

Jelka es una chiquilla de pelo rubio que lleva un traje de baño con flotadores incorporados, de modo que es casi imposible que se

hunda. Repite continuamente «Tat». Simon no le oye decir otra palabra mientras va de un lado al otro de la piscina. Cada vez que se topa con alguien, dice que se llama Simon, pero no parece importarle a nadie. Una chica con una frente enorme lo llama Henny. ¿Es posible?, se pregunta Simon. ¿Puedes tener una deficiencia mental tan bestia que no sepas distinguir entre Henny y yo? Se pasea de un lado a otro, de vez en cuando se lleva un golpe de Sam o Johan en la cabeza con un churro y evita cualquier contacto. Su madre, en cambio, no tiene ningún problema con eso: se le notan los años de experiencia, lo bien que conoce a los retrasados, los mongólicos. Los agarra con fuerza, los mece de un lado a otro en el agua tibia, lanza una pelota al chaval grandote de pelo negro, hasta les quita los mocos con los dedos después de decir: «¡Sopla por la nariz!». La luz es un infierno, los cuerpos, las caras que ponen, los flotadores de colores chillones, el gorro rojo de su madre, las baldosas azul claro, todo bajo el despiadado sol de primavera.

—¡Igor! ¿Cuántas veces tengo que decirte lo mismo? ¿Qué te pasa con Melissa que nunca la dejas nadar? —El chico se pone a gritar—. No, nada de gritos, eso no sirve para nada. Ven aquí, que te meceré un poco.

Pero el chico no va hacia Anja, sino que se abre paso directamente hacia Simon y a medio camino hace una aguadilla a Jelka. La chica reaparece de inmediato en la superficie.

Un cormorán en una bandada de gaviotas. Simon tiene la imagen clarísima en la mente, como si ayer el escritor se lo hubiera dicho para prepararlo. El cormorán se aferra a él —que es una gaviota— y el resto de las gaviotas escupen agua, siguen nadando imperturbables, se pegan entre ellas o a otras muy fuerte en la cabeza con los churros, luchando figuradamente por un pequeño resto de comida. Igor se ha abrazado a él, los brazos tensos, la cabeza de cabellos negros apretada contra su diafragma. Simon

intenta soltarse retrocediendo a toda velocidad, pero Igor no se da por vencido, ahora hasta intenta rodear las piernas de Simon con las suyas. Este le intenta abrir los brazos de un tirón y, al ver que no sirve de nada, intenta soltarle los dedos con que le aferra la espalda. Igor lo suelta, pero sigue con las piernas entrelazadas con las suyas. Ahora el chico está boca arriba en el agua frente a él y Simon ve perfectamente que, como Sam y Johan, tiene una pilila en el bañador, el estómago casi tan plano como el de Popov, joder, la nuez de Adán, el pelo negro ondeando en el agua clorada. Simon retrocede varios pasos más, pero Igor sigue con las piernas enganchadas a las suyas y debe de pensar que esto es un juego, como tirar una pelota o quitarle las gafas de piscina a Melissa. Simon nota los huecos de la parte posterior de las rodillas del chico y algo se activa dentro de su bañador soso, algo que está totalmente fuera de lugar cuando estás casi desnudo en una piscina bañada por el sol y con el agua hasta el ombligo. Agarra las piernas de Igor y lo separa de sí por la fuerza. El niño se hunde y emerge escupiendo agua. Simon es libre. Melissa se acerca nadando, le toca un brazo con la mano y luego con un pie, Sam y Johan se desgañitan en algún lugar detrás de él, Jelka dice «Tat. Tat. Tat». Simon respira hondo, pero Igor lo agarra de nuevo, su cabeza más abajo que antes, su nariz contra el vientre y el ombligo de Simon, la boca del chico cerca del borde de su bañador. Lejos quedan las comparaciones con cormoranes y gaviotas.

—¡Anja! —grita.

Su madre se les acerca tranquilamente y acaricia a Igor en la espalda.

—Suéltalo, Igor, querido —dice—. Simon no está acostumbrado, no le gusta.

Igor parece dudar, Simon lo nota en su agarre. El chico es fuerte como un oso. Una vez más, consigue separarle los dedos mientras su madre todavía habla con él. El chico lo suelta, se da la vuelta y se aferra a su madre, pero de otro modo, ahora es como si buscara que lo consolaran. Con suavidad.

—Sí —dice su madre—. A Igor le gusta hacer estas cosas. Creo que tiene miedo al abandono.

Simon se ducha con agua fría. Siente vergüenza, aunque su madre le ha asegurado que nadie se habrá dado cuenta porque «los retrasados no se fijan en esas cosas» y «si se fijan, no lo entienden». Después había reflexionado un momento, para añadir: «Bueno, eso creo». Por suerte Sam y Johan no se habían percatado de nada, seguro que habrían comentado el espectáculo con grandes aspavientos. El resto, incluida la conductora, se prepara para salir hacia el centro de día. Simon está en una ducha cerrada, una para el personal. Ya se ha despedido de su madre al salir de la piscina. ¿Qué siente ella cuando ese chico la abraza?

Cinco minutos más tarde está en la calle 1. Es la única donde se puede nadar a esa hora, el resto está abierto a todo el mundo. Hay un ruido terrible. En la piscina de cincuenta metros el sol también entra como si estuviesen al aire libre. Simon nada y nada y nada, jadea, se queda sin aire, gira. La media hora se convierte en una hora. Nadar, girar, quedarse sin aire. Cormorán, piensa, colgado de una escalera para recuperar el aliento. Menuda tontería. Es solo algo que el escritor me ha metido en la cabeza.

12

Simon va con su abuelo en el autobús de la línea 63. Han ido de la estación central de Amsterdam a Lelylaan y ahí han cambiado de tren. Es domingo.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto de repente? —pregunta Jan.

—No ha sido así, de repente —dice Simon—. Esta semana vino

un cliente que se puso a hablar de accidentes de avión.

—Yo he estado cinco veces, más o menos. La primera vez fue el 7 de abril y la segunda cuando inauguraron el monumento, no recuerdo la fecha.

—Yo no he estado nunca.

—No importa.

El abuelo de Simon va impecable, como siempre. Si esto fuera Inglaterra, sería un *gentleman*. Espalda recta, ni un gramo de grasa, ropa pulcra. Simon a veces se lo imagina como un veterano de guerra, aunque su abuelo no ha estado nunca en el frente. Mira a su alrededor con interés mientras el autobús atraviesa un barrio en el que Simon no querría poner los pies ni muerto. Es un día gris.

—La tercera vez fue en 1987, diez años más tarde —sigue Jan —. Diez años, no nueve ni once, lo cual en el fondo es una tontería. Y, por supuesto, a los veinticinco años, en 2002. Entonces fue todo un acontecimiento, hasta vino gente de Estados Unidos.

—Baden Powellweg —anuncia una voz femenina desde un altavoz.

—Ya casi tenemos que bajarnos —dice Simon.

—Y luego otra vez sin ningún motivo concreto —dice Jan—. Era otoño.

La señalización es muy poco clara; en un momento dado, Simon y su abuelo acaban en la zona china.

—Aquello es la puerta del cielo —dice Jan. Contra una de las patas hay un contenedor azul con la tapa marrón. Tiene una gran pegatina blanca donde pone resto; más arriba, en la pata de madera, hay caracteres chinos. Unos cuantos chinos se han reunido alrededor de una tumba; no levantan la mirada cuando pasan Simon y Jan.

—Mira, no lo sé —dice Jan—. Hace quince años que no vengo. Hacía un día muy distinto.

Simon busca un panel indicador. Cuando lo encuentra, camina despacio en la dirección marcada, mirando con atención a su alrededor, pero al cabo de pocos minutos vuelven a estar entre las

tumbas ordinarias y no hay ni rastro de ningún camino o monumento.

—¿Cómo es posible? —pregunta—. En el cartel ponía que era por aquí.

—Sí —dice Jan.

Vuelven sobre sus pasos todavía más despacio. Entonces Simon ve una entrada, un agujero en un seto de tejo. Más adelante hay una enorme mesa redonda de piedra. TENERIFE 27 DE MARZO DE 1977. Se sientan en uno de los bancos pintados de rojo. Esta parcela es cuadrada y está separada del resto del cementerio por un seto. El seto ha crecido demasiado; si no sabes que el monumento está aquí, no lo ves. La mesa de piedra está sucia y verdosa de moho. Una piedra redonda de aspecto viejo y deteriorado. Todo fue hace tiempo, está ya medio olvidado, aquí no viene nadie. Hay arbustos, y alguna piedra aquí y allí entre los arbustos.

—No es un cementerio nada agradable —dice Simon.

—No —dice Jan—. Cuando los enterraron aquí, Westgaarde solo llevaba seis años abierto, era un prado dividido en parcelas.

Jan se sienta recto y parece poco afectado, y por primera vez Simon ve a un padre que ha perdido a su hijo. Son tres: un marido muerto, un hijo muerto y un padre muerto, pero en lo que a Simon respecta el padre muerto es un desconocido total, podría haber sido cualquiera. Le pasa por la mente una imagen desconcertante: su madre mostrándole la foto de otro hombre, otra persona, un desconocido. Simon nunca lo habría sabido.

Jan enciende un cigarrillo y el humo flota hacia la cara de Simon, así que se levanta y empieza a leer los nombres inscritos en placas de algún metal en dos laterales de la parcela. ¿Será zinc? ¿Bronce? Los lee todos, dobla la esquina con pasos cortos, se da cuenta de que están en orden alfabético y de que hay uno que se añadió más tarde. Al final de la lista, cuando ha llegado a la esquina siguiente, ve otra placa atornillada en el borde de piedra, en la que se puede leer:

«De las víctimas que no están enterradas aquí, se incluyen los

siguientes nombres a petición de sus familiares».

Simon lo lee y mira a su abuelo.

—Nunca lo identificaron —explica Jan—. Quedaron cuarenta y cuatro personas sin identificar. Sé que en este lugar yace toda una familia de Frisia, que están aquí, lejos de su casa, y no en Frisia, porque no pudieron identificar a uno de los niños y KLM quiso mantenerlos a todos juntos. Era: o todos aquí, o cuatro en Frisia y uno aquí. Y esto último no podía ser. Ya ves por la placa cómo se toma la gente este tipo de cosas; el nombre aquí, con todos los demás. Aquel día iban todos juntos en un avión, pues hala, todos en la misma tumba. O bueno, en la medida de lo posible.

—Pero ¿por qué no está su nombre?

—Tu madre no quiso. Si lo piensas, parece mentira que ya se celebrara un funeral el 7 de abril. ¿Qué tenían? Joyas, restos de ropa, prótesis dentales, datos médicos. Lo que hacen hoy en día con el ADN no existía entonces. Fue rápido, a los once días, pero el entierro se hizo con cuarenta y cuatro cuerpos sin identificar.

—¿Así que aquí están todos los no identificados?

—Sí.

—¿Y mamá no quiso que pusieran el nombre de mi padre ahí en las placas?

—Eso es.

—¿Por qué no?

—Bueno, pues porque no lo habían identificado. Creo que al principio no quería aceptarlo. No podía creer que estuviera en ese avión. Ya aparecerá, decía. Pero pasaron los días y Cornelis no volvió.

—¿Y tú? ¿Tú qué querías?

—Me pareció bien. Sé que está aquí, no viene de un nombre más o menos en la placa. —Jan exhala una columna de humo, tira la colilla al suelo y la pisa con la punta de un zapato—. Un asco —dice.

Pues sí, piensa Simon. Repasa una vez más los nombres y ve entre los arbustos una piedra de color blanco sucio con el texto DESCANSA EN PAZ, QUERIDO KOPPIE.

—No lo entiendo —dice. Traga saliva. Ese nombre debe de ser el apodo de algún niño, aunque también puede haber hombres de treinta y cinco años a quien llamen así. Los nombres de los que lo perdieron, que constan debajo, lo afectan más que la idea de que su padre esté enterrado aquí. También por cómo suena. «Koppie».

—Entonces, ¿aquí no hay… cuántos son… ciento veinte personas, sino ciento sesenta?

—No —dice Jan—. Aquí hay ciento veinticinco personas, entre las que se indican, con nombre y apellido, más de cuarenta no identificados.

—Y otros están enterrados en otras partes.

—Sí. No es raro, ¿eh? Están en la ciudad o el pueblo donde vivían. Mira en la V.

Simon vuelve atrás. El primer nombre que empieza por V es J. L. Veldhuyzen van Zanten. Simon pronuncia el nombre en voz alta.

—El piloto —dice Jan.

—Lo enterraron entre los pasajeros. ¿La tripulación de cabina también está aquí?

—Ni idea. Él está porque tampoco fue identificado. El accidente fue culpa suya. ¿Es que no sabes nada de nada sobre esto?

—No.

—Podrías habérmelo preguntado.

—Era una muerte de mamá.

Jan lo mira.

—Y mía.

—Sí, por supuesto —dice Simon.

Mientras regresan a la entrada, se oye una pelea en la distancia, en algún lugar detrás de un seto alto. No ven nada, pero unas voces fuertes se enfrentan la una a la otra. Entonces aparece un hombre negro con un vestido blanco y un colorido bombín por una abertura en el seto. Sonríe. Una barba casi cuadrada, afeitada demasiado recta, ve Simon. Un rectángulo alrededor de los labios. Él lo habría hecho muy distinto. El hombre tiene una maceta de jacintos en la

mano. No es una pelea, solo una manera distinta de interactuar. Voces invisibles, ahora mucho menos fuertes, siguen hablando. Los tres hombres se saludan con una inclinación de cabeza.

—¿Tenía mi padre algún apodo? —pregunta Simon.

—¿Algún apodo?

—Sí, algún nombre cariñoso.

—Tu abuela a veces cometía el error de llamarlo Cor.

En el autobús de vuelta a la estación de Lelylaan, Jan parece mirar a su alrededor con algo menos de interés. Tiene el pelo del cuello demasiado largo. Simon se siente como si su abuelo lo hubiese regañado. Puede que lo persigan las mujeres de la residencia, puede tener un aspecto impecable y saludable, puede haber fumado toda la vida sin haber desarrollado un cáncer de pulmón, pero tiene ochenta y ocho años y ha perdido un hijo.

—Debes tener en cuenta que aquel mismo año secuestraron un tren y asaltaron una escuela primaria —dice Jan, después de un largo silencio—. Fue en mayo. Mayo, junio. Hubo muertos. Y eso desvió la atención de la catástrofe aérea, si es que todavía había alguien que pensara en ella.

—Sí, algo he oído —dice Simon. Al parecer, su abuelo tiene la misma sensación que él—. ¿Te entrevistaron alguna vez?

—¿Si me entrevistaron? No.

—Como familiar de una víctima.

—Qué va, en aquella época estas cosas no se hacían.

El autobús se mete por la calle Pieter Calandlaán.

—¿Vas a venir, esta semana? —pregunta Simon.

—Mm —dice Jan. Justo antes de que salgan del autobús, comenta—: Y pensar que en algún lugar de América hay una tumba mucho más grande. —Y más tarde, ya en el tren que va a la Estación Central de Amsterdam—: ¿Nos tomamos una ginebra?

—Claro —dice Simon.

13

Aquella misma tarde, Simon se sienta al ordenador. Al lado de la pantalla tiene un vaso de *whisky*. Una vez ha empezado (dos vasitos de ginebra en el apartamento de su abuelo) no le cuesta seguir bebiendo.

—Echa un vistazo en internet —le ha dicho Jan. Le sorprende todo lo que puede encontrar aún. Sabía que el avión en que viajaba su padre en realidad no tenía que estar en Tenerife, pero no sabía por qué fue.

Una bomba y un aviso de bomba en Las Palmas. La bomba estalló en una floristería. La vendedora, Marcelina Sánchez, resultó herida de gravedad y, dieciséis años más tarde, acabaría muriendo a causa de las lesiones. Todo el tráfico se desvió a Los Rodeos. Ambos aviones tenían que ir a Las Palmas, ambos estaban llenos de gente que iba a pasárselo bien: los neerlandeses habían reservado unas vacaciones a través de Holland International, los americanos iban a embarcar en el crucero MS Golden Odyssey en el puerto de Las Palmas de Gran Canaria. Una azafata de Holland International se bajó en Los Rodeos, igual que el resto de los que viajaban en el avión, pero luego no volvió a subir, porque no tenía por qué ir a Las Palmas: había terminado su turno y habría tenido que volver desde Las Palmas a Tenerife de todos modos, porque ahí era donde vivía. Así que la escala le vino bien. Todavía recordaba el buen ambiente en el vuelo, «como un viaje de escuela». Se convirtió en la única superviviente. Hubo una congestión del tráfico aéreo, hubo una niebla repentina, hubo un piloto neerlandés impaciente que había mandado llenar el depósito de su avión porque luego quería volar de Las Palmas a Ámsterdam sin perder más tiempo, hubo… falta de comunicación. Hay fotos de justo después del accidente, gente con extintores entre los restos, debieron sacarlas antes de retirar a las víctimas.

Simon es consciente de que está mirando el lugar en que su padre murió calcinado, el lugar en que todavía estaba en el momento

de la foto. Hay vídeos de una increíble cantidad de ataúdes en un hangar de Schiphol, hay imágenes de esos mismos ataúdes, pero ahora en una larga hilera en una extensión de césped, que sí, está bastante vacía, y que debe de ser Westgaarde, mucha gente. Mira aquel fragmento de vídeo un par de veces, buscando a su abuelo. Hay fotos de pasajeros que observan los aviones en llamas desde una pista de despegue o aterrizaje, y todavía más gente en la hierba que hay en medio, gente que ha salido del avión americano, sesenta y una personas, o no, en otra página web lee que salieron setenta, pero que nueve acabaron muriendo más tarde a pesar de todo. Una fotografía aérea muestra que los aviones estaban bastante separados entre sí, el Boeing neerlandés unos cien metros más adelante, aún había volado cien metros, nadando eso son unos cinco minutos, así que las posibilidades de que haya algún cuerpo neerlandés enterrado en California son ínfimas, y a la inversa, lo mismo. Lee una entrevista al padre de una de las víctimas de Sneek que explica que no solo quedó un miembro de su familia por identificar, sino tres; una entrevista a una azafata americana que sacó a gente del avión empujándolos sin miramientos; una entrevista al hijo del copiloto neerlandés, que más adelante también se hizo piloto; en algunas entrevistas, los familiares se indignan cuando se plantea quién tuvo la culpa. Simon incluso encuentra una lista de nombres de las víctimas. Ahí está el nombre de su padre, negro sobre blanco, la edad entre paréntesis y el lugar de residencia. Toma un sorbo de *whisky* y ve que han pasado casi dos horas.

Murió en el acto, ha leído en alguna parte. Cuando oye esta expresión, Simon siempre se imagina que es una mosquita de la fruta de esas que son ciegas y que un dedo gordo lo aplasta como si fuera un elefante. Eso sí que es una muerte en el acto, ni siquiera se salva una patita. Aquellas personas debieron de notar un golpe tremendo y debieron de ser conscientes de lo que ocurría al menos durante dos o tres segundos. Esto no es morir en el acto ni mucho menos, sino dos, tres o tal vez cuatro segundos de puro terror, a

pesar de que el acontecimiento fuese completamente inesperado.

Padre. Apenas sabe qué imaginarse con esa palabra. No identificado, eso sí que se lo imagina, y ahora se da cuenta de lo amplio que es. Lo abierto que es. Nunca tendrás la certeza. ¿Qué hacía su padre en ese avión? No se habría apuntado a unas vacaciones con todo incluido de Holland International, ¿no? ¿Él solo? El vuelo era chárter, pero eso no significa automáticamente que no quede ningún asiento vacío, ¿verdad? Era otra época, una época en la que no se enterraba a la gente de un modo lúdico ante una gran atención mediática, una época en la que no se hablaba de nada, de sufrimiento silencioso, de apretar los dientes y seguir adelante, una época en la que no existían todavía términos como «asistencia psicológica» ni «ayuda a las víctimas»… había leído en alguna parte que el Equipo de Identificación en Catástrofes se había creado a partir de un grupo de personas elegidas medio al azar a quienes enviaron desde los Países Bajos para identificar a las víctimas. Hasta 2007 no se inauguró un monumento en un monte cercano al antiguo aeropuerto —quizás ese monte aparezca en alguna de las fotografías que sacó su madre décadas atrás. Una escalera de caracol que lleva al infinito.

Simon teclea «Monumento MH17» y llega al instante a una página web oficial muy bien diseñada donde ve que, además de 298 árboles —en los que se puede hacer clic virtualmente en la página web y aparece el nombre de una víctima y el tipo de árbol—, en Vijfhuizen se plantaron 170.714 bulbos de gloria de la nieve. Son un montón, hasta que entiendes que tienes que poner puntos a la cifra, que es una fecha. Es una cantidad elegida con intención. Ahí todo significa algo y tiene un valor simbólico; se tardó tres años en hacerlo. Treinta años y tres años. En la lista de víctimas de 1977, los nombres están escritos con faltas y no constan las edades. El árbol número 166 de Vijfhuizen es un *Fraxinus ornus* (fresno de olor)

(foto incluida) y está vinculado al nombre de Hadiono Budyanto Gunawan.

Simon se sirve otro vaso de *whisky*. Se levanta y se dirige a la estantería donde tiene sus libros, algunos derechos y otros tumbados. Pone juntos los cuatro libros del escritor, que no están ordenados alfabéticamente, y los mira con atención durante un rato. *Abajo hace frío, Cinco gansos negros, Abril y Los almendros tienen la flor rosa*. Debería preguntarle de dónde sale algo así, piensa. Un título. En uno de esos libros aparece un hombre que no está bien de la cabeza del todo, se ha acordado en algún momento de los últimos días. Es el libro con el perro en la cubierta. Luego cierra las cortinas, primero la del lado de la calle, luego la de atrás, donde tiene la cocina abierta. Toma un último sorbo y tira el resto del *whisky* en el fregadero. Le pasa a menudo: se lo sirve y al segundo o tercer sorbo se da cuenta de que no quiere más, de que en realidad es asqueroso, como los cigarrillos. ¿Cómo puede morir alguien de lesiones sufridas dieciséis años atrás?, se pregunta. Le molesta no saberlo. Coge *Abril* de la estantería y se va a la cama. Mañana es lunes.

14

—A veces me alegro un montón de ser mujer —dice su madre.

—¿Eh? —pregunta Simon. Es lunes temprano. Ha desayunado y se ha tomado dos tazas de expreso. Tiene la mañana libre. Quiere poner una lavadora y ordenar la enorme mesa de la cocina. No entiende cómo es posible, pero en cuanto pasan una o dos semanas, se llena de un batiburrillo de cosas. Recogerla es una de aquellas tareas que puedes hacer sin pensar.

Lo haces con la mente en blanco y, de repente, han pasado tres horas. Tiene el teléfono encima, en modo altavoz.

—A nosotras no se nos nota. Podemos ponernos cachondas sin

que nadie se dé cuenta.

—No estaba cachondo —dice Simon.

—Ah, otra cosa típica de los hombres. Su cuerpo reacciona de un modo totalmente independiente, al parecer, a veces hasta se empalman cuando los violan o si se ahorcan.

—¡Eh! —dice Simon.

—Perdona —dice su madre.

—No quiero hablar de esto.

—¿Ah, no? Pero el sábado te necesito otra vez.

—Pues no sé qué decirte.

—Cuento contigo.

—¿Has sabido algo de Henny?

—No.

—¿En qué isla está?

—Tenerife.

—¿Es por eso que piensas en papá?

Se hace un silencio al otro lado. Un pájaro trina en el jardín interior. Un mirlo, piensa Simon. Suena a primavera.

—¿Quién dice que piense en tu padre?

—Me dio la sensación.

—Pues ahora soy yo la que no quiere hablar de esto.

—Vale. Ayer fui a Westgaarde con el abuelo.

—¿Qué acabo de decir?

—Vale. Bueno, pues esta noche, ayer, quiero decir, me pasé horas en internet. ¿Sabías que aún se encuentran cosas sobre el tema? No muchas, pero hay información de todo tipo.

—¡Simón!

—Vale. Pero a veces se te olvida que era mi padre.

—Muah, tu padre, tu padre. Lo único que hizo fue engendrarte.

—Aun así es mi padre.

—Cierto. Lo hiciste muy bien con Sam y Johan. Esos dos son mis preferidos.

—¿Qué le pasa a ese que se llama Igor? No se le nota nada.

—Ya. ¿Y a ti se te nota que eres gay?

—Es muy distinto.

—¿En qué sentido? ¿Por qué?

—Yo no soy retrasado.

—Discapacitado. Una persona con una discapacidad intelectual.

—Ya, ya. Y Sam y Johan no son mongólicos.

—Al menos a esos dos se les nota lo que tienen.

—Sí, por eso te pregunto qué le pasa a Igor.

—Pues no sé, Simon. Algo debió de ir mal durante el parto. A lo mejor no le llegó suficiente oxígeno. Es un chico raro. ¿Viste que se la tiene jurada a Melissa? No para de molestarla, como si no pudiera soportar que ella sepa nadar. Nadar de verdad.

—Ya me fijaré el sábado que viene.

—Y no te preocupes por nada, ¿eh? A mí me pareció que lo hacías muy bien. Henny y yo tuvimos una vez a una chica que quería hacer algo en asistencia de discapacitados intelectuales, algún tipo de formación, pero fue un desastre. Ella… no sé cómo explicarlo, pero se esforzaba demasiado y los niños lo notaron. Sam y Johan ya estaban, y Melissa también, pero Jelka todavía no, e Igor llegó mucho más tarde. Melissa la agarró por los pechos y Johan la golpeó con tanta fuerza con su churro que al final la chica salió de la piscina llorando. No la volvimos a ver. Y si te vuelves a empalmar, que sepas que soy la única que lo ve, y soy tu madre, así que no pasa nada.

—Eso es lo peor, justamente —dice Simon.

—Qué va. No entiendo cómo has salido tan mojigato.

—No soy mojigato.

—Vaya que no.

—Tú el otro día te quejabas de que no querías saber qué hacían Henny y el albañil por las noches.

—Eso es distinto.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Es ruso?

—¿Quién?

—Igor.

—Que yo sepa, no. Nunca le he oído hablar.

—Voy a poner una lavadora.

—Sí, son cosas que hay que hacer. ¿Tienes clientes hoy? ¿O te tomas el día con calma otra vez?

—Mira, ahora que lo dices, creo que sí, que me voy a tomar el día con calma otra vez. Es lunes.

Toca el botón rojo y desliza el icono del teléfono.

Tres horas más tarde, Simon no solo ha puesto una lavadora y tendido la ropa, sino que también ha ordenado todo lo que tenía encima de la mesa y la ha limpiado, ha regado la planta, ha aspirado y ha pasado un paño por el televisor. ¿Qué pasa?, piensa, mientras se sienta a la mesa ancha con su tercer expreso. El mirlo del jardín interior no para de cantar. ¿Por qué estoy limpiando y ordenando como un loco? Mira la planta, una cosa con hojas grandes y coriáceas, y trata de sentir algo: dónde está, qué hacer de ahora en adelante, su lugar en el todo. No sabe exactamente a qué se refiere aquí con «todo», pero tiene una idea difusa de lo que significa. El mundo. La vida. Cuando enterraron a su abuela, estuvo lavando platos y poniendo cacharros en remojo hasta el último momento. Al parecer, es un mecanismo de represión.

Cinco horas más tarde vuelve a estar en el monumento de Westgaarde, sentado en uno de los bancos pintados de rojo. Como esta vez estaba él solo, ha venido en bici. Ha tardado más o menos lo mismo que en transporte público, aunque se ha encontrado el lago Sloterplas a medio camino, y, además, según ha visto después, al llegar, cuando ha mirado la ruta en su teléfono, lo ha rodeado por el lado equivocado. De repente, sentado a la mesa de su cocina ordenada e impoluta, se ha dado cuenta de que no sabía qué hacer con su lunes, y antes de ser víctima de una especie de parálisis, ya estaba fuera, en la calle, quitando el candado a la bicicleta.

Hoy brilla el sol, así que todo lo que queda dentro del seto cuadrado tiene un aspecto un poco menos dejado que ayer. Puede que a su abuelo y a su madre no les importe, pero a él le resulta muy

extraño que el nombre de su padre no conste entre los demás. ¿Puede creerse así, sin más, que sus restos están enterrados aquí? Simon intenta imaginarse cómo sería llevar Chez Jean con su padre. Cortar y afeitar con él, barrer el pelo, hacer la pausa del café juntos, ocuparse de la contabilidad entre los dos. Por alguna razón, no incluye a su madre, de hecho, no le extrañaría nada que a estas alturas ya se hubiesen divorciado. Quizá Chez Jean se llamaría «Peluquería Simon & Cornelis». Simon y Cornelis, porque suena mucho mejor que Cornelis y Simon. El padre de Simon ahora rondaría la edad de jubilación. Por cierto, ¿en qué año cambió Jan el nombre? ¿Fue antes de 1977? ¿Es posible que discutieran por ello? ¿O fue después, y consecuencia de?

Se levanta y vuelve a leer los nombres. Siente de nuevo, como ayer, que todo esto está muy olvidado, hace tanto tiempo… el recuerdo se ha llenado de polvo, tal vez desplazado por el secuestro de aquel tren. Esta gente tuvo la desgracia de que la tragedia ocurriera cuando la televisión aún estaba haciendo sus primeros pinitos. Bueno, desgracia, desgracia… tampoco conocían otra cosa, claro, está proyectando, y ahora, aquí, se da cuenta de que va tarde, de que se ha quedado parado, de que se ha puesto en un segundo plano en pro de su madre, y de que, al hacerlo, incluso ha desatendido a su abuelo. ¿Es peor perder a un hijo que perder a tu cónyuge? Qué pregunta más imbécil. Tal vez sea peor perder a tu padre antes de nacer.

Ahí está la piedra en la que pone «Koppie». Debajo, cuatro nombres: Klaas, Ina, Rense y Tilly.

Simon vuelve por un camino a los edificios de la entrada del cementerio por un camino recto. Se cruza con una bicicleta, alguien que usa Westgaarde como atajo. Al parecer, está permitido. Es una mujer joven con el pelo rubio oscuro peinado de punta. Un buen peluquero de mujeres sabría qué hacer para remediarlo.

—Hola —saluda ella, alegre y jovial. Por lo demás, el cementerio está desierto. No se oyen gritos detrás de los setos altos. Pero si mi madre se hubiera vuelto a casar al cabo de un ciño, o hasta dos, piensa, yo no me habría enterado de nada, mi padre

habría sido un personaje de una historia, y Jan, una especie de abuelastro.

Aquella noche, antes de dormirse, lee un poco de *Abril*. Todavía no ha encontrado lo que busca. Bueno, seguiré, ha decidido, aunque la historia no lo cautiva especialmente. Seguiré leyendo hasta que lo encuentre.

15

Simon pone sus navajas en remojo. Es algo que lo relaja. Mojar, limar, un poco de aceite. También usa rasuradoras si no tiene ninguna navaja de cuello o de afeitar afilada a mano, pero ni siquiera sus rasuradoras llevan hojas desechables. Tienen el mango de madera de olivo. A Simon le gustan las cosas bonitas y se las puede permitir. Antes ya ha pasado un paño por los dos espejos para que los clientes puedan verse bien. Es miércoles. Ha nadado una hora, en la piscina había muy poca gente. Tan poca que ha hecho un par de largos en estilo mariposa. Todavía lo siente en los hombros. ¿Serán las vacaciones de primavera? Nunca se entera de cuándo son: ni tiene hijos ni trabaja en ninguna oficina, su vida no sigue el calendario estándar. No tiene a nadie, bueno, sí, un abuelo que está a punto de llegar. Y también el escritor, que antes de lo que Simon esperaba ya le envió un mensaje de texto diciendo que le interesaba venir a sentarse y escuchar. Hay mucho silencio en la peluquería, es como si la calle también estuviera de vacaciones —si es que las vacaciones de primavera son ahora. La luz es nítida, el sol debe de brillar detrás de la hilera de casas de enfrente. Los rayos se reflejan en uno de los reposabrazos cromados de la silla junto a la ventana, y justo le dan en la cara. Se levanta de la silla de peluquería, se ve reflejado en el espejo mientras va a sentarse en la otra de respaldo recto que hay detrás del mostrador, con la piedra de afilar y la navaja

en la mano. En realidad, ya está listo, la cuchilla está afilada. Junto a una de las sillas hay un cenicero vacío. Su abuelo es el único que puede fumar aquí. ¿Cómo iba a prohibírselo? El hombre se pasó décadas fumando tan tranquilo en este local.

—¿Sabes lo que es extraño? —pregunta el escritor, y se responde a sí mismo al instante—: Ningún escritor neerlandés ha escrito nunca nada sobre aquella catástrofe aérea.

—Ah —dice Jan.

—Bueno, que yo sepa —añade el escritor—. No he leído todo lo que se publica, claro. Es imposible.

Simon lo mira. Se ha sentado en la silla frente al escaparate y mira hacia afuera, como si así no molestara.

—Ni quiero, claro —añade el escritor—. ¿Sientes celos de otros peluqueros alguna vez?

—¿Otros peluqueros? —pregunta Simon—. No conozco a ninguno.

—¿Ah, no? ¿No celebráis reuniones? ¿O ferias profesionales?

—Hay un montón de ferias —dice Jan—. A mí me gustaba mucho ir, a veces hasta viajaba al extranjero, pero a Simon no le parece necesario. Ah, aquellas ferias en Francia…

—No —dice Simon—. Pero sí que leo la revista del sector.

—¿Cómo se llama?

—*El peluquero.*

—Ah, claro.

—También me gustaba formar a gente —dice Jan—. Siempre tenía a alguien de prácticas por aquí.

—¿Ah, sí? —dice Simon.

—Ya lo creo. Me gustaba enseñar. A tu padre no le gustaba nada, a tu abuela sí. Le encantaban mis aprendices. —Simon rasura el pelo del cuello de su abuelo.

—¿Cómo se llama eso? —pregunta el escritor.

—Navaja de rasurar —dice Jan—. Simon la ha afilado esta mañana. Especialmente para mí.

—Mm —dice Simon.

—Esto que Simon tiene aquí es una mina de oro —sigue Jan—. Hoy en día, todo el mundo quiere ir a la peluquería. El peluquero ya no es solo peluquero, es mucho más. Hace poco leí en *El peluquero* que hoy en día es una «experiencia integral». Hasta hay quienes sirven bebidas mientras cortan. Pero últimamente también ha habido muchos tiroteos en peluquerías. Muy raro.

—¿Todavía lee esa revista?

—Ya lo creo —dice Jan—. Uno nunca deja de ser peluquero.

—¿Podría cortarse el pelo a sí mismo?

—No.

Simon les deja charlar. Tal vez al escritor le viene bien haber venido justamente hoy que está Jan; así se entera de cosas y anécdotas del pasado. Dos peluqueros por el precio de uno.

—¿Así que eres escritor? —pregunta Jan.

—Sí.

—¿Qué tipo de cosas escribes?

—Libros —dice el escritor.

—¿De qué van?

El escritor suspira, Simon lo ve, pero Jan seguramente no lo ha oído.

—Pues… —dice—. De todo.

—¿*Thrillers*?

—No, *thrillers* no. Novelas.

—¿Históricas?

—No. Odio investigar.

—Pero ahora estás investigando, ¿no?

—Ahí me ha pillado —dice el escritor.

—Y ahora la loción —dice Simon.

Más tarde, se sientan en círculo, dan la vuelta a la silla de peluquería (Jan con el cuero cabelludo aromático y aún notando un hormigueo) y a la silla del escaparate, y Simon se trae la silla recta de detrás del mostrador. Ha subido a preparar dos tazas de expreso. Jan se toma

una ginebra. Han hablado del *muguet* y de lo que significa, solo Jan lo sabía, es el nombre francés del lirio de los valles, y ha admitido que es un aroma bastante femenino, pero ha dicho que no importa, porque todas las mujeres de la residencia le van detrás y quizás es justamente por esa loción.

—Simon se parece mucho a su padre —dice al escritor.

—¿Ah, sí? —pregunta Simon.

—Sí. Tú también eres muy callado, y finges que no te gusta trabajar aquí. A veces tengo miedo de que tú también desaparezcas un día de repente.

—Tendrías que hablar de la profesión de peluquero —dice Simon—. A eso ha venido este.

Señala al escritor con un gesto. «Este», como si no tuviera nombre.

—Muah —dice Jan—. Aquí estamos, vosotros con ese café imbebible, yo con mi copita. Es miércoles por la tarde, ¿qué otra cosa íbamos a hacer?

—¿Desapareció de repente? —dice el escritor.

—Un día se fue y al siguiente estaba muerto, o bueno, nos dijeron que estaba muerto y no volví a verlo nunca más. Ni me di cuenta de que se había ido, porque era domingo.

—¿No sabía que se iba a las Canarias?

—Qué va.

Simon mira al escritor. ¿Va a acordarse de todo esto? Jan tiene ganas de hablar. ¿Es porque está ante una persona neutral, alguien que no es su nieto, alguien con quien puede hablar con libertad? Se pregunta si existe algún libro así. ¿Una idea, un aguijón en la mente y la sensación de que de ella podría surgir algo más grande, una cosa que podría crecer hasta convertirse en algo redondo? Piensa en Jason, y de Jason pasa a la visita a Westgaarde, y de la visita a Westgaarde vuelve al día de hoy. Raro, ese Jason, y siente el manoseo secreto que le hizo en el cuello con más intensidad que el contacto corporal real con el pelirrojo. ¿Será algo así lo que pasa al

escribir? ¿Que en cierto modo describir algo es más importante que lo que sucede de verdad? ¿Qué es independiente de la realidad? En ese momento decide que va a releer todos los libros del autor.

—Pero entonces, ¿vas a escribir un libro sobre un peluquero? —pregunta Jan. El humo se arremolina alrededor de su cabeza.

—Quizás —dice el escritor.

—Pero no sobre mí —dice Simon. Se levanta y coge la escoba. Puedes decir «¡Todo el mundo fuera!» o no decir nada e ir a por una escoba.

—Lástima —dice Jan. Se toma el último trago de ginebra, apaga el cigarrillo en el cenicero y él también se levanta. Agarra su abrigo del perchero y dice—: Me voy.

—¿No va a pagar? —pregunta el escritor.

—No —dice Jan—. Y encima me sirven una copa. —Antes de salir, da la vuelta al cartel de la puerta. Visto desde dentro, el «ouvert» se convierte en «fermé».

El escritor se queda sentado.

—Había pensado en ir a comprar —dice Simon.

—Sí, ya me voy —dice el escritor.

Simon se pone a barrer.

—Tu abuelo te ha dejado abierto.

—Le parece que tengo demasiado pocos clientes —dice Simon.

—¿Por qué demasiado pocos?

—Demasiado pocos, demasiado pocos… Tengo suficientes. No tengo ganas de pasarme el día retocando una barba tras otra.

—¿Por qué no?

Simon tiene que pensarlo. ¿Por qué no, de hecho? ¿Por qué no se pasa el día de pie?

—Creo que me resulta demasiado cansado, un cliente tras otro. Un cliente es una persona, y las personas chupan energía.

—También dan energía —dice el escritor.

—A mí no. Mi abuelo hablaba de fútbol con todo el mundo. Hasta conmigo, aunque sabía que no me interesaba. Yo prefería

hablar de natación o de nadadores, pero eso él no lo entendía. Lo que decía, lo que preguntaba, era una especie de automatismo, en realidad no escuchaba. No le suponía ningún esfuerzo, quizás estaba tan descansado a las seis como a las nueve. Yo no puedo, cada cliente es una persona nueva.

—¿Y tu padre?

Eso Simon no lo tiene que pensar:

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Qué vas a hacer el resto del día?

Simon mira el reloj. Pasa un poco de las cuatro y media.

—Pasar el rato. Cocinar, comer.

—En el fondo, nuestros trabajos no son tan distintos —dice el escritor—. Tú cortas o afeitas, no demasiado, yo escribo, tampoco demasiado, y el resto del día lo dedicas a pasar el rato; cocinar, comer, mirar un poco la tele, leer.

—Tienes que irte —dice Simon.

—Sí —dice el escritor, y se pone de pie—. Gracias. Me alegro de que haya estado tu abuelo. Un peluquero de la vieja escuela.

—De nada —dice Simon—. ¿Ya tienes bastante?

—Si puedo volver otro día, por mí encantado.

—Cómo no.

—Pasar el rato —dice el escritor—. Qué descripción tan fantástica para explicar que no haces nada especial durante el día. —Se pone el abrigo y da la vuelta de nuevo al cartel—. Me gusta venir aquí de todos modos —dice, con la mano en el pomo, y hablando hacia la puerta, no hacia Simon.

—¿Ah, sí? —pregunta Simon.

—Sí —dice el escritor, abre la puerta y sale a la calle. Pasa por delante del escaparate y se detiene. Se saca un paquete de cigarrillos de un bolsillo de la chaqueta. Enciende uno, inhala profundamente, expulsa una enorme nube de humo, la aparta de un gesto y con ese mismo gesto se despide de Simon y desaparece.

Simon mira por un momento el cartel oscilante, se da cuenta de que todavía tiene la escoba en las manos, que está apoyado en ella, como un operario de la brigada municipal ante un gran boquete en

la calzada.

16

En el supermercado Albert Heijn, Simon no sabe por qué decantarse. Comida. Pero… ¿qué? Hay que comer todos los días, pensar algo que comer todos los días. Se distrae con la música que sale de unos altavoces invisibles. ¿Desde cuándo? Al final compra gambas y tomates cherry, rúcula y, por si acaso, ajo, que quizás no le queda. Una botella de vino blanco. Pan, espaguetis. Fuera hay un perro esperando a su dueño que levanta la mirada brevemente cada vez que alguien sale de la tienda.

—Hola —dice Simon en voz baja al animal mientras alarga una mano hacia su cabeza sin querer acariciarlo realmente. El perro lo ignora, intenta mirar lo que hay detrás de Simon. Sí, piensa Simon, aquí estorbo. Todavía hay un poco de luz en el cielo, las farolas ya están encendidas. Un mes más, piensa, y habrá luz durante una hora u hora y media más. Debería salir a comer fuera más a menudo. Así me ahorro pensar qué cocinar. En la esquina hay un pequeño restaurante, De Eetschuur, el tipo de lugar en el que puedes comer perfectamente solo, de espaldas a la pared, mesas pequeñas. Iba a veces, pero es una costumbre que ha perdido sin motivo aparente. Es miércoles, piensa, en tres días será sábado. Hasta que no pasa por delante del escaparate de la tienda de marcos y casi inmediatamente lee el cartel en la puerta de aquella terapeuta («Si es para Wynia llamen tres veces») no es consciente de lo que ha pensado. Tiene la imagen de aquel chico demasiado presente todo el rato.

Al llegar a casa, deja la botella de vino blanco en el frigorífico y el resto de la compra en la encimera. Se acerca a la estantería que contiene su magra colección de libros, coge las otras tres novelas del escritor que ahora ya tiene el pelo gris y las deja en un montoncito

ordenado sobre la mesilla de café. Mira que encenderse el cigarrillo fuera, piensa, en lugar de preguntar, viendo que Jan se fumaba uno, si podía hacer lo mismo.

—Sí —dice su abuelo—. Yo otra vez.

—Ya lo oigo —dice Simon.

—Una cosa sobre uno de los aprendices.

—¿Sí?

—Siempre eran chicos. No sé por qué; la que hablaba con ellos era tu abuela. Ella se ocupaba de buscarlos.

—¿Sí?

—Uno de ellos también iba en el avión.

Simon está sentado en la mesa de la cocina. Tiene una partida de FreeCell empezada en el iPad. Al lado del iPad hay un vaso de vino blanco. Es un juego complicado; ya ha vuelto a empezar cuatro veces porque no puede dejarlo. Mira una reina de picas colocada sobre un siete de corazones que le estorba de mala manera.

—¿Cómo? —dice.

—Uno de los aprendices iba en el mismo avión. Un chico que en ese momento trabajaba con nosotros.

—¿Qué?

—¿Hablo en chino o qué? —pregunta su abuelo.

—No —dice Simon, un poco estúpidamente—. ¿Con mi padre?

—Ni idea. No queda nadie a quien preguntárselo.

—Ya.

—Pero bueno, ni que decir tiene que es un poco… curioso.

—¿Y mi padre y ese aprendiz se conocían?

—Sí, tu padre trabajaba mucho en la peluquería, pero no le gustaban mucho los aprendices, parecía que les tuviera celos, así que no sé cuánto podían conocerse.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Bueno, con ese tipo de ahí, un escritor, en fin, ya sabes…

—¿Qué sé?

—¡Que luego se apropian de ello, claro!

—Ah, ya. —Simon sigue mirando la reina de picas y el siete de corazones, intentando escuchar a su abuelo y resolver la partida al mismo tiempo—. ¿Lo sabe Anja también? —pregunta.

—Claro. Tu madre estaba con nosotros cuando me llamó la madre de ese chico. Un miércoles, fue. La verdad es que ni nos habíamos dado cuenta de que había faltado. No teníamos abierto, claro.

—Menuda historia —dice Simon. De repente ve un seis negro, y un cinco rojo y un cuatro negro, y le queda un espacio libre arriba a la izquierda. En un abrir y cerrar de ojos se ha librado de la reina de picas y del siete de corazones, y su copa de vino está vacía—. ¿Tuvisteis más contacto con la familia?

—No. Estas cosas van así. Te haces el propósito, pero no te das ni cuenta y han pasado semanas, meses. Se había comprado un viaje, ya sabes, una de esas vacaciones con todo incluido. Sus padres ya deben de estar muertos.

—Bueno, tú no estás muerto, ¿no?

—Cierto. Ni mucho menos.

—¿Mi padre también iba a una de esas vacaciones con todo incluido?

—Que nosotros sepamos, no. Tu madre nunca encontró nada. No llegó ninguna carta de Holland International ni nada por el estilo.

—Pero es casi imposible que sea casualidad, ¿no? —dice Simon.

—Pues no sé, chico. Ya nadie lo sabe.

—No —dice Simon. Observa la partida nueva que ha empezado porque ha tocado «New game» sin darse cuenta. Oye un ruido que no viene de su lado sino de su abuelo. Una especie de sirena de barco.

—¿Lo has oído? —dice su abuelo—. ¡Me llaman a comer!

—Buen provecho —dice Simon.

Jelka está enferma. Sam y Johan no, pero hoy están muy tranquilos, no se han golpeado entre ellos ni a otros en la cabeza con los churros ni una sola vez. Sam ha preguntado a Simon si él también tiene culo y Johan ya le ha enseñado el suyo. Cuando Simon ha comentado que le parecía un culo bastante gordo, se ha sorprendido de que Johan se riera a carcajadas. Es como si no fueran capaces de indignarse. Hoy no hace sol y en la piscina todo parece más agradable. Más suave, más gris, hasta el ruido parece amortiguado. Melissa nada imperturbable de un lado a otro, la madre de Simon está en una punta de la piscina y no para de gritar el número de largos que lleva. La chica de la frente enorme que la última vez lo llamó Henny le ha estrechado la mano.

—Soy Simon —ha dicho Simon. La chica ha dicho su nombre, pero le ha salido tan raro que ahora Simon cree que se llama Buari. Igor está sentado en una balsa. Tiene los brazos hacia atrás, la cabeza un poco ladeada, como si hubiera nadado cinco kilómetros y estuviera agotado, la parte superior del cuerpo inclinada hacia delante. Mira a Simon. Por alguna razón, a Sam y a Johan no les gusta ver al grandullón así, de modo que vuelcan la balsa. Igor desaparece bajo la superficie, emerge escupiendo agua y agarra a los dos chicos, cada uno bajo un brazo.

—¡Para, Igor! —grita Anja. ¿Qué vas a hacer con Johan y Sam? ¡Doce!

Igor no la oye o, en todo caso, no la mira. Melissa empieza el decimotercer largo.

Igor acompaña a Sam y Johan con Simon. Se dejan llevar, como dos perritos, chapotean con los pies para ayudarlo a avanzar. Cuando llega al lado de Simon, Igor suelta a los dos chicos. Se quedan en fila delante de él y lo miran.

—Gracias, Igor —dice Simon.

—Reuaahhh —dice Igor.

—¿Es tu madre? —pregunta Johan.

—Sí, Johan, es mi madre.

—Oh —dice Sam.
—¡Quince! —grita Anja.
—Sabe contar muy bien —dice Johan.
—Ya lo creo.
Sam se inclina, mira a un lado y dice:
—Cuatro.
—Tú también sabes contar muy bien —le dice Simon.
—¡Vete, va! —grita Sam a Johan.
Johan se aleja caminando como un pato.
—Tres —dice Sam.
Igor está ahí sin decir nada.
Sam también se aleja. Cuando va por media piscina, grita:
—¡Dos!

Dos. Igor y Simon.

—Oye, Igor —dice Simon.

El chico no dice nada, da otro paso adelante. Simon mira a su madre.

—¡Dieciséis! —grita ella, antes de echarles una ojeada. Entonces Igor coge a Simon por los hombros y lo sacude con suavidad, como si quisiera averiguar si está firmemente plantado en el agua.

—¿Qué haces? —pregunta Simon.

Tiene que decir algo, no puede quedarse así como si nada, aunque sabe lo inútil que es preguntar. Son más o menos igual de altos, Igor quizás mide unos centímetros más. El chico suelta los hombros de Simon, le pasa los brazos por debajo de las axilas, le agarra los omóplatos con sus manos enormes y lo aprieta contra sí; avanza un último paso, ya no puede estar más cerca. Dos cuerpos apretados en una piscina de agua tibia. Simon ve gotitas de agua minúsculas que brillan en los labios del chico. Cormorán, piensa. Gaviota. Ahora que se le ha metido en la cabeza, es difícil quitárselo de la mente. Reprime el impulso infantil de llamar a su madre y la oye decir que «los retrasados no se fijan en esas cosas» y que «si se fijan, no lo entienden», pero él ahora se pregunta si eso es cierto, y,

de repente, piensa que ojalá en la piscina no hubiese nadie más, que estuviesen solo Igor y él, nadie que pudiera ver lo que ocurre aquí, sobre todo ahora que Igor se ha puesto a lamerle el cuello y aprieta la parte inferior de su cuerpo con fuerza contra él. Y Simon también piensa: me lo está haciendo a mí, no a Melissa ni a Sam ni a Johan ni a Anja, ni a esa chica de la frente grande como se llame, Buari o algo así. Me lo está haciendo a mí. No quiere pensar todas estas cosas, quiere quedar libre, salir de esta piscina tibia, estar solo en la peluquería o, a las malas, con un cliente, un cliente fácil, no quiere estar aquí, maldice a su madre, todo esto es cu…

—¡Igor! —grita Anja—. ¡Para!

El chico suelta a Simon al instante y le dirige una breve mirada antes de darse la vuelta. Ruge algo y cruza la piscina, dando saltos como puede, hasta el otro lado, donde lo esperan Sam y Johan con sus churros.

—Hostia —dice Simon en voz baja.

—¡Diecisiete! —grita Anja.

Melissa no ve ni oye nada; empieza su decimoctavo largo con toda la calma.

—¿Estás bien? —grita su madre.

—Sí, todo bien —dice Simon.

Simon casi siempre mira a la gente a los ojos indirectamente: a través de un espejo. Tiene la costumbre de no mirar a la gente de la calle a los ojos, ni tampoco en tiendas ni en ninguna otra parte. No le apetece establecer contacto, solo eso. Unos ojos en un espejo son una mirada indirecta, hay un rodeo; es como lo de que a veces en un espejo te das cuenta de repente de que alguien tiene la cara torcida pero, por lo general, no se nota, seguramente porque te has acostumbrado. Aquella mirada de Igor, aquel breve momento entre que su madre lo riñe y se da la vuelta. Directamente a los ojos, sin filtro, sin espejo, directa. Como si hubiera otra persona dentro del precioso cuerpo de Popov que tiene el chico. Había sido una mirada casi astuta. Astuta, no necia. Atravesándolo, como si los papeles se

hubieran invertido por un instante, como si Simon fuese el discapacitado e Igor el que intentara entenderlo.

Simon se masturba, por supuesto. El resto del sábado —un cliente, cocinar, ver la televisión— aquel momento ha permanecido en su cuerpo como una languidez lujuriosa. No es que lo haga totalmente sin reservas, pero la excitación vence esos pensamientos, la manera de mirar del chico persiste, y sus ojos (gris verdoso) son lo que lo acompaña cuando se acuesta. Cormorán, piensa de nuevo, porque es más fácil reducir al chico a un pájaro, a un animal. Más fácil y, de alguna manera, menos grave. Y si se ve a sí mismo como una gaviota, todavía es menos malo.

18

—Cada vez mejor, ¿no?

—Ya lo creo —dice Simon.

—Antes de que te des cuenta serás un educador experto en personas con discapacidad.

—Henny volverá tarde o temprano, ¿no?

—Ja. No creo. Hace tiempo que no sé nada de ella, estará instalándose allí.

—Con Ko.

—Sí, con Ko.

—Mm.

—Ofréceme algo.

—Perdona. ¿Un café? ¿Té? ¿Vino?

—Vino. Blanco.

Su madre mira a su alrededor como si fuera la primera vez que viene. Siempre lo hace, un poco sorprendida, como si se preguntara cómo es posible que su hijo pueda vivir en una casa tan completa, de tres pisos, con una cocina abierta bonita y elegante, una planta grande, una lavadora, un iPad en la mesilla de café… cosas que también tienen otras personas. Cosas la mar de normales, pero no

para su hijo.

Simon se levanta y va a la cocina. Sirve dos copas de vino blanco y vacía una bolsa de patatas fritas en un bol. No esperaba la visita de su madre, estaba sentado en el sofá con un libro; leía como un adulto y se sentía bien. Sin la televisión encendida, sin distracciones, sin hombres desnudos en el iPad.

—¿Me estás poniendo unas patatas fritas delante?

—Sí.

—Hace años que no como.

—Pues no comas.

Él coge un puñado grande y empieza a devorarlas entre crujidos. Para tener la boca llena.

—Marrano —dice su madre.

Simon traga.

—¿Te apetece alguna otra cosa? ¿Un poco de queso?

—No, con el vino basta.

—¿Quieres que te corte el pelo?

—No, ¿por qué demonios preguntas eso? ¿Te parece que necesito un corte de pelo?

—No —murmura Simon.

—Y además, tú no haces mujeres, ¿no? No te gusta nada.

—Pero sé hacerlo. ¿Se te ha olvidado que antes te teñía yo?

—No, no se me ha olvidado.

—La semana pasada mismo le corté el pelo al abuelo.

—Ah. ¿Y qué dijo?

—¿Que qué dijo? ¿A qué te refieres?

—¿De qué hablasteis?

—De nada. De una cosa y otra y de eso y aquello y de papá. Había un cliente, un escritor que viene a menudo. Quería ver cómo es una peluquería.

—¿Un escritor?

—Sí.

Simon señala el libro que tiene sobre la mesa, *Abril*. Su madre lo mira sin interés, no hace ademán de cogerlo.

—No me suena —dice, y toma un sorbo de vino.

—El abuelo estaba en su salsa, se puso cómodo y todo, ya sabes cómo es. Una copita de ginebra, un cigarrillo.

—No deberías permitirle fumar en la peluquería. Pero ¿por qué hablabais de tu padre?

—Por nada, salió el tema. Una cosa lleva a la otra. Y hace poco fuimos a Westgaarde, claro.

—Sí, ya lo sé —dice su madre. Vacía su copa y la levanta de un modo que hace que Simon vaya al frigorífico a por la botella. Se la llena y también se sirve a sí mismo, para que no sea dicho.

—Dos copas —dice su madre—. Siempre dos copas. —Se inclina hacia atrás, se pone una mano en una rodilla y balancea la copa con la otra mano, agarrando el pie entre los dedos. Como un hombre—. Creo que tu padre no me quería mucho.

—¿Qué?

—No lo sé, solo lo pienso. Siempre me daba la sensación de que tenía la cabeza en otro sitio.

—¿En qué sentido?

—Bueno… —Mira la copa que tiene sobre la rodilla. Pasa una motocicleta por la calle, un sonido que es mucho más fuerte de noche que de día; las hileras de casas forman una caja de resonancia que suena más llena en la oscuridad, cuando no hay otros ruidos. «Tu padre». Siempre lo llama así, como si solo hubiese existido para él. Nunca lo llama por su nombre, Cornelis, nunca dice «mi marido», aunque hay que admitir que esto último sonaría ridículo—. Lo hacía todo como por automatismo.

—¿Y?

—Pues nada, solo eso. No sé. Pero aun así… —Piensa un momento y luego se le ocurre una descripción mejor—: No se preocupaba por mí.

Simon va a hacer una pregunta que nunca ha hecho antes, porque nunca había pensado en ello, hasta hace poco, en Westgaarde.

—¿Sabía que estabas embarazada?

Ella duda, toma un sorbo de vino, deja la copa sobre la mesa en lugar de volver a ponérsela sobre la rodilla.

—Sí.

—¿Se fue por eso, tal vez?

—Es posible. —Su madre se agacha, se acerca el bol de patatas fritas y se mete unas cuantas en la boca—. ¿De qué sabor son?

—Sal y vinagre.

—Están ricas. En Inglaterra son típicas.

Traga las patatas acompañadas con un sorbo de vino y vuelve a levantar la copa.

—¿Tres copas? —pregunta Simon.

—Una vez al año no hace daño.

Simon espera que su madre no acabe teniendo uno de sus momentos de agobio. No es frecuente que venga a visitarlo; es una de esas madres que dan por sentado que los hijos son los que visitan a sus padres. Además, está muy ocupada. El coro, clases de cocina, voluntariado de todo tipo, muchas amigas, partidas de cartas, club de lectura. Ahora que lo piensa, se pregunta si no podría haber encontrado a alguien que la ayudara en la piscina en uno de esos círculos o asociaciones. No vale la pena preguntárselo. La conoce, sabe que no debe preguntar más. Lo, que ha dicho ya le ha costado dos copas de vino, casi tres. Más vale no sacar a relucir el nuevo dato que le ha dado su abuelo. Por lo que a él respecta, no hace falta que se quede mucho más; Simon digiere mejor las cosas a solas.

Ella lo mira fijamente.

—¿Cómo es posible que seas tan indolente? —pregunta.

—¿Indolente? ¿Qué significa eso?

—Mira, me ha salido así. Significa que te cuesta arrancar. Cuánto tuve que insistir, casi suplicar, para que te comprometieras a ayudarme…

—Mm. —Simon reflexiona un momento, pero por supuesto no se le ocurre ninguna respuesta a bote pronto—. ¿Siempre he sido así?

Su madre tiene que pensarlo.

—Eras muy callado, eso sí. Pacífico.

—Creo que es solo que dejo que las cosas vengan por sí solas.

—Sí, siempre has sido un poco de verlas venir.

—No te pases…

—No es nada malo. —Su madre toma un sorbo de vino—. ¿Qué te parece Igor?

—¿Qué me parece Igor?

—Sí.

—Nada. Normal.

—¿No te parece especial?

—Muah. Sam y Johan sí me parecen bastante especiales.

—Cada uno tiene lo suyo. Pero Igor no tiene nada, en realidad. Y no se le nota nada. Siempre me da la sensación de que podría decirme algo, que un día de repente esos ruidos que emite van a convertirse en palabras y frases.

—No, yo no tengo esa sensación. Habla con el cuerpo.

—Sí, también. —Su madre hace una mueca—. La tercera copa no ha sido buena idea.

Se levanta y va a la cocina. Tira el vino por el fregadero, enjuaga el vaso, lo llena de agua y se lo bebe entero.

—Bueno —dice—. Me voy.

—Vale —replica Simon.

—Nos vemos el sábado.

—Sí.

Cuando se va, Simon no vuelve a coger el libro. Se sienta frente al ordenador y teclea la palabra «indolente». Apático. Perezoso. Desganado. Inerte. Laxo. Parado. Desanimado. No activo. Poco enérgico. Poco decidido. Con tendencia a la inmovilidad. Indiferente. Ineficaz. Lelo. Lento. Lento de mente y de espíritu. Abotargado. Poco resolutivo. Gandul. Abúlico. Veinte descripciones. Abotargado, en todo caso, no soy, piensa. Luego vuelve a mirar todo lo que encuentra sobre el accidente de avión, clic tras clic, busca nuevas imágenes. Más. Quiere saber y ver más. También se sirve una tercera copa de vino. Ve una emisión de *Reporter* de 1987 hasta el final, soportando la dichosa vocecilla de Fons de Poel. Antes había prestado atención a otras cosas, buscaba

sobre todo imágenes y relatos de testigos presenciales; ahora está concentrado en el porqué del accidente. Un estadounidense de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte explica que, al principio, la cooperación entre americanos, españoles y la Administración Aérea de los Países Bajos fue buena, hasta que empezó a quedar claro que el capitán neerlandés Veldhuyzen van Zanten, del avión The Rhine, era el principal responsable del accidente. «Lack of cooperation from the Dutch became apparent at that time», afirma el americano, que se llama Dreifus. La Administración Aérea de los Países Bajos es la única que emite un informe que reconoce que hubo varios factores que provocaron el accidente, y que los «human factors» no tuvieron ninguna relevancia, mientras que los otros dos informes —el de los españoles y el de los americanos— hacen hincapié en las causas humanas. A Simon, el tipo de la Administración Aérea de los Países Bajos le cae mal. A lo largo de todo el reportaje, le juguetea una sonrisa en los labios. Está claro que el padre de ese hombre no murió en Tenerife. Representa el aspecto técnico del asunto. Tiene que esforzarse mucho para sonar verosímil y debe de saber que los periodistas también han hablado o van a hablar con los estadounidenses y los españoles. No es familiar de ninguna víctima.

Yo sí soy un familiar de una víctima, piensa Simon. Es la primera vez que lo piensa en toda su vida. Vuelve a notar que escamotean la catástrofe, le prestan poca atención, el bueno-qué-le-vamos-a-hacer-pasemos-a-otra-cosa. La enorme diferencia entre 1977 y 2014. Es extraño, pero siente celos, aunque comprende que en 1977 probablemente solo había dos canales de televisión. El impacto fue mucho menor, la gente no podía expresarse directamente como hoy. Hoy en día, cuando las víctimas de una catástrofe extranjera son trasladadas a los Países Bajos, se forman largas hileras de público en los bordes de las autopistas. La gente hasta aplaude. La única superviviente, si se la puede llamar así, la azafata de Holland International, dijo en una entrevista publicada por el periódico *Reformatorisch Dagblad* en 2017 que, efectivamente, en aquella época no existían medidas de apoyo a las víctimas. Lo que

se hacía era no hablar del tema y seguir adelante. La mujer fue al mostrador de KLM a decir que se iba a casa, vivía en Tenerife; le dijeron que no podía, porque su nombre constaba en la lista de pasajeros y todavía tenía la maleta en el Boeing. Pero ella pidió a sus colegas que le cogieran la maleta y se fue a casa sin más. Al parecer, en aquella época no era un problema llevar en la bodega una maleta sin que el dueño estuviera a bordo.

Luego encuentra una entrevista con una hija de Veldhuyzen van Zanten en la revista *Trouw* del 27 de marzo de 2007 que la otra vez no había visto. La mujer veía la mano de Dios en lo acontecido: «[Dios] estaba ahí, aunque todo fue mal. Eso no suaviza el dolor, pero entreveo a Dios en lo que ocurrió. Yo siempre rezaba por mi padre cuando volaba; solo más tarde me di cuenta de que aquel domingo por la mañana no lo había hecho. Fue como si Dios dijera: "No te molestes, de todos modos no puedo escuchar tus oraciones". Y, si hubiera rezado, tal vez me habría rebelado».

La incredulidad por la muerte de su padre se vio acrecentada por el hecho de que no se había podido identificar su cuerpo. Después de la colisión se desató un abrasador incendio de queroseno. El dentista de la familia hizo una ficha dental, la familia pudo ver fotografías de las prendas recuperadas, pero no sirvió de nada. «Durante mucho tiempo tuve una sensación difusa de que mi padre seguía vivo. Pensaba: tal vez se dio un golpe fuerte, salió despedido del avión y sufre amnesia. Un día mi madre llamará y dirá: "Papá ha vuelto, ¿no es increíble? Ven a Sassenheim enseguida". Te aferras a esa pequeña posibilidad, tienes esperanzas aunque sabes que no hay ninguna. Eso hace que sea más difícil de superar. Pero a medida que pasa el tiempo, vas entrando en razón y sabes que no sobrevivió. Cuando hay una bola de fuego de esas características, no queda nada».

Los restos de los cuarenta y cuatro ocupantes no identificados están enterrados en el cementerio de Westgaarde, en Ámsterdam. «En todos estos años, hemos estado allí tal vez seis veces. No tengo ningún recuerdo de mi padre; ni siquiera sé si está enterrado allí. También podría estar enterrado en América o en ninguna parte, por

decirlo de algún modo».

«Por decirlo de algún modo», piensa Simon. Se termina la cuarta copa de vino blanco y apaga el ordenador.

Más tarde, en la cama, piensa que si puede haber una maleta sin dueño en la bodega de un avión y eso se permite, también podría constar en la lista de pasajeros el nombre de alguien que no va en el avión. Las circunstancias no ayudaban. No puede quitárselo de la cabeza. Nota un sabor agrio, eso pasa cuando te tomas cuatro copas de vino blanco. Se gira y da vueltas en la cama y, finalmente, se levanta. Baja las escaleras y enciende el ordenador. Busca la entrevista a la azafata. Y sí, ahí lo pone: «Unos días más tarde se presenta la Policía Militar. Dos empleados tienen que verificar oficialmente que ha sobrevivido a la catástrofe, ya que su nombre consta en la lista de pasajeros. Ella misma es la prueba viviente de que ha sobrevivido». Después, busca la lista de pasajeros, recuerda que la última vez que encontró una lista que parecía fotocopiada, un documento original, pero ahora solo encuentra una lista pasada a limpio en www.project-tenerife.com en la que no aparece el nombre de la azafata, pero sí el aviso de que la página puede contener errores debido a que «pueden existir varias listas "definitivas"». En algún otro sitio lee que inicialmente se habló de 225 pasajeros, más tarde se ajustó a 235 porque a bordo había varios bebés cuyos nombres no aparecían en la lista. Cuenta el número de niños de uno o dos años. Hay ocho. ¿Se puede seguir llamando bebé a un niño de dos años?

19

—La una y media —dice el escritor.

—Como de costumbre —dice Simon.

—¿Eso te parece fácil o aburrido?

—Me parece bien —dice Simon—. Luego vendrá otro chico a

hacerse la barba.

Pone la maquinilla al dos. Si quiere, puede terminar en diez minutos, pero suele trabajar despacio y con detenimiento, aunque solo sea para que el escritor crea que vale la pena pagar veinte euros. Al dos en la parte superior, cero y medio en los laterales y la nuca. No hay mucho que cortar; al fin y al cabo, el escritor ya vino hace poco. La verdad, Simon no entiende por qué vuelve a estar aquí.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta.

—A Marsella —dice el escritor—. Dentro de tres días. Un festival literario.

—¿En avión?

—Qué va. En tren. Hoy en día llegas en ocho horas. Con escala en París.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Te gustan esas cosas?

—Bueno, gustarme, gustarme… Suelo tener ganas de ir, pero una vez allí, me siento fuera de lugar. ¿Qué se me ha perdido en Marsella?

—¿Das conferencias?

—Sí. Eso me gusta. No hablo ni una palabra de francés, pero eso es problema suyo. Siempre cometo el mismo error: como se tarda mucho en llegar, decido quedarme uno o dos días más, pero nunca pienso que todos los demás escritores se habrán ido, y me encuentro desayunando totalmente solo en el comedor de un hotel, sin saber qué hacer.

—Mm —dice Simon.

—Eso. Pero llegará un día en que ya no lo haga.

Por delante del escaparate pasa una cantidad sorprendente de coches. Debe de haber una calle cortada en alguna parte. Conducen muy despacio, los conductores tienen mucho tiempo para mirar por el gran ventanal.

—¿Qué llevo ahora? —pregunta el escritor.

—¿Eh? —pregunta Simon.

El escritor mueve los brazos bajo la capa.

—Esto. ¿Cómo se llama?

—Una capa —dice Simon.

—Mira, eso es útil.

—¿Ya has empezado?

—Sí.

—¿Y?

—Y… ¿qué?

—¿Avanza? ¿Te sirve de algo venir? ¿De qué trata? —El escritor mira a Simon a través del espejo—. Perdona.

—No importa. Es que yo tampoco lo sé. No tengo ni idea de adonde irá a parar.

—Me alegro de no estar en tu lugar.

—Muah, no hay para tanto. —El escritor vuelve a mirar a Simon. Indirectamente—. ¿Sabes lo que sí es grave?

—¿Qué?

—Que después de mi última visita pensé: ¿por qué yo no tengo un padre así? ¿Por qué no tengo una historia como esa?

—Pero si puedes inventártela.

—Ya, ya. Otros escritores lo tienen más fácil. El padre de uno es alcohólico, el otro nació en Irán o tiene un hermano que se suicidó, un abuelo en la resistencia, una madre con una pocilga llena de cerdos salvados de la matanza, una abuela que conoció a la reina Juliana, o sufre Asperger. ¿No has tenido nunca la necesidad de investigar un poco más ese accidente de avión?

—Sí.

—La última vez me dio la sensación de que no te interesaba en absoluto.

—Mm.

—¿Qué tal aquel cursillo de natación que dabas? ¿Te gusta?

—No está mal.

—¿No está mal? Parece que hoy en día eso ya no se puede decir.

—¿Por qué no?

—Porque es como no decir nada.

—No sabría de qué otro modo decirlo. Y cursillo es demasiado generoso. Hay una que sabe nadar más o menos, se llama Melissa, el

resto solo chapotea un poco por allí. Lo importante es que no se ahoguen.

Simon no tiene ganas de hablar de Igor. O, mejor dicho, se cuida de no decir nada sobre el chico.

—¿Te gustaría nadar conmigo alguna vez?

—¿Eh?

—O ir al cine o salir a cenar. Algo que no sea estar aquí. Terreno neutro. Hace años que nos conocemos.

—Vale.

—No tienes pareja, ¿no?

—No.

—Yo tampoco.

—Si fuese tan fácil…

Por último, Simon le corta los pelos de las orejas al escritor con la maquinilla pequeña. Sin pensar, sopla para quitarle los restos de una oreja.

—Perdona —dice—. Estaba distraído.

—No importa —dice el escritor—. Hacía mucho que nadie me soplaba al oído.

Simon le quita la capa de un tirón.

—Listo —dice.

El escritor se pasa la mano por la cabeza.

—Muy bien, como siempre. Digno de Marsella.

—Un placer —dice Simon.

—Y ahora quiero un masaje con loción.

—¿En serio?

—Sí. He pensado que alguna vez tenía que probarlo.

—Entonces tienes que elegir un aroma.

—Elígelo tú, que eres el entendido.

Simon se dirige al armario donde tiene las lociones. Saca un botellín y vuelve a la silla.

—¿Qué es? —pregunta el escritor.

—*Eau* de Portugal.

—Suena bien.

Simon se vierte una generosa cantidad de loción en la palma de

la mano y empieza el masaje.

—¡Limón!

—Entre otros ingredientes.

El escritor ha cerrado los ojos. Mueve los pies arriba y abajo. Parece muy satisfecho.

—Sí —dice por fin en voz baja—. Un padre y un accidente de avión.

—¿Buscamos ya una fecha?

Simon le mita desde detrás del mostrador.

—Ve a Francia primero. Ya quedaremos cuando vuelvas. ¿Vale?

—Perfecto. —El escritor espera un poco más y luego se saca una cartera del bolsillo de atrás. Coge tres billetes de diez—. Gracias.

—Un placer —repite Simon—. Que vaya muy bien por Marsella.

Se mete los billetes arrugados en el bolsillo, normalmente los guarda de forma ordenada en la caja. Después de la conversación que han mantenido, el dinero le parece distinto. Intenta calcular cuánto ha ganado en propinas del escritor a lo largo de los años. Cobra quince euros por un corte a máquina.

Una vez más, el escritor se enciende un cigarrillo al salir a la calle. Esta vez no se despide de Simon con la mano. La campanilla resuena suavemente. Simon mira el reloj. Falta una hora para que llegue el chico de la barba. Barre un poco de pelo mientras pasa un coche tras otro. Todos ven a un peluquero barriendo la porquería de otro, piensa. Luego sube a prepararse un expreso.

20

Un día soleado. Esta primavera está haciendo muchísimo sol. La luz

intensa entra por los grandes ventanales. Sam y Johan no prestan atención a los churros, sino que aprenden a nadar con Melissa, que hoy ha dejado a un lado su imperturbabilidad habitual para enseñarles.

—No sabía que Melissa pudiese comunicarse tan bien —dice Simon.

—Ja. Una vez me dijo, literalmente, que no entiende qué hace entre todos esos retrasados —dice su madre—. Tuvo que repetirlo tres veces para que la entendiera, pero aun así.

Melissa tiene a ambos chicos agarrados por un pie. Están más o menos tumbados sobre una tabla rectangular y agitan los brazos para avanzar. Melissa decide si lo hacen o no. Si no obedecen sus instrucciones como ella quiere, tira de ellos hacia atrás. Jelka y aquella chica llamada Buari flotan en un rincón de la piscina. Parece que Jelka cuenta una historia tras otra, su «Tat, tat, tat» tiene entonación, cada «tat» que pronuncia debe de significar algo distinto. Buari no está muy impresionada. Se saca mocos y se los mete en la boca.

—¿Dónde está Igor? —pregunta Simon.

—Ahora viene.

—¿No ha venido con los demás?

—Cuando la furgoneta ha ido a por ellos, no estaba listo. Lo trae alguien de la residencia.

—No estaba listo —repite Simon.

—Ya… —dice su madre—. A lo mejor no encontraba su bañador.

Están sentados en los escalones y miran las copas desnudas de los árboles del parque. Anja con el agua hasta los pechos, Simon solo hasta la parte inferior de las piernas.

—Es raro —dice su madre—. Casi puede parecer verano, pero luego resulta muy extraño que los árboles todavía no tengan hojas.

—Falta mucho para el verano.

—Ya.

—Oye…

—Uy, uy.

—¿Qué?

—Tengo un presentimiento.

—Aquella mañana, aquel domingo… ¿Cómo se marchó?

Su madre suspira. Se impulsa con los brazos, como si quisiera sentarse mejor en los escalones de baldosas, duros como una roca.

—No me enteré.

—¿Cómo es posible?

—Estaba haciendo gimnasia con dos amigas. ¿Te acuerdas de que entonces estaba de moda hacer circuitos con ejercicios? No, claro que no, cómo vas a acordarte. En todo caso, medio Ámsterdam se colgaba de cuerdas, saltaba de un bloque de hormigón a otro, hacia zigzag entre troncos y corría de aparato en aparato. Pues eso estaba haciendo. El domingo a primera hora.

—Y cuando volviste a casa, se había ido.

—Sí. Al principio ni me di cuenta, no siempre nos decíamos dónde estábamos, pero cuando fui a ducharme, vi que faltaban un montón de cosas del estante del espejo. —Su madre reflexiona un momento—. Ya no hay circuitos de ejercicios de esos. ¿Qué habrá sido de ellos? A lo mejor el ayuntamiento los ha desmontado.

Simon no responde.

—Y cuando te enteraste de que había ocurrido ese accidente, ¿no te preocupaste?

—No. ¿Por qué iba a preocuparme? Pero a esas alturas ya llevaba todo un domingo sola en casa, y eso sí era raro.

—¿Cuándo te enteraste?

—La noche del domingo al lunes. Creo. Ni idea de cómo dieron conmigo.

—¿No salía nada en la televisión?

—Supongo que sí. Pero no mucho. Sí recuerdo haber mirado al día siguiente. Había imágenes, y Harmen Siezen viajó a Tenerife. Salía en un estudio pequeño con un cuadro enorme de una montaña detrás de él. O quizás era una ventana y aquella montaña era de verdad.

—¿Harmen Siezen? ¿Ya presentaba las noticias entonces?

—Eso parece. ¡Melissa! ¡Déjalos nadar! ¡No les tires de las

piernas todo el rato, a ti tampoco te gusta cuando Igor te lo hace!

Anja se levanta y baja las escaleras.

—¿No te pareció increíble?

—Claro. ¿Qué se le había perdido en ese avión? Bueno, hasta aquí podíamos llegar.

¿Quién?, se pregunta Simon. ¿Melissa o él?

—¿Cuántos años tendrá Harmen Siezen? —grita a su madre, que ya ha llegado al lado de Jelka y Buari.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Noventa?

—¿Te das cuenta? —grita Simon por encima de las cabezas de Melissa, Sam y Johan.

Sam levanta la vista sobresaltado.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿No lo estamos haciendo bien?

—¿Te das cuenta de que esto también me afecta a mí? ¿De que mi padre desapareció antes de que tuviera la oportunidad de conocerlo?

—¡Eh! ¡Calla! —grita Johan.

—¡Mejor para ti! No le des tantas vueltas. Tu padre podría haber sido cualquier otro.

Simon no da crédito a sus oídos. ¿Qué mosca le ha picado a esa mujer? De repente se altera mucho. Está harto de que siempre rehúya el tema o se vaya. Hasta a nado.

—Más vale que vayas a ayudar a Igor en el vestuario. Mira, ahí viene.

Simon se da la vuelta. Igor entra con una mujer. Esta hace un gesto que indica que su trabajo ya está hecho y desaparece.

—No —dice.

—¿No? ¿No, qué?

—Ve tú. Yo ya vigilo aquí.

—¡Pero bueno!

—Estoy harto de que Igor me use de rascador.

—¿Qué dices? ¿De rascador?

—Sí, como si él fuese un gato y yo, el rascador. Ya lo has visto las últimas veces, ¿no? ¿Has visto que alguna vez se agarre a alguien que no sea yo? ¿A ti, por ejemplo? ¿A Melissa? No, qué va, al

parecer solo puede pegarse a Simon.

—¡Pero bueno! —exclama de nuevo su madre—. Tú estás ahí mismo.

Igor, mientras tanto, está esperando cerca del vestuario, un poco incómodo, con la mochila colgada de un hombro.

—Bueh —dice.

—Insubordinación —protesta su madre cuando pasa a su lado para salir de la piscina.

—No hace tanto me dijiste que no tendría que ocuparme de eso.

—Ya, ya. No pasa nada.

—Y me estoy planteando dejarlo.

—Ni hablar del peluquín.

Anja desaparece con Igor en el vestuario.

—Pero si conoces a un montón de gente, ¿no? —le grita él aún —. Vas a un montón de clubs.

—Son conocidos, sí. ¡Ja! Me imagino a Linda del club de lectura chapoteando por aquí, o a Harold del coro…

Simon mira los árboles desnudos a través de los cristales. Por el parque hay gente trotando, gente paseando al perro, madres jóvenes que empujan cochecitos… un vehículo de policía pasa con extrema lentitud por el camino. Sabe que fuera hace frío, pero a pesar de las ramas despojadas y la luz oblicua del sol, mirando a la gente parece que es verano, simplemente porque el sol brilla, y aquí dentro están a treinta grados por lo menos. Esa noche, por fin descubre cómo lo describió el escritor. En la página 176, «Qué falta hace, se pregunta Klaas. Tiene el pelo recio, largo y brillante, el cuerpo ancho y musculoso, los dientes blancos y los labios gruesos. ¿Quién decidió que alguien como él tuviese que ser tan guapo?». El fragmento es mucho más corto de lo que recordaba. Más corto, y diferente. Más raro, también. ¿Quién iba a decidir algo así? ¿Dios, por ejemplo? Son cosas que suceden, son cosas que existen. Pero es que es cierto. Igor es increíblemente guapo sin que eso le sirva de nada a nadie. Cierra el libro y lo deja a un lado. Apaga la lámpara de lectura.

Mañana será otro día, piensa, mientras se tumba de lado y encoge las piernas.

II

21

—¿Qué haces?

La tiene de espaldas.

—Voy a levantarme, no me encuentro bien.

—Pues ¿por qué no te quedas tumbado, justamente?

—Es que no puedo. Voy abajo.

—Yo también voy a levantarme.

—Vas a hacer ejercicio con Liesbeth, ¿no?

—Sí. Y con Irene. Ahora no quiero ni pensarlo.

—Nos vemos abajo.

Ella murmura algo más que él no oye. Se queda tumbada en la misma posición. Él se levanta. Apenas entra luz a través de las cortinas. No se viste, baja en calzoncillos. Debajo tiene ropa preparada y una pequeña maleta debajo de la escalera. No hace té ni café, no come nada. Esto es escabullirse, piensa mientras cierra la puerta suavemente tras de sí. Despedirse a la francesa. Huir, tal vez. Es un día húmedo y frío, de vez en cuando se refugia en un porche o bajo un árbol, pero, como los árboles están desnudos, sirve de poco. El clima lluvioso lo irrita. No quiere llegar empapado a Schiphol. Las calles están tranquilas el domingo a primera hora. En la pequeña maleta lleva un pantalón extra, unos cuantos calzoncillos, dos camisas, tres pares de calcetines, un neceser. Va a pie hasta la calle Overtoom y allí coge un autobús de la línea 15. Apenas hay nadie en él. Mira por la ventana. Ámsterdam está húmedo y gris. Él

está tenso, será la primera vez que viaje en avión. Casi no sube gente en las paradas. El autobús no se llena. La ciudad se convierte en un paisaje irregular. Campos, naves industriales, algún hotel. Cuando se acercan a Schiphol, ve que hay obras. Falta poco para las siete, el día sigue siendo gris y húmedo, mira un árbol sin hojas y ve que no hace mucho viento.

El aprendiz está en la entrada. Lleva una chaqueta demasiado fina, va vestido para un lugar más soleado, pero todavía falta un poco para eso. Sabe que el hijo del peluquero está casado, pero por lo que a él respecta, pueden fingir que se han encontrado por casualidad durante unas vacaciones. Él, el aprendiz, porque ha reservado un viaje con Holland International; el hijo del peluquero, porque viajaba por su cuenta y ha conseguido con bastante facilidad una plaza en el avión chárter, que no iba lleno ni mucho menos. El aprendiz ya se inventará algo para no presentarse en la peluquería a la mañana siguiente; no sabe si Cornelis habrá dicho algo a alguien. Sospecha que no.

Al principio, las cosas fueron lentas, Cornelis parecía ignorarlo. El aprendiz notaba que lo miraba de reojo, se sentía como un intruso, mientras que el viejo peluquero, Jan —a quien Cornelis llamaba Jean con bastante sarcasmo—, sobre todo, su mujer lo habían acogido con mucho entusiasmo. No entendía de dónde salía la aversión que parecía profesarle Cornelis. Pero entonces llegó el momento en que se quedaron los dos solos al final del día, un día ajetreado, uno de aquellos días típicos en que por la peluquería pasaban más visitas que clientes, mujeres escandalosas del barrio, hombres que tomaban café hablando tranquilos y orgullosos de su nuevo Simca o del trabajo. En algún momento, uno de los hombres había ido a por un pastel de nata de la panadería de la esquina y Cornelis se había enfadado porque también le habían dado un plato con pastel —que se comió— al hombre a quien le estaba cortando el

pelo, con lo que eso entorpeció su trabajo. Sin embargo, el aprendiz se dio cuenta de que en el fondo el alboroto no le molestaba tanto; pues después de eso, ya pasadas las seis, llegó aquel momento que se quedaron los dos solos. Todo empezó cuando, mientras barrían el pelo de todo el día, se miraron accidentalmente por el reflejo del espejo, de modo que se convirtieron en dos jóvenes distintos, dejaron de ser el hijo del peluquero y el aprendiz. Al menos, así es como lo ve él, el aprendiz. Después se vieron unas cuantas veces fuera de la peluquería. Cornelis, siempre cauteloso y vacilante, el aprendiz, decidido, porque sabía lo que quería: quería a ese chico tan guapo que se comportaba de manera hosca y a la defensiva. Ni feliz ni relajado. Una vez, una sola vez, después de ver *Logan's Run* en el cine Tuschinski, en el callejón estrecho que lleva al Amstel, el aprendiz tuvo la sensación de que estaban a punto de besarse. Cornelis aceptó cuando él le propuso que lo acompañara e irse los dos juntos. Irse, simplemente, y ver qué pasaba. Ahí está, bajando del autobús, con la cabeza un poco baja para que la lluvia no le dé en la cara. ¡Ha venido! El aprendiz se mira el reloj. Las siete y poco. Hora de facturar.

En una de las tiendas hay una radio encendida. *All through my wild days, my mad existence, I kept my promise*. El aprendiz camina delante de él. *Don't keep your distance*. Cornelis intenta mantener la mente en blanco. No pensar en nada. Ya no está tenso, ahora siente los nervios en el estómago. Tiene el impulso de dar media vuelta, pero comprende que eso ya no es posible, ya se han adentrado demasiado en el edificio y el aprendiz ha facturado su enorme maleta. En el fondo, ya están en camino. Esto es una especie de tierra de nadie. El aprendiz se da la vuelta y le sonríe.

—¡Buenos días! —dice la azafata. Lleva un traje azul cobalto y una gargantilla colorida.

—Sí, buenos días —dice él. A través de una grieta en la manga había visto que el avión se llamaba The Rhine. Le pareció extraño. ¿Por qué pondrían nombre de río a un avión, en lugar de ponerle nombre de pájaro? Aguilucho. Busardo. O cormorán mismo. Cigüeña.

—¡Un jumbo! —había exclamado el aprendiz—. Nunca he estado en ninguno.

Entran en el avión. Es enorme. Y ruidoso, parece que hay bastantes niños a bordo. Busca su asiento. 28H pasillo.

—Yo estoy mucho más al fondo —dice el aprendiz—. Pero diría que no va lleno, ni mucho menos. Cuando despeguemos ya nos cambiaremos. —Agarra la maleta de Cornelis y la mete en un compartimiento encima de los asientos—. Hasta luego.

—Vale —dice él.

Se sienta y se abrocha el cinturón inmediatamente. A su lado viaja una pareja. El hombre en la ventana.

—Hola —dice él a la mujer, que hojea una revista que al parecer es de KLM.

—Hola, señor —dice la mujer.

«Señor», piensa. Cierra los ojos. Traga saliva. Quiere salir. Faltan pocos minutos para las nueve. Los motores de reacción rugen. Abre los ojos de nuevo y se vuelve. Entonces, el aprendiz también saca la cabeza al pasillo y levanta la mano. Está lejísimos. Menudo mastodonte, piensa Cornelis. ¿Cómo puede volar esto? Devuelve el saludo, se sienta bien recto y gira la cabeza para mirar por la ventanilla. En este momento el aprendiz no le sirve de nada. Apenas lo conoce. No le transmite calma alguna. No puede mirar por la ventanilla porque el hombre de la pareja se la tapa con la cabeza. La mujer sigue hojeando la revista de KLM. Hay niños que gritan, adultos que se ríen demasiado alto, un bebé llora. Las azafatas pasan y van cerrando los compartimentos del equipaje. Los motores de reacción rugen con más fuerza aún. Golondrina, piensa. Garza real. Avetoro. El avión empieza a moverse. El desplazamiento de este sobre tierra se llama rodaje, eso lo sabe. Vuelve a cerrar los ojos. Cuenta mentalmente cuántos asientos hay por fila. Diez. Luego intenta contar las filas. En este aparato pueden viajar centenares de personas. Y ¿ha visto una escalera? ¿Una escalera en un avión? Se frota el esternón. Poco después, su cuerpo queda apretado contra el respaldo de la silla. Tiene la sensación de que el suelo del avión se hunde debajo de sus pies. Respira, piensa.

Respira tranquilo.

—¡Uuy! —grita un niño. Entonces el avión gira y Cornelis desplaza el cuerpo en la dirección contraria sin darse cuenta, como si estuviera solo e intentara controlar este avión, y lo consiguiera, porque al poco parece que vuelve a volar recto. Se da cuenta de que todavía tiene los ojos cerrados. Los abre y mira a un lado. La mujer sigue leyendo tranquilamente la revista, el hombre ha apartado la cabeza de la ventanilla. Ve sobre todo nubes feotas, pero mira, ahí hay prados verdes, coches pequeños, otro jirón de nubes y… ¿el mar del Norte?

Cuando se apaga la luz del cinturón de seguridad y se enciende la del cigarrillo, el aprendiz se levanta y recorre el pasillo hacia delante. A juzgar por el olor, la gente de atrás ha empezado a fumar en cuanto se ha podido. El avión apenas va medio lleno. No se le ocurre por qué la aerolínea sienta a todo el mundo junto igualmente. ¿O lo habrá organizado Holland International? ¿Tendrá que ver con una determinada distribución del peso? Están fuera de la lluvia y el gris. Fuera el sol brilla con intensidad, un inmenso campo de nubes se desliza bajo el avión como picos de montaña nevados. Cuando llega a la fila 28, pone la mano en el hombro de Cornelis. Nota que el cuerpo del hijo del peluquero se tensa.

—Soy yo —dice—. ¿Te parece si le pedimos a una azafata si podemos sentarnos juntos?

—¿Viaja usted solo? —pregunta la azafata en voz baja.

—Sí —dice Cornelis—. O, bueno, yo… él es del mismo grupo.

—Ah, entonces viajan juntos.

—Ya lo creo —dice el aprendiz.

Cornelis se siente incómodo. Y tiene miedo. Miedo de verdad, y los pasajeros ruidosos no contribuyen a mitigarlo.

—Hay mucho alboroto aquí, ¿no?

—Bastante —dice el aprendiz.

—Acompáñenme —dice la azafata.

Cornelis se levanta. Caminar por un avión resulta inconcebible,

pero es como estar en el suelo.

—¿Tiene equipaje de mano? —pregunta la azafata.

—No —dice al aprendiz—, pero este señor sí.

Saca la maleta de Cornelis del compartimiento.

La azafata se dirige a la parte delantera del avión. Pasan al lado de una cocina y luego la azafata sube las escaleras. Arriba no hay nadie. Aquí los asientos son más amplios que abajo, están más separados.

—*Business class* —dice la azafata. Hace un gesto hacia la nariz del avión—. Ahí está la cabina del piloto.

Cornelis se siente más tranquilo enseguida. Como si la ausencia de otras personas le permitiera respirar mejor; aquí puede tener miedo sin que lo vean.

—¿Podemos? —pregunta.

—Claro —dice la azafata—. Al fin y al cabo, no hay nadie.

—Siéntate en la ventana —dice el aprendiz.

—¿Es la primera vez que vuela? —pregunta la azafata.

—Sí —dice Cornelis.

—¿Puedo ofrecerle una copa de champán?

—Ya lo creo —dice el aprendiz.

—Y tienen un baño cada uno ahí delante.

Cornelis se sienta y deja la maleta en el suelo, delante de sí. Aquí está permitido. Champán, y no son ni las diez.

—Menuda suerte, ¿eh? —dice el aprendiz. Se estira y se repantiga en su silla—. *Business class*.

Menuda suerte, piensa Cornelis. Quiere entretenerse con algo, pero no lo consigue. Tal vez más tarde. Primero tiene que superar esta pesadilla.

—Mira qué nubes tan suaves y blancas —dice el aprendiz—. Transmiten mucha calma, ¿no? Aquí no hay nada. No tienes ninguna obligación. Solo tomarte una copa de champán.

Cornelis mira por la ventanilla con mucha cautela. Realmente parecen muy suaves. Hasta parece que si el avión se cayese de forma inesperada, seguiría adelante, deslizándose sobre las nubes. Aun así, la profundidad le parece insondable; entre él y el suelo (¿o el mar?)

solo hay aire. Aquí reina el silencio. El sol entra por la izquierda. Detrás de la puerta que tienen delante hay hombres que saben lo que hacen. Quizás se toman un café, gastan bromas, hablan de una cosa y la otra porque controlan tanto el trabajo que hacen que apenas requiere su atención. Tendrán el piloto automático puesto. El aprendiz hojea la revista de KLM que ha sacado del bolsillo del asiento delantero.

—Oye —dice.

—¿Qué? —pregunta Cornelis.

El aprendiz le pone la revista en la falda.

—Este es nuestro piloto.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ha presentado, ¿no? Acaba de decir cuándo aterrizaremos y qué tiempo hace en Gran Canaria, ¿no lo has oído?

Cornelis mira y lee. El hombre sonríe de oreja a oreja y tiene el pelo gris. Da una impresión tranquilizadora. Explica al lector que KLM es puntual y fiable. Hay un montón de fotografías distribuidas al tuntún por la página. Una de ellas es de unos zuecos.

—Siempre los zuecos —comenta—. ¿No podrían inventarse alguna otra cosa?

—Ya —dice al aprendiz—. Pues parece que no. Zuecos, tulipanes y molinos. Es lo que somos. —Señala el artículo—. Pero también somos sorprendentes, ahí lo pone.

«The reliable airline of those *surprising* Dutch». Cornelis cierra la revista y la guarda. Vuelve a mirar hacia fuera. A lo lejos parece que el campo de nubes llega a su fin.

—Mírame —dice el aprendiz.

Cornelis lo mira.

Entonces llega la azafata con el champán.

—Que lo disfruten, caballeros —dice.

—Señoras y señores, debido a circunstancias imprevistas en el aeropuerto de Las Palmas de Gran Canaria, nos vemos obligados a desviarnos hacia el aeropuerto de Tenerife. Eso hará que nuestro

vuelo sea un poco más largo. Les mantendremos informados sobre la continuación de nuestro viaje.

—Maldita sea —dice el aprendiz.

Después de dos copas de champán, Cornelis casi mira a su alrededor con temeridad. Hasta ha ido al baño, un espacio estrecho detrás de la cabina. Después de tirar de la cadena, se ha quedado un rato ahí con la esperanza de oír algo. No ha oído nada.

—Aterrizar —dice Cornelis—. Eso sí que me apetece.

—Me lo creo —dice el aprendiz—. Pero justo después tendremos que despegar de nuevo.

22

Media hora más tarde, son casi la una y media, el PH-BUF The Rhine aterriza en Los Rodeos. Hacia las dos aterriza el Clipper Victor, que también ha sido desviado. Este avión ya lleva dos escalas, en Chicago y en Nueva York, después de haber salido del Los Angeles International Airport horas antes. Hay más aviones que no tenían previsto estar aquí. El aeropuerto tiene mucho tráfico y todo el mundo espera que el de Gran Canaria vuelva a aceptar vuelos. En primer lugar, esperan dentro del avión, pero como parece que la cosa va para largo, se permite a los pasajeros neerlandeses bajar del aparato y esperar en la sala de llegadas. Hacia las tres reabre el aeropuerto de Las Palmas; después de una llamada con una amenaza de bomba, no se habían encontrado explosivos. Los controladores aéreos pueden empezar a gestionar el despegue de los aviones que hay allí. Fernando Azcúnaga se encuentra ante una situación complicada, ya que algunos aviones no pueden salir: la misma pista tiene que servir para el rodaje y el despegue.

A Cornelis, el aterrizaje —que había esperado con ilusión porque, al menos, el avión dejaría de estar a diez kilómetros de altura— no le

ha gustado tanto como había imaginado, y durante la espera en la abarrotada terminal se desvanece la embriaguez de las dos copas de champán. Está de pie detrás de una mujer con el uniforme naranja de Holland International que, si lo entiende bien, ha ido al mostrador de KLM a avisar de que se va. La mujer se aleja del mostrador, él intenta seguirla con la mirada y le parece que abandona la terminal. ¿Se puede hacer eso?, se pregunta. ¿Puede uno irse de aquí? En casa tampoco he avisado a nadie, piensa, y siente con nitidez un alivio, hasta ahora olvidado, como el que sentía de niño cuando llamaban a su madre de la consulta del dentista para avisar de que el doctor estaba enfermo.

—¿Por qué te has traído la maleta? —pregunta el aprendiz.

Cornelis mira la maleta.

—La tenía entre las piernas. La he cogido sin pensar, se me hacía raro dejarla ahí sin más.

El aprendiz se está poniendo nervioso. Antes había dicho que no le parecía difícil conseguir que Cornelis se uniera de alguna manera u otra al grupo de Holland International, tal vez incluso era posible que les dejaran compartir la habitación del hotel, pero todo eso ya lo resolverían cuando llegaran. En caso necesario, Cornelis podría buscarse un hotel sobre la marcha, pero ahora va y pasa esto, y cada vez es más tarde.

Cornelis lo mira y es como si mirara a los ojos de un completo desconocido. ¿Quién es este chico? Sí, sabe quién es, sabe que se llama Jacob, y sí, es un aprendiz de su padre, pero ¿cómo ha terminado aquí de repente? ¿Qué acababa de decir Jacob en el avión? ¿«Mírame»? ¿Por qué? Casi con pánico, se da cuenta de que no entiende qué hace aquí. Domingo a media tarde, está en una de las Islas Canarias, hace apenas unas horas ha mentido a Anja, ha huido de ella porque le había dicho algo que le venía demasiado grande, ha caminado por una Ámsterdam desolada y, desde que ha subido a la línea 15, se ha dejado llevar por el viaje como un ser casi sin voluntad, ha subido a un avión con un nudo en el estómago y ahora, a través de los grandes ventanales de la terminal, ve aviones por todas partes, aviones que tienen que volver a volar todos. Siente

que se le hunde el estómago, que le quitan el suelo de debajo de los pies. No lo haré, piensa. No puedo. Y aquí también, igual que en Schiphol, mientras se dan una vuelta por la terminal para pasar el rato, oye cantar a Julie Covington desde una tienda con radio o altavoces invisibles. *Though it seemed to the world they were all I desired, they are illusions, they are not the solutions they promised to be*.

—Vaya mierda de canción —dice el aprendiz—. Para irse a cagar.

Hay poca información sobre la hora de salida, de hecho no hay ninguna.

—¿Crees que habrá una juguetería por aquí? —pregunta el aprendiz.

—¿Una juguetería? ¿Qué se te ha perdido en una juguetería?

—Nada, solo me ha venido a la cabeza.

Cornelis traga saliva.

—Jacob —dice.

—¿Sí?

—Jacob, escucha.

Los dos aviones se barran el paso el uno al otro. A los miembros de la tripulación del Clipper Victor, el capitán Grubbs, el copiloto Bragg y el ingeniero de vuelo Warns, no les hace ninguna gracia que el capitán Veldhuyzen van Zanten decida repostar antes de proseguir el viaje a Gran Canaria. Van Zanten cree que así no tendrá que pasar tanto tiempo en la otra isla antes de poder regresar a Schiphol con un avión lleno de personas que vuelven de sus vacaciones. Además, el tiempo apremia: no se puede sobrepasar el tiempo máximo de trabajo de la tripulación, y si llegan a Gran Canaria demasiado tarde, tendrán que quedarse allí a pasar la noche. Mientras tanto, hace más de una hora que los pasajeros han vuelto a subir al avión, y los que salen de Gran Canaria llevan seis horas esperando el vuelo retrasado. El avión de Pan Am hubiera querido y podido salir antes, pero el aparato de KLM le bloquea el paso. Los pasajeros estadounidenses no han bajado del avión en Los Rodeos.

Cuando los aviones entran en la pista, el tiempo cambia. Un banco de niebla baja desde las colinas y se posa sobre el aeropuerto,

algo que aquí ocurre con bastante frecuencia. A veces la neblina es persistente, otras se disuelve en diez minutos. Poco antes de las cinco de la tarde, The Rhine recibe la orden de recorrer toda la pista hasta la punta y hacer lo que se conoce como *back track*, un giro de ciento ochenta grados. Por el camino, el copiloto Meurs pregunta si quieren desviarlos por la salida C1 («Charlie One»); el control de tráfico aéreo reitera que la intención es que recorran toda la pista. El Clipper Victor, mientras tanto, también está rodando; se le indica que abandonen la pista por la salida C3 y luego continúen por la pista de rodaje, que en esa zona está libre, hasta el extremo. Cuando el avión americano haya salido de allí, el neerlandés podrá despegar. Para la tripulación, la salida C3 significa hacer un giro de ciento cuarenta grados hacia atrás y luego hacer otro brusco a la derecha, porque el avión habría quedado orientado en el sentido contrario al necesario. Con un 747, eso es casi imposible de hacer. Con la ayuda de un mapa esquemático de la pista, y en medio de la niebla, pasan de largo la salida C3 para coger la C4, una salida fácil que deja el avión con la orientación correcta.

Después del *back track*, el copiloto Meurs termina de leer la lista de verificación.

—*Body gear disarmed. Landing lights on. Checklist completed.*

Veldhuyzen van Zanten abre la palanca de aceleración. Meurs se sobresalta y dice:

—Un momento, no tenemos autorización ATC.

—No, ya lo sé. Pídela.

—*KLM4805 is now ready for take-off and we're waiting for our atc-clearance.*

—*KLM4805, you are cleared to the Papa beacon, climb to and maintain flight level nine zero, right turn after take-off, proceed with heading zero four zero until intercepting the three two five radial from Las Palmas VOR.*

Veldhuyzen van Zanten vuelve a abrir la palanca de aceleración.

Meurs lee de nuevo la autorización de pista libre, pero, mientras

tanto, Veldhuyzen van Zanten ya ha empezado a moverse, por lo que Meurs se siente obligado a terminar de leer la autorización a toda prisa.

Durante esta relectura, Veldhuyzen van Zanten dice:

—En marcha, *check the thrust*.

Fernando Azcúnaga dice:

—*Okay, stand-by for take-off. I will call you.*

En la cabina de mando de The Rhine, la tripulación oye «Okay»; parte del resto del mensaje se pierde en un pitido.

Pero el avión ya lleva seis segundos en marcha.

El pitido se debe a que en el mismo momento existe un contacto por radio entre el Clipper Victor y la torre de control.

—*We are still taxiing down the runway, the Clipper 1736.*

—*Roger Papa Alpha 1736, report runway clear.*

—*Okay, we will report when we're clear.*

—*Thank you.*

La disposición de la cabina hace que Schreuder, el ingeniero de vuelo, esté sentado un poco hacia atrás. Normalmente no ve mucho a través de las ventanas; ahora, nada en absoluto. Fuera todo es gris. En todo caso, oye parte del intercambio de mensajes entre el Clipper Victor y la torre de control.

—Entonces, ¿no ha salido? —pregunta.

—¿Qué dices? —pregunta Veldhuyzen van Zanten.

—¿No ha salido, el Pan American?

—Sí —dicen Veldhuyzen van Zanten y Meurs al unísono.

El aprendiz se llama Jacob Willems, tiene veintiún años. Hijo de Klaas Willems (cincuenta y uno) y de Ina Willems-Klein (cuarenta y siete), obrero de la construcción y ama de casa, respectivamente. Todavía vive con ellos, en Amsterdam-Oost. Hermano de Rense (veintitrés) y Tilly (veintiséis) Willems. Como es el más joven, su hermano y su hermana lo llaman «Koppie». Está a punto de

terminar la formación en la escuela de peluquería. Colecciona Dinky Toys desde los seis años, y aunque lo considera una afición infantil, no puede evitar comprarse de vez en cuando alguno que le falta. Le gusta ir al cine. Mantuvo una relación con un profesor. El profesor en cuestión, que tiene veintiún años más que él y ha visto pasar a muchos futuros peluqueros, actuó de tal modo que nadie se enteró: algo que había aprendido con los años. Jacob se dio perfecta cuenta y cree que le ha servido para aprender algo. Cree saber cómo controlar a Cornelis. O mejor dicho: creía saberlo.

Jacob no ha subido las escaleras. Se ha sentado en el asiento que consta en su tarjeta de embarque. Nadie le presta atención, incluso la azafata que antes los ha acompañado a primera clase pasa de largo sin fijarse. Como va solo en una fila de tres, se ha puesto al lado de la ventana. Es como una excursión escolar en la que se les ha permitido a los niños bajar un momento del autocar y se les dice cosas como «Cuidado, eh» o «No os alejéis mucho», pero al volver a subir ya nadie se acuerda de esas advertencias: todo el mundo se sube y ale, en marcha. Hasta al cabo de muchos kilómetros nadie se da cuenta de que falta un niño. Piensa en un viaje en autocar porque ahora los pasajeros están más relajados que antes, como si la espera en suelo español les hubiera abierto el apetito por las vacaciones tan cercanas ya. El ambiente es casi revoltoso.

Joder, piensa el aprendiz. De repente vuelve a estar solo, de repente todo es como debería haber sido.

—Venga —había intentado convencerlo cuando se les pidió que volvieran a bordo. Quizás lo había dicho de un modo demasiado imperativo, debería haber tenido más tacto. Todo había sido bastante caótico; una pareja con niños había pasado a su lado y había subido sin más, sin mostrar sus tarjetas de embarque.

—No —había dicho Cornelis, y se había quedado ahí quieto como un perro cabezota. ¿Lo había interpretado mal?, se pregunta ahora el aprendiz. ¿He desperdiciado el tiempo con Cornelis? Jacob decide que no volverá a Chez Jean. Ya buscará otro sitio donde

hacer las prácticas. Hay peluquerías de sobra. Mira hacia fuera. Hasta el tiempo se le pone en contra. Hace un momento, el día era hermoso y soleado, y ya se imaginaba tumbado en una piscina con Cornelis, e incluso en una cama, en cualquier lugar, en su hotel o en un hotel que hubiese buscado este, pero ahora, de repente, hay niebla. No ve nada más allá del asfalto de la pista de despegue. Pues sí, ahora todo es como había previsto, piensa. Tengo que tomármelo así y olvidar el resto. Me voy de vacaciones. Quién sabe qué o a quién me encontraré en esa otra isla. Tengo que olvidar a Cornelis. Que se vayan a la mierda en ese bar que finge ser una peluquería en el Jordaan. El capitán acelera. El avión empieza a coger velocidad, el asfalto se desliza cada vez más rápido por delante de la ventanilla.

—Let's get out of here, get the hell out of here.

—Yeah, he's anxious, isn't he?

—Yeah, after he held us up for an hour and a half that son of a bitch.

—Yeah, that…

—Now he is in a rush.

—There he is. Look at him, he's coming.

—Get off. Get off, get off!

El avión neerlandés despega tan vertical que la cola roza el asfalto a lo largo de veinte metros. El tren de aterrizaje toca el ala derecha del avión de Pan Am, y el fuselaje y los motores dos, tres y cuatro le atraviesan la cubierta superior. Solo debido a la velocidad que había alcanzado, el The Rhine se mantiene en el aire un tiempo antes de estrellarse contra la pista, donde arde inmediatamente y explota. El capitán Grubbs declararía más tarde que no fue consciente de la magnitud del impacto:

—He hit us but I didn't even think he had done us any damage. Because the airplane shook very quickly, not very much noise.

Entonces vio que encima de él —donde se sentaban veintiocho pasajeros de primera clase— no había nada. El ala derecha ardía. La

tripulación y algunos pasajeros del Clipper Victor consiguen abandonar el aparato por un boquete en la pared izquierda de la cabecera, en algunos casos con ayuda de las azafatas, que empujan sin miramientos a los pasajeros que no se atreven a saltar, pero al cabo de muy poco tiempo estalla uno de los motores del ala izquierda. Debido a la intensa niebla, no hubo testigos. El informe del accidente de la Air Line Pilots Association de los Estados Unidos indica que los investigadores de los Países Bajos encontraron, e identificaron, a cuatro pasajeros del avión de Pan Am entre los restos de los pasajeros neerlandeses. Durante meses, los pasajeros que aterrizaban en Los Rodeos para pasar sus vacaciones vieron restos de los aparatos accidentados en los laterales de la pista de aterrizaje y despegue.

Si la sobrecargo Dorothy Kelly sobrevivió fue gracias a la sensibilidad de su colega Françoise Colbert de Beaulieu. Este tipo de historias forman parte de los accidentes aéreos y, en el caso de Dorothy Kelly, la cosa tiene miga, ya que en diciembre de 1988 un compañero le pidió que le cambiara un turno. A Dorothy no le importaba, pero al final no lo hizo porque prefería pasar la Navidad con su familia en Nueva York y volar el 21 de diciembre se lo impedía. Se trataba del vuelo 103 de Pan Am, de Frankfurt a Nueva York vía Londres, que terminó en Escocia, en la pequeña ciudad de Lockerbie. Pero eso fue más tarde, mucho más tarde. La sobrecargo francesa había pedido a Dorothy que se hiciera cargo de la primera clase y de hacer los comunicados porque se avergonzaba de su acento francés y, por lo visto, eso no era ningún problema en la parte trasera del avión, donde viajan personas menos pudientes. A Dorothy le había parecido bien. La habían ascendido de sobrecargo júnior a sénior.

El Clipper Victor estaba rodando. Dorothy se encontraba al lado de la puerta R1 con una taza de café en la mano, hablando con un colega. El café se lo había traído Miguel Ángel Torrech, que luego había vuelto a subir las escaleras de la cubierta superior sin

pensárselo dos veces. En 1977, la tripulación de cabina no se sentaba ni se ponía los cinturones de seguridad mientras el avión circulaba por la pista. El suelo desapareció bajo sus pies y Dorothy cayó en la bodega de equipaje que había bajo la cubierta superior. Perdió brevemente el conocimiento y, cuando volvió en sí, pensó: una bomba. Vio un rayo de luz por encima de su cabeza, trepó y salió a la cubierta superior, cuyo techo, según declaró después, «estaba arrancado como si alguien hubiese abierto la tapa de una lata de sardinas». Ahí había dos personas más.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —les preguntó. No lo sabían. Vio un motor aún en marcha, vio llamas, oyó explosiones—. Saltad —les dijo.

Como no le hicieron caso, los empujó al suelo y saltó tras ellos. El aterrizaje fue bastante suave, la tierra estaba removida por el morro del tren de aterrizaje. Vio que los pasajeros salían por un boquete encima del ala izquierda. Se puso de pie y empezó a apartar a la gente del aparato; muchos de los que saltaban eran mayores y algunos habían resultado heridos al hacerlo. El motor seguía rugiendo. Vio una figura blanca bajo el morro del avión. Era el capitán Grubbs. Parecía que lo hubieran clavado al suelo. Lo agarró por debajo de un brazo y tiró de él, y se lo llevó a rastras, alejándolo del aparato. En aquel momento estalló el motor que todavía estaba en marcha. El enorme morro del avión gimió y crujió, y cayó de lado con una lentitud exasperante. «Como una ballena enorme que pierde la voluntad de vivir porque no puede regresar a mar abierto y deja caer la cabeza para morir».

De repente apareció el copiloto Robert Bragg y juntos apartaron a las últimas personas del avión. No quería verlo, pero lo vio: pasajeros que golpeaban las ventanas, con la boca abierta, gritando en silencio, sin nadie que los salvara, sin poder abrir ninguna puerta. Más tarde supo por otro colega que también había sobrevivido gente que ni siquiera se había desabrochado el cinturón de seguridad, que simplemente se había quedado quieta esperando a que les dijeran qué hacer. Ni siquiera sabía que a poca distancia había un 747 neerlandés completamente calcinado y destruido.

Dorothy acabó en el hospital, donde, como tenía algunos conocimientos médicos y hablaba español, ayudó a retirar ropa pegada a la piel de pasajeros con quemaduras. No se dio cuenta de que tenía un brazo roto hasta que descubrió que era incapaz de usar unas tijeras. Se quedó en un hotel unos días más, intentando evitar a la prensa internacional, y voló de vuelta a Estados Unidos. Por recomendación del médico, estuvo seis meses sin trabajar y después volvió a volar, un poco más alerta a los ruidos anormales, un poco más inquieta durante las turbulencias, pero sabiendo que es el medio de transporte más seguro que hay. Además: ¿qué probabilidades hay de que te toque estar en un accidente aéreo dos veces en la vida? Se ahorró Lockerbie. Françoise Colbert de Beaulieu y Miguel Angel Torrech murieron.

En el vestíbulo del aeropuerto, una guía turística belga de veintiocho años de Airtour Belgium vio un resplandor rojo en la niebla que envolvía el aeropuerto. Acababa de facturar a unos trescientos pasajeros y esperaba la llegada de un nuevo grupo en un avión de Sabena. No oyó nada. Pensó —más tarde, veinticinco años más tarde, para ser precisos, en una entrevista para el periódico *Reformatorisch Dagblad*— que era por la niebla. Pero no puede ser. Como en una niebla espesa casi no se ve nada, tienes la sensación de que el aire es «denso» y el sonido se transmite peor. Hubo una conmoción en el vestíbulo. Los españoles gritaban porque creían que se había estrellado un avión español. «Dentro no oímos ninguna explosión ni nada parecido, pero aquella columna roja a lo lejos no presagiaba nada bueno. Imagínate la sala, con un montón de gente que en realidad no sabe nada, excepto que ha pasado algo». Se respiraba algo, solo eso, y, al cabo de un rato, trajeron a tres personas con quemaduras graves; resultó que eran estadounidenses. «Estaban en estado de *shock*, no sabían cómo se llamaban, miraban a su alrededor con ojos vacíos y saltones», recordó veinticinco años más tarde.

Su marido estaba en casa viendo un partido de fútbol. España-

Hungría, un partido de clasificación para el Mundial. «La emisión se interrumpió bruscamente para hacer un llamamiento a todo el personal sanitario de la isla: médicos, enfermeras, paramédicos, para que acudieran a Los Rodeos lo antes posible». El hombre se subió a su coche rápidamente y condujo tan rápido como pudo hasta el aeropuerto. La Guardia Civil lo paró y no pudo hacer otra cosa que volver a su casa, a unos ochenta kilómetros al sur, a esperar que llamara su mujer. Cosa que se hizo esperar, porque en todo el aeropuerto solo había tres cabinas. También dijo: «Después del catolicismo, el fútbol es la segunda religión en España. Por eso no es de extrañar que, a pesar de la prohibición de escuchar la radio en la torre de control, los controladores tuvieran sintonizado aquel partido de clasificación tan importante, con las consecuencias que ello podía tener para su capacidad de concentración en el tráfico aéreo, que además era especialmente caótico esa tarde».

Lo decía para complementar algo que su mujer había dicho a los periodistas: la mujer se había encontrado con una amiga que también era guía turística y que mantenía una relación con el director del aeropuerto. Mientras hablaban del caos en el vestíbulo, se les unió el director del aeropuerto:

—¡Aquellos capullos de la torre estaban escuchando el fútbol! ¿Cómo es posible? ¡Menudos imbéciles, saben perfectamente que es una irresponsabilidad y que está prohibido! Ni una palabra sobre esto u os mato. ¡Ni una palabra, chicas! ¡En serio!

Las dos guías de Airtour (lo de llamarlas «chicas» fue cosa del director), por tanto, no podían contarlo, y no lo hicieron: según el marido, no querían líos con las autoridades españolas que pudieran llevarlas a perder sus permisos de trabajo. El marido también contó otra cosa: dijo que él «recordaba como si hubiera sido ayer» que otra colega de su esposa, «una señora mayor con el pelo gris y gafas doradas», cuyo nombre no llegó a saber, había visto poco después del accidente un radiocasete que se precipitaba desde la torre de control, porque se había caído o lo habían tirado. Según dijo, en Tenerife era un secreto a voces que en la torre de control los partidos de fútbol no solo se escuchaban, sino que también se

miraban en un pequeño televisor en blanco y negro. «Sin volumen, porque el comentarista de la radio tenía más gracia».

Un investigador preliminar de la Administración Nacional de Aviación estaba seguro «al cien por cien» de haber oído «fútbol» en las grabaciones de la torre de control y de los dos aviones, y había intentado confirmarlo, pero quienes habrían podido hacerlo «cuando los necesitas, no los encuentras o no quieren hacer declaraciones». Observó que solo se había alarmado la tripulación americana, que los controladores españoles permanecieron extrañamente tranquilos, «casi ausentes», algo que le sorprendió teniendo en cuenta que habían mandado a dos jumbos a la pista de despegue uno detrás de otro en medio de una densa niebla. En los informes de investigación españoles y estadounidenses no hay ninguna mención a ningún partido de fútbol. «A los españoles les convenía que toda la culpa recayera en la tripulación de KLM. Tampoco conseguimos que los americanos indagaran más: la conclusión de los españoles no les venía mal del todo».

De hecho, lo del fútbol no tiene ninguna importancia. En ningún momento hubo contacto entre el control aéreo español, el The Rhine y el Clipper Victor. El controlador aéreo no pareció distraído en ningún momento. Curiosamente, años más tarde, el autor de la «investigación preliminar» citado en el artículo parecía algo menos interesado en la verdad. En 1999, veintidós años después de lo de Tenerife y tres años antes de la entrevista en *Reformatorisch Dagblad*, era jefe del Departamento de Vuelo de la Autoridad de Aviación Civil Neerlandesa y piloto de Martinair. Un libro negro que los familiares de las víctimas de la catástrofe aérea de Faro enviaron aquel año, 1999, a la comisión de investigación parlamentaria sobre la Catástrofe Aérea de Bijlmermeer incluía una carta de su puño y letra. Los familiares consideraban que el asunto requería transparencia: todas las investigaciones en que se basa el informe

final de la Autoridad Nacional de Aviación Civil y la Junta de Aviación Civil son secretas. Solo es público el informe final, pero aun así el Gobierno puede decidir excluir ciertas conclusiones de este. Los familiares pidieron una investigación parlamentaria sobre todos los accidentes de aviación. La carta del investigador preliminar/piloto/director del Departamento de Vuelo decía, entre otras cosas, que «Se considera que Martinair es una compañía aérea suficientemente segura. En los aviones neerlandeses, no es obligatorio comunicar (de manera oficial) si hay algún sistema que no funciona; cada compañía aérea tiene su propia responsabilidad al respecto». Y ¿por qué los periodistas se refieren a él como «investigador preliminar»? A la mañana siguiente ya llegó al lugar un equipo de salvamento de los Países Bajos. Apenas hubo tiempo para una investigación preliminar. ¿Se había descrito él a sí mismo de esta manera?

El martes 5 de abril de 1977, a las 11:00 horas, se celebró una ceremonia en la iglesia de Saint Agnes de la calle 43 de Nueva York a cargo de R. Rosenberg, C. Johnson y J. Brew, rabino, cura y pastor respectivamente. La ceremonia estaba abierta a todo el mundo. El servicio fue organizado por el Comité de Concienciación de Empleados de Pan Am. El espacio conmemorativo más importante dedicado a la catástrofe en Estados Unidos se encuentra en el condado de Orange, California; concretamente, en el Westminster Memorial Park and Mortuary. Un monumento discreto en el suelo formado por cuatro placas de bronce con unos ciento veinte nombres, colocadas en una terraza de piedra natural. Encima de las placas, también en el suelo, hay una placa con el siguiente texto: IN LOVING MEMORY OF THE VICTIMS OF THE AIR TRAGEDY OF MARCH 27, 1977 AT TENERIFE, CANARY ISLANDS. Aquí están enterrados todos los cadáveres no identificados. Westminster puede considerarse un suburbio de Los Ángeles, la ciudad desde la que despegó el Clipper Victor. Muchos pasajeros eran del condado de Orange.

El nombre de Eve Meyer no aparece en las planchas de bronce. Nació el 13 de diciembre de 1928 en Griffin, Georgia, pero entonces se llamaba Evelyn Eugene Turner. Probablemente era la pasajera más famosa, aunque el resto de los pasajeros no debieron de reconocerla. Mientras estudiaba para secretaria se había sacado un dinero extra como modelo *pin-up*. Un trabajito que en junio de 1955 la llevó a lo que todas las modelos sueñan: *playmate of the month* en la *Playboy*. De 1952 a 1969 estuvo casada con Russ Meyer, cineasta del género conocido como *sexploitation*. Más adelante, Meyer resumió su relación de este modo: «Supe que me casaría con ella desde el momento en que nos conocimos, y fue el gran amor de mi vida. Rompimos porque soy un cabrón imbécil». Meyer protagonizó varias de sus películas, entre ellas, *Eve and the Handyman* (1961), un filme con poco argumento y muchos pechos grandes; un intento de aunar humor y erotismo. Eve Meyer interpretó todos los papeles femeninos. Debió de haber fotos suyas colgadas en garajes y talleres, mecánicos y parrilleros debieron de soñar con ella. Había indicios de que sufría una depresión tras una operación en las «partes bajas». La compararon con Marilyn Monroe y Jane Russell. Produjo muchas películas de su (ex)marido, la última de las cuales fue *Black Snake* (1973), en la que Russ Meyer pasaba de la *sexploitation* a la *blaxploitation*. Fue un fracaso estrepitoso. Eve Meyer no tenía hijos. El 27 de marzo de 1977 tenía cuarenta y ocho años. Había reservado un camarote en el MS Golden Odyssey, un crucero que zarpaba el día siguiente. Iba a ver Marruecos… ¡Marruecos! Y después Venecia, una ciudad de película, un lugar casi mítico. Quizás conocería a alguien allí, un italiano con buenos modales, ojos marrones y largas pestañas negras. Está enterrada en el cementerio de la Primera Iglesia Bautista de Sunny Side, en Sunny Side, Georgia. A 3.556 kilómetros de Westminster. En su tumba consta este epitafio: THREE TIMES A LADY.

Cornelis había salido de la terminal sin ninguna dificultad. Cuando

el aprendiz le había dado la espalda, él se había dado la vuelta, había mostrado su pasaporte a un español en una cabina y había salido. En ningún momento le pasó por la cabeza ir al mostrador de KLM. Se puso a caminar porque no sabía qué más hacer. Tomar una decisión es una cosa, pero una decisión tiene consecuencias y él no podía preverlas. Así que a caminar. Esto es un aeropuerto, debe de haber algún pueblo o ciudad por aquí, pensó. A lo mejor está cerca, a lo mejor está lejos. Justo al salir de la sala de llegadas y salidas ya había casas. Pronto la trama urbana se volvió más densa. San Cristóbal de La Laguna, vio en un cartel. No estaba lejos. Entró en la pequeña ciudad. Un hotel, ¿dónde habría un hotel? Y luego: ¿cómo voy a salir de aquí? ¿Zarpan barcos desde aquí? ¿Puedo irme en un barco? ¿Y dónde iré a parar? ¿A Marruecos? En algún lugar de su mente sabía que esa era la intención, que lo había sido desde el principio: irse de vacaciones y no volver. La ciudad resultó no ser tan pequeña. Se metió en el primer hotel que vio. Pidió una habitación en inglés. Ningún problema. *Holiday? Yes, holiday*. Ajá, pues no podía perderse la Iglesia de la Concepción. Es muy bonita, está en la plaza, también puede tomarse una cerveza o un café allí mismo. Es una ciudad preciosa, antigua, ya verá. Dame la llave de una vez, pensaba Cornelis, que tenía grandes dificultades para entender al hombre que estaba detrás del mostrador.

23

No fue consciente de que había ocurrido algo hasta el 28 de marzo. Entendió qué era lo que había provocado el ajetreo de la noche anterior. Ambulancias, bomberos, policía, todo a lo lejos, y él sin saber qué era qué porque en Holanda las sirenas sonaban distintas. Tuvo que preguntar a la gente, después de dejarles claro que no hablaba ni entendía el español. En la terraza de un café de una plaza donde había un campanario bastante curioso, un turista estadounidense le contó lo que había sucedido. Dos aviones habían

chocado en tierra. Un aparato de Pan Am y otro de KLM. Casi todo el mundo había muerto. Incendio. Explosión.

—Terrible, terrible —dijo el americano—. Un montón de compatriotas.

¿Sería la Iglesia de la Concepción?, se preguntó Cornelis.

—*Almost everybody killed?* —preguntó.

Yes. Más tarde, en la misma plaza, cuando ya era la hora de la cena y Cornelis había pedido algo al azar de un menú escrito en español, se enteró por una pareja de turistas suecos de que todos los supervivientes eran pasajeros del avión americano. Le mostraron un periódico local, una edición extra. Grandes titulares, fotos. Se había pedido otra copa de vino. A esas alturas ya sabía decir *vino blanco*. Lo que había pedido resultó ser calamar.

Después de comer se tumbó en su habitación de hotel. Era muy tranquilo, su habitación daba a una especie de patio, había árboles y arbustos, antes había oído el canto de los pájaros, pero ahora se habían callado. Miró su maleta. La tenía sobre una pequeña mesa. Encima de la mesa colgaba un espejo. En el espejo, que se inclinaba ligeramente hacia delante, se vio a sí mismo y la parte trasera de la maleta. ¿Significa esto que estoy muerto?, se preguntó.

III

24

Simon está en la cama. Es por la mañana. Mira los pósteres de Biondi, Popov y Spitz. Tengo que quitarlos, piensa. Un hombre adulto con pósteres de nadadores en su cuarto. Ya no soy un nadador, piensa. Soy peluquero, tengo una peluquería y responsabilidades, y me limito a hacer largos, como miles de neerlandeses más. Nada más y nada menos. Y, por supuesto, los pósteres no son arte, a pesar de los marcos caros. Pegan más en el dormitorio de un chaval. Como se había prometido a sí mismo la noche anterior, primero se levanta. Descuelga los tres marcos de la pared. Saca los pósteres y duda un momento, pero luego los enrolla uno por uno. Romperlos sería demasiado drástico. Deja los marcos en el mismo armario que la aspiradora y los pósteres enrollados en un estante en la parte superior de aquel. Bien, piensa, así mejor. Entonces ve los rectángulos blancos en la pared. Intenta recordar cuándo arregló la habitación por última vez. Hace mucho.

Mientras se toma un expreso en la gran mesa de la cocina y mira el desorden que se le ha acumulado sin saber cómo desde la última vez que hizo limpieza, suena el teléfono. Escritor, lee en la pantalla. Antes de responder a la llamada, se le ocurre que en muchos otros teléfonos él no aparecerá como Simon, sino como «peluquero».

—Hola —dice—. ¿Has vuelto de Burdeos?

—Marsella, peluquero —dice el escritor.

—Ah, sí, Marsella. ¿Qué tal ha ido?

—Muah. Había once personas. Y para eso viajas mil kilómetros.

—Bueno, pero de paso has estado en Marsella.

—Cierto. Que me quiten lo bailado, diría mi madre.

—¿Todavía vive?

—Ya lo creo. ¿Vamos al cine? ¿Esta noche?

—Vale. ¿Buscas algo? No estoy al día de la cartelera.

—Ningún problema. Te digo por WhatsApp.

—Vale —dice Simon, y cuelga con un clic. Soy mi trabajo, piensa. Quizá haya más clientes que se piensan que me llamo Jean, como el pelirrojo. Se levanta y se hace otro expreso. Todavía no se ha vestido, hoy no va a venir nadie, es domingo. Podría comprar un bote de pintura de látex y ponerse a repintar su dormitorio. Primero abre su portátil. Ha profundizado tanto en el tema que ya tiene un informe de la Air Line Pilots Association en la lista de lecturas del navegador. Lástima que se centra, sobre todo, en el avión americano. Hay un montón de fotos del Boeing, esquemas, con asientos en blanco y negro, causas de muerte, por fuego, asfixia o traumatismo. Lee poco a poco el informe, que no tiene fecha. Su inglés es bastante bueno, pero algunas frases le hacen pensar mucho. «Five bodies were subsequently identified as belonging to persons manifested as assigned to the KLM aircraft. Four passengers manifested on board the Pan American airplane were subsequently identified among the remains of those persons thought to be travelling on the KLM airplane». ¿Significa que se encontraron los cuerpos de cinco pasajeros neerlandeses entre los restos del avión americano? ¿Y cuatro americanos donde estaba el avión neerlandés, que queda bastante lejos? ¿Cómo es posible? Eso significaría que el avión de KLM se rompió más o menos enseguida, y no en el lugar que se estrelló más adelante. Y ¿podría haber neerlandeses enterrados en América y americanos en los Países Bajos? Qué lío. Cuántos cabos abiertos. Cuántas preguntas. Representa que si profundizas en algo, obtienes respuestas, ¿no? Cierra el portátil.

Un poco más tarde, en la ducha, piensa en el escritor. Y en el pelirrojo. Y en Igor, por supuesto. Y en su padre, lo que lo deja un poco confundido. No lo conoce, solo tiene algunas fotos. Un joven apuesto. Un joven apuesto al que le hubiera gustado conocer un poco mejor. En cierto modo.

Van a ver *1917*. Van a una sala de filmoteca, la película no es muy reciente, pero el escritor quería verla porque no pudo ir en su momento. Se tiran dos horas corriendo, caminando, trepando, arrastrándose, saltando y disparando con un soldado británico que tiene que entregar un mensaje a un general (Benedict Cumberbatch). Primero hay dos soldados, pero hacia la mitad, uno es asesinado por un piloto alemán al que habían sacado de su avión en llamas. Un momento desagradable de la película, aquel alemán fanático que apuñala al soldado británico hasta matarlo a pesar de que lo acaba de salvar. A Simon la película le gusta, el escritor es menos positivo. Después, este último insiste en que vayan a un bar de ambiente de la calle Zeedijk. Simon no va nunca a ese tipo de bares, no les ve el sentido. Está tranquilo, ni siquiera hay música. Se sientan en la parte de atrás, cerca de una ventana que mira al agua lisa del canal de Oudezijds Voorburgwal. Beben cerveza. El camarero ha saludado al escritor como si lo conociera bien. A Simon le da la sensación de que ya había bebido bastante antes de la película. Quizás aquí mismo.

—La música sí que era bonita —comenta el escritor.

—Ya lo creo —dice Simon—. Tendría que ir al cine más a menudo. Ver las pelis en pantalla grande es diferente que en la televisión.

—A mí me pasa muchas veces que solo me fijo en la mitad de la película, especialmente si estoy escribiendo algo. Entonces veo algo y mis pensamientos se desvían hacia lo que escribo. Sospecho que se me cuelan cosas de muchas películas en los libros.

—A mí eso no me pasa. Me siento y miro.

—¡Salud! —dice el escritor, y golpea su vaso medio vacío contra

el de Simon—. ¡Nuestra primera cita!

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclama el barman desde el otro lado de la barra. Así de tranquilo está el local.

—¡Tú a lo tuyo! —le replica el escritor.

—Esto es lo mío: aquí nos dedicamos a juntar a gente.

—¿O se juntan ellos solos?

—Lo mismo da. ¿Dos cervezas más?

—Por favor —dice el escritor.

Vale, una más y ya está, piensa Simon. Luego ya lo daré por visto. Se termina el vaso y da las gracias al barman, que les trae la cerveza a la mesa. Vuelven a brindar.

—¿Quién es tu amigo? —pregunta el camarero al escritor.

—Es mi peluquero.

—Ah, qué práctico.

—¿Algo más?

—No, nada más.

Vuelve hacia la barra y, cuando llega, echa un vistazo a su alrededor, pone música e inmediatamente baja el volumen.

—No sé muy bien qué decir —dice el escritor—. En la peluquería sale más natural.

—¿Es tu bar habitual?

—Sí, vengo a menudo. Se está tranquilo.

—¿Así bien? —grita el barman.

—Sí, sí —dice el escritor.

—No la pongo alta, así podéis hablar de cosas importantes.

—No me lo puedo creer —dice el escritor.

—Bah, solo os ayudo un poco. Tu amigo no se ve muy animado. ¿No sabe quién eres, o qué?

—¿A qué te refieres? —pregunta el escritor.

—¿Sabe lo famoso que eres?

—¿Qué importancia tiene eso? Y, además, ni siquiera es verdad.

—Hombre…

—Si queréis, me voy, ¿eh? —dice Simon.

—Qué va, qué dices. Oscar, cierra el pico.

—Bueno —dice el barman.

—Si acaso tráenos unos frutos secos.

—Hoy no tengo. ¿Queso? ¿Algo de embutido?

—Trae un platito de queso y salchicha de buey.

Simon mira hacia fuera. El agua está tan quieta que ve la calle doble hasta que un pequeño barco que sale de debajo de un puente rompe el reflejo. Recuerda la casa de un conocido, en la calle Lange Niezel, a un puente de allí. Piensa en la casa porque de repente reconoce este lugar. Cuando esperaba a que se abriera la puerta después de llamar al timbre, siempre se quedaba un rato delante del escaparate de la *sex shop* de la planta baja. Le resultaba incómodo. No es que se avergonzara (al fin y al cabo, su conocido vivía encima, no tenía otra opción), pero tal vez el camarero tenga razón y sea verdad que no es muy animado. Siempre había tanta gente… todos aquellos extranjeros, un montón de ingleses, que se dirigían al Barrio Rojo. En algún momento aquel conocido se fue a vivir a Francia y él ya no tuvo motivo para ir a Lange Niezel. Hace un montón de tiempo que no come salchicha de buey. Tampoco suele beber cerveza.

—¿En qué estás pensando? —pregunta el escritor.

—En consoladores y revistas de sexo —dice Simon—. Y, ahora que lo pienso, en un montón de cosas más, cómo se llama, artilugios que no tenía ni idea de para qué servían.

—Bah —dice el escritor.

Simon se termina la cerveza y dice:

—Me apetece otra.

—¡Oscar! —grita el escritor.

—¿Qué tal con aquel escritor alemán, por cierto?

—¿Kehlmann? Decepcionante, por supuesto. Me había creado demasiadas expectativas.

Una hora después, Simon está bastante borracho. Hace mucho que se han terminado la salchicha y los tacos de queso. El bar sigue estando muy tranquilo.

—¿Por qué no hay nadie? —pregunta.

—¡Oscar! —grita el escritor—. ¿Por qué no hay nadie?

—Es miércoles —dice el barman.

—Es miércoles —repite el escritor.

La cerveza hace que Simon se sienta tan liberado que pide dos más.

—¿Ves? —observa el barman—. ¡Ya está mucho más suelto! —¿Qué tal el libro?

—¿Ahora quieres hablar de eso? —pregunta el escritor.

—Eso parece —dice Simon.

—Creo que me pusiste sobre la pista de algo.

—Con los utensilios de la peluquería.

—No, con lo de tu padre.

—¿Vas a escribir sobre mi padre?

—Bueno, tu padre, tu padre… Sobre un padre.

El barman les deja las cervezas sobre la mesa y luego se toma el tiempo de mirar por la ventana y decir:

—Vivimos en una ciudad realmente preciosa.

Simon y el escritor alzan la mirada hacia él.

—Perdón —dice el barman—. Ya me voy.

—Así que ¿sobre mí?

—No tienes que tomártelo de forma tan literal —dice el escritor —. Escribir no funciona así.

—¿Me vas a dejar leerlo cuando termines?

El escritor lo mira. Reflexiona.

—No lo sé —dice finalmente—. ¿Follamos?

—¡Bingo! —grita el barman.

Cuando llega a casa, a eso de las cuatro, Simon vomita. Se han tomado un par de ginebras más en casa del escritor.

—Así mañana no tendrás tanto dolor de cabeza, créeme —había dicho el escritor. Inclinado sobre la taza del váter, le vienen a la cabeza cosas que no quiere pensar para nada. La casa del escritor, el cuerpo del escritor, los dedos del escritor pellizcándole con fuerza los pezones mientras estaba encima de él, o no, espera, era al revés:

el escritor era quien estaba encima, y Simon quien pellizcaba fuerte los pezones del escritor, que se lo había mandado. Al parecer, eso lo excitaba. Cree recordar que en principio no tenía que hacer nada más o, en todo caso, que había tenido oportunidad de centrarse en su propio cuerpo. El escritor describía, él cumplía. ¿O se lo estaba imaginando? Ni siquiera recuerda si se ha corrido. No había sido desagradable, pero cuando tienes ganas de vomitar, no quieres pensar en nada, solo quieres que se acabe. Aparta las manos del borde de la taza del váter y se sienta en el suelo con el culo contra la pared. Piensa en la peluquería con buen tiempo, la puerta abierta. Por la mañana tiene que estar fresco e impoluto, ya antes de que llegue el primer cliente. El olor de la loción y el sol en el banco de madera de la ventana, en la calle alguien toca alegremente el timbre de su bicicleta; alegremente, no con enfado porque un coche le bloquea el paso. Pero luego vuelven las arcadas. Qué extraño es esto de vomitar, esta urgencia de todo el cuerpo, la sensación de retorcimiento, la peristalsis para que salga todo. Un cuerpo que se apodera con brutalidad de la mente. Se enjuaga la boca, bebe un poco de agua con cuidado y luego se cepilla los dientes a fondo. Se mete en la cama y, justo antes de quedarse dormido, vuelve a oír al camarero gritar «¡Bingo!».

25

Simon tiene un cliente temprano, antes de irse a la piscina. El cabello de este hombre poco hablador es casi tan negro como el de Igor. Estos son los clientes que le gustan. Ambos pueden dejar fluir sus pensamientos. El hombre (Frank, se llama) cierra continuamente los ojos mucho rato, como si quisiera sentir muy bien lo que hace Simon. Sentirlo, no verlo. El silencio solo es interrumpido por los «¿Así está bien de largo?» de Simon y «Hoy no hace falta masaje» de Frank, que al parecer tiene menos tiempo que de costumbre. Tiene el pelo rizado, y los rizos son más difíciles de

manejar que el pelo liso. No saben nada el uno del otro. Son un peluquero y un cliente. Después de pagar y marcharse con un «Pues hasta la próxima», Simon sacude la capa y recoge con calma.

Hay un chico nuevo. Se llama Frits, ha dicho su madre.

—No sé qué le pasa, pero todavía no le he oído decir nada nunca.

Frits es un chico pelirrojo de unos quince años. Pecas, piel pálida, ojos llorosos. Parece que conoce bien a Melissa; en cuanto se meten en el agua, ambos empiezan a hacer largos inmediatamente.

—Sabe nadar —constata su madre—. Pero bueno eso ya lo sabía.

Jelka, Sam y Johan, Buari, Igor, el chico nuevo, Melissa. Empieza a conocerlos.

—¡Hola, Simon! —grita Sam.

—¡Hola, Sam! —grita Simon.

—¿Te pegamos? —pregunta Johan.

—Si no hay más remedio… —dice Simon.

Como no ha dicho que no, los churros se quedan en el aire. Confundidos, empiezan a pegar a Jelka.

—¡No! —grita Anja—. ¡Basta! Siempre pegando a las chicas débiles, bah, pegaos entre vosotros si tanto os gusta.

—¡Tat! —dice Jelka.

—Sí, muérdelos, que se vayan —dice Anja.

Igor se ha sentado en las escaleras.

—¿Hoy no quieres nadar, Igor?

—Beuahh —dice Igor.

—¿No te encuentras bien?

El chico no responde. Mira hacia fuera a través del ventanal. Está nublado, los árboles del parque permanecen inmóviles. Pasan una mujer con un perro y un grupo de personas en Segways. Los Segways excitan al perro, que pega saltos y tira de la correa. Igor emite un sonido parecido a la risa. La verdad es que es una imagen ridícula, piensa Simon. Una hilera de gente con casco montada en

esos vehículos arrogantes; pues claro que al perro, le apetece morderle las pantorrillas al que va último. Es como si Igor supiera exactamente lo que ocurre allí, como si entendiera que el perro ve algo inexplicable y, por tanto, tal vez amenazante, y reacciona en consecuencia. Es posible que al chico también le parezca que esa gente está de postureo, que entienda perfectamente que igual de bien podrían haber ido a pie o en bicicleta; pero también es posible que él quiera ir en un trasto de esos o pasear por un parque con un perro, que prefiera estar en algún otro lugar que en esta pequeña piscina bochornosa. O claro, también podría ser, simplemente, que le duela la barriga o que no entienda nada de lo que ve por la ventana. Por suerte, ahí están Sam y Johan, que de repente parecen caer en la cuenta de a quién sí pueden atacar con sus churros, aunque Simon no tiene ni idea de por qué tienen que hacerlo al grito de «culo calvo, culo calvo, culo calvo» hasta que ve que dejan los churros a un lado e intentan quitar el bañador azul claro a Igor, que mantiene la calma y patalea para mantenerlos a distancia.

—¡Au! —grita Johan.

—¡Ya te vale! —grita Sam.

—Ggggg —dice Igor.

En cierto modo es una mañana tranquila. Como si todo el mundo acabara de despertarse. Jelka y Buari están de pie en una esquina sin hacer nada, pero no se aburren. Frits y Melissa nadan en silencio. Sam y Johan han dejado a Igor en paz y hablan concentradamente pero en voz baja, entre ellos; nada de lo que dicen está destinado a los oídos de otros.

—¿Qué tal van las cosas? —pregunta su madre.

—Bien —dice Simon—. Y tú, ¿qué tal?

—Bien, también. ¿Has venido en coche?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sí. Hay que moverlo de vez en cuando.

—Sí.

Ni siquiera esta conversación tiene mucho sentido, seguramente se terminará aquí. Igor se ha sentado un peldaño más abajo y el agua

le llega al ombligo. Todavía tiene el pelo seco. Simon apenas puede mirarlo.

—¿Has sabido algo de Henny?

—No.

—Así que ni idea de cuándo termina mi sustitución.

—No. Pero creo que va para largo. Conociendo a Henny… a lo mejor ni vuelve. —Su madre mira hacia fuera. Ahora no hay nadie por el parque, ni paseando ni en los bancos—. Con aquel bañador ridículo de flores.

—Pues anda que tú.

Anja se mira.

—Bueno —dice al fin. Hasta su madre está relajada. Desgana quizás sea una palabra mejor para definir el ambiente de la piscina —. ¿Sabes aquella sensación de haber hecho algo, o comprado algo, y no volver a pensar en ello? ¿Qué otras personas se ven obligadas a recordarte que ya no tienes treinta años?

Simon reflexiona. Recuerda que ha quitado los pósteres de Spitz, Biondi y Popov.

—¿Qué es hora de cambiar? ¿Qué tienes que dejar el naranja y pasarte al azul marino?

—Sí —dice Simon—. A veces hay cosas que tienen que cambiar.

—¿Crees que va a llover?

—Podría ser.

—Puede que tenga aquel ridículo bañador de flores, pero también tiene a Ko.

—Y tú no tienes a nadie.

—No. Ni tú tampoco, por cierto.

—Es verdad.

—¡Frits! ¡Melissa! ¡Ya está!

Después de la piscina tibia, el agua de la de cincuenta metros le parece fresca. Simon nada media hora. Concentrado. No muy rápido, pero prestando atención a la técnica. Mientras se seca, se da cuenta una vez más de que es algo que odia, secarse. Estar mojado es agradable, nadar es agradable, ducharse es agradable, pero siempre

llega ese momento de secarse. Además, se tarda mucho y, la mayoría de las veces, después de hacerlo notas la ropa dura y desagradable. Antes de irse, pasa un momento por la piscina pequeña. El agua está plana y tranquila, han recogido todos los juguetes. Es como si no hubiera pasado nada y tampoco fuera a pasar nada durante el resto del día. Fuera el parque sigue gris y desierto. Pocas cosas hay más melancólicas que una piscina vacía y silenciosa, piensa.

Al salir de allí, se dirige a la tienda de pinturas de Elandsgracht y compra un cubo de diez litros de pintura de látex, un rodillo, una cubeta y una brocha. Justo antes de salir de la tienda, vuelve atrás, a pesar de que ha aparcado en doble fila con las luces de emergencia puestas.

—¿Tienes plástico de ese fino también? —pregunta al vendedor.

Claro que tiene.

—¿Te basta con diez por diez metros?

—¿Puede ser menos?

—Más vale que sobre que no que falte —le dice el vendedor.

26

En lugar de tener a Igor en su cama, tiene la cama cubierta con un plástico fino. En eso piensa mientras pasa el rodillo por el techo —si repintas de blanco después de tantos años, tienes que pintarlo todo. No había ido a la piscina en coche «porque sí», aunque no se había dado cuenta hasta que vio a Igor tan perdido sentado en los escalones, mirando lo que ocurría en el parque, casi anhelante, como si hubiese querido estar paseando por ahí solo y en libertad, o quizás incluso dando vueltas en un Segway. En aquel momento se había dado cuenta de para qué servía el coche: era más fácil llevarse al chico en un coche que en una bici. Y si Sam y Johan podían quitarle el bañador y dejarlo con el culo al aire, él también, ¿no? ¿Tenías que

ser siempre el más maduro solo por ser «monitor»? ¿No puedes meterte en el meollo alguna vez? Le salpica un poco de pintura de látex en el ojo derecho. No se lo frota, sino que parpadea varias veces. Baja del taburete y hace rodar el rodillo en la cubeta para impregnarlo de pintura. Ya empieza a notarlo en el hombro.

Igor en la cama. O en el sofá. En el suelo, abajo. En una silla de barbero, en el vestuario de la piscina. Mentalmente puede imaginárselo sin todos los demás. En la práctica, es imposible, por eso la última vez se había negado a ponerle el bañador. Sintió que era la decisión que debía tomar como adulto, pero la verdad es que no se veía capaz de controlarse. ¿Quién había decidido que alguien como él fuese tan guapo? Por eso había dicho que lo dejaba. Un chico así, como un perrito. Un perrito que también quiere de todo, que se lame los genitales sin ninguna vergüenza, con las patas traseras bien abiertas. Simon conoce esa entrega total, el no pensar en nada más, ese abrir las piernas sin pudor, la espalda curva, otra vez como un perrito, ahora como un perrito cagando. No como con el escritor, que era incómodo, algo que tenía que pasar tardeo temprano; ni como el otro día con el pelirrojo aquel, que se había quedado ahí en la cama tumbado súper satisfecho. Seguro que en su mente ya estaba presumiendo de su conquista. Esas cosas no estaban mal, por decirlo de algún modo, pero tampoco pasaban de ahí. Igor, desnudo con aquella naturalidad desinhibida, y él incapaz de decir otra cosa que «Grrr» o «Meh» o «Mmff». Cuántas veces no se habrá visto a sí mismo tumbado boca abajo, los brazos bien abiertos, la frente en un almohada o en el suelo, e Igor encima de él, dentro de él. Rodillo arriba, rodillo abajo, salta al suelo, desplaza el taburete hacia un lado, se vuelve a encaramar a él y sigue dándole al rodillo. Esta mañana ha aparcado justo delante de la piscina. El vestuario ha sido un caos, Jelka lloraba desconsoladamente; al chico nuevo, Frits, le había entrado agua en las orejas, y la conductora que tenía que llevárselos todavía no había llegado. Casi se habría podido llevar a Igor; había habido momentos en los que podría haberlo hecho sin

que nadie se diera cuenta. El chico había estado sentado en el banco, muy tranquilo, esperando con calma a que le llegara el turno, mirando casi mansamente a su alrededor, a Jelka, que se había puesto roja como un tomate, y a Frits, que decía algo por primera vez, temblando porque creía que el agua le había pasado de las orejas al cerebro.

—Ven, va —le había dicho Simon.

Y luego le había quitado el bañador, lo había secado y vestido.

—Ggggum —había dicho Igor cerca de su oído. Había sido un ruido satisfecho. Después, él y su madre se habían ocupado de Jelka, y entonces llegó la conductora, y eso había frustrado sus planes, aunque fueran inconscientes. Impregna el rodillo de pintura por última vez, y termina el techo. El techo era lo que más pereza le daba, porque tenía que trabajar en algo que lo superaba. Ahora se le ocurre que podría haber abierto la ventana. La pintura de látex es pintura al agua, pero aun así buena para la salud no debe de ser.

Por la noche, reconstruye en la medida de lo posible la vida de una modelo *pin-up* que viajaba en el avión americano. No le resulta fácil. Fue toda una celebridad en su momento, pero hasta de las celebridades queda poco rastro. En su tumba pone «Three times a lady». ¿No es una canción de Lionel Richie? Pero esa canción no es tan antigua, ¿no? Lo busca. Agosto de 1978. No es de Lionel Richie en solitario, sino de The Commodores. Richie la escribió después de que su padre describiera en un cumpleaños a su mujer como «A great lady, a great mother and a great friend». ¿Cómo es posible? Simon suspira, pero no se va a romper la cabeza con esto. Joder, casi podrías pensar que Lionel Richie se había paseado por ese cementerio de cómo se llama… Sunny Side, Georgia. ¿Será de Georgia? No, nació en Alabama. Un estado vecino. Entre Tuskegee y Sunny Side solo hay ciento diecinueve millas. Podría ser.

De pronto, se queda un momento preguntándose cómo ha llegado de Tenerife a Lionel Richie, cierra Google Maps y abre boyfreepics.com. Media hora más tarde está en la cama. En su

habitación blanca y recién pintada, sin rectángulos en la pared. Se masturba sin pensar en ninguna foto de boyfreepics: viste a Igor en un vestuario en el que están los dos solos. Esta vez, su frente no se apoya en un cojín, una alfombra o un antebrazo, sino en unas baldosas blancas duras como una roca. En su mente, es muy fácil dejar que el chico se lo tire.

27

—Con Weiman.

Siempre responde las llamadas dando su apellido, poniendo el acento en Wei. Suena atractivo.

—Con Weiman, también.

El siempre pronuncia Weimán. Suena defensivo. Pero casi nunca lo dice, responde al teléfono diciendo su nombre depila. En realidad, solo usa el apellido cuando llama a su madre, y solo porque ella siempre contesta al teléfono así. Y eso que ni siquiera es su apellido de nacimiento, es el de casada. Ella se llama Wiegers. Quizá ahora que ya no tiene ni veintitrés ni treinta y ocho años, él también debería empezar a usar su apellido para contestar las llamadas.

—Ah, eres tú.

—Sí, soy yo. ¿Decepcionada? ¿Esperabas que llamara otra persona?

—Qué va. ¿Qué pasa?

—¿Te invitaron en 2007 al servicio en memoria de las víctimas que se hizo en Tenerife?

—¿Qué?

—Cuando inauguraron aquel monumento.

—Espera un momento, tengo que despejarme un poco. John, me acabo de levantar.

—En 2007 inauguraron una escalera en una montaña sobre el aeropuerto. Fueron familiares de las víctimas. ¿Te invitaron, a ti?

—Sí, evidentemente.

—Bueno, tan evidente no es. ¿De dónde sacaron tu dirección, por ejemplo?

—Ah, sí. Debió de costarles un poco.

—Pero ¿te llegó una invitación?

—Ya lo creo.

—¿Y por qué no fuiste?

—Pues mira… ¿De qué iba a servirme?

—¿Conocer a gente que había pasado por lo mismo que tú?

—¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué te hace gracia?

—¿Gente que había pasado por lo mismo? ¡Solo faltaría! ¿Volver a revolver todo el asunto después de treinta años? Escúchame. Desapareció, un domingo, y nunca volvió. No lo vi nunca más. Dicen que está enterrado en aquel horrible cementerio, pero bueno, pueden decir lo que quieran. Ni siquiera sé cómo lo enterraron. Ni siquiera sé si realmente toda esa gente está ahí debajo de aquella piedra de molino tan fea. ¡No sé nada de nada! Y, la verdad, prefiero que siga siendo así.

—Pero ¿no tuviste ninguna tentación de ir?

—Qué va. Además, ya estuve en Tenerife. Contigo, por cierto, pero eras muy pequeño, seguro que ni lo sabías.

—Claro que lo sé. He visto esas fotos, ¿no?

—Ah, sí. Es verdad.

—Pero ¿por qué fuiste sola un par de años más tarde?

—Mira, ya no me acuerdo. En cualquier caso, para montar en avión alguna vez, me daba cosa.

—No me parece un motivo muy válido.

—¡Simón! Ya no me acuerdo. Quizás quería cerrar un capítulo o algo así.

—¿Nunca pensaste que yo tal vez habría querido ir a aquella ceremonia?

A eso no tiene respuesta de buenas a primeras; la oye respirar.

—No, lo siento. Ni se me pasó por la cabeza.

—Pues gracias.

—Oye, ya basta, no voy a permitir que me hagas sentir culpable. ¿Qué se te había perdido a ti allí?

—¿No entiendes que aquel hombre era mi padre?

—¡Aquel hombre, como tú lo llamas, era mi marido!

—Ah, ¿y ahora yo no puedo sentir nada al respecto? ¿Ahora es tu marido? ¿Y el hijo de los abuelos? Te comportas como la reina, que trata muy cordialmente a un súbdito hasta que hace algo que no le gusta y le dice: «¿Sabes con quién estás hablando?».

—¿Cómo dices? ¿Cómo se te ocurre ahora eso de la reina? ¿No te das cuenta de que no quiero hablar de esto? ¿No se te ha ocurrido nunca que todo esto es extremadamente doloroso para mí?

Ahora es él quien no sabe qué contestar. Se queda callado un momento, pero al fin insiste:

—¿Qué te pareció que un aprendiz del abuelo también estuviera en el avión?

Vuelve a oír su respiración, y también una motocicleta que pasa.

—¿Un aprendiz?

—Sí. Ya lo sabes, ¿no?

—¿Lo sé?

—Me lo dijo el abuelo. Hace un tiempo ya.

—No sé nada de eso.

—Sí, sí que lo sabes.

—Quiero decir que no sé cómo fue la cosa. A lo mejor se iban de vacaciones juntos, pero no lo sé. Aquel chico también se fue y no volvió nunca, ¿cómo voy a saberlo?

—Es verdad. Pero me pareció… ¿cómo podría decirlo? Llamativo. Casi se podría pensar que estaban liados.

—Ja, ja, ja.

No es que se ría, sino que pronuncia «ja» unas cuantas veces seguidas.

—¿Ya te vuelves a reír?

—Sí. Seguro que te gusta la idea. Así le pones emoción a la cosa.

—Qué va. ¿Cómo se llamaba el chico, por cierto? ¿Te acuerdas?

—Porelamordedios —Suspira. Muy profundamente—. Escucha, yo estaba embarazada de ti. Naciste seis meses después.

—¿Sí?

—¿Sí, qué?

—Olvídalo. Es que me resulta todo tan raro.

—Tu abuelo te está metiendo ideas en la cabeza.

—No, el abuelo apenas acaba de empezar a hablar del tema. ¿Por qué nunca había hablado de todo esto antes? ¿Y tú?

—Pero a ver, ¿cuántos años tienes? Pareces un adolescente. Un adolescente resentido. ¿Habías preguntado tú alguna vez algo? —En eso tiene que darle la razón—. Y ahora no puedes dejarlo correr.

Vuelve a tener razón.

—Mientras tanto, ¿has preguntado en tus círculos si alguien puede ayudarte?

—No, claro que no. Con esa gente hago otras cosas. Lo de la piscina lo hago contigo hasta que Henny vuelva.

—Pero si no va a volver.

—Nunca se sabe. Ayer me mandó unas fotos de la casa donde están ahora. Provisionalmente. Ko va por ahí entre todos esos británicos. Debería tener cuidado, ya no tiene cincuenta años. Estaban a veintitrés grados, dice. Y hacía sol.

—Creo que yo también voy a ir a echar un vistazo.

—Sí, vete de vacaciones, estarás la mar de bien. Ya te toca.

—Voy a colgar ya. Adiós, mamá.

—Adiós, Simon. Hasta el sábado.

—¡No, espera! Antes has dicho algo de una piedra de molino. Así que sí que has estado en Westgaarde alguna vez.

Ella duda.

—Sí.

—¿Y no te pareció triste ni raro que su nombre no esté con los demás?

La oye llorar. Esto es tan inesperado para él que no puede hacer otra cosa que escuchar. Oye la voz de Henri y diciendo que su madre se está agobiando.

—¿Mamá?

—Estoy aquí —dice ella, entrecortada.

—¿Estás llorando?

—Sí, estoy llorando. Por tu culpa.

—No era mi intención.

—Ya lo sé. —Se sorbe los mocos ruidosamente—. Es que estabas hurgando tanto…

—Sí. No puedo evitarlo.

—No pasa nada. De hecho, también lo entiendo. —Se vuelve a sorber los mocos—. ¿Sabes qué acabo de pensar? Que cuando todo esto sucedió, apenas lloré. Debí de reprimirlo. No me apetecía, aunque suene raro. Y luego, un año después, aunque tú eso no lo sabes, en España hubo otro accidente, otra vez en España, un camión cisterna que explotó cerca de un *camping*. En verano. Más de doscientos muertos. Entonces me rompí. Cuando vi fotos o imágenes de televisión, bueno… Los Alfaques o algo así.

—Qué raro.

—Fue como si toda aquella desesperación de otras personas me ayudara a superar mi propia desesperación. —Todavía gimotea un poco—. Algunos de los muertos estaban hasta a cien metros del lugar del accidente, en una colchoneta inflable en el mar. Parece mentira, ¿no? Que me acuerde de esto…

—Los psicólogos tendrán alguna palabra para definirlo —dijo Simon.

—Seguro. Y ahora sí que voy a colgar.

—¿Estás bien?

—Claro. Me ha sentado bien llorar un rato. ¿Cuándo lloraste tú por última vez?

—No me acuerdo.

—Bueno, tú no eres normal del todo, tampoco.

—También se puede llorar por dentro, ¿sabes? A lo mejor es lo que hago.

—¡Adiós!

Simon se prepara un expreso y se lo bebe de pie frente a la ventana de atrás. Los arbustos de los jardines interiores ya están verdes. Es como si todo lo que está cerca del suelo siempre brotara antes que

los árboles. Llovizna. En la cocina de enfrente hay alguien en el fregadero, un poco más allá otra persona abre las cortinas del dormitorio. Siempre actúo como si Anja fuera un igual, piensa, y a los ojos de los demás probablemente nuestra forma de tratarnos parezca un poco rara, pero claro, es mi madre. A veces lo olvido. Mira el reloj. Casi tiene que bajar, Jason tiene hora. Al parecer, han regresado de las Maldivas. Y no se han estrellado. Es raro que Martine no haya pedido hora; normalmente vienen en días sucesivos o, al menos, en la misma semana. Y entonces piensa: siempre puedo cortarle el pelo a Igor. Mi madre lo sugirió. No hay nada sospechoso en eso.

Jason no solo quiere que le retoque la barba, también quiere que le corte el pelo. Simon ya ha terminado con el segundo y se ocupa de la primera con las tijeras y un peine fino. También podría hacérsela con maquinilla, pero eso no es lo que quieren los clientes: quieren sentirse como si estuvieran en una barbería. La maquinilla ya la usan en casa. De vez en cuando Simon deja el peine suspendido en el aire y aprieta la piel un poco con el pulgar. No puede evitarlo, necesita notar la arteria de este cuello. Jason no ha dicho ni una palabra en todo el rato. Solo suspira profundamente de vez en cuando. Ahora pregunta:

—¿Martine no ha pedido hora?

—No —dice Simon.

—No me extraña.

—Mm.

—Hemos cortado.

—Vaya.

—Durante las vacaciones, ¿eh? Cuando estábamos ahí tumbados en la playa. Y eso que aún nos quedaban tres días y un largo vuelo de vuelta por delante. ¿A quién se le ocurre?

—Mm.

Jason se excita un poco, Simon nota que la carótida palpita.

—El ambiente no fue muy bueno que digamos. Dijo que quería

hacerlo allí y no en casa. Quería un buen final. Un país muy raro, por cierto, las Maldivas. En realidad no es ningún país, es sobre todo mar. Y ese aeropuerto es espectacular, no hay nada más que eso. Una pista de aterrizaje en medio del Océano Indico. Y desde ahí tienes que seguir en hidroavión.

—Mm.

—Así que me dediqué a beber. Es lo único que puedes hacer en ese lugar. ¡Ni siquiera hay animales! Solo playa y mar y comida y bebida. La última noche echamos un polvo de primera, eso sí. Un polvo de despedida. Ojalá todos los polvos fuesen de despedida.

—¿Y el viaje de vuelta?

Simon tiene que decir algo, con esta historia no puede limitarse a asentir. Además, se está imaginando cómo sería un polvo de despedida con Jason. Quizá también tenga una vena de estas tan bonitas en la polla. Rodea a su cliente, y luego rehace sus pasos y se coloca detrás de él, ahora mismo es lo mejor.

—En fin. Para entonces ya lo había superado. De hecho, tenía ganas de volver a casa. De mirar más allá. No vivíamos juntos, ¿sabes? Técnicamente, las cosas no han cambiado mucho. ¿Tú tienes novia?

—Neh —dice Simon.

—Más tranquilo así.

—Eso. —Mira a Jason a través del espejo—. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Como siempre. Ya puedo volver a perseguir a las chavalas.

—Ja —dice Simon.

28

Solo al día siguiente de darse cuenta de que había muerto, Cornelis pensó fugazmente en la pareja que había estado sentada a su lado. El hombre que le impidió mirar por la ventana, la mujer que hojeaba la revista de KLM. En el piloto, cuya foto aparecía en esa revista, en la

azafata que los subió a primera clase. En Jacob, que había embarcado sin él. Estaba sentado en una mesa, desayunando. Aparte de él, había una pareja sentada a unas cuantas mesas de distancia; por tanto, en el hotel no había mucha actividad, a pesar de ser temporada de vacaciones. Al menos en los Países Bajos, probablemente aquí la gente no tenía vacaciones. Se esforzó por averiguar de dónde era la pareja. El idioma sonaba escandinavo.

Había dormido bien. La chica que atendía a los clientes les había dicho algo en español. Él no lo había entendido.

—*Koffie* —había pedido él, y le habían dado café. Al parecer, esas palabras eran similares. En las paredes del comedor había fotografías. Debían de ser de la propia ciudad, porque reconoció el curioso campanario que había visto el día antes. Qué raro, pensó. Si ya estamos aquí, ¿no? ¿Por qué colgar fotos del lugar donde estás? Se sacó la cartera del bolsillo trasero y contó las pesetas. Era una cantidad enorme, pero una vez traducida a florines no era mucho. Se terminó el café y el vaso de zumo de naranja natural y salió del comedor.

Dos horas más tarde se había hecho una idea de la ciudad. Pasó dos horas entrando y saliendo de calles, encontrando callejones que las conectaban, viendo fuentes e iglesias, bares con terraza, panaderías, carnicerías, unos árboles bonitos desconocidos para él. Mucho más tarde se dio cuenta de que, al mismo tiempo, a pocos kilómetros de distancia, estaban ocurriendo cosas terribles: se buscaban cadáveres, se identificaban (o no) muertos, reinaban el caos y la incertidumbre. Pero en la ciudad en sí, la vida seguía adelante, se vendía pan y carne, la gente se sentaba en las terrazas, los viejos jugaban a algo con unas pelotas. Puede que pensara en la gente del avión, pero había sido un pensamiento fugaz, como cuando, de repente, te acuerdas de alguien a quien viste por casualidad el día antes. Gente, solo eso, un encuentro fugaz, todo bien, pero dos días más tarde han desaparecido para siempre de la memoria. Se sentó en una terraza después de visitar una especie de oficina de turismo y hacerse con un

pequeño diccionario: la guía *Cómo manejarse en español*. Estudió el librito antes de pedirse un café y un vaso de agua. Un poco más tarde, el camarero le puso el café y el vaso de agua en la mesa con una sonrisa. Cornelis encontró una frase peculiar en el libro: «¿Ponen alguna película de Rutger Hauer?». Aquí los olores eran distintos a los de casa. Por la calle amplia en que se encontraba la terraza caminaban turistas. Detrás de una ventana abierta de una casa frente a la terraza, una joven regaba sus plantas. Lo miró con candidez. Sí, los olores eran muy distintos a los de casa. Más frescos, más espaciosos.

En los días siguientes no pensó para nada en «casa»: su cerebro andaba ocupado en almacenar palabras y fragmentos de frases en español. En poco tiempo ya fue capaz de pedirse un huevo en el desayuno. Se olvidó de cómo decir «vino tinto», que aquí era malísimo. El vino blanco era bueno. Se convirtió en un bebedor de este último. Al cabo de un tiempo supo que en San Cristóbal de La Laguna había dieciocho peluquerías y que nadie llamaba a la ciudad por su nombre completo, sino, simplemente, La Laguna. «Laguna» era una especie de lago, creía, pero no había ninguno en ninguna parte. Pasó varias veces por delante de las dieciocho peluquerías, mirando al interior con la máxima discreción posible. ¿Dónde había mucha clientela? ¿Cuántos peluqueros —curiosamente, vio a pocas peluqueras— trabajaban en cada sitio? También miró los pisos de encima de aquellos locales. ¿Viviría alguien? Hablaba poco, pero eso no era inusual en él. En los Países Bajos, a menudo porque no le apetecía; aquí, simplemente no podía mantener una conversación. En un momento dado, empezó a prestar atención a los clientes. ¿Había solo laguneros o también turistas o extranjeros? «Peluquería» fue, por supuesto, una de las primeras palabras que aprendió, y pronto se dio cuenta de que en los locales llamados «Barbería» solo se cortaba y afeitaba a hombres. Cada vez pasaba más a menudo por delante de la Barbería Juan Flórez, donde había visto a tipos con aspecto nórdico y había pillado algún retazo de alguna frase en inglés. De vez en cuando veía que alguien se encogía de hombros o levantaba las manos. Le dio la impresión de que era la barbería a la

cual les gustaba ir a los expatriados británicos, y cuando se dio cuenta de que Juan es el mismo nombre que Jean y Jan, pero en español, entró.

Al día siguiente ya empezaba. El jefe —que no se llamaba Juan Flórez, sino Manuel González— le había pedido que hiciese un corte; cualquiera podía decir que era peluquero diplomado. Pareció que le gustaba lo que Cornelis hizo y, para colmo de buena suerte, justo entonces entró un británico y pudo demostrar que hablaba bien inglés. El británico quería retocarse la barba. Cornelis lo sentó en una silla sin pensárselo dos veces y sin preguntar nada. Quince minutos después, el cliente estaba satisfecho, y Manuel también. Le dijo que podía instalarse en el piso que había encima de la peluquería, que había quedado libre hacía poco porque el antiguo inquilino se había trasladado a una residencia de ancianos. Cornelis creyó entender que esto significaría que cobraría menos, pero podría haberlo entendido mal. El piso apenas tenía muebles. Había un televisor. Una cama. En la cocina encontró sartenes, platos, vasos y cubiertos. En un armario del dormitorio había sábanas y fundas de almohada que parecían limpias. El anterior ocupante no lo había dejado en mal estado. Hasta había plantas en el alféizar de la ventana, de las cuales más o menos la mitad seguían vivas.

Manuel le pidió que eligiese otro nombre; por mucho que lo intentara, no conseguía decir Cornelis. Con la ayuda de la guía de español, dijo: «Mi nombre es Carlos», aunque en realidad habría querido decir «Pues llámame Carlos, por ejemplo», pero no lo encontró. Carlos sonaba muy español, el segundo nombre del nuevo rey. Carlos Weiman. Nadie preguntaría por el apellido, ¿verdad? Fue a hacer la compra. La primera noche en su nuevo piso comió patatas con una lata de algo por encima. Algo con tomate. Bebió vino blanco, que era baratísimo. Leyó el diccionario. Escribió algunas palabras para recordarlas mejor. Estaba tan ocupado con su nueva situación que todavía no había pensado en casa. No pensó en sus padres en Chez Jean, ni siquiera pensó en su mujer embarazada. Y en el avión menos, claro. Se había ido y había aterrizado aquí. Eso era todo. Nada más. Fue en busca de una lavandería. Pidió un

adelanto a Manuel González porque se había gastado casi todas sus pesetas en el hotel. No hubo problema. Al parecer, a su jefe le hacía gracia tener a un joven rubio holandés como él en su establecimiento. Manuel era un hombre mayor, de unos cincuenta años, y los otros barberos —había tres más que trabajaban ahí días sueltos— también eran mayores. Se parecían entre ellos, todos con el pelo negro y una sombra negra en las mejillas, y Carlos tardó una o dos semanas en ser capaz de distinguirlos. Manuel, Santiago, Martín y Felipe.

Un mes más tarde eran amigos. También eran las únicas personas que conocía. A menudo se tomaban una o dos copas de vino tinto después de cerrar, normalmente delante de la barbería, desde donde los hombres saludaban sin parar a todos los transeúntes. Carlos no quiso decir de buenas a primeras que ese brebaje no le gustaba mucho, tenía la vaga idea de que el vino blanco era más bien cosa de mujeres. Y al fin y al cabo, la tercera copa solía saber mucho mejor que la primera. Vino tinto. Se convirtió en un bebedor de todo tipo de vino. Después de tres copas, intentaban llamarle Cornelis y, ante la imposibilidad de pronunciar su nombre, se tomaban la cuarta. Los cuatro fumaban, también mientras cortaban o afeitaban. Criticaban a sus esposas. Les preguntó quién era Juan Flórez. No lo sabían. Entonces, ¿por qué se llamaba así la barbería? Tampoco lo sabían. La mayoría de los clientes también fumaban, excepto los niños. Hombres y niños. Casi nunca entraba ninguna mujer y, cuando eso ocurría, era la esposa de Manuel, Martín, Santiago o Felipe, y prestaba mucha más atención a Carlos, de pelo rubio y ojos azules, que a su marido. Cada vez venían más británicos y se los pasaban todos a Carlos. A Santiago, Martín, Manuel y Felipe no les interesaban esos clientes, con ellos no podían hablar. Y la mayoría ni siquiera fumaban. Pasado un tiempo, Manuel puso un cartel detrás de la ventana: «Se habla neerlandés». Nunca se sabe. Santiago y Felipe le consiguieron un sofá y, pasado un tiempo, un televisor mejor. ¿No necesitaba una cama doble? Se lo preguntaron entre guiños ostensibles, y Felipe le dio una palmada en el hombro.

—Todavía no —respondió él en español. Carlos miraba la televisión para mejorar su conocimiento de la lengua. Lo que veía no le interesaba, chillaban bastante. Mientras tanto ya volvían a aterrizar y despegar aviones en Los Rodeos.

Claro que a veces no podía dormir, e intentaba pensar en qué situación se encontraba. Pero no lo conseguía. Las cosas empezaron a mezclarse. Manuel aparecía como su padre y como cliente, su madre se ponía de repente a hablar en español con una de las mujeres del Jordaan que manejaban la nueva cafetera Wigomat, él estaba muerto y luego no lo estaba. Contó los meses a partir de marzo, en agosto soñó con un parto, Juan y Jean se alternaban, a veces tenía que esforzarse por recordar que su mujer se llamaba Anja y otras se le aparecía armando un gran escándalo, pero todo esto ocurría en la cama, en el tiempo que transcurría entre la vigilia y el sueño, mientras no recordaba si había soñado o no. Muy de vez en cuando tenía una pesadilla y entonces era un cadáver carbonizado que no podía ser identificado porque tenía una dentadura tan fuerte que apenas recordaba la última vez que fue al dentista. Entonces se despertaba con náuseas. Pero algo más tarde, a plena luz del sol, con una temperatura agradable casi todos los días, volvía a ser Carlos, el nuevo barbero de Juan Flórez, que atraía a los clientes por su exotismo y que cada vez veía con más frecuencia a una chica frente al escaparate. Una chica que parecía lamentar que la barbería Juan Flórez no fuera una peluquería.

No entró ningún neerlandés en la barbería hasta noviembre. El que entró, miró a su alrededor y dijo a Carlos en su idioma:

—A ti te buscaba.

Carlos se sobresaltó.

—¿Y eso? —preguntó con cautela. Era la primera vez en meses que hablaba en neerlandés.

—No hay que ser un lumbreras para ver que eres el que sabe

neerlandés —dijo el hombre.

—Ah, por eso —dijo Carlos.

—¡Bienvenido! —exclamó Felipe.

—Sí —dijo el cliente—. Buenos días a ti también. ¿Dónde me pongo?

Carlos le señaló una silla.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó.

—Corto, por favor. Ya hace tiempo que no me lo arreglo.

—Ya lo veo —dijo Carlos. Trabajó un rato en silencio. El hombre se miraba con interés en el espejo, girando ligeramente la cabeza de vez en cuando. Felipe, que era el único que trabajaba en aquel momento aparte de él, estaba enfrascado en una conversación con su cliente. Ambos fumaban como carreteros.

—Qué asco —dijo el neerlandés.

—Muah —dijo Carlos—. Uno se acostumbra a todo.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

—No sé, buscando algo distinto.

—¿Distinto a qué?

—A Amsterdam.

—Ajá. Yo soy de Bodegraven.

—Mm —dijo Carlos.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos —dijo él, sin la más mínima vacilación.

—Ja, y mi madre se llama Juanita.

—¿De verdad?

—No, claro que no. Se llama Rita.

—Ah, eso también es posible, claro.

Fue una conversación rara. Carlos no había caído en la cuenta de que, al haber colocado aquel cartel, ahora de vez en cuando podía tocarle lidiar con clientes de su país. Todavía le duraba el susto, aunque la brusquedad neerlandesa con la que el hombre había dicho que lo buscaba no se refería a él, sino a su profesión. Y de repente, de la nada, pensó que quería tener un perro.

—Dirijo unas obras de dragado —dijo el hombre—. Esos isleños perezosos no dan un palo al agua. Trabajo para Boskalis.

Viajo por todo el mundo.

—¿Hay mucho que dragar, aquí? —preguntó Carlos por decir algo.

—¿Me tomas el pelo?

El hombre lo miró intensamente a través del espejo.

—No. ¿Por qué?

—Nada, solo estaba pensando. ¿Puedes cortar un poco más sobre las orejas?

—Claro. Quien paga, manda.

Cinco minutos más tarde, había terminado. El hombre estaba hinchado de sí mismo y de su trabajo tan importante por todo el mundo. Carlos era un simple barbero en La Laguna. Por tanto, no hablaron más. Carlos siguió pensando en un perro. Felipe terminó con su cliente más o menos a la vez. Mientras tanto no había entrado nadie. Una mañana tranquila. Inusual. Felipe estaba contento con el neerlandés.

—Más clientes —dijo.

—Por mí no haría falta —dijo Carlos, y luego sacó ef tema del perro. Si Felipe no podría conseguirle alguno.

—¿Qué tipo de perro?

—Ni demasiado pequeño ni demasiado grande.

—¿Pura raza?

—No —dijo Carlos—. Quiero un perro que no sea de raza.

Usó la palabra «híbrido».

—Ningún problema —dijo Felipe—. ¿Qué tal con la paella? —preguntó después.

—Mejor, mucho mejor.

Carlos ya no comía casi nunca patatas y, cuando lo hacía, era en forma de tortilla. Le gustaba hacer paella; se tardaba, pero de eso se trataba. Pasó la chica. Echó un vistazo nervioso al interior y, al ver que no había clientes, quiso continuar caminando rápidamente. Carlos abrió la puerta.

—Entra —dijo a su espalda—. Al contrario que él —señaló a Felipe—, yo también sé cortar muy bien el pelo a mujeres.

Al menos, eso creía haber dicho.

—Tut, tut, tut —hizo Felipe.

—¿Es verdad o no?

—No lo sé. Todavía no te he visto hacerlo nunca.

La joven entró vacilante.

—¡Una cálida bienvenida! —le dijo él.

Dos semanas más tarde, Carlos ya tenía perro. Uno blanco con manchas marrones, una de ellas alrededor del ojo izquierdo, lo que le daba un aspecto gracioso. Todavía era joven; Felipe no había sabido decirle qué edad tenía.

—Unos cuantos meses, tal vez un ciño —dijo.

¿De dónde había salido?

—No importa, ¿no? —preguntó Felipe.

El perro no costó nada, era un perro callejero. Carlos compró un enorme cojín y dos cuencos, uno para la comida y otro para el agua. Una correa, un collar. Subía siempre que podía. Sacaba al perro por la mañana y por la noche, a veces también por la tarde. Al cabo de poco, el perro se tumbaba en la puerta de la barbería.

—Por mí no pasa nada —dijo Manuel—, pero si veo que ahuyenta a la clientela, tendrá que irse.

Carlos pensó que era un perro típico del sur: holgazaneaba al sol, movía la cola a cada contacto y se comportaba casi con sumisión. No asustaba a los clientes, era un animal manso. Carlos lo llamaba Lobo. Debido a Lobo, se alejó de la zona más de lo que lo había hecho hasta entonces. De vez en cuando cogía el autobús a Santa Cruz por la noche para pasear al perro por la playa. Llevaba muchos meses en Tenerife y todavía no había visto nunca el mar. Lobo no se separaba de él; de hecho, no necesitaba correa. A veces desaparecía durante quince minutos, pero siempre volvía. Carlos cogía el autobús porque no se le ocurrió comprarse un coche hasta que Santiago le preguntó si tenía carnet de conducir.

—Claro —dijo Carlos.

Un par de días más tarde había conseguido un pequeño coche por un precio ridículo.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Tú paga y no preguntes —dijo Santiago.

A partir de entonces salió todavía más a menudo, no solo al mar, sino también a las montañas. Cuando se detuvo cerca de la cima del Teide y miró a su alrededor, se dio cuenta de que llevaba casi un año dando vueltas por una zona muy pequeña. Lobo corría en círculos, levantando polvo; Carlos respiró profundamente. Quería subir más, pero un hombre con una chaqueta verde le impidió el paso. No podía pasar como si nada, necesitaba permiso para subir hasta arriba. Un pase, una autorización. Carlos tenía ganas de ponerse a correr en círculos con Lobo. Nunca había visto un paisaje tan bonito. Pelado, yermo, áspero, duro. La luna en la Tierra, si no mirabas el teleférico. Un volcán. ¡Estaba en la cima de un volcán!

Un par de semanas más tarde llevaba en el coche a Alanza además de a Lobo. Ni mar ni montaña, solo un paseo en coche, lo que, en realidad, significaba mar y montaña. Toda la isla consistía en mar y montañas. Su español ya era tan bueno que podía charlar con Alanza y, si algo no le salía, le decía «¿Cómo se dice?» y lo resolvían juntos. Alanza se había convertido en una clienta habitual, la única mujer que se sentía cómoda entre los hombres. A veces los demás miraban en silencio, casi con reverencia, mientras Carlos le cortaba el pelo. Hasta se les olvidaba fumar. Cuando se iba, guardaban un silencio distinto. Elocuente. De vez en cuando, el guiño habitual. Una vez, Manuel dijo:

—Eso sí que es cortar —como si a toro pasado le diera pena haberse dedicado solo a hombres y niños todos aquellos años, como si lamentara que Juan Flórez no fuese una peluquería.

Como Alanza fumaba, Carlos también. No le disgustaba. Bajaron del coche cerca de Punta del Hidalgo. Alguien había pintado un cuadro enorme de un sello con la perrita Laika.

—¡Mira! —dijo Carlos a Lobo. Este lo miró expectante, sin entender el brazo que señalaba. A Carlos el perro le parecía alternativamente tontísimo o muy listo.

—Los perros no ven estas cosas —dijo Alanza.

—¿Ah, no?

—Y si lo viera, no le interesaría.

El perro corrió hacia el océano por una playa de piedras. Carlos y Alanza lo siguieron despacio. A lo lejos se levantaba una roca enorme en forma de pirámide. Pelada, afilada. En esta isla casi todo era afilado y puntiagudo. Desolado.

—¿Es eso la Punta del Hidalgo? —preguntó Carlos.

—No, la punta es toda esta protuberancia.

Carlos memorizó la palabra «protuberancia» y miró a su alrededor. Era marzo. El viento soplaba fuerte, las olas se estrellaban con mucha fuerza contra las rocas. El cielo era azul, sin una sola nube. Lobo ladró.

—Me pareces un hombre guapo —dijo Alanza.

Carlos la miró. Lo que acababa de decir chocaba tan frontalmente con la manera en que había entrado en la barbería la primera vez que no supo cómo reaccionar.

—Gracias —dijo al fin.

Por suerte, en aquel momento Lobo chocó contra las piernas de la mujer de un modo bastante torpe.

—¿Un helado? —preguntó Carlos.

—¡Lobo, tonto! —dijo ella, y luego añadió—: Vale.

El pueblo era pequeño, pero en Tenerife no hay pueblo sin heladería. Se sentaron en la terraza, al abrigo del viento. Lobo se tumbó a los pies de Alanza, suspirando, como si notara que tenía algo que compensar. Carlos también sentía que tenía algo que compensar, pero no veía cómo. Alanza estaba en silencio. Lamía su helado y miraba la calle. Cuando se lo terminó, se encendió un cigarrillo y le dio otro a Carlos. Lobo levantó la mirada. Fumaron.

En 1989, Carlos llevaba doce años en la isla. Lobo se había convertido en un perro viejo. El peluquero estaba suscrito a *El Día*. Jugaba a las cartas una vez a la semana con los hijos de Santiago y Felipe y asistía a sus partidos, aunque no le gustaba mucho el fútbol.

Daba paseos regularmente con Gustava, la hija discapacitada de Martín, en su nuevo coche de segunda mano que, por supuesto, le había conseguido Santiago. Gustava era una mujer adulta que apenas hablaba para comunicarse. Podía decir «Aaaiiie». Solo decía algo diferente de vez en cuando dirigiéndose a Lobo, pero Carlos no habría sabido cómo expresarlo por escrito. Parecía disfrutar de esas escapaditas, sobre todo cuando paseaba entre los papagayos del Loro Parque. Le encantaban los helados. Carlos tenía que deducir según su expresión facial cómo se sentía, si quería volver a casa o quedarse, si quería tener a Lobo cerca o prefería que se quedase más lejos. Cuando la dejaba en su casa, Martín y su mujer lo saludaban con la cabeza. Martín era el más callado de los cuatro peluqueros. Quizás tenía algo que ver con aquella hija.

Carlos todavía vivía encima de la barbería. Con el tiempo se habían hecho mejoras en el piso. Era bastante pequeño, pero él estaba solo y la mayor parte del año tenía las ventanas abiertas. Tenía treinta y seis años, y cuanto más tiempo llevaba muerto, más español se volvía. Cada vez era menos un neerlandés que lo había dejado todo atrás. De vez en cuando iba a una discoteca con los hijos de los barberos. Estos iban para beber —estaban casi todos casados—; Carlos, para ligar. Si se acostaba con una mujer, le bastaba para una temporada. El recuerdo le duraba mucho y, cuando veía a Lobo, pensaba: tengo a Lobo, tengo una casa, tengo comida, puedo lavarme la ropa en la lavadora nueva del cuarto de baño. *El Día* no le servía para saber mucho sobre el resto del mundo. De hecho, era como si no existiera nada fuera de España, América y la propia isla. Era un periódico bastante nacionalista. Se había comprado un vídeo y cada semana sacaba dos o tres películas nuevas del videoclub local. El acontecimiento más extraño de aquel año fue que cuarenta mil personas se reunieron en el Parque Nacional del Teide para una emisión de radio que intentaba contactar con extraterrestres. Los isleños veían ovnis con bastante frecuencia. Tenerife era un punto caliente para los avistamientos. Carlos no fue.

Después de él, no habían contratado a nadie más en la barbería. Santiago y Felipe, en particular, venían solo cuando les apetecía. Él

estaba al pie del cañón todos los días; sin darse cuenta, se había convertido en el barbero jefe. Cogía el teléfono, daba citas, repartía el trabajo entre los demás.

—Nos estamos haciendo viejos —le dijo Manuel un buen día. Llovía, pero aun así Lobo estaba tumbado en la puerta. Era uno de aquellos momentos en que a Carlos su perro le parecía bastante estúpido. Era como si no le compensara levantarse y tumbarse un poco más allá para dejar de mojarse. Tengo que conseguir otro, pensó. Así aún podrían estar los dos juntos una temporada—. ¡Nos estamos haciendo viejos! —repitió Manuel, con algo más de urgencia.

Carlos desvió la mirada del perro a Manuel.

—Lobo también —dijo.

—Lobo no es barbero.

Carlos sospechaba a dónde quería ir a parar.

—Mis hijos tampoco son barberos —continuó Manuel.

—Vale, sí que quiero —dijo Carlos, para no alargar la conversación—. Siempre que lo arreglemos todo bien.

En 1999, solo Santiago seguía trabajando en la Peluquería Carlos W. Manuel se había hecho viejo más rápido de lo esperado y había muerto de cáncer de páncreas. Su funeral fue el primero al que Carlos asistió en la isla. Fue la primera vez que estuvo en un velatorio, la noche después de la muerte. Una casa llena de gente cantando, riendo y bebiendo. Fue la primera vez que vio una carretilla elevadora levantar un ataúd. Manuel acabó en un cuarto piso.

Felipe y Martín se pasaban al menos una vez a la semana. Si había más gente de lo esperado o venían clientes sin hora, le echaban una mano. No querían de ningún modo que les pagara nada; decían que lo hacían por los viejos tiempos. A Conchita y Nilda les parecía perfecto. Ellas ponían rulos, teñían canas de negro y servían cafés o vasos de agua a las mujeres sentadas bajo el secador. El local estaba reformado, parecía una peluquería preparada para

entrar en el siglo XXI. Cinco sillas, y casi siempre había cuatro ocupadas. Uno de los motivos por los que Santiago no podía jubilarse todavía. Tenía setenta y dos años, pero aún doblaba las rodillas sin problemas para acariciar a Oro. Oro no era blanco como Lobo, sino que tenía el pelaje liso de color arenoso con una amplia franja blanca en la cabeza. Por lo demás se parecía mucho al viejo perro, y Carlos sospechaba que Felipe lo había sacado del mismo lugar. Lobo había vivido un año y medio más, y, cuando murió, Oro había pasado de ser un cachorro adolescente y vivaz a un perro introvertido. Y un poco ansioso también. Pero no hacía daño ni a una mosca, los clientes se acostumbraron a pasar por encima de él; la mayoría de las veces el perro ni siquiera abría los ojos. A Oro le gustaba acurrucarse con él en el sofá por la noche, cosa que Lobo nunca había hecho, y reaccionaba a ciertos sonidos de las películas que Carlos veía en su nuevo reproductor de DVD. Su ruido favorito era el de los cascos de caballos, y Carlos ya podía gritarle «¡Es una película!» las veces que quisiera, que Oro tardaba un buen rato en calmarse. Este también se convirtió en un perro viejo. Cuando Alanza venía a peinarse, Conchita y Nilda sabían cuál era su lugar: ella era del jefe. Solo se veían en la peluquería. Con el tiempo, Carlos había aprendido que a los isleños no les gustaba que sus mujeres estuvieran con extranjeros solteros. Hablaban de cosas cotidianas. Los niños, las noticias, las muertes. Nilda llevaba café a Alanza. Con ella, Carlos siempre había sido más consciente del contacto físico que conllevaba el trabajo que con cualquier otra mujer. Al cabo de poco menos de una hora, se iba con el pelo bien cortado.

Carlos se había convertido en un hombre con un perro. Nadie sabía que había huido de un avión. Nadie sabía que estaba muerto. Casi no se acordaba ni él. También se había vuelto muy caminador. Sobre todo por el perro, fuese el perro que fuese. Había pocos lugares en la isla en los que no hubiese estado nunca. Podía caminar durante horas, casi sin pensar. Caminar por la luna. Caminar por las

laderas de un volcán. Caminando delante del océano, a veces La Laguna le parecía demasiado grande y demasiado ajetreada.

En Nochevieja, cientos de personas se reunían en la Plaza del Adelantado. Carlos era uno de ellos, con los hijos de Martín, Felipe, Santiago y Manuel, y sus esposas. Los niños y Oro se quedaban en casa. Esto fue una Reunión contra el Fin del Mundo. En la isla se creía en los ovnis y, por tanto, como es natural, también en el efecto 2000. Se hizo una cuenta atrás. Bastante gente, por un miedo inconfesable, había bebido demasiado. Pero el mundo no se acabó, las luces siguieron encendidas, repicaron campanas de todas las iglesias, no cayeron aviones ni satélites del cielo, y dos días después resultó que todavía funcionaban todos los ordenadores.

En la primavera de 2007 hubo un reportaje en *El Día* que llamó la atención de Carlos. Tenía a Pablo a sus pies; un perro negro con las patas delanteras blancas. Lobo y Oro se habían convertido en fotografías enmarcadas en una cómoda; así de integrado estaba en el sur y, por tanto, así de sentimental se había vuelto. Se iba a celebrar una reunión conmemorativa en el Auditorio de Tenerife. Habían pasado treinta años y ahora tenía lugar la primera conmemoración internacional. Y se inauguraba un monumento, pero el artista no había vivido para verlo, ya que había muerto de un ataque al corazón en Den Helder un año antes, a la edad de sesenta y tres años. «Desafortunadamente», indicaba el periódico. El nombre del artista no significaba nada para él, claro, pero Den Helder, sí. A los lectores de *El Día* no les diría nada, pero él se encontró de repente en el barco hacía Texel, una eternidad atrás. Llovizna, viento que hace oscilar el buque, gaviotas brutales, olor a aceite de freidora, aire salado. Tan fuerte fue la sensación, que tuvo que sacudírsela. Los Países Bajos. Antes. A pesar de intentar sacudirse el recuerdo, se vio a sí mismo volviendo a casa, con el pelo húmedo. La calle extraña, como siempre después de un viaje, como si alguien nuevo hubiese

comprado la tienda de bicicletas. Se vio cruzando la barbería vacía y silenciosa, subiendo las escaleras, su madre con el bolso grande de cuero que usaba para salir. ¡Su madre! Mientras sacudía la cabeza una vez más, se puso a calcular sin darse cuenta. Tendría casi ochenta años.

Pablo levantó la vista, sobresaltado; su jefe había emitido un sonido que nunca había oído antes. Por un momento, no supo qué se esperaba de él.

Carlos ya había visto la obra de arte; caminaba a menudo por ahí con Pablo. Una escalera de caracol. Era bonito, eso sí; alto, de acero oxidado. La ceremonia se celebraría el 27 de marzo a las 10:30 horas. El periódico no indicaba si sería privada o haría falta invitación. Oyó que se abría la puerta de abajo, con más ruido del necesario. No sería ni Nilda ni Conchita. Contuvo la respiración brevemente.

—¡Café!

Exacto, Santiago. Demasiado perezoso para hacerse su propio café, pero también con necesidad de no estar solo. De los cuatro hombres de su vida, Santiago era el que le caía mejor. Alguien amable, menos rígido que la mayoría de los isleños. Solícito, sin hacerlo sentir culpable. Eso tenía mérito. Santiago y su mujer eran los únicos que a veces iban a comer a su casa, pero cada vez era una pequeña decepción, simplemente porque la mujer lo acompañaba. No es que fuera una mujer desagradable, ni mucho menos, lo que pasaba era que Carlos se llevaba mejor con Santiago cuando estaba solo. Se levantó.

—¡A trabajar! —dijo a Pablo.

—Pero ¿a ti qué se te ha perdido ahí? —preguntó Santiago cuando Carlos le explicó por qué no iba a estar el martes siguiente.

—Muah —dijo Carlos.

—Esa palabreja ya me suena, a estas alturas —dijo Santiago—.

Dime por qué, va.

—Recuerdas que me llamo Cornelis, ¿no?

—Sí, ahora que lo dices.

Intentó pronunciar de nuevo el nombre unas cuantas veces. Carlos esperó tranquilamente a que terminara, y entonces dijo:

—Yo iba en ese avión.

Santiago tuvo que reflexionar sobre eso.

—No puede ser —dijo finalmente—. Estarías muerto.

—Y lo estoy —afirmó Carlos—. En algún sitio.

Santiago tenía setenta y nueve años, pero todavía aguantaba un día entero en la peluquería con Nilda y Conchita.

Carlos tenía un solo traje. Para funerales u otras ocasiones especiales. Salió de La Laguna sobre las nueve y aparcó cerca del jardín botánico de Santa Cruz. Se compró un paquete de cigarrillos y un mechero en el quiosco. Brillaba el sol, y soplaba una agradable brisa desde el océano. El tiempo era agradable. En el jardín botánico había obras, las excavadoras movían tierras de un lado a otro y también grandes tubos preparados. Se sentó en un banco a mirar. Encendió un cigarrillo. No pudo evitar pensar en Alanza. Y en Lobo y Oro. Pablo estaría en la puerta, y Conchita, Nilda y Santiago, trabajando. Estaba un poco nervioso, no sabía si le permitirían entrar. Pero los verdaderos nervios eran más profundos, por supuesto, y por eso se esforzaba en pensar en la peluquería y en sus perros.

Encendió otro cigarrillo siguiendo la costa hacia el auditorio. Al menos no estaba abarrotado; eso lo tranquilizó un poco.

Tras entrar sin ningún problema, buscó sitio en la parte de atrás. La sala apenas se llenó. Aquí se solían representar óperas. Él nunca había estado, no había amantes de la ópera entre sus amigos y conocidos. Cuando empezó la ceremonia, la sala no estaba ni siquiera medio llena. Esto lo sorprendió. Se había sentado un poco

repanchigado, como si tuviera miedo de que alguien lo viera. Como si alguien fuera a levantarse, señalarlo con el dedo y gritar: «¿Qué haces tú aquí?». ¿Por qué había tan poca gente? Si hubiera dos familiares por cada víctima, serían exactamente 1.166 personas. Aun así, la sala no estaría llena, pero este poder de convocatoria era realmente bajo. En el escenario había un piano, cinco banderas y algunos objetos artísticos, parecían palmones con huevos, y era posible, porque el próximo fin de semana era Pascua. Una mujer repasó el programa desde el escenario. Le costó un momento acostumbrarse al neerlandés; la mujer hablaba con un difuso acento español. Habría un almuerzo para los invitados. A las tres, quien quisiera podría ir en autocar a la Mesa Mota. Carlos miró las coronillas que tenía delante. La mujer informó de que los dos músicos que tenían que tocar no habían podido acudir por motivos de salud. Encima, eso. Artista muerto, sala medio vacía, músicos que no podían actuar. Habló el presidente del Gobierno insular. Carlos miró las coronillas que tenía delante. El hombre que en el momento del accidente era jefe del servicio de salud hizo una intervención muy breve. Luego hubo música de todos modos, una mujer tocó algo al piano, una soprano cantó. Luego otra canción. Carlos aún no había reconocido ninguna coronilla y se preguntaba si sería capaz de reconocer la de ella después de treinta años. No solo buscaba una coronilla más mayor, sino que también se fijaba en quién tenía a su lado. Un joven. La gente aplaudió, la música terminó. Una mujer americana bajita subió al escenario con pasos comedidos y enérgicos. Mencionó erróneamente «two fully loaded 747's». Su madre, una agente inmobiliaria conocida y con una carrera exitosa, había muerto. Le habían regalado un viaje a Hawái por haber sido la mejor agente inmobiliaria de su empresa durante ocho años, pero como ya había estado en Hawái, lo había cambiado por un crucero por el Mediterráneo. Justo debido a este comentario, Carlos la escuchó con atención. Un par de semanas después del servicio conmemorativo que se había celebrado por su madre el 31 de marzo en Las Vegas, la mujer recibió una carta de alguna base del ejército. Dentro del sobre estaba el anillo del meñique de su madre.

«I will cherish it foreven», afirmó la mujer. Le costaba sobreponerse a la emoción, temblaba y terminaba casi todas las frases con un signo de interrogación. Finalmente, quiso leer algo de su álbum de recortes. Una historia sobre Dios que está ocupado creando a la madre, pero un ángel lo interrumpe. Hizo gestos, como si hubiera practicado en casa frente al espejo.

—Gracias, *dank u wel, thank you* —dijo antes de abandonar el escenario con los mismos pasos enérgicos.

Después subió a dar un discurso un neerlandés, y Carlos se encogió todavía más. El hombre había perdido a siete miembros de su familia. Apenas era capaz de hablar, a veces se saltaba alguna palabra. Habló de los que quedaban: él mismo, la abuela, tíos y algunos primos. Carlos se sentía como un traidor, un intruso, alguien que se había sentado justificadamente en la parte de atrás. No quería seguir escuchando a ese hombre, pero se quedó sentado, porque levantarse e irse llamaría más la atención. Los hijos del hombre encendieron velas. La pianista y la cantante tocaron y cantaron un avemaría. El presidente-director de KLM. Todos los que hablaron mencionaron la escalera de caracol. Una espiral que llega al infinito, pero que se rompió de repente. El embajador americano. Mencionó a Dorothy Kelly, una azafata superviviente que estaba en la sala. No lo afirmó, sino que lo dijo en tono interrogativo y miró un momento hacia la sala. Nadie levantó la mano. El ministro de Transporte y Gestión de las Aguas de los Países Bajos. Un limburgués, joven. El presidente autonómico de las Islas Canarias. Se anunció que sonarían los himnos nacionales, la gente se levantó. Carlos no pudo hacer otra cosa que ponerse en pie. España. Estados Unidos. Países Bajos. La música irrumpió en la sala desde los altavoces del escenario como un muro de sonido. Delante de él había varios fotógrafos, sentados y de pie, que lo cubrían un poco. Los himnos nacionales de España y Estados Unidos no eran suyos, no le hicieron sentir nada; cuando sonó el neerlandés, tuvo que sentarse. Y se quedó sentado mientras la sala se vaciaba muy despacio. La gente tomó las salidas laterales. Miró al techo; ahora que podía ver algo más que coronillas, de pronto no

tenía necesidad de mirar ninguna cara. No se levantó hasta que todo el mundo se hubo ido.

Volvió lentamente a pie hacia el jardín botánico. Las excavadoras y los *bulldozers* estaban inmóviles. Se sentó en el mismo banco que antes y encendió un cigarrillo. Se limpió el sudor de la frente y se aflojó la corbata. Hacía más calor. El sol brillaba con la misma fuerza, la brisa seguía soplando. Aspiró profundamente el humo y lo expulsó con fuerza. En un momento dado, el ángel había tocado la mejilla del modelo de madre y le había dicho a Dios: «Está goteando, ya os había dicho que estabais poniendo demasiado en este diseño». Y Dios había dicho: «No gotea, es una lágrima». Entonces, el ángel había preguntado para qué servía aquella lágrima. Y Dios respondió: «Felicidad, tristeza, decepción, dolor, soledad y orgullo».

El ángel le dijo a Dios que era un genio, pero Dios repuso, muy serio: «La lágrima no la he hecho yo». Carlos había escuchado atentamente el discurso de aquella mujer americana. Aquella tarde se saltó la inauguración del monumento, pero tampoco fue a trabajar. Se puso ropa vieja y sus botas de montaña, metió a Pablo en el coche y condujo hasta el Teide.

¡Un volcán! Eso había pensado la primera vez que estuvo aquí, mientras Lobo daba vueltas como un loco. Un paisaje lunar. Todavía le parecía hermoso, pero nunca había vuelto a sentir aquella euforia inicial. Sería por el envejecimiento. Cuando te haces mayor, las cosas se vuelven normales, en realidad deberías buscarte cosas nuevas para, tal vez, volver a sentir aquella euforia. Pero con la edad, lo que te rodea parece normal, te has repantigado en una vida nueva, y la posibilidad de volver atrás es cada vez más remota. Aquellas coronillas que había visto por la mañana. Todas aquellas coronillas de toda aquella gente. Toda aquella gente con sus propias vidas. En Estados Unidos, en los Países Bajos, aquí en la isla. Caminó y

caminó, Pablo se mantuvo cerca de él. No había nadie. Aquí hacía más viento que abajo en la costa. Por algún motivo, esas coronillas resultaban conmovedoras. Una parte tan insospechada de la persona, una parte del cuerpo que ella misma nunca ve. Había visto miles y miles de coronillas en su vida. Y también desplazaba el espejo lentamente de un lado a otro de la nuca para que los clientes se la vieran. «¿Bien?». Pocas veces le había pasado que alguien dijera que no, y si ocurría, solía ser un hombre que acababa de descubrir que empezaba a tener calva. Caminó y caminó, Pablo ladró a algo y luego volvió corriendo feliz. Le dio una golosina para perros. El tercero, pensó. Ya llevo aquí tres perros. ¿Cuántos años tenía Pablo, entonces? ¿Seis? ¿Siete?

De camino a casa pasó al lado de la Mesa Mota. El lugar estaba desierto, empezaba a oscurecer. Miró la escalera, miró las coronas de flores, miró a su alrededor. A lo lejos se veía la pista de despegue y aterrizaje del antiguo aeropuerto. Ahora solo se utilizaba para vuelos entre las islas. Pablo olfateó entre las flores y estornudó fuerte.

—¡Salud! —dijo Carlos.

El día siguiente volvió a tomárselo libre. Fue a casa de Martín a recoger a Gustava.

—¿Loro Parque? —preguntó Martín.

—Sí —dijo Carlos—. Vamos a ver las oreas.

—Pobres animales —dijo la mujer de Martín.

Condujeron hasta Puerto de la Cruz en poco menos de media hora. Gustava miró a su alrededor con interés. Carlos se preguntó cómo irían las cosas en su casa. Martín y su esposa eran viejos. Seguramente las nueras les echaban una mano. Cuando levantó la vista, vio que Gustava también estaba envejeciendo. Su mente se había quedado tan rezagada que siempre había sido una niña, pero a esa niña también le salían arrugas y canas. Sus dientes tampoco estaban en un estado óptimo. Seguramente tenía más o menos la misma edad que él, y él ya no tenía el pelo rubio, tampoco, por supuesto. Los peatones de los semáforos pensarían que eran una

pareja de ancianos que salía a dar un paseo en coche. Pensarlo le hizo sonreír. Gustava lo vio y dijo:

—Beeuhuhu.

Se habían sentado demasiado cerca de la piscina. Carlos podría haberlo sabido. A Gustava lo que más le gustó fue el baile de las oreas al ritmo de las palmas de los visitantes. Cacareó mientras lo hacían. Carlos no entendía cómo se atrevían los miembros del personal a ir a nadar con esas enormes bestias. Miró el océano que había más allá del recinto. La extensión de agua por la que deberían nadar esos animales. Gustava le dio un golpecito. Sí, saltaban muy bien. A cambio de un cubo de pescado. Durante una de las últimas vueltas que nadó la orea de la aleta dorsal curvada, golpeó el agua con su enorme aleta caudal y los dejó empapados. Luego, cuando fueron a por un helado, a Carlos todavía le goteaba agua de las perneras de los pantalones. Gustava lo miró con la punta de la nariz y las mejillas manchadas de helado y el pelo pegado a la frente.

—Mmm —dijo.

En el fondo es como un perrito, pensó Carlos. Los llevas a algún sitio, están contentos, les das algo de comer, y están contentos, y luego se irá a dormir, y no tienes ni idea de qué les pasa por la cabeza.

Carlos volvió al trabajo el jueves. Bajó temprano, quería ser el primero, quería tener el café listo cuando Santiago entrara por la puerta. Santiago le preguntaría cómo había ido. Abrió la puerta con la llave y salió a la calle. Pablo se le metió entre las piernas, quería ir al árbol de enfrente. El perro levantó la pata y se puso a orinar mientras su atención ya se centraba en otra cosa: un olor, los gatos de la calle, un sonido. Nunca se tomaba el tiempo de mear tranquilo. Carlos también se puso al lado del árbol y miró la peluquería desde allí. Vio por el rabillo del ojo que Pablo quería echarse a correr.

—¡Quieto! —dijo al perro.

PELUQUERÍA CARLOS W. Entonces vio por el rabillo del otro

ojo que se acercaba su empleado más antiguo.

—¿Estás admirando tu propio negocio? —preguntó Santiago.

—¿Por qué no?

—Sí —dijo Santiago, apartando al perro—. Sí, es verdad, ¿por qué no?

—Pero también me estoy planteando si no debería sustituirte por alguien más joven.

Santiago lo miró perplejo, y exclamó:

—¡Hijo de puta!

—Ven, vamos a por un café.

—Y a charlar —dijo Santiago.

—Sí, eso también.

Aquella noche riñó a Pablo porque traía las patas sucias. Tenía que dormir en su cojín, pero en lugar de eso se acostó sobre la chaqueta, todavía un poco húmeda, que Carlos había dejado tirada en el suelo el día anterior. Se hizo un ovillo y escondió el hocico negro entre las patas blancas. Aquella chaqueta, con el perro aparentemente muy satisfecho encima. Carlos lo miró desde el sofá. Por algún motivo la imagen le resultó desagradable.

—Aquí, Pablo —dijo al cabo de un rato, dando unos golpecitos sobre el asiento del sofá para animarlo. El perro intentó no reaccionar, pero no pudo evitar aguzar el oído—. ¡Venga, ven!

El perro gimió. Carlos siguió mirándolo. Es como si yo no estuviera, pensó. Como si Pablo buscara el consuelo de una prenda que oliera a mí. ¿Por qué no viene a tumbarse en el sofá conmigo, aunque lo he llamado?

29

Simon está sentado en la silla de delante del escaparate. Por la ropa que lleva la gente ve que hace calor. Han dejado las chaquetas en

casa. Más temprano todavía hacía frío, y al salir de nadar había visto que en el parterre ya no había narcisos, sino tulipanes. Tulipanes rojos. No tenía ningún pelirrojo fumador a su lado cuando lo vio; no habían vuelto a verse. La primavera la sangre altera, piensa. Está un poco apático, como siempre después de nadar. Se sienta en la silla y mira hacia fuera. El primer cliente tarda un rato en llegar. Como otras veces que está en la tienda, bueno, si no hay nadie, le da la sensación de que el tiempo se detiene. Una peluquería sin clientes, una piscina sin nadadores, un pasillo de colegio en vacaciones. Aquel pasillo le había llamado la atención hacía poco, cuando había ido a echar un vistazo a la piscina pequeña después de nadar. No recuerda por qué, pero en una ocasión tuvo que ir ala escuela de peluquería al principio del verano; iba a recoger o a llevar algo, tanto da. La desolación total. Como si hubiera entrado en otro mundo. El pelirrojo, al parecer, solo había ido una vez a la piscina. ¿Por qué? ¿O es que ese día había ido por la mañana cuando normalmente iba por la tarde o por la noche? Y, lo que es más importante, ¿lamentaría no volver a encontrármelo? Coge el teléfono del alféizar de la ventana y pulsa el número de su madre.

—Con Weiman.

—Soy yo.

—Buenos días.

—Sí, buenos días. ¿Qué te parece si el próximo sábado me llevo a Igor para cortarle el pelo?

—Eh… vale. Muy bien. Lo diré. Probablemente tendrás que llevarlo de vuelta tú al centro cuando termines.

—Ningún problema.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, ¿por qué?

—Es verdad, no sé por qué te lo he preguntado. —Su madre guarda silencio un momento—. Ya puedes tú solo. ¿Qué tal estás?

—Perfecto. ¿Y tú?

—Bien, también. ¿Tienes clientes hoy?

—Ya lo creo. Cuatro, nada menos.

—No te estreses, ¿eh?

—Me cuido, no te preocupes por eso. Y tú, ¿qué haces?

—Estoy en el balcón, esta mañana he ido al centro de jardinería. ¿A ti no te irían bien unas macetas bonitas al lado de la puerta de la peluquería?

—¿Unas macetas bonitas?

—Sí, con plantas con flores.

—¿En el Jordaan? No creo que las plantas aguanten mucho, aquí.

—A lo mejor atraería a más clientes.

Simon suspira.

—Además, la acera es espacio público y, por si fuera poco, es muy estrecha. Seguramente ni siquiera está permitido. Nos vemos el sábado.

—Hasta entonces.

Hacia las cinco está con su abuelo. La ginebra ya está preparada sobre la mesa, en una tabla de madera hay un par de salchichones secos. La puerta que da al jardín interior está abierta. En la radio suena música clásica. Simon mira hacia fuera. Hay bastantes arbustos floridos.

—Mi madre quiere que ponga macetas con flores al lado de la puerta —dice.

—No se puede —replica Jan.

—Ya me lo imaginaba. Dice que las flores atraen clientes.

—Pero si tú no quieres más clientes, ¿no?

—Nah. No del todo. No me importa mucho.

—Pues eso. ¡Ginebra!

Coge el vasito con cuidado y da el primer trago. Parece increíble que haya conseguido traerlo desde el mueble bar hasta aquí sin derramarlo.

—Una vez lo pregunté al ayuntamiento —explica Jan—. La acera es demasiado estrecha, en ese lado nadie tiene macetas. —Su vaso ya está medio vacío—. Pero bueno, de eso ya hará treinta años. ¿Un trocito de salchichón?

—Sí, gracias. ¿Nos sentamos a la puerta?

—Ningún problema.

Simon arrastra dos sillas hasta allí y coloca una mesita.

—Perfecto, así no tengo que preocuparme de eso, al menos.

—¿Te preocupas de algo? No me das esa sensación.

—Es una forma de hablar.

Jan coge la tabla de salchichón y el cenicero, y se sienta.

—Qué bien —dice—. Parece verano. —Mira hacia fuera—. ¿Has visto que los rododendros están casi en flor?

—¿Qué son los rododendros?

—Esas plantas de los capullos rojos, ahí. —Señala—. Cuando florecen, sabes que es mayo. —Hay más puertas abiertas, en el jardín se oye un suave murmullo—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. Siempre liada con un montón de cosas.

—Nunca he entendido por qué no ha sido capaz de encontrar a otro hombre. Con lo guapa que es.

—Pregúntaselo a ella.

—Si no la veo nunca.

—Os podría invitar a los dos a cenar algún día —dice Simon. Bebe de su ginebra—. Por cierto, ¿te importa que Chez Jean no esté tan lleno como antes?

—Qué va. Ya no es cosa mía. El pasado es el pasado. Es tu negocio. Pero no tienes pérdidas, ¿no?

—No. A lo mejor es diferente si trabajas solo. Vosotros siempre erais varios, entonces la cosa se reparte. Yo, si tengo cuatro clientes, buf…

—Tu padre también era así. Tampoco le gustaba tener demasiados clientes. Se ponía de mal humor. Nunca se lo pregunté directamente, pero me daba la sensación de que en realidad no habría querido ser peluquero.

—¿Ah, no?

—No. O tal vez, que prefería ser peluquero sin que yo estuviera por ahí. Eso también puede ser. Que no tuviera que aguantarme como jefe.

—No sería para tanto. Eres una persona amable, ¿no?

—Yo diría que sí. No sé. A las mujeres de aquí se lo parezco.

—Me gustaría hablar con alguna de ellas.

—¿Por qué?

—Porque creo que esas historias tuyas son más bien alardes.

Jan se levanta para coger la botella de ginebra de la mesa de la sala. Vuelve a llenar los dos vasos y antes de sentarse coge un trozo de salchichón de la tabla.

—Bueno. ¿Qué tal el escritor?

—Bien, creo.

—Sí, ya me figuro, quiero decir: ¿avanza con el libro? ¿Ese libro en el que salimos nosotros?

—Creo que no funciona así. Ha hecho una investigación. Ha hablado contigo, pero eso no significa que vayas a aparecer en su libro.

—¿Ah, no?

—No, hombre. Será una novela.

—Lástima.

—La última vez que hablé con él, me dijo que estaba escribiendo sobre mi padre.

—¿Qué? Pero si de eso no sabe nada, ¿no?

—Sí, a mí también me extraña mucho. Creo que tenías razón cuando dijiste que los escritores siempre se apropian de todo.

—¿Y eso está permitido? ¿Se puede escribir sobre cualquiera así como si nada?

—Ni idea. Diría que sí.

—¿Has buscado algo más en el ordenador?

—Sí.

—¿Y?

—Sabes lo que pasa con estas cosas, es casi adictivo. Cada vez cavas más hondo, cada vez llegas más lejos. El otro día descubrí algo sobre un piloto de Martinair que investigó los accidentes de Tenerife y Faro. Intentó demostrar que en el control aéreo de Los Rodeos estaban mirando un partido de fútbol, y años más tarde se negó a comunicar a los familiares de las víctimas del accidente de Faro lo que la compañía había descubierto.

—El hombre barrió hacia casa.

—Sí. O tal vez KLM lo presionó de algún modo. Pero ¿de qué sirve saber eso?

—De nada, supongo.

Simon toma un sorbo de ginebra. En algún piso vecino tienen la televisión encendida. Ve que el vaso de su abuelo está vacío y se lo llena por tercera vez.

—Y pasa otra cosa rara. Cuanta más información encuentro, más fuerte es la sensación de que tengo que ir a buscarlo.

Jan lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—¿Quieres decir que quieres averiguar cosas sobre él?

—No. O bueno, sí, eso también, pero me refiero a buscarlo literalmente.

—¿Buscarlo? Pero, hijo mío, si está muerto, ¿no?

—Pues eso es lo que se me olvida cuando estoy buscando información.

—Tal vez deberías parar. Te estás volviendo un poco loco.

—Tan grave no es, pero cada vez entiendo mejor cómo alguien puede convertirse en un conspiranoico y eso no es bueno.

Jan da un sorbo a su tercer vaso.

—Hay que cerrar la puerta —dice finalmente—. Entra fresco. —Cuando su nieto ha cerrado, Jan se enciende un cigarrillo—. Lo de aquel avión israelí también fue grave. Recuerdo que estaba viendo *Studio Sport*, que entonces presentaba Annette van Trigt, e interrumpieron algo, la crónica de un partido de fútbol, supongo, y entonces apareció ella de repente en la pantalla, muy afectada.

—Sí —dice Simon—. Yo también me acuerdo, pero sobre todo porque entonces mi madre…

—… se agobió —termina Jan.

Simon se sorprende de que su abuelo también utilice esa expresión. Tal vez ha estado muchas veces sentado al lado de Henny en los cumpleaños. Entonces se oye un estrépito procedente del pasillo. Es la bocina de barco que el otro día oyó a lo lejos en el teléfono.

—¡A comer! —exclama Jan. Se termina la ginebra de un trago y

apaga su cigarrillo—. ¿Sabes qué es lo gracioso? —añade.

—No —dice Simon.

—Algunas de estas mujeres están un poco dementes y no acaban de entender por qué suena una bocina de barco, ¡se creen que soy el capitán y quieren sentarse todas a mi mesa!

—Eso tengo que verlo —dice Simon.

—Otro día —dice Jan—. Tengo que avisar antes, si no algunas se sentirán muy desorientadas.

30

Al llegar a casa saca una *pizza* del congelador. Después de tanta ginebra, no le apetece cocinar. Tampoco tiene mucha hambre. Abre una botella de vino blanco, mete la *pizza* en el horno, se sienta en la mesa de la cocina y abre su portátil. Pronto encuentra un documental sobre cómo afrontar la pérdida. Sobre el duelo. Entrevistan a personas que han perdido a un hijo, un cónyuge, una hermana o un hermano. El documental se titula *Los que quedan*. Es de 2017. Tiene que avanzar todo el tiempo porque las entrevistas aparecen en fragmentos alternados y solo le interesa escuchar a un hombre con un polo rosa que todavía tiene aspecto joven. Tenía nueve años cuando entró en la cocina la mañana del lunes 28 de marzo y se encontró a un montón de gente ahí reunida. Sus abuelos, que iban a cuidar de él y de su hermano pequeño durante una semana, empleados de su padre… El día anterior sus padres se habían ido en un flamante Mercedes que acababa de llegarles de Alemania. Era el primer viaje largo con el nuevo coche. Se habían despedido el día antes. Justo antes de irse, su padre había dicho alegremente que volverían en una semana. Y ahora toda la cocina estaba llena de gente. Había llantos. Eso hacía que la reunión resultara bastante inquietante. Entonces entró un amigo de sus padres, agente de policía. Llevó a los dos hermanos al salón y los puso de rodillas. Les dijo que tenía que darles una mala noticia, y

que su papá y su mamá no iban a volver nunca. El niño se enfadó con él. ¿Qué tonterías decía este ahora? El agente de policía era una persona de confianza. «No me lo creí», explica el hombre del polo rosa.

El domingo siguiente, 3 de abril, el niño de nueve años se pasó todo el día sentado sobre el pequeño muro que separaba el patio delantero de la calle, esperando a que regresaran sus padres. No había creído al policía. Su ira se había calmado, había recordado la promesa de su padre y por eso se sentó ahí, como un perrito fiel que busca el camino por instinto, a esperar. Cualquier coche que oía podía ser el flamante Mercedes. Hacia el final del día, salió su abuelo.

—Entra —le dijo—. Entra, va. No van a volver.

No se habló mucho de ello. El chico hacía judo, y ahí tenía la posibilidad de descargar su tristeza y su agresividad. La abuela iba todas las noches a arroparlos y hacía tres veces la señal de la cruz sobre sus camas. Y si estaban tristes, les decía: «Tú reza tres avemarias y mañana todo irá bien». Los abuelos se habían mudado a vivir con ellos. Se habían convertido en padre y madre. Los avemarias ayudaban vagamente. Porque la abuela decía que ayudaban. La vida continuó. No volvió a ver el Mercedes nuevo.

Muchos años más tarde, el niño de nueve años, que, por supuesto, ya tiene bastantes más, pero, en cierto modo, todavía tiene nueve años, busca ayuda.

—¿Así que todavía es una herida abierta? —pregunta el periodista Coen Verbraak—. ¿Incluso ahora, pasados cuarenta años?

Sí, ahora que lo piensa, es así.

—A veces me siento totalmente solo —dice el hombre—. Me siento como Remi de *Sin familia*.

Y también:

—Trabajaría sin cobrar el resto de mi vida a cambio de hablar con ellos durante cinco minutos.

En parte, la sensación se debía a la atención que «hoy en día» parecen recibir los familiares de las víctimas, como si la profusión de condolencias, a veces incluso a nivel nacional, lo hubieran llevado a

darse cuenta realmente de lo que le había ocurrido a él. Las conversaciones que mantiene con una persona de confianza le dan un respiro. Aprende a no matarse trabajando día tras día para evitar llegar a la noche tan cansado que no pueda pensar.

—¿Te refugiaste en tu trabajo? —pregunta el entrevistador.

—Ya lo creo —responde él—. Solo pensaba en huir del dolor. —Se muestra una foto de la Nochevieja de 1976, el niño está apoyado en la barriga de su padre y nunca olvidará que este le dijo que 1977 sería un gran año—. Siempre lo he tenido grabado.

De todos los entrevistados, el hombre es el único que no habla con resignación, el único que no dice que el duelo se disuelve en las cosas del día a día, cosas pequeñas para las que, por decirlo de una manera muy fea y tópica, no ha encontrado tiempo.

—Me gustaría poder meterlo en una mochila y deshacerme de ello —dice.

Es el único que se ve abrumado en un momento dado y tiene que quitarse las gafas para frotarse los ojos. No se disculpa como hace mucha gente cuando llora en público. Y luego habla de su hijo. El niño nace en el hospital. Una vez lavado y vestido, cuando ha vuelto la paz y su mujer duerme, el hombre se pone delante de la ventana con el bebé. Es un ventanal enorme, de dos metros y medio por tres. Se ve una gran porción de cielo, mucho más que edificios o árboles y arbustos. Se podría decir que se ve el firmamento. O los cielos. Levanta ligeramente al bebé y se lo muestra a sus padres. El niño tiene tres nombres: los nombres de sus abuelos y el de su padre. El hombre siente que tiene que hacer algo simbólico y se decanta por esto. No añade nada más, no quiere llegar al ridículo, pero ahora, con el entrevistador delante, lo dice, sin más:

—Lo tenía en brazos y se lo enseñé a mis padres en el cielo, y me sentí muy pequeño, y me apenó mucho pensar que esa gente no había podido conocer a su nieto.

«Esa gente», piensa Simon. Cierra el portátil. Algo apesta. Joder, la *pizza*. La luz del horno lleva tiempo estropeada y no puede ver el desastre de buenas a primeras, pero en cuanto abre la puerta y saca la rejilla, ve que esa noche comerá otra cosa. Oye a su abuelo

decir que se está pasando un poco. ¿O ha dicho que se está volviendo un poco loco? Tira la *pizza* a la basura y en ese momento ve la similitud entre este hombre y aquel al que vio hablar en una grabación de vídeo de la conmemoración internacional de 2007 que se hizo en Tenerife. Aquel otro, el presidente de la asociación de familiares de las víctimas, apenas pudo hablar. Treinta años después de lo ocurrido. Ambos hombres se emocionaban continuamente, porque la herida no estaba cerrada. Pero el hombre del polo rosa le cae mucho mejor. Parece muy amable. El otro no, no sabría decir exactamente por qué. Tal vez porque los hijos del hombre tenían un papel importante en el homenaje. Como si fuera una especie de reunión familiar. Probablemente no era lo que tenían previsto cuando se alquiló un auditorio para hacer un homenaje a los familiares de las 583 víctimas.

Corta un trozo de queso, se come un puñado de galletas saladas y tira media copa de vino blanco al fregadero. Luego se cepilla los dientes. Poco después, cuando se acuesta, ve el Mercedes nuevo aparcado en Schiphol. Un aparcamiento de un estilo más antiguo. Llegan todo tipo de coches que al cabo de un rato se van, cambian constantemente. Pero el Mercedes se queda. Olvidado. Todo se mueve, vuela y corre alrededor de un coche caro que pierde el brillo poco a poco. El libro del escritor lleva una temporada en la mesilla de noche para nada, ya no lo lee. Hasta se le ha acumulado una capa muy fina de polvo encima. Tiene un punto mágico, piensa. Si está cerrado, está cerrado, pero cuando lo abres, se abre todo un mundo. Y ese mundo ahora está ahí intacto, acumulando polvo.

31

Hace tiempo que quería hacerlo, así que lo hace ahora. Sábado por la mañana. Se abre una cuenta en Twitter, lo que es mucho más fácil de lo que se esperaba. Nombre: Simon Weiman. Bio: Peluquero. Pero ¿la foto de perfil? Piensa un poco y luego baja las escaleras. En

la peluquería, echa un buen vistazo a su alrededor. ¿Una silla y un espejo? Se pone a cierta distancia y se hace un selfie, y luego cinco más por si acaso. Vuelve a subir y añade la foto de perfil. Por lo que ve, aparece muy pequeña, así que perfecto. Luego se prepara un expreso y se vuelve a sentar. 0 siguiendo, 0 seguidores. ¿Cómo funciona eso? Si nadie lo sigue, nadie verá lo que pone. Mira por la ventana hacia el árbol del patio. ¿A lo mejor la cosa va por sí sola? Escribe el nombre del escritor. Parece que tu nombre de Twitter es tu nombre con un @ delante. Él es @simonweiman, aparentemente no hay ningún otro Simon Weiman. Se puede hacer clic en «Seguir». Lo hace. Mira, ahora aparece. 1.998 seguidores tiene el escritor. ¿Eso es mucho? A Simon le parece muchísimo, sobre todo cuando lo compara con su propia página de perfil, en la que ahora se lee 1 siguiendo, 0 seguidores. Si ahora escribiera algo, seguramente el escritor lo vería, y además seguro que lo seguiría, así que ya tendría un seguidor. Por lo demás, ahora se encuentra en una especie de vacío. Está ahí, pero nadie lo sabe. Reflexiona un momento. «Caca culo pedo pis follar es sano». Cuando ya es demasiado tarde, el tuit ya está enviado, ve que debería haber utilizado una coma, quizás incluso varias. Se hace otro expreso, se lo toma y se come un plátano. Luego, prepara su bolsa de natación y sale de casa. De camino, en el coche, es cuando se pregunta por primera vez para qué va a usar Twitter.

—No se pueden poner macetas.

—¿Qué?

—En la acera. El abuelo lo preguntó una vez.

—Sí, ¡hace treinta años! Las cosas pueden haber cambiado.

—No creo, la verdad.

Están sentados juntos en las escaleras, el agua hasta el pecho. En la piscina, la situación habitual. Melissa y Frits hacen largos. Jelka y Buari están en una esquina cuchicheando y mirando de reojo a los demás, Jelka se hunde todo el rato y Buari la saca. Igor hace zozobrar una barca de goma una y otra vez, y Sam y Johan vuelven a

subirse incansablemente.

—Aquella chica que está con Jelka en la esquina —dice Simon —, ¿cómo se llamaba?

—Bella.

—Ah —dice Simon.

—¿Notas que hay mucha más calma?

—¿Comparado con qué?

—Las primeras veces que viniste estaban nerviosos. Quieren estabilidad, odian los cambios.

—Bueno, Sam y Johan no han cambiado mucho.

—Ya, pero ellos son así. Nacieron así.

Fuera llueve, la piscina está bañada por una luz gris.

Los tubos fluorescentes de las duchas están encendidos.

—¿Tú tienes Twitter?

—Claro. Hoy en día todo el mundo tiene Twitter.

—Yo me he abierto una cuenta esta mañana. ¿Cuántos seguidores tienes?

—Unos trescientos.

—¿En serio? ¿Cómo es posible?

Su madre lo mira.

—A ver qué quieres decir con esa pregunta. Como si no pudieras imaginarte que tu madre tiene algo que decir.

—Lo siento, no quería decir eso.

—Pero sigo a más gente. Soy una seguidora.

—Yo sigo a una persona.

—Sí, por ahora, pero eso cambiará. ¿Ya has publicado algo?

—Cacaculopedopisfollaressano.

—¡No!

—Sí.

—Pero ¿por qué demonios?

—Estaba en plan rebeldito, creo. Es un tuit de prueba. No me sigue nadie.

—Tú no estás bien de la cabeza.

—Será eso.

—¡Simón! —grita Sam.

—¿Qué quieres? —pregunta Simon.

—¡Cacaculopedopisfollaressano! —grita Johan.

—Ya la has liado —dice Anja.

Sam y Johan empiezan a repetirlo a voz en grito, cada vez más alto. A Igor, que está a su lado, se le olvida volcar la barca. Buari, o Bella, grita «¡culoculoculo!» desde su esquina. Qué extraño, piensa Simon, no ser capaz de pronunciar tu propio nombre, pero ser capaz de pronunciar «culo». Anja mira el reloj y luego se dirige rápidamente a la esquina de Bella y Jelka, porque Jelka lleva un buen rato bajo el agua.

—Vamos —dice a las dos chicas—. Ya es hora de salir.

Anja agarra a Igor por los hombros y lo mira directamente a los ojos:

—Igor, tú te vas con Simon. Simon es peluquero. Va a cortarte el pelo —El chico la mira con incomprensión—. Tras, tras, tras —dice Anja, haciendo el gesto.

—Knnn —dice Igor.

—¡Sí! Simon te llevará en el coche y luego te dejará en casa. ¿Te apetece?

Simon está a su lado, mirándolos. Como el niño diga de repente «Sí, me encantaría» se llevarían un buen susto. Todavía no pasa nada. Todavía puede ocurrir lo que todo el mundo piensa que va a ocurrir, que Igor llegue a casa con el pelo recién cortado y seguramente oliendo muy bien.

—¿Va a cortarse el pelo? —pregunta Johan indignado—. ¿Eres peluquero?

—Sí, Johan, soy peluquero.

—¡Sí! —grita Sam—. ¿Por qué a nosotros no?

—¡Nosotros también queremos que nos corte el pelo!

—¡Culoculoculo! —grita Bella.

Jelka se echa a llorar.

—Ve tirando —dice Anja—. Se están poniendo demasiado nerviosos.

—Vale —dice Simon—. Nos vamos.

El chico mira los limpiaparabrisas como si estuviera en trance. No ve nada de la ciudad. Las calles Marnixkade y Overtoom, las estrechas callejuelas del Jordaan, a veces aún más estrechas debido a los jardines ilegales que ocupan espacio en las aceras. Simon tiene suerte, encuentra sitio para aparcar no muy lejos de Chez Jean. Sale del coche por el lado de la calzada, y da la vuelta para abrir la puerta del pasajero. Desabrocha el cinturón a Igor.

—Ven —le dice. Para su sorpresa, el chico se baja como si nada, como si entendiera lo que significa «vamos». Mientras van hacia la puerta, pasa volando una bolsa de plástico que se engancha en el pedal de una bicicleta un poco más adelante. Simon abre la puerta y empuja a Igor hacia dentro. El niño levanta la mirada.

—Sí, eso es el timbre —dice Simon—. Mira.

Lo señala. A Igor no le interesa, o no entiende qué significa un brazo que señala. Lleva la bolsa de natación colgada, en el coche iba sentado con la bolsa a la espalda, como una joroba blandita. Simon se la quita con suavidad.

—¿Quieres un vaso de coca-cola? —pregunta. También le quita el abrigo y lo lleva a la silla de delante del escaparate—. Siéntate, va.

Luego sube rápidamente las escaleras y llena un vaso de plástico de coca-cola. Antes de bajar de nuevo, echa un vistazo a su casa. Todo está exactamente como lo ha dejado por la mañana. No ha habido ningún cambio. Igor se termina el refresco de un trago y luego suelta un fuerte eructo. Simon cierra la puerta con llave y se asegura de que el cartel tenga el lado «fermé» hacia la calle. Música, piensa. Debería poner algo de música, seguro que eso lo tranquilizará. No está inquieto, pero luego, cuando le corte el pelo, eso podría cambiar. Enciende la radio y busca una emisora que emita canciones viejas. Éxitos clásicos. Sin DJ excitados.

—Ala —dice al chico—. Empezamos.

El crujido de las tijeras en el grueso pelo negro. Qué sonido tan hermoso. Simon le dedica tiempo; usa pincitas, avanza capa a capa. Se da cuenta de que hace gestos más exagerados que de costumbre,

como si quisiera que a Igor le quedara claro lo que está haciendo. Como si caricaturizara a un peluquero. A medio hacer, cepilla el cuello y los hombros del chico. No le ha lavado el pelo, aún lo tenía húmedo de la piscina y ha supuesto que no le gustaría la experiencia de pasar por el lavacabezas. Incluso a clientes normales les resulta desagradable la sensación de tirar el cuello atrás de ese modo, clientes que no pueden o no quieren doblarlo para colocarlo en el hueco destinado a tal fin. Hace mucho tiempo que no le corta el pelo ningún profesional, eso es evidente. El chico se mira a sí mismo con aparente atención, las manos reposan tranquilas en su regazo, bajo la capa. Está quieto, excepto los pies, que bailan incesantemente. En la radio suena *Eye of the Tiger*. De vez en cuando, Simon empuja la cabeza de Igor muy suavemente hacia un lado, otras veces la tira hacia él. Nota una oreja, una mejilla, sus dedos buscan la carótida. Le moja el pelo unas cuantas veces. Flexiona ligeramente las rodillas y mira a Igor en el espejo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Gnnn —dice el chico.

Simon le deja el pelo lo suficientemente largo como para que pueda colocárselo detrás de las orejas y que pueda hacerse una cola corta si quiere. Igor parecería un chico moderno que sabe lo que tiene que hacer para estar guapo. Todavía no tiene mucha barba, solo bigotillo difuso en el labio superior. En la radio suena *Come On Eileen*. Simon rebusca en la memoria. Conoce la canción, pero no tiene ni idea de quién la canta. Pasa un coche, demasiado rápido. Igor mira a un lado, Simon le tira el cabello con cuidado hacia delante, pero en cuanto suelta la cabeza del chico, Igor se sacude para soltárselo de modo que le cae por delante de los ojos. Una pincita se suelta, sale disparada y choca con fuerza contra el espejo. Eso desencadena una especie de reacción de pánico. Igor levanta las manos e intenta apartarse el pelo, pero apenas lo consigue porque todavía tiene los brazos debajo de la capa. Simon le baja las manos, tira el pelo hacia un lado y luego se lo pone detrás de las orejas.

—Mira —dice, en contra de lo que le dicta el sentido común—. Tienes que ponerlo así.

Igor se mira en el espejo, no tan tranquilo como antes. Bueno, piensa Simon. Hay que hacerlo de otro modo. Ya se había imaginado a Igor otras veces con el pelo muy corto, a lo Popov. En realidad, no tiene ni idea de qué siente este chico por su pelo; prácticamente solo lo ve cuando lo tiene mojado, pegado en hermosas serpentinas a su frente y sus mejillas. Será más fácil para todos que sea un poco más corto. Corto como el de Popov. Podría hacérselo, tiene el pelo suficientemente grueso, y en todo caso tiene que cortárselo de modo que no le haga falta ponerse gel. Empieza de nuevo, pero primero coge el vaso de plástico del alféizar de la ventana y lo acerca a la cabeza de Igor. El chico asiente. Así que otro vaso de coca-cola. Simon sube corriendo las escaleras, llena medio vaso y baja también corriendo. Igor está sentado como si el sillón fuese su casa. Vuelve a beberse el vaso de un solo trago, y de nuevo acaba con un gran eructo. Simon coge las tijeras y empieza a recortar centímetros. La radio emite dos canciones de dos hombres que ya están muertos. *Purple Rain* y *Heal the World*. Simon tararea un poco, Igor hace un sonido suave de vez en cuando. Fuera sigue lloviendo. Cuánta gente ha muerto ya, piensa Simon. Kurt Cobain. Amy Winehouse. Donna Summer. Whitney Houston. Como si el diablo quisiera gastarle una broma, después de *Heal the World* suena *One Moment in Time*. Empuja la cabeza de Igor un poco hacia delante y le corta los pelos del cuello con la maquinilla.

—Huungg —dice Igor. Parece un sonido de satisfacción. Simon le pasa la mano por la nuca, y ya de paso, también por el cuello.

Dobla un poco las rodillas, le pone las manos en los hombros y mira al chico a través del espejo. Igor no le devuelve la mirada, se mira a sí mismo. Su nuevo corte de pelo; un «corte clásico a máquina», dirían algunos. Popov, piensa Simon. He cortado el pelo a mi propio Popov. Le pasa una mano por el pelo: eso está permitido, es el privilegio del peluquero. Cabello, orejas, nuca, cuello. El pelo vuelve a caer como estaba. ¿No sigue siendo un poco largo, todavía? Entonces Igor sí que mira a Simon, como si de repente entendiera

cómo funciona un espejo, que la cara de Simon es real en cierto modo. ¿Acaso le ve una expresión inquisitiva? ¿Qué le pasa a ese chico? ¿Qué problema tiene? ¿Por qué no se despierta de repente de ese sopor?

—Listos —dice Simon por decir algo. Le desabrocha la capa, agarra a Igor del brazo y vuelve a sentarlo en la silla frente al escaparate. Entre silla y silla el chico no hace ademán de agarrarlo como suele hacer en la piscina. Simon coge la escoba y empieza a barrer el pelo. Pocas veces ha barrido una cantidad tan grande. De vez en cuando echa un vistazo al chico y ve que observa la calle tranquilamente, a veces sigue con la mirada a un ciclista que pasa, otras parece que ni siquiera ve a los peatones o los coches. Simon barre lenta y cuidadosamente. Quiere ganar tiempo. Duda. Retrocede. En la radio, Madonna canta *Don't Cry for Me Argentina*.

Tres cuartos de hora más tarde, aparca el coche exactamente en el mismo sitio. La plaza ha permanecido vacía, no ha dejado de llover, la bolsa de plástico del pedal hace un sonido con el viento, como un traqueteo. Entra en la peluquería. Está vacía y silenciosa, se oye el tictac suave del reloj. Todo está limpio y ordenado, no queda ni rastro del chico. No, no es verdad, en el estante ancho de debajo del espejo hay un vaso de plástico con un culito de coca-cola. Junto al cenicero que solo usa Jan. Su abuelo, que envejece como si no pasara nada, como si la muerte fuese algo inventado.

32

En la cocina, mezcla yogur y *muesli* en un bol y lo endulza con una generosa cucharada de mermelada de frambuesa. Deja el cuenco sobre la mesa y se pone delante de la ventana. Los árboles gotean. En una casa de enfrente alguien rebusca en un armario de cocina y luego desaparece de la vista. Un poco más allá, alguien abre las cortinas. Uno también puede levantarse a esta hora, claro, aunque él ya lleva medio día despierto. Entonces oye un ruido extraño. Se da

la vuelta. ¿Ha salido de su teléfono? Mensajes push se disputan el espacio en la pantalla. Twitter. Por eso no ha reconocido el sonido a la primera. *Indiscutible. Con este recién llegado podríamos pasarlo bien*. Es una respuesta del escritor a su tuit. Debajo de eso, alguien ha escrito: *Tengo curiosidad por leer el próximo verso*. El corazón y el número 15 de debajo son rojos. Un momento, ¿a quince personas les gusta esto? Toca su foto de perfil. 1 siguiendo, 21 seguidores. En el icono de un sobre hay un uno azul. Lo toca. *¿Cuándo?* El escritor. Un momento, ¿esto quién lo ve? ¿Solo él? ¿O sus veintiún nuevos seguidores? Escribe *Lo dirás en broma* como respuesta, y lo envía con la flecha. Luego se come el yogur y espera. *¿Sabes que esto es un DM y que nadie puede verlo?*

Ahora sí.

bienvenido es un buen sitio

¿Ah, sí?

claro contestas o qué

Toda esa gente que me sigue ahora, ¿son seguidores tuyos?

sí ven lo que me gusta, y luego también pueden comentar o decir me gusta

¿Tengo que seguirlos?

como quieras no hace falta

¿Por qué no puntúas las frases?

ah se tarda más y hay gente a quien un punto le parece un rechazo

La respuesta es no.

una cerveza esta noche entonces

Vale.

Queen's Head

Vale.

Escribe el nombre de su madre con una @ delante. Tiene 299 seguidores. 300 con él. Luego piensa un nuevo tuit, pero después de su «caca culo pedo pis follar es sano» no se le ocurre qué más poner. ¿Y si Twitter es para gente totalmente distinta a él? Luego no tiene que olvidarse de preguntar al escritor cómo borrar su tuit. Si es que se puede.

Incluso ahora, un sábado por la noche, The Queen's Head está casi vacío. Todavía es pronto, sí, pero a Simon no le da la sensación de que esto vaya a llenarse de cuerpos calientes y bamboleantes dentro de unas tres horas. Es como si la parte alta del Zeedijk fuera algo del pasado, una época en la que los chicos llevaban jerséis de crochet ajustados y olían a pachulí.

La época de la plaza Waterlooplein. Una época que pertenece más a su padre que a él. Hay unos cuantos hombres sentados en la barra, dos de los cuales hablan sueco. Ellos se sientan en la parte de atrás, como la última vez. Una de las puertas está abierta. Al final de la tarde, el sol se ha abierto paso, y ahora, fuera, por encima del agua plácida y entre las ramas de los olmos en flor iluminados por las farolas, reina un ambiente primaveral.

—Ahí están esos tortolitos otra vez —dice Oscar, dejando dos cervezas en la mesilla.

—Joder —dice el escritor—. Empiezo a entender por qué aquí nunca hay nadie.

—Cascarrabias.

Por como lo pronuncia, Oscar es un amsterdamés de pura cepa.

—No, en serio.

—Están todos en casa viendo Netflix. No se está mal en el sofá con la pareja tomando un trago y picando algo.

—Y tú aquí, con esa gente pidiéndote *öl*.

—Son dos turistas muy agradables y ya llevan varias *öl*.

—¿Eul? —pregunta Simon.

—Cerveza en sueco —dice Oscar.

—¿Todavía vienen travestis? —pregunta el escritor.

—Qué va —dice Oscar resignado—. Andan todos ocupados con algún que otro programa de televisión y, claro, eso es mucho más importante que actuar en un café cochambroso como este.

—Y con razón.

—¿Cierro la puerta?

—No —dice Simon—. Así se está bien.

—*Två öl*! —grita uno de los suecos.

—Uy, que se impacientan, y no queremos que eso ocurra. Acabo

de ofrecerles una Tuborg y me han mirado como si me hubiera convertido en un alce. Resulta que es cerveza danesa.

Oscar vuelve hacia la barra.

—Tú eres de Amsterdam, ¿no? —pregunta el escritor.

—Al cien por cien —dice Simon—. Pero carezco del típico sentido del humor amsterdamés. —Luego piensa un momento, y añade—: Creo que es la primera vez que uso la palabra «carezco».

—Y mira, ahora de nuevo.

—Maldita sea —dice, y canta—: Ahora de nuevo me imagino que conseguiré ese cielo que se me promete, una y otra vez todo el azul vuelve a ser gris, me quedo fuera decepcionado en el frío, pero una y otra vez pienso, habrá uno, que será por quien viva, a quien daré mi corazón, con quien encontraré lo que ahora me falta, el amor para siempre, una y otra vez[1].

Cantan la canción, juntos, en voz baja al principio, tanteando, y por un momento Oscar baja el volumen, de modo que las últimas frases se oyen por todo el bar. Los dos suecos aplauden y levantan sus cervezas, y hay vítores desde la parte delantera, la que da a la calle Zeedijk. Oscar sirve dos cervezas y las trae.

—Estáis invitados —dice—. Así no necesitamos a ningún travesti.

Una hora después, la puerta está cerrada. Entraba fresco desde el canal. Es primavera, pero eso es fuera. El bar no se ha llenado más, los suecos se han ido, Oscar está apoyado en la barra, seguramente escuchando su conversación. Acaba de poner la versión de Willeke Alberti para que los clientes oigan cómo la cantó y luego vuelve a su música cliché habitual.

—Claro que se puede borrar un tuit —dice el escritor—, pero las respuestas de la gente, no.

—Bueno, ya veré —dice Simon, y se mira el teléfono—. Uuh, sí. Ahora ya tengo veintisiete seguidores, y uno de ellos es mi madre. No deberías querer, ¿no? ¿Que tu madre te siga?

—Puedes bloquearla.

—No conoces a mi madre.

—¿Por qué has publicado eso esta mañana?

—Estaba un poco alterado.

—¿Por qué?

Simon suspira. Toma un sorbo de cerveza. Ya oye a su abuelo: «¡Se apropian de todo!».

—Sabes que todos los sábados voy a nadar con unos retrasados. Bueno, a nadar no, a la piscina. Hay uno, un chico de unos dieciocho años, con el pelo negro, que no deja de agarrarse a mí. Esta mañana me lo he llevado a casa para cortarle el pelo. Pero…

—Para. ¿Lo has hecho?

Simon mira al escritor. Podría hacerse el loco y preguntar «¿Qué?». También puede pasar del tema.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque soy distinto a Sam y Johan. Son dos retrasados que se pasan el día quitándole el bañador a Igor, el chico del pelo negro. Son bastante salvajes y desinhibidos.

—¿Y?

—Pues eso.

—Ya sabes que no hay que decir retrasados.

—Estamos aquí los dos solos…

—¡Los tres! —grita Oscar—. Yo me lo pensaría dos veces.

Guiña un ojo.

—¿Me estás guiñando un ojo?

—¿Eso he hecho? Pues habrá sido sin darme cuenta.

—¡Oscar! —grita Simon—. ¿Nos pones dos cervezas más?

—Claro —dice Oscar—. ¿Y queréis algo para picar? Tengo frutos secos.

—Vale.

Oscar se acerca con una bandeja. En ella hay tres vasos de cerveza y un cuenco de frutos secos variados. Deja el cuenco y los dos vasos delante de Simon y del escritor, y el tercero para sí mismo. Coge un

taburete de otra mesa y pone la bandeja en el suelo. Toma un gran trago de cerveza y se limpia los labios con el dorso de la mano derecha.

—Una vez estuve en Irán —dice—. Siempre había querido ir, los iraníes son tan guapos… Todo un lío, visados, permisos, motivo de la visita. Fue terrible y hermoso. Tened en cuenta que era mucho más joven que ahora. Fue terrible porque a los tres días ya me habían robado casi todo el dinero, y al cuarto nos encontramos en medio de una revuelta mi amigo y yo, un amigo, ¿eh?, no un «amigo especial». La revuelta salió de la nada, miles de personas dándose empujones. Soldados, armas, gases lacrimógenos y gritos. No entendíamos qué gritaban, claro. Es lo más aterrador que he vivido nunca. Mis sentidos estaban alerta. Me encontraba indefenso ante aquel extraño mundo. —Mira al escritor—. Nos metimos en una librería, donde había unas cuantas personas fingiendo que fuera no pasaba nada. Un lugar seguro. Entre los libros. Todas las tardes íbamos a la misma cafetería. Ahí una cafetería es para tomar café, no para otras cosas. En Hijab Street. Había dos chicos, el hijo del dueño y otro que trabajaba allí. —Toma un sorbo de cerveza y se come un puñado de nueces—. Yo les parecía interesante. Solo con ser extranjero ya es suficiente. Empecé a enseñarles inglés con una guía de idiomas que había por la cafetería. Nos sentábamos en un sofá, yo en el medio. Se divertían y se comportaban como si yo también fuese iraní. Ahí los hombres son muy afectuosos. Es un tipo de afecto que los occidentales no entendemos muy bien. Lo interpretamos mal. Me enamoré perdidamente del chico que trabajaba allí. O tal vez debería decir que me ponía cachondo. Tal vez sea lo mismo. El chico dormía en un cuarto oscuro encima de la cafetería al que se llegaba por una escalera. Cuando aprendíamos inglés, a veces la señalaba y yo entendía que quería enseñarme su habitación. Pero el hijo del dueño también estaba. Eran dos chicos. Y yo no lo entendía. Tenía miedo, quería volver a casa, quería volver a un mundo que pudiese comprender. Durante el día paseábamos por las calles de Teherán, hermosas calles con cunetas de hormigón y plátanos viejos. Mucha gente andaba con tiritas en la nariz. Era

octubre y estábamos a treinta y dos grados todos los días. Yo sabía que ahorcaban a chicos y hombres si los pillaban. Pero por las tardes, en esa cafetería, todo era tan inocente… Llegó un momento en el que no pude aguantar más. La tarde anterior al día en que volábamos de vuelta. También era posible que solo quisiera mostrarme cómo vivía en esa habitación encima de la cafetería. Dejé a mi amigo abajo con el hijo del dueño y subí la escalera. Mersad, así se llamaba, cerró la trampilla. Dios, qué guapo era. O, tal vez, debería decir: qué cachondo me ponía. Quizás en el fondo es lo mismo. Lo hice porque después de aquel robo y la rebelión, andaba como un montón de carne cruda por un mundo que desconocía totalmente. Estaba indefenso. Tenía miedo. Estaba tan alejado de mi vida normal, que el miedo a la pena de muerte pasó a ser secundario. Además, me dije que a un extranjero no se lo harían, ¿no? Mi amigo casi tuvo que arrastrarme (exagero un poco, pero no mucho) para que subiera al avión. No pude evitar llorar. Lloré cuando me fui de Irán.

Oscar se termina la cerveza.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Fuá, Oscar —dice el escritor finalmente.

—Sí, sí —dice Oscar—. Usalo para lo que quieras. Si quieres, te doy más detalles. Por lo demás, era un país bastante feo. Pelado. Seco. Polvoriento. Una hierba muy rara en los parques. —Reflexiona un poco—: Gruesa y rígida, como una planta suculenta. Había un parque que se llamaba Laleh Park. Significa tulipán.

Simon escucha en silencio. Tiene la incómoda sensación de haber recibido una lección, pero ¿de qué?

—¿Dos más para acabar?

—Sí, gracias —dice Simon—. Acompáñalos de un vasito de ginebra.

Mientras el barman se aleja, el escritor susurra:

—Oscar está solo.

—Ah, sí —dice Simon—. Quería preguntarte otra cosa. ¿Cómo lo

haces cuando escribes sobre sexo en tus libros?

—No lo hago. Y lo he intentado, créeme. En la historia que acaba de contar, cuando ha dicho cómo se llamaba el chico, Oscar solo ha dicho «cerró la trampilla». Así se narra. Oscar podría ser escritor. Si escribes lo que ha dicho, después dejas una línea en blanco. Las líneas en blanco son geniales, y muchos escritores no las valoran lo suficiente. Y los lectores, en general, no son estúpidos.

—Y si el sexo dura mucho, dejas dos líneas en blanco.

—Ja, ja. O acabas el capítulo. A menudo, eso también dice más que las palabras.

Miran a la calle. Simon se bebe la ginebra de un solo trago. Está bastante ebrio, quizá incluso borracho. Alguien se cae de su bicicleta en el puente, el sonido del metal sobre los adoquines resuena sobre el agua ante las ventanas de The Queen's Head.

—Au —dice Simon.

—Sí —dice el escritor, y suena bastante categórico—. Líneas en blanco. Me encantan.

—Vale —dice Simon, y eructa.

—Tienes que irte a casa. Ya has bebido suficiente.

—¿Cómo va tu libro? —pregunta Simon aún.

—De maravilla.

—¿Todavía trata sobre mi padre?

—Sí.

—¿Y se puede hacer eso?

—Tu padre me parece un personaje de ficción —dice el escritor —. Y cuando termine, creo que te gustará.

33

Simon no recuerda haber tenido nunca un dolor de cabeza como este. Tiene que quedarse mucho rato en la cama, con la cabeza totalmente inmóvil sobre la almohada. Vuelve a llover. Tanto sol que hizo dos meses atrás, y ahora que realmente es primavera, el

tiempo está muy lluvioso. No puede verlo, las cortinas naranjas están cerradas. Pero lo oye. Suena agradable, y seguro. Se va a quedar aquí un rato más. Tampoco le apetece nada. Ni café ni comida ni siquiera agua. Deja fluir sus pensamientos. Pronto verá por fin el episodio de *Aircrash Investigations*. Se lo ha guardado, casi podría decir que se lo estaba reservando. Porque está dramatizado. Un largometraje, en cierto modo. ¿Se habrá hecho alguna vez una película? Aquella historia de Oscar… Hasta anoche, el tal Oscar era un camarero, alguien a quien ves y luego olvidas. Ahora se ha convertido en alguien. ¿Cómo se le ocurre a alguien ir a un país tan difícil? El propio Simon nunca ha estado en uno de esos. Corea del Norte, otro país de esos cerrados al que puedes entrar si realmente tienes muchas ganas. Qué pereza le daría. Pero claro, también tiene que ver con que no sube a aviones. ¿Es eso lo que hacen y quieren los escritores: escribir una historia, hacer un libro, para convertirse en alguien? El escritor no intentó en absoluto llevárselo a casa. A Simon le había parecido bien, de hecho, se había alegrado, pero por otro lado, le había resquemado un poco. ¿Ya no lo quiere? Y si no, ¿por qué no? La lluvia repiquetea contra el alféizar de la ventana y el techo de la buhardilla. Pasa un avión por encima. Una gaviota chilla. Un cormorán, piensa, casi como una reacción pavloviana. Sueña regularmente que vuela en avión. Nunca acaba mal, pero el aparato siempre vuela muy a ras de suelo, hay una amenaza. Los aviones de sus sueños no tienen asientos, sino bancos, y todo está cubierto por una gruesa moqueta: sillas, paredes, suelo. Y hay muchísima vista, mucha más, sospecha, que lo que se puede ver por aquellos ojos de buey tan pequeños. Tampoco hay otros pasajeros, o muy pocos. ¿Significa algo eso de que suela ser el único pasajero? Ese Oscar… Simon lo miró directamente por primera vez, porque durante su historia se convirtió en alguien. Un tipo bastante curioso, con líneas y arrugas, ojos claros, buenas manos. Oscar está solo; el escritor, solo; él, solo; su madre, sola; hasta Jason y Martine están solos ahora, y Jan, pero él no cuenta, porque es viudo. Pero su madre también es viuda, aunque podría haberse vuelto a casar fácilmente. No, ella está sola porque quiere. Todos gente sola. Ay, más vale que

no se mueva. Apoya el cogote en la almohada. Simon había puesto a Igor en el sofá de aquella cafetería sin pensarlo. En el sofá, en el cuartito de arriba, tal-vez-sí-tal-vez-no. Igor tiene algo de persa. Quizás es iraní. No sabe nada del chico. Nada de nada. Sí, ahora conoce su pelo. ¿Por qué no había entrado un momento ayer cuando lo llevó? ¿Por qué no se le había ocurrido hasta ahora que debería haberlo hecho? Siempre lo mismo. Hubo una vez un nadador, un alemán, a quien apodaban El Albatros. ¿O era Michael Phelps? ¿No podrían llamar El Cormorán a Popov? Luego buscará en Google qué apodo tenía el ruso. Se levanta, se da la vuelta hasta ponerse a cuatro patas y luego, muy lentamente, saca los pies de la cama.

—Auauau —murmura. Se incorpora y se dirige con la mayor cautela posible hacia las escaleras. Por suerte, hoy no tiene que hacer nada.

Dos paracetamoles y una ducha caliente y larga le sientan bien. Su cabeza todavía protesta, pero puede moverse libremente. Dos expresos le sientan aún mejor, y una hora más tarde hasta puede comer algo. Las ventanas de la parte trasera de la casa están mojadas. Esta tarde —ya casi es por la tarde— puede encender la televisión. Deporte, y no hay nada mejor que el deporte para echarse una siesta. También tiene que hacer algo de papeleo y, de hecho, debería reponer el *stock* de lociones, lo que significa hacer un pedido en el sitio web del fabricante francés. Pero primero conoce a dos nuevas azafatas, cuyos nombres no recordaba haber visto antes: Joan Jackson y Suzanne Donovan. Están sentadas juntas en una especie de cabaña, un sitio acogedor. Paredes de madera, una librería llena, a través de la ventana se ven algunos arbustos y árboles. Podrían ser hermanas, ambas con el típico peinado americano corto y atrevido. Parecen demasiado jóvenes. Y mira, ahí está Bragg de nuevo, esta vez en Tenerife. Se le antoja un viejo conocido. A estas alturas ya ha fallecido, por cierto: en 2017. Antes de seguir mirando, Simon avanza el programa hasta los créditos. MMVI Discovery Communications, Inc. 2006. Y rebobina. Es un documental muy

incompleto, casi torpe. La voz en *off* pronuncia mal los nombres y aparecen tres actores que interpretan a la tripulación neerlandesa. No entiende ni una palabra, parece sueco. Los tres tienen el pelo rubio y los ojos azules. Sin embargo, de repente oye algo nuevo, algo que dicen tanto Bragg como Donovan y Jackson: que no acudió ningún servicio de rescate. Ellos mismos sacaron a los pasajeros del avión a rastras como buenamente pudieron y les prometieron que enseguida llegaría ayuda, pero no fue así. El avión de KLM era el que estaba más cerca de la torre de control. Todos los servicios de rescate se habían concentrado ahí. Seguramente, los bomberos ni siquiera sabían que había otro avión a un par de centenares de metros. Al final de todo, Suzanne Donovan explica algo que sucedió en el vuelo de regreso a Estados Unidos. Iba de paisano y preguntó a una azafata si podía sentarse en uno de los dos asientos libres que había al lado de una salida de emergencia. La azafata le preguntó en broma si podría ayudar en caso de que hubiera que evacuar.

—Por supuesto —respondió ella.

—¿Así que podría abrir la salida de emergencia y ayudar a la gente a salir?

—Por supuesto —repitió Donovan—. Lo he hecho hace nada.

Ambas mujeres ríen mientras la imagen se funde en negro.

Cuando teclea el nombre de Suzanne Donovan en Google, Simon da con un sitio web en el que aparecen todos los supervivientes, hasta con foto. Peter's Tenerife Crash Site. Su nombre completo es Suzanne Carol Donovan y en 1977 tenía veintiocho años. Ni ella ni Joan Jackson se rompieron los tobillos ni las piernas, porque estaban en la parte delantera del avión, que se había desprendido del fuselaje y volcó. Un salto de aproximadamente un metro y medio. Pasa lo que siempre pasa: se lo lee todo. No puede evitarlo. También se termina las bolsas de gominolas en cuanto las abre y luego maldice a los fabricantes, que al parecer les ponen algo que hace imposible limitarse a comer dos o tres. Mira todas aquellas fotos viejas y granulosas, de personas que en su mayoría ya han muerto porque ya

eran bastante mayores en 1977. Los Trumbull, los Tartikoff, la historia de un hombre que liberó a otro que se había quedado colgado del ala por el cinturón, la historia de otro hombre que describe la misma escena. Muchos matrimonios. Entonces ve que en esta página no solo figuran los supervivientes, sino también todos los muertos, y comete el error de hacer clic en el icono de las víctimas. Ve una foto de Françoise Colbert de Beaulieu —su nombre completo es Greenbaum, porque estaba casada con Marc Greenbaum—, la sobrecargo que cedió su asiento a Dorothy Kelly por vergüenza; ve una foto de un chico guapo, Miguel Angel Torrech, que llevó a esa misma Dorothy Kelly una taza de café justo antes de que el The Rhine se les abalanzara encima. El matrimonio Goedhart, Robert y Beverly; el marido es hijo de Gerrit, nacido en los Países Bajos. A lo mejor hasta sabía neerlandés.

¡Espera, Eve Meyer! Resulta que no viajaba sola. Iba con Martha Elaine McPartland, «viajera y fotògrafa aficionada que había estado por todo el mundo». Marido, tres hijos. De camino a «un crucero por Grecia». Hay una fotocopia de un artículo de *The Atlanta Constitution* con fecha del 18 de mayo de 1959 con el titular «Who is Eve?», con motivo del estreno de la película *Operation Dames*. Es un artículo bastante sarcástico en plan «estamos orgullosos de nuestra paisana». Se hace una llamada telefónica a la madre de Eve, que afirma estar muy orgullosa de su hija, a la que apenas ve porque vive en Hollywood. Se conoce que su hermana no sabe nada, describe a Eve como «actriz» y «modelo de moda», solo se comunican por correo. La madre también afirma que debido a su salud —acaba de salir del hospital— probablemente no irá al cine. Simon descubre que Eve devoraba libros, a veces hasta cinco en una semana. *Lo que el viento se llevó* era su novela favorita. Se la había leído diez veces. El *dossier* de prensa de la película indica que la noche ideal de Eve sería ver una película de Clark Gable o Claudette Colbert, y, para rematarlo, picar un poco en el Yellow Jacket Drive-In de Piedmont Park.

¿Por qué no existe una página web parecida sobre las víctimas holandesas? Y ¿por qué lleva ya horas leyendo sobre temas tangenciales? Porque sí, han pasado horas: cuando ve lo tarde que es, se da cuenta de que ya no tiene sentido encender la televisión para ver *Studio Sport*. Y es cierto que son temas tangenciales, aunque él siente que profundizando, por ejemplo, en esa tal Eve Meyer, se acerca a su padre. Una tontería. Hubo dos aviones, americanos y neerlandeses eran dos mundos distintos, no sabían nada los unos de los otros, excepto los de la cabina. Allá se soltaron tacos y recriminaciones, con el servicio de control aéreo español como intermediario. Por otro lado, no es ninguna tontería: ese Miguel Ángel Torrech murió casi al mismo tiempo que su padre. Tienen un vínculo. Cuando cierra el portátil, se siente como si saliera de una película. Por un momento, todo lo que lo rodea le parece irreal. Simon es del tipo de personas que, tiempo atrás, después de ver *Parque Jurásico*, no se habría sorprendido en absoluto si hubiesen aparecido un par de velocirraptores por Raadhuisstraat.

Simon se prepara algo de comer. Mientras corta las verduras, se da cuenta de que aún no ha oscurecido. Se nota que es primavera. Hasta se oyen pajaritos, todavía. Levántate, piensa. Haz lo que tienes que hacer. Comer, tomarte un café. Volver a preparar algo de comer, ver la tele. Dormir. Quedar con alguien de vez en cuando. Y, mientras tanto, el invierno da paso a la primavera. Y el otoño al invierno. En medio, un breve verano. Se sirve una copa de vino blanco. Y dentro de unos años cumplirá los cincuenta. Abraham. Deja su plato y la copa de vino en la mesilla del salón y enciende la televisión. *Studio Sport*. ¡Abraham! Siempre eran viejos, ¿no? Barbas, nietos, barrigas caídas, una partidita de billar, cerveza *bock*, chaquetas unisex en bicicletas eléctricas. Están emitiendo un partido de fútbol. Cuando mira el fútbol, Simon nunca presta atención al balón. Mira el cabello de los futbolistas. Ni idea de cómo acabará el Heracles — FC Groningen, pero sabe seguro que ninguno de los veintidós jugadores necesita un corte de pelo y que no se puede decir

lo mismo de los entrenadores.

Más tarde queda para cenar un día con su abuelo y su madre. Así habrá hecho al menos una cosa hoy. En una ocasión (es curioso, las cosas que recuerdas, muchas veces cosas bastante intrascendentes) se lo oyó decir a alguien: que un día no está perdido si has hecho una cosa, aunque solo sea limpiar el arenero del gato. No puede evitar preguntar a su madre si se ha fijado en que ha tomado él la iniciativa.

—No he sido indolente —dice.

—Ajá —replica ella—. Te has acordado.

—Sí, estas cosas no se olvidan. Que tu propia madre diga algo así de ti.

—Todo positivo, en este caso para aumentar tu autoconocimiento. ¿El viernes, entonces?

—Sí, el viernes. El abuelo no puede quedar antes. Está atrapado en la rutina del asilo.

Su madre suspira.

—¿Asilo? A veces me pregunto en qué época vives. En fin: perfecto. Yo traeré vino.

Una hora después anda rebuscando en el armario del dormitorio. Saca los pósteres enrollados, no hace caso a Mark Spitz ni a Matt Biondi. Se ha traído un paño húmedo y limpia uno de los marcos. Clava un clavo en la pared recién pintada. Vuelve a colgar a Popov. Lo ha echado de menos. La habitación estaba demasiado pelada. Qué raro que ni su madre ni su abuelo hayan comentado nada sobre la fecha de la cena.

«We want more», ha escrito alguien debajo de su primero y todavía único tuit. Alguien. Ahora, como ha empezado a seguir a la gente que lo sigue, ve muchas más cosas en su TL. Menuda situación. Política. Inclusividad. Diversidad. Arboles talados. La gente se altera de mala manera, y hasta hay alguien que anuncia teatralmente que abandona Twitter, porque así no puede continuar. Pues vete, piensa Simon. Yo no te lo impido. Pero luego lee todos los comentarios y entiende que la gente pone esas cosas para que otros le rueguen que se quede. Piensa en un segundo tuit. «Soy el osito Colargol, el osito que juega al teto, tú te agachas y yo te la meto». Ni idea de en qué recoveco del cerebro tenía eso guardado, pero le ha venido. El corazón queda rojo a los pocos segundos.

Simon se prepara un expreso y dos rebanadas de pan con embutido, y se sirve un vaso de zumo de naranja. Es la tercera mañana consecutiva que va a nadar. Sus brazos brillan un poco, el cuero cabelludo le escuece. Mañana volverá a ir. No para de dar vueltas sobre qué va a cocinar para su abuelo y su madre, y todavía no se ha decidido. Suerte que desde hace unos años Anja ha dejado de ser vegetariana. Mientras nada, no solo piensa en la comida, también recuerda campeonatos. De eso hace mucho tiempo, pero lo impresionaron y, al parecer, las cosas que causan impresión permanecen. Nota los nervios, la anticipación, incluso esta mañana mismo, allí en la piscina. Por esa sensación, hace una hora era un niño de doce años al que su madre llevaba a la piscina. Un joven de diecisiete que iba solo a la piscina en bici, con las piernas flaqueando, como quien va al dentista. La carrera en sí y los cuerpos jóvenes a su alrededor. Una sensación indefinida que se le concentra en el pecho. No es desagradable, de hecho, más bien lo contrario, tanto que se está planteando volver a federarse y apuntarse a campeonatos de natación máster. A lo mejor ha cambiado. Hace deporte con gusto, tiene la sensación de que nada con más fuerza. Quizás también más rápido. Pero sin darse cuenta siquiera, vuelve a pensar en si bistec o salmón, espárragos. Por eso sigue nadando. Ese desapego; la concentración que lleva a pensar en todo y en nada. Se come el bocadillo y se bebe el zumo de naranja.

qué tal te va con el se agachan y se la metes
sí guay. ¿Y tú? yo no la meto así sin más
a ver si no sublimamos cosas
por favor, no uses palabras tan difíciles ya sabes lo que quiero decir
no
… por cierto conoces esta: canaryislandscrash.com
no
échale un vistazo

No hay muchas fotos de justo después de la colisión. Un par. Unas cuantas. En teoría, cinco son de David Alexander, un estadounidense de veintinueve años que, después de salir indemne del Clipper Victor, cae en la cuenta de que lleva una cámara colgada del cuello. Es suya, por supuesto, había sacado una foto de los aviones que había en la pista frente al Clipper Victor desde la ventanilla. Toma unas cuantas instantáneas y solo entonces se le doblan las piernas al entender que acaba de saltar de un avión que está explotando. «Quise fotografiar el avión de KLM, pero estaba demasiado lejos», dice en una entrevista al *Noordhollands Dagblad*. Al parecer, a diferencia de casi todo el mundo, incluidos los bomberos del aeropuerto, él sí se había dado cuenta de que había un segundo avión implicado. Esta entrevista menciona el número cinco. Simon hace clic en Peter's Tenerife Crash Site, que se ha guardado en la lista de lectura. No encuentra a este hombre, pero recuerda vagamente haber leído algo sobre unas fotos y, además, esto es una lista completa, tiene que estar en alguna parte. Finalmente —sin darse cuenta, ha pasado media horada con él. Consta como David Wiley. «Wiley, técnico de microondas y fotógrafo aficionado, afirmó haber sacado dos fotos en color del avión siniestrado… se las dio a un reportero de un periódico de Amsterdam…». Al parecer, se cambió el nombre a David (Yeager) Alexander. Con el paso del tiempo se han añadido tres imágenes. Alexander nunca recibió ningún reconocimiento por las icónicas fotos y eso es culpa de Hans Hofman, antiguo cabeza de lista del

Partido del Sexo Libre (VSP) y fotógrafo de prensa que trabajaba para publicaciones como *Nieuwe Revu*. Hijo de un comerciante de arenques y de una activista de Vietnam, su hermana fue asesinada a tiros por un policía en su propia casa en 1981 por amenazarlo con un cuchillo de pelar patatas. Un hombre un poco macarra, de esos que iban por Amsterdam en un ciclomotor y tenía pinchada la radio de la policía para ser el primero en llegar al lugar de un incendio o un accidente. Lo designan como «fotógrafo callejero», lo que probablemente sea una manera antigua de decir *paparazzi*. Se puso en contacto con David Wiley en su hotel el 29 de marzo. Andaba buscando, no tenía nada. Necesitaba una buena foto, no una de dos despojos cubiertos de polvo gris. Wiley estaba en estado de *shock*, como se suele decir, y no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando entregaron el carrete en el servicio de fotografía del hotel. Vio a Hofman escribir su nombre en el sobre en el que se guardaba el rollo. Lo vio y no protestó. «Ojalá hubiese sido más fuerte entonces», diría décadas más tarde al periodista del *Noordhollands Dagblad*. Volvió a Estados Unidos y vio sus fotos en un montón de revistas y periódicos. © Hans Hofman. El año 2015 publicó un libro con el nombre de David Yeager Alexander: *Never Wait for the Firetruck*. En su web aparece este texto publicitario: «Recuerda esto: si estás en un avión en tierra y ves humo en la cabina, quítate el cinturón de seguridad, levántate y corre. No esperes instrucciones, dirígete a la salida más cercana, si es segura, o busca otra como hice yo. Pero, sobre todo, nunca esperes al camión de los bomberos». En el sitio web también hay una foto de Alexander junto a su velero Jamaica, 3 en la bahía de San Francisco. «El velero es mi casa los fines de semana». Él se salvó, piensa Simon. Él se salvó. ¿Es eso? ¿Busca todas esas historias para poder pensar «Él se salvó» cada vez?

¿Ya había hornos microondas en 1977? ¿¿Qué demonios es un técnico de microondas??

existen desde 1947. bonito título no

No esperes al camión de los bomberos

Ya tienes trece likes por cierto

raro raro

has dado con algo nuevo, sigue así

ya me he hartado

pues te aguantas

y otra cosa: así que escribes sobre mi padre pero también sobre tenerife

ya lo creo

no me había dado cuenta hasta ahora pero empiezo a tener mucha curiosidad

un poco de paciencia

Llaman al timbre. Eso no le ocurre casi nunca; siempre está preparado en actitud servicial cuando llega un cliente.

—¿Café? —grita por el hueco de la escalera.

—¡Sí, perfecto! —responde Jason, también a grifos. Últimamente viene a menudo. Mucho más que cuando salía con Martine. Algo significará, pero ahora Simon está centrado en lo de la hermana del fotógrafo callejero de Amsterdam. Muerta de un disparo. Un cuchillo para pelar patatas. Treinta y tres años. También puedes disparar a la pierna, ¿no? Pone una taza en la cafetera y mira hacia el jardín interior. Hermoso día de primavera, nítido. Siente amplitud en la caja torácica, le pasan ante los ojos imágenes difusas de otras primaveras a las que va vinculada una sensación que casi puede definir como felicidad. Simon experimenta la felicidad, si es que es eso, como una enorme bocanada de aire limpio que hace que su pecho se expanda más de lo habitual.

—¡Ya te puedes sentar! —grita hacia el hueco de la escalera. Ahora una barba. Mañana a nadar otra vez. El viernes preparar la cena. Y no beber demasiado, porque el sábado… Bueno, el sábado. Jason dice algo que no oye bien. Coge la taza de café de la máquina y baja las escaleras.

No, piensa, mientras afeita el cuello de Jason; no tiene nada que ver con si una persona u otra se ha salvado; lo que le ocurre se parece más a cuando alguien en algún momento empieza a buscar a su

padre o madre biológicos: durante años y años se han contentado con la situación que tenían, pero llega un momento, siempre, en el que quieren saber, ver, sentir, quizá incluso oler, de quién descienden realmente. Y, la mayoría de las veces, esto ocurre cuando ellos mismos se hacen mayores, cuando casi es demasiado tarde. La gran diferencia, por supuesto, es que él nunca podrá verlo, sentirlo ni olerlo.

—Bien, como siempre —dice Jason.

Bien, piensa Simon.

—A ver si sirve.

—¿Para qué? O ¿en contra de qué?

—Para las chicas, ya sabes.

35

Al final, espárragos. Con patatas, jamón del bueno, huevos y mantequilla derretida con cebollino picado. Vino blanco. Vino blanco alemán.

—¿No tenía que traer yo el vino? —dice su madre.

—El tuyo lo dejo aquí para luego.

—Es que es mi favorito.

—Yo no he traído nada —dice su abuelo.

—No importa. No hacía falta que trajeseis nada. Además, ¿tú todavía vas a comprar alguna vez?

—No. Cigarrillos. Ginebra. M&M's.

Están en el salón. Simon también ha comprado ginebra. Su madre bebe el vino blanco, aunque le encuentra «un punto agrio». Sobre la mesa hay un cuenco con almendras ahumadas. Las ventanas a lado y lado están abiertas, y de vez en cuando pasa un poco de aire; Jan lo llama «corriente».

—¿Cierro? —pregunta Simon.

—No, está bien. Es una corriente de aire agradable. Parece verano.

—Es que casi es verano —dice Anja.

—Aunque tengo que ir siempre con cuidado, claro. Soy un anciano y los ancianos tienen que morirse de algo, aunque sea un resfriado.

Es un comentario que hay que ignorar.

—¿Alguna noticia? —pregunta Simon.

Su madre entiende enseguida a qué se refiere.

—Van de casa en casa y ahora están en algún lugar del norte. Con piscina. Los propietarios están en Inglaterra, no quieren estar ahí con todo el lío de la reforma.

—¿Quién? —pregunta Jan.

—Henny. Y su nuevo noviete.

—Ah, sí, Henny. Me cae muy bien.

—Y como ella está allí en plan sol y playa, ahora Simon me ayuda con la natación de los discapacitados psíquicos.

—¿Y qué tal?

—¿Qué quieres decir?

—¿Les sirve de algo, a esos niños?

—Chavales —dice Simon.

—Al menos lo disfrutan, eso seguro —dice Anja—. Eso es suficiente, diría yo.

—Y vosotros tenéis algo que hacer —entiende Jan.

—¿Qué le pareció a Igor el corte de pelo?

—Bien —dice Simon—. Me ha dado la sensación de que le gustaba mucho. Puse música. Le corté bastante. Pero en realidad aún tendría que cortarle más. Puedo hacerlo mañana.

—Mientras sepan siempre donde está, y luego lo lleves a casa.

—Solo faltaría.

Anja coge un puñado de almendras de la bandeja. Jan enciende un cigarrillo. El mechero tiembla ligeramente en su mano.

—Tengo que ponerme con la comida —dice Simon.

—No voy a ayudarte —dice Anja—. Por una vez, pienso quedarme cómodamente sentada. A lo mejor le robo un cigarrillo a mi suegro.

—Adelante —dice Jan.

Mientras pela espárragos, les oye hablar de Twitter. Sobre él en Twitter. Sobre el osito Colargol. Anja dice que es como si su hijo fuera otra persona, allí. Efectivamente, está fumando. A Simon le impresiona que no se enganche. Puede fumar de vez en cuando, muy de vez en cuando, de hecho, sin engancharse. En apariencia, lo que su madre opina al respecto no es lo suficientemente importante como para discutirlo delante de él; basta con que lo oiga a medias. El lee sus tuits, claro; hablan de la desconfianza en la clase política y de la crisis del nitrógeno, y ofrecen consejos literarios gratis. A Jan le da la risa con la palabra «teto», y dice que su nieto probablemente no se lo toma muy en serio. Las patatas van a la cazuela, los huevos ya han hervido seis minutos: tienen que ser duros para acompañar a los espárragos. Simon se sirve una primera copa de vino y se dirige al otro lado de la sala para servir a su madre y a su abuelo, que, mientras tanto, se han puesto a hablar de las macetas no autorizadas. No tiene que preocuparse de cuánto beben, porque la cena incluye servicio de taxi. Había ofrecido a su madre que se quedara a dormir para ir juntos a la piscina, pero ella no había querido. «Soy una viejecita —había dicho—, quiero dormir en mi propia cama».

Simon pone una sartén con mantequilla al fuego y pica finamente el cebollino con unas tijeras de cocina. Al otro lado del jardín interior también se prepara la cena en varias cocinas. Hay más ventanas y balcones abiertos. En la calle ladran perros, Jan se levanta para mirar por la ventana. A veces a Simon se le olvida que su abuelo se pasó años asomándose a esta ventana, que él y la abuela comían y dormían aquí, que el salón era bastante oscuro en aquella época y que cuando los visitaba solían estar en la cocina. Viene su madre y mira lo que hay en la pequeña sartén.

—Mantequilla —dice Simon—. ¡A comer! —añade en dirección a Jan, que, como un verdadero vecino del Jordaan, sigue con los antebrazos apoyados en la ventana, mirando hacia fuera.

—Esto es lo que más echo de menos —dice mientras se sienta a la mesa de la cocina—. Simplemente asomarme por la ventana. En la residencia no se puede. O, bueno, sí se puede, pero nunca pasa nada.

—¿Te apetece ahora una copa de vino? —pregunta Simon.

—Además, sería ridículo, porque vivo en la planta baja. Sí, gracias.

Cuando todos están sentados, Simon pone los platos en la mesa.

—*Plate service* —dice.

—¿Qué significa eso? —pregunta Jan.

—Que os pondré los platos delante, como en un restaurante —dice Simon.

—Es la primera vez que como espárragos este año —comenta su madre—. Y eso que ya hace tiempo que hay.

—A nosotros solo nos dan sopa de espárragos —dice Jan—. Y no sé yo si no es de bote.

—Pues hoy tenéis suerte —dice Simon.

Comen y beben.

—Ahora, por mí, sí que puedes cerrar la ventana —dice Jan cuando Simon le pone un poco más.

—Primero me ha parecido que tenía un punto agrio, pero con la comida, es perfecto —dice Anja—. ¿Puedo ponerme un poco más?

Simon saca la botella de la nevera y cierra la ventana. Enciende unas velas y vuelve a sentarse.

Jan es el único que sigue comiendo.

—No es un viernes cualquiera, claro —dice Simon.

—No —dice Anja—. Es el cumpleaños del hombre que te engendró.

—¿Ah, sí? —pregunta Jan con la boca llena.

—¿No lo sabías? ¿Tu propio hijo?

—No —se ve obligado a confesar Jan—. No lo sabía. —Se traga el último bocado con un gran sorbo de vino—. ¿Por qué llamas a Cornelis «el hombre que engendró a Simon»?

—Porque Simon se lo está apropiando.

—Está en su derecho, ¿no? Al fin y al cabo, Cornelis es su padre.

—¿Es alguien tu padre si naces cinco meses después de su muerte?

—Claro que sí —dice Simon—. ¿Café?

Los dos quieren café, pero no expreso. Ningún problema: la máquina también hace café normal y hasta tiene espumador y calienta la leche. Simon agita un paquete de trufas Albert Heijn para ponerlas en un platillo.

—Escucha —dice Jan—. Los tres perdimos a alguien, cada uno a nuestra manera. Un hijo, un marido y un padre.

—¡Él nunca lo conoció! Y tú ni te acordabas de su cumpleaños.

—¿Importa eso?

—Yo creo que sí.

—¿Por qué debería recordar el cumpleaños de alguien que nunca lo celebra?

Anja bebe su vino.

—En eso tienes razón.

—¿Y por qué, por el amor de Dios, vamos a competir sobre quién es el más afectado?

Simon pone sobre la mesa dos tazas de café, leche y las trufas, y luego se vuelve hacia la encimera para preparar un expreso. Empieza a oscurecer, las velas ya no solo sirven de decoración. La ventana del lado del salón sigue abierta.

—Y ya que hablamos de esto, ¿por qué nunca te juntaste con nadie más?

—Jan, por favor —dice Anja.

—Me lo pregunto de verdad. Eres una mujer guapa, tienes un algo…

—¿Tengo un algo? ¿Qué forma es esa de describir a alguien?

—Sí, discúlpame, ha sido un poco desconsiderado.

—No tengo ganas de justificarme.

—Justificarte, justificarte… Es solo una pregunta. Hace poco lo comenté con Simon.

—¿Ah, sí?

Su abuelo habría hecho mejor guardándose ese detalle. Simon come una trufa tras otra, escuchando en silencio. No recuerda cuándo ni dónde estuvieron los tres juntos por última vez. Normalmente él actúa como intermediario. Ahora están sentados el uno frente a la otra y Jan no debería decir esas cosas, porque su

madre se siente enseguida como si molestara.

—Sí —dice Jan ingenuamente.

—Dejémoslo en que nunca sentí la necesidad.

—Vale. Eso es una respuesta.

—Gracias. ¿También le preguntas de vez en cuando a Simon por qué no, tiene pareja?

Jan mira a Simon y reflexiona un momento.

—No, la verdad es que no.

—Siempre por qué, por qué —dice Simon para anticiparse a la pregunta—. ¿Por qué se hace alguien alicatador? ¿Porque sí? Eso no es ninguna respuesta, por supuesto, y, al parecer, hoy en día ya no puedes decir «porque sí». ¿Por qué ir de vacaciones a las Maldivas y no a Sri Lanka? ¿Porque las Maldivas tienen un paisaje más bonito? Eso tampoco es ninguna respuesta, por supuesto. La gente hace cosas, simplemente. Suceden cosas. No hay más que decir.

—Menudo discurso —dice Anja—. Aún aprenderemos algo.

—Y esas Maldivas, según me dijo alguien el otro día, no son nada del otro mundo. No hay nada en absoluto. Ni siquiera animales.

—¿Con qué sales ahora de repente? —pregunta Jan.

—Hablo del porqué de las cosas —dice Simon.

—¿Cuánto vino llevas ya? —pregunta Anja.

—Menos que tú.

Jan aparta su taza de café vacía.

—Me apetece un vasito de ginebra. Para terminar la noche.

—En todo caso —dice Simon, después de recoger la mesa y servir algo de beber a todo el mundo—, hoy es el cumpleaños de mi padre. Y quería celebrarlo.

—Gracias por la invitación —dice Jan—. La comida estaba deliciosa y he pasado un rato muy agradable. Podríamos convertirlo en costumbre.

—Me lo pensaré —dice Anja.

—De hecho, deberíamos haberlo hecho hace mucho —dice Jan —. Cuando la abuela todavía estaba. Somos familia. Y el año que viene cumplo los noventa.

—Bah —dice Simon—. Hoy en día todo el mundo llega a los cien. Podemos hacerlo diez veces más.

Anja guarda silencio.

—Vosotros sois familia —dice finalmente—. Yo soy familia política. Vosotros os llamáis Weiman. Yo, Wiegers.

—Tú y yo no somos familia política —dice Simon—. Soy tu hijo.

Veinte minutos más tarde se han ido. Cada uno en su propio taxi, ya que la residencia de ancianos no está en dirección Ámsterdam Sur, donde vive Anja. Simon vacía el lavavajillas. Ha vuelto a abrir la ventana del lado de la cocina para eliminar el olor a humo. Después de la cena, Anja se ha fumado un segundo cigarrillo con Jan. La última vez que tuvo que ventilar después de que alguien fumara aquí, había sido el pelirrojo.

36

—¡Nosotros también queremos! —gritan Sam y Johan.

El pelo de Igor es como un casco sobre su cabeza. Y por eso, se dice Simon, hay que cortar un poco más.

—¿Por qué? —pregunta a Johan y Sam—. Ya lo lleváis cortísimo.

—¡Es injusto! —grita Sam.

—¡Sí! —exclama Johan—. ¡Igor es tu preferido!

—Qué va —dice Simon—. De todas las personas que hay en la piscina, a quien más quiero es a vosotros.

—¿De verdad? —pregunta Sam.

—Por supuesto.

—¿Hasta más que… —Johan hace un gesto hacia Anja, que está volviendo a ponerle un manguito a Jelka— a ella?

Bueno, eso es casi imposible, ¿no crees? Es mi madre, ¿te acuerdas?

—¿Qué?

—¿Eres su madre? —grita Sam indignado.

—Ya lo sabías, Sam.

—¡No! ¿Por qué no lo sabíamos?

—Porque los dos sois un poco olvidadizos —dice Simon.

—Ah, sí —confirma Sam.

Sigue llamando la atención ver cómo el resto no se ve afectado durante una estampida. Igor, todavía con esa mancha húmeda de pelo negro en la frente, está de pie sin moverse; Frits y Melissa hacen largos, Jelka y Buari (o no: Bella) cuchichean entre ellas como si fueran las únicas niñas del mundo. Pueden saltar en un abrir y cerrar de ojos, pero ni se dan cuenta de que los demás alborotan, gritan, se enfadan. O deciden no darse cuenta. Simon sigue sin entender nada de todo esto.

—Así ya está bien, ¿no? —dice Anja.

—No, mira cómo le queda ahora, mojado.

—Él no puede opinar.

—Creo que le pasaré la maquinilla.

—¡Igor! —grita Anja—. ¿Quieres jugar a la pelota?

Igor sale de su rincón, coge la pelota de color amarillo vivo que flota por el agua y se la tira a Anja trazando un arco bajo. Bella grita algo, ¿ha dicho «culo»? ¿Se ha acordado de la última vez? Sam y Johan no soportan que Anja se pase la pelota con Igor, así que empiezan a golpear a Igor con los churros. A Anja no se atreven. Frits toca a Simon con una mano en el costado.

—Perdona —dice Simon, sobre todo para sí mismo—. Estoy en el medio.

Qué curioso; cuando empezó, Igor no dejaba en paz a Melissa ni un momento, no paraba de tirar de las piernas de la chica mientras ella hacía largos, y ahora hace tiempo que no lo hace. ¿Será porque ahora está Frits? ¿Habrá alterado toda la dinámica del grupo? Anja manda a Sam y a Johan que paren, así no les dejan pasarse la pelota.

—Pedid a Simon que os enseñe a nadar de verdad —dice.

—¿Nos enseñas a nadar? —pregunta Johan.

—Claro. Pero primero tenemos que ponernos los manguitos.

—¡No! —grita Sam—. ¡Eso es de pequeños!

—Pues vale —dice Simon. Mira los músculos de la espalda de Igor, que aparecen con cada lanzamiento. En realidad, Igor no es mucho más que un cuerpo.

—Por cierto —dice Anja—, ayer estuvo muy bien. Y la comida, muy rica.

—Gracias.

—Podemos hacerlo más veces, sí. Jan me cae bien.

—Vale —dice Simon—. ¿La próxima en tu casa?

—Perfecto.

—¡Brreuhh! —dice Igor.

—Sí, perdona, Igor. Aquí está la pelota.

Media hora más tarde, el chico va sentado a su lado como si hubiera hecho este mismo viaje decenas de veces. Este sábado no llueve, pero tampoco brilla el sol. Uno de esos días tranquilos y grises que tanto podría ser principios de junio como mediados de octubre. La ciudad está tranquila, como ocurre a veces los sábados por la mañana, como si todo el mundo hubiera dormido tanto como hubiera querido y desayunado tarde y estuviera pensando cómo pasar el resto del día. Sam y Johan acaban de subir a la furgoneta a regañadientes. Casi han tenido que meterlos a empujones. Simon justo ha pasado por delante de la furgoneta con el coche mientras subían.

—¡No! —ha oído que gritaba Sam mientras se alejaban.

—¡Nosotros también queremos! —ha gritado Johan.

Anja estaba de pie en la entrada de la piscina, despidiéndose de Simon e Igor y de la furgoneta, y se ha quedado sola. A Simon lo ha sorprendido que sacara ella misma el tema de la cena, pero no se ha olvidado del último comentario que hizo después de comer. Todas aquellas cosas, todos aquellos sentimientos en los que nunca había pensado, lo obligaron, a última hora de la noche, en la cama, a verse como si se hubiese aliado con su abuelo en un pacto que aparentemente excluía a su madre, o al menos eso pensaba ella. Y ya que estaba en plan reflexivo, inevitablemente acabó volviendo a

pensar que no había rastro de su padre; bueno, su nombre estaba en la lista de pasajeros, sí, pero ¿alguien había visto algún resto? Y ¿dónde estaba su nombre en Westgaarde? ¿Por qué él, Simon Weiman, no tenía ningún lugar donde recordar el nombre de su padre, Cornelis Weiman, solo porque, por el motivo que fuese, en su momento a su madre le pareció innecesario? Había tardado en dormirse, en parte debido a la cena; se mire como se mire, una cosa así acarrea una cierta presión. Afortunadamente, había sido capaz de contenerse y no beber. Y debido a lo de anoche, ahora acaba de registrar esta imagen de su madre: sola en la entrada de una piscina, despidiéndose de un grupo de deficientes mentales y de su hijo.

—Ggggg —dice Igor, mirando el tranvía que acaba de adelantarlos en un semáforo. ¿Se dará cuenta de que él también está solo?, se pregunta Simon. Mira por encima de su hombro izquierdo y gira hacia el Jordaan y comienza, como de costumbre, el rodeo que lo llevará a casa, porque ahora medio Jordaan son calles de sentido único.

Encuentra un sitio para aparcar. Igor empieza a tirar del cinturón de seguridad, pero no se molesta en intentar encontrar el botón. Simon lo aprieta y el cinturón se suelta. Ahora pueden salir del coche los dos. Apenas se puede decir que hace viento, no hay bolsas de plástico volando por la calle. Ha pasado justo una semana. ¿Qué pasaría si me quedara aquí dentro y ya está?, se pregunta Simon. Nada, probablemente, hasta que Igor empezase a aburrirse. Pero ¿puede aburrirse de verdad ese chico? ¿O para él tanto da estar sentado sin ningún motivo en un coche parado o bañarse cuarenta y cinco minutos en una piscina? Un cuerpo en el asiento del copiloto y, más tarde, el mismo cuerpo en la silla de la peluquería, y luego…

Simon se pone en marcha. Saca a Igor del coche y juntos se dirigen a la puerta de Chez Jean. El timbre. El chico levanta la mirada.

—Sí, eso es el timbre —dice Simon—. Mira. —Simon señala hacia arriba. Igor no le hace caso, o no entiende lo que significa un

brazo que señala. Lleva la bolsa de natación colgada, en el coche iba sentado con la bolsa a la espalda, como una joroba blandita. Simon se la quita con suavidad.

—¿Quieres un vaso de coca-cola? —pregunta. También le quita el abrigo al chico y lo lleva a la silla de delante del escaparate—. Siéntate, va.

Luego sube rápidamente las escaleras y llena un vaso de coca-cola. Antes de bajar de nuevo, echa un vistazo a su casa. Todo está exactamente como lo ha dejado por la mañana. No ha habido ningún cambio. Igor se termina la coca-cola de un trago y luego suelta un fuerte eructo. Simon cierra la puerta con llave y se asegura de que el cartel tenga el lado con «*fermé*» hacia la calle. Música, piensa. Tengo que poner música, eso lo relajará. No es que esté inquieto, pero la última vez pareció funcionar. Enciende la radio y busca una emisora que emita música vieja y poco estridente. Clásicos. Sin DJ excitados.

Hasta ahora, una repetición casi literal de hace una semana. Pero ahora Simon necesita un expreso. Podría habérselo hecho mientras servía la coca-cola, pero ya sabía que quería volver a subir para oír zumbar aquella cafetera Siemens tan cara y echar otro vistazo al salón tranquilamente. Uno nunca se acostumbra del todo a ese cambio casi imperceptible que hay en el ambiente cuando se ha estado fuera de casa durante un tiempo, largo o corto, como si el rato en la piscina hubiese hecho que todas las cosas que tan bien conocía se hubiesen movido un pelín. La semana pasada también debió de verlo así. ¿O tal vez el tiempo que hace juega un papel en esto? ¿El ángulo de la luz? Coge la tacita de la máquina y baja las escaleras. Igor está sentado en la silla al lado del escaparate.

—¡Café! —dice Simon por decir algo.

El chico levanta la mirada.

—Ven a sentarte aquí, como la semana pasada.

Igor se levanta y vuelve a sentarse. Simon toma un sorbo de su tacita y luego le aparta el pelo de la frente mientras lo mira a través del espejo.

—Vamos a dejarlo aún más corto, ¿vale?

Igor no dice nada. Simon deja la mano un rato más sobre la cabeza del chico.

—Pero esta vez lo haré con un aparato que hace un poco de ruido.

Le pone la capa azul claro. En la radio suena *Only You* de Yazoo.

—Primero un poco con las tijeras.

Coge unas tijeras y un peine, y corta unos centímetros. Toca regularmente la cabeza del chico; de vez en cuando, le quita mechones de pelo del regazo, y, al hacerlo, le toca los muslos, claro. Luego abre un cajón del tocador y saca una maquinilla. Igor no pierde de vista la mano con el aparato. Simon enciende la maquinilla y la mantiene un momento en el campo de visión de Igor.

—Es una maquinilla —dice.

Empieza por arriba, con la máquina en una posición que no deje el pelo demasiado corto; si se pasa, no puede arreglarlo, pero si hace falta, siempre puede recortar un poco más. Igor emite un sonido suave, casi como si se originara en su pecho por la vibración del aparato en su cabeza. Ahora la radio emite *Stairway to Heaven*. Tengo que pensar en pisos, piensa Simon. Ahora estamos aquí, luego en la cocina (coca-cola) y finalmente tenemos que llegar al segundo. Bueno, yo tengo que llegar. Yo más él no siempre es lo mismo que nosotros. Aparta un poco de pelo de la coronilla de Igor hacia un lado y pone la maquinilla al uno y medio. Desde el cuello hacia arriba, comienza a afeitarle la parte posterior de la cabeza, moviendo cada vez sus dedos extendidos sobre la cabeza del chico. Y cuando es necesario, pero también cuando no lo es, le quita los pelos que caen. Agarra una oreja y la dobla por la mitad. La radio lleva ahí siglos, es de la época de Jan. Siempre hay clientes, no muchos, a los que les gusta que esté encendida. Simon nunca la enciende por iniciativa propia. Le gusta el silencio en la tienda, el sonido de los ciclistas y los coches que pasan por delante del gran escaparate. Los ruidos de la calle en general. Igor ha empezado a tararear, pero Simon no sabría decir si es al ritmo de la melodía o del compás de *Du (bist alies was ich habe auf der Welt).* Música en alemán, piensa

Simon, eso no se oye muy a menudo. Por lo visto, nunca han producido verdaderos clásicos. ¿O tal vez tendrá que ver con la guerra? Le dobla la otra oreja. Igor le deja hacer tranquilamente; es como si entendiera que forma parte del proceso. Se mira de forma ininterrumpida a sí mismo. *Du, du allein kannst mich verstehen*. Qué pasará por esa cabeza, se pregunta Simon. ¿A quién ve? ¿Qué ve? La maquinilla se apaga. Simon coge una navaja para el cuello y se la pasa hasta que queda todo liso. Cuando termina, retira los pelos con el cepillo suave, se pone un poco de aceite en las manos y se lo masajea lentamente en el cuello y la nuca. El cuello, la nuca.

—Listos —dice, y le quita la capa con un gesto teatral.

Igor no dice nada, claro. ¿Qué puede decir?

—Ven —dice Simon—. Vamos a tomarnos otra coca-cola. Arriba.

Igor está sentado en una silla de cocina y vuelve a terminarse el vaso de coca-cola de un solo trago. Eructa; un sonido áspero que sale de un rostro escultural. Antes, este peinado se llamaba *crewcut*; a Simon nunca antes se le había ocurrido que el nombre viene de la palabra «tripulación». ¿A lo mejor el origen son los buques de guerra americanos? Corte cepillo, piensa después, y, en ese momento, le viene a la cabeza el escritor, y de ahí, por primera vez en mucho tiempo, la palabra «cormorán». Cormoranes, gaviotas, incluso cree recordar que durante el corte dijo algo sobre morsas, pero ahora no cae en qué tenían que ver. Igor vuelve a eructar, tan pancho. Simon tiene una taza de café expreso vacía delante. Vacía. Se pregunta si le servirá otro vaso de coca-cola al chico. Del jardín llega el ruido de al menos dos palomas peleándose, Igor echa un vistazo al lado. Lento, reflexivo, sin sobresaltarse. A lo mejor ya conoce el ruido que hacen estas aves cuando se pelean. Simon ha tenido una idea, y pensar en su idea lo excita todavía más.

—Ven —dice. Se pone en pie, y el chico también. Pasa al rellano delante de él. Empuja a Igor escaleras arriba, hacia el dormitorio.

—Vamos —dice, y lo empuja un poco más fuerte. Igor obedece. El propio Simon se mete en el baño, donde hay una toalla húmeda en el suelo con un bañador húmedo encima. Se desnuda y se pone el bañador húmedo. Tiembla. Al salir del baño, ve que la escalera está vacía; así que el chico ha subido; ha obedecido, puede obedecer. Lo ha entendido.

Está solo en la habitación, frente a la ventana de la buhardilla, la camiseta que lleva puesta le cae por los hombros sin tocar la espalda, el borde inferior descansa sobre la curva de su culo. Simon traga saliva. Se le pone dura, o, mejor dicho, ya la tenía dura al ponerse el bañador, y ahora el bañador le aprieta aún más. Vuelve a tragar saliva y luego tose. Igor se da la vuelta poco a poco. Ahora lo mejor sería que pasara lo que ha pasado tantas veces en la piscina; que saliese de él, del chico. Pero se queda ahí parado, y, como tiene la luz detrás, Simon no puede ver bien su expresión, así que avanza un par de pasos, hasta que está tan cerca que siente su aliento en la cara. Los brazos del chico se levantan, Simon nota un hormigueo en el pecho. Pero, con los brazos, también suben las manos, y esas manos se posan sobre el pecho de Simon y lo empujan hacia atrás, tan fuerte que casi lo tiran al suelo. Simon retrocede un paso, choca contra el borde de la cama y cae hacia atrás.

—No —dice Igor.

Su voz no es ni alta ni profunda. Un poco plana. Desinteresada. No agresiva. Como ahora está bastante más cerca que hace unos segundos, Simon puede ver su expresión.

No, ha dicho. Alto y claro. Su polla hinchada en el bañador húmedo. Se alegra de no ser un cuarentón flácido, con la barriga peluda, unas tetillas en lugar de pecho. Le pasan un montón de cosas por la cabeza. Entre otras cosas, esto; aquí no hay ninguna línea en blanco. Por si acaso, ya se había imaginado lo menos posible, pero en ningún momento había pensado que ocurriría esto. También piensa lo siguiente: debo parecerme a mi padre, seguro, porque si hubiera sido como mi madre, seguramente ahora estaría

agobiándome de mala manera. Le viene a la cabeza lo siguiente: un momento en la piscina, hace meses ya. Meses o semanas. Igor lo miraba, justo después de que su madre lo hubiese reñido. El chico lo miraba fijamente; en ese momento fue como si hubiera otra persona en aquel hermoso cuerpo popoviano. Lo miraba, pero no con ojos necios, sino astutos, como si los papeles se hubieran invertido. Ahora sí que se habían invertido los papeles, no cabía duda. Simon apenas ha podido oírlo, pero sabe que ha dicho «no»; no lo ha oído porque ha sido como si un perro se pusiera a hablar de repente, cualquiera se perdería las primeras palabras, por la sorpresa. Y entonces el rojo de la vergüenza le cubre mejillas, ni siquiera por su situación aquí y ahora, sino al pensar en la cuenta que se ha abierto hace poco en Twitter. «Coño polla culo follar es sano». «Soy el osito Colargol, el osito que juega al teto. Tú te agachas y yo te la meto». Hostia puta, piensa. Mira que meterse a Twitter a hacerse el gallito. Ojalá pudiese volver atrás y deshacerlo. Es como estar enfermo, al borde del vómito: te esfuerzas por pensar en cosas agradables y frescas, pero tu mente solo puede pensar en huevos fritos y grasientos, o en licores dulzones.

Pero ¿y las líneas en blanco? Esas líneas en blanco en las que hubiera querido apretar a Igor contra él, usarlo, abusar de él, el culo que habría querido agarrar, los gruñidos del chico, gruñidos descarados como sus eructos, darlo todo, soltarlo todo, centrarse solo en la carne y el sudor, los olores, las cosas que ha imaginado tantas veces, la frente apretada contra las baldosas blancas del baño o una almohada blanda, y el chico que se sometería de buena gana a cualquier cosa o se dejaría dirigir fácilmente, la pesadez de aquel hermoso cuerpo encima de él, y ahora, ahora… ahora él es quien está aquí plantado como si fuese él el retrasado y el chico que tiene delante lo estuviera calando, lo tuviera ya calado. Aunque bien mirado, Simon no esconde nada. Solo besarse, algo que le gusta mucho y puede hacer durante horas, («sexo vainilla», lo llama a veces) es algo que nunca se ha imaginado. Como si besar fuera algo de gente «normal», de gente capaz de hablar. Algo de lo que no había creído capaz a Igor. No, por Dios, no pienses ahora en «sexo

vainilla», menuda expresión. Todavía se sofoca más. Y mira a Igor, justo ahora tiene algo en los labios… ¿Desdén? ¿Compasión? Algo así, en todo caso. Se ha sentado en el borde de la cama. Espera, piensa Simon, todo esto, todo lo que ha ocurrido desde que decidí ponerme el bañador para que viese algo que le resultara familiar, para que se sintiera un poco como en la piscina, para que me agarrara sin reparos como hace ahí sin ninguna vergüenza, tiene que ser una línea en blanco. Porque así, como dijo el escritor, puedes hacer que un lector o cualquier otra persona se imagine cualquier cosa, aunque en realidad no ponga nada. Así, siempre puedes aducir eso: aquí no hay nada. Es imaginación.

—¿Qué pasa? —pregunta. Intenta recuperar la normalidad a través de la vergüenza espesa y viscosa; quizás hasta salvar su dignidad.

Igor señala la pared.

—¿Qué?

¿Cómo? ¿Ha dicho «qué»? ¿O quién?

—Aleksandr Popov.

El chico hace movimientos como si estuviera nadando y se golpea el pecho con los dedos índice y corazón.

—Sí.

Igor lo mira. Por un momento es como si fuera a decir algo más o a hacer algo. Aquella mirada astuta. Ahora se dirige a la puerta. Justo antes de desaparecer por el hueco de la escalera, hace un movimiento con el brazo.

El sol se ha abierto paso un poco, una luz lechosa cubre la ciudad. Todo sigue tranquilo; es como si todo el mundo se hubiese levantado tarde y todavía no supiesen qué hacer el resto del día. Van en el coche en silencio. Igor se ha puesto el cinturón y mira hacia adelante con expresión hosca. Una vez señala a la derecha. Simon obedece y gira a la derecha en un lugar distinto a la otra vez. Justo antes de que aparque, Igor dice:

—Huuungg.

Simon entiende que tiene que salir para abrir la puerta del copiloto y desabrocharle el cinturón de seguridad. Lo acompaña hasta la puerta. Esta vez no tiene ninguna tentación de entrar con él por las puertas automáticas de vidrio. No tiene ninguna gana de saber lo que hay ahí dentro. Tampoco sigue a Igor con la mirada.

Se da la vuelta y, apoyado en el capó, vuelve a mirar el edificio. En el primer piso, detrás de una gran ventana, están Sam y Johan. Ambos se han llevado los pulgares a las sienes y agitan los dedos. También sacan la lengua. Parece que incluso están emitiendo sonidos, pero por supuesto él no puede oírlos. Simon los mira un momento, pero cuando aparece Igor detrás de ellos, levanta el culo del capó y se sienta al volante.

Más tarde barre el pelo de Igor. Primero con la escoba, luego con recogedor y escobilla. Ve la bolsa de piscina del chico en la silla de al lado de la ventana. La radio todavía está encendida. Suena *Bloed, zweet en tranen* de André Hazes. Ruidos de la calle, ciclistas que pasan por delante del escaparate, alguien que descarga algo, quizás barriles de cerveza para el bar de la esquina. Pasa un helicóptero, la policía que busca a un ladrón de bolsos o un motorista que ha provocado un accidente. Esta idea se le queda un rato en la mente. Ojalá uno pudiera sacudirse la vergüenza de encima, como el agua. Pero, como entiende mientras desliza el último resto de pelo negro como la brea en la papelera, esa vergüenza, al fin y al cabo, es solo suya; una que nadie tiene por qué conocer y que, con toda probabilidad, nadie conocerá jamás. Excormorán, exdoble de Aleksandr Popov. O no, siempre lo será, pero Simon no volverá a verlo. Esta mañana ha sido la última vez que ayuda a su madre en la piscina. Vuelve a mirar la bolsa de Igor. No se le ocurre qué hacer con ella.

—Ya no necesitamos *drag queens* —dice Oscar—. Ya tenemos aquí a una *drama queen*.

El escritor va por la segunda cerveza y ha contado una historia dramática sobre las pequeñas estanterías de intercambio de libros: que hoy en día todo el mundo tiene una en su jardín o en la calle o en su pueblo, y que no puede evitar echarles un vistazo, siempre con miedo de encontrarse alguno de sus libros ahí dentro. Y no solo eso: ¡ahora hasta habían puesto una en las escaleras de su edificio! El escritor vive en un edificio grande, con varias entradas y salidas, y por todas partes hay cajas de cartón llenas de libros viejos. ¡Coge! ¡Son gratis! Y existe la posibilidad de que en cada caja de cartón haya algún libro suyo, entre aquellos libros cutres como *Windows 10 para dummies* o *El clan del oso cavernario*.

—Y además —continúa Oscar—, los libros de Jean M. Auel no son cutres.

—¿Ah, no?

—No.

—Pero entiendes a qué me refiero, ¿no? ¿Lo bochornoso que es?

—Puede serlo —dice Oscar, diplomático.

Están sentados junto a la puerta abierta. Al otro lado del agua está la estatua de la mayor Bosshardt. Si se esfuerzan, alcanzan a ver la cofia de bronce, los hombros, un brazo en el respaldo del banco donde está sentada. El agua del canal de Oudezijds Voorburgwal ondea ligeramente, la luz del sol se refleja en el agua en movimiento, los olmos están llenos de hojas y muy bonitos. Según explicó Oscar al escritor en otra ocasión, es porque apenas han florecido. Estos árboles solo pueden centrarse en una cosa al año: o reproducirse o tener muchas hojas en verano. El escritor pareció poco interesado. La puerta principal también está abierta, el olor a cerveza rancia se propaga por todo el edificio sin llegar a desaparecer. Es martes, día de bingo. Esta noche, *Miss* Windy Mills vuelve a presentar el bingo una última vez. Oscar tiene muchas esperanzas puestas en ella. Las noches de los martes con *Miss* Windy Mills eran legendarias, incluso en países lejanos. Pero todavía faltan horas. Son las seis y cuarto. Detrás de la barra hay un chico a quien el escritor no había

visto nunca por aquí.

—Egan —dice Oscar.

—¿De dónde es?

—De Colombia.

—Mm.

El escritor no está atento del todo.

—¿Qué tal tu libro? —pregunta Oscar.

—Bien, creo. Voy por el último capítulo. He conseguido meter tu nombre, como de costumbre.

—Gracias. Supongo.

—No te preocupes, es un papel secundario, incluso se podría decir que es un personaje insignificante. Lo he escrito con *k*, porque escribir Oscar con *c* es un poco postureo.

—Pues vaya.

—Lo raro es, pero eso seguro que a ti no te pasa, que un día te parece magistral, y al siguiente quieres tirarlo todo a la basura.

—No, eso no me pasa. Siempre estoy satisfecho conmigo mismo.

—Egan —llama el escritor—, ¿nos puedes poner otro vaso y un bitter lemon?

—¿Qué? —grita Egan de vuelta, en español.

—Tienes que enseñarle neerlandés, así no vamos bien.

Oscar hace un gesto hacia los dos vasos que tienen delante, sobre la mesa, y poco después Egan trae la cerveza y el bitter lemon.

—Aquí tenéis —dice, pronunciando mal.

—Ese chico se parece a alguien —dice el escritor mientras Egan vuelve a la barra.

—Todo el mundo se parece a alguien.

El escritor apenas lo oye. Está muy satisfecho de sí mismo, como Oscar, aunque no todos los días. Eso es habitual entre los escritores cuando se acercan al final de un libro. Satisfecho consigo mismo y pagado de sí mismo.

—¿Sabías que solo una de cada diez catástrofes aéreas se debe a la meteorología?

—No, ¿por que iba a saber eso?

—A lo mejor te interesa.

—Muy poco. ¿Por qué te interesa, a ti? Con el miedo que te da volar.

—El resto se deben a defectos técnicos y a errores humanos. Más de ocho de cada diez aviones se estrellan durante el despegue o el aterrizaje.

—Conozco a alguien, alguien que venía por aquí de vez en cuando, que iba en aquel avión de Turkish Airlines que hizo un aterrizaje forzoso en un campo junto a la A9.

—¿En serio?

—¿Por qué iba a inventarme algo así? Todavía le duele el cuello y sueña regularmente que un tren de aterrizaje atraviesa el suelo de la cabina.

—He escrito sobre la catástrofe aérea de Tenerife.

Eso a Oscar no le interesa mucho. O, mejor dicho, le interesa, pero le molesta la actitud chulesca del autor, que, o bien se apropia al instante, o bien ignora todos los temas de conversación que plantea Oscar. Observa una barca con estudiantes borrachos. Todos se han quitado la camiseta y agitan botellas de cerveza verdes mientras cantan. Chavales gordinflones, nada atractivos. Arrogantes a más no poder. Antes le gustaba irse a la cama con estudiantes, ahora parece que solo existan para molestar. La barca se mete en las sombras de debajo del puente Armbrug. Oscar tiene un par de años más que el escritor. Últimamente, se ha preguntado qué se sentía al estar enamorado, cómo era la sensación de que se te doblaran las piernas por la lujuria. También se pregunta a veces, ya desde hace tiempo, por qué él y el escritor no están saliendo. Se gustan, se ríen juntos, hasta pueden imaginarse en la cama con el otro, y, sin embargo, falta algo. Incompatibles, así se llama hoy en día. El amor es una cosa extraña: según Oscar, no está en tu cabeza, pero en el corazón, tampoco. Está en otra parte, pero ¿dónde? Tal vez en el alma, otro concepto elusivo. Y eso, por supuesto, no ayuda; no se puede explicar un concepto elusivo con otro. Sin embargo, lo deja en el alma, y no en las partes del cuerpo que se pueden agarrar ni en los órganos que puedes notar y oír latir si pones la cabeza contra el

pecho de alguien. Mira a Egan, señala el vaso de cerveza del escritor, que ya vuelve a estar vacío, y pone la mano sobre su propio vaso. Quien sea capaz de tomarse más de dos bitter lemons seguidos está mal de la cabeza, piensa Oscar. El escritor no lo ha visto, también estaba mirando a los estudiantes gritones y se sorprende cuando Egan le trae una cerveza.

—Gracias, Igor —dice.

—Se llama Egan —dice Oscar.

—Sí, claro. *Egan, can you please bring me, or us, a double portion bitterballen?*

—Sí, por supuesto —dice Egan, en español.

—Oye, ese día que estabas aquí con el peluquero, ¿acabaste acostándote con él?

El escritor lo mira, con los ojos un poco vidriosos ya. Egan acaba de poner las croquetas sobre la mesa.

—No —dice—. Quería, pero ese chico es demasiado guapo para mí, y aunque había bebido bastante, y yo también, no quise correr el riesgo de que me rechazara. A los hombres tan viejos como yo, esas cosas nos duelen.

—Habla por ti —dice Oscar.

—Todo habían sido fantasías mías. Otra cosa típica de los hombres de nuestra edad.

—En lo que a mí respecta, sigues hablando por ti mismo.

El escritor moja una croqueta en el cuenco de mostaza y luego se quema la lengua y el paladar. Oscar se alegra. Él no se come ni una. Tiene una lasaña de verduras en el microondas; va a comer bien y sano antes de empezar el turno de noche.

—Pero lo mejor de escribir —dice el escritor, como si Oscar se lo hubiera preguntado— es que todo es lícito. ¡Puedes hacer lo que quieras! Puedes usar cualquier cosa que se te ocurra, mientras lo escribas de un modo creíble. ¿Te he hablado alguna vez de la conferencia que di en Edam?

—No, que yo recuerde.

—Bueno, tenía una conferencia en Edam. Uno de mis libros está ambientado cerca de allí, ya sabes… —Oscar no dice nada. Ha leído un libro y medio del autor. Le pareció demasiado retorcido. Prefería empezar de nuevo *La tierra de las cuevas pintadas*, el sexto volumen de *Los hijos de la tierra*, porque solo lo había leído una vez —. La sala estaba bastante llena y yo empecé a hablar. Siempre voy sobre la marcha, al fin y al cabo la gente no sabe qué les voy a contar. Pero entonces alguien levantó un dedo con bastante insistencia. Y me preguntó si sabía que en Edam no hay ninguna sucursal de Hornbach. «Sí, claro que lo sé», dije. «¡Pero entonces estás mintiendo a la gente!», gritó otra persona. Toda la sala se activó, fue como si se hubieran puesto de acuerdo de antemano. Y entonces dije: «Ya lo veis, queridos: escribir es esto. Si yo, o en este caso mi protagonista, necesita un Hornbach para comprar una determinada herramienta, entonces hay un Hornbach en Edam».

—La publicidad de Hornbach es muy buena —comenta Oscar.

—Sí, pero esa no es la cuestión. El caso es que esa gente se enfadó un montón.

—Oye, voy a comer —dice Oscar—. Hacia las siete tengo que ponerme en la barra con Egan. Creo que va a venir mucha gente, aunque hoy en día nunca se sabe. A lo mejor los que conocen a *Miss* Windy Mills ya viven en aquella residencia rosa del Jordaan.

El escritor se toma otra cerveza. Después de las dos raciones de croquetas, se le ha pasado el hambre. Además: la cerveza también sacia. Se ha quedado solo al lado de la puerta abierta. El agua ondea menos, el viento de hoy no va a durar hasta la noche. El viento de día desaparece al caer la tarde. De vez en cuando, pasa una barquita; al parecer, aquí no hay barcos turísticos, quizá porque el Oudezijds Kolk es demasiado estrecho. Le apetece quedarse aquí un rato. Está en el último capítulo, es decir, está demorando el final. Aplazando su recompensa. Esto y lo otro, y luego ya estará. Pero dentro de ese esto-y-lo-otro pueden producirse pequeñas variaciones, una última incursión, posiblemente incluso el concepto «viento de día» que se le acaba de ocurrir. Se esfuerza por utilizar al menos un término nuevo en cada libro, uno que haya acuñado él mismo. En la esquina junto a

la ventana hay cuatro italianos. Suerte que no son franceses. Está perfectamente a gusto, este es su lugar. Satisfecho y pagado de sí mismo, no es extraño que no le importe nada estar solo. El chico colombiano le trae otra cerveza. Él no se la ha pedido.

—Gracias, Egan —le dice, en español, y toca un instante con la mano el muslo del chico. Eso a Egan no le parece nada bien; agarra la mano del escritor con una fuerza sorprendente y se la pone sobre la mesa. Para que no se le note el corte, el escritor coge de inmediato la cerveza fresca con la misma mano dolorida y da un gran trago. Observa al chico. Y en aquel momento se da cuenta de que, en realidad, está en el penúltimo capítulo. Siempre es así: crees que has terminado, que lo tienes controlado, pero aparece algo más. Un capítulo corto. Los italianos conversan en voz baja y miran todos los teléfonos de todos. Una gaviota solitaria chilla y se lanza en picado al agua. Al otro lado, una persona viva se ha sentado junto a la estatua de bronce de la mayor Bosshardt. Sí, piensa, me quedaré a ver cómo hace el bingo de los martes por la noche *Miss* Windy Mills. Y a reflexionar un poco. Tal vez sobre aquel capítulo corto. Además, quiere contar otra cosa a Oscar.

38

Simon nada. Ha sido el primero en entrar a la piscina, poco a poco han ido llegando otros nadadores. Nada. Espalda, braza, crol. No hace mariposa, molestaría demasiado a los demás. Debería haberlo hecho al principio, cuando no había nadie, pero empezar con mariposa es difícil, es una brazada que se hace cuando el cuerpo ya está caliente y cansado, cuando brazos y piernas te arden. Diez minutos. Diez minutos más. El agua se desliza a lo largo de su cuerpo, respira cuando puede o debe. Practica los giros. Alguien entrena a un chico desde el borde; cuando sale a la superficie, oye retazos de instrucciones. Diez minutos más. Se queda un momento agarrado del borde, el entrenador de natación se le acerca.

—¿Has sido nadador? —le pregunta el hombre.
—Sí —dice Simon—. Hace mucho.
—Pero lo has mantenido.
—Sí.
—¿Vas a competiciones para veteranos?
—No.
—¿Por qué no?
—Mira… —dice Simon.
—Supongo que ya no estás federado.
—No.
—Yo de ti me lo plantearía. Lo haces bien. Muy bien.
—Lo pensaré. Gracias.

Y sigue nadando. Diez minutos más. Giros, crol, el agua deslizándose a lo largo de su cuerpo, resistiéndose, y se imagina que participa en una carrera. No es muy distinto a nadar así. Y volvería a aparecer en un *ránquing*, aunque fuese con un número muy bajo. Nacional, internacional. En lugar de páginas web sobre los supervivientes de un accidente de avión o las circunstancias de un accidente de avión, buscaría *ránquings* internacionales, seguiría las páginas web de la Federación Neerlandesa de Natación y de la FINA. Campeonatos en Hungría, Francia y Alemania. Las competiciones de veteranos son un mundo.

Mientras se ducha, aparece de repente el pelirrojo. ¿De dónde ha salido? ¿También estaba en la piscina esta última hora? Se saludan con la cabeza sin decir nada. Cuando Simon sale de la ducha, el otro se sacude el champú del pelo.

—Tío —protesta Simon.
—Perdona —dice el hombre.

No importa, piensa Simon. Podría decirlo y seguir con el teatrillo, pero no dice nada, y sabe que pronto se encontrarán frente a la piscina. Se seca y saca sus cosas de una taquilla. Se viste. Luego recorre el pasillo que lleva a la otra piscina. Hay un fisioterapeuta trabajando con una paciente, una mujer joven. Han puesto una

especie de andador dentro; ve las piernas de la joven, deformadas por la ondulación del agua, haciendo movimientos de marcha. El fisioterapeuta levanta la mirada.

—No se puede estar aquí —dice a Simon.

—Ya me voy.

Es otro mundo, esto. Como si fuera otra piscina, en otro centro deportivo, en otra ciudad. Mira a través de las enormes ventanas hacia el parque. Todos los árboles llenos de hojas, gente corriendo, gente con perros o carritos de bebé, chavales en el parque infantil. La joven de la piscina respira audiblemente, los ejercicios le cuestan mucho. Simon se da la vuelta y va hacia la salida.

—¿Te acuerdas de que aquí había narcisos?

—Ya lo creo —dice el pelirrojo.

—Había algunos rotos, a la gente le gusta caminar en línea recta.

Ahora en el parterre de delante de la piscina hay rosas. Primero había amarillas, luego rojas y ahora, blancas. Son rosas de aquellas de jardín, tupidas, de floración pequeña pero profusa. Ahora no se ve ninguna senda creada por el uso, al parecer la gente no se atreve a atravesar un parterre de rosas.

—¿Tienes un cigarrillo? —pregunta Simon.

—Pero si tú no fumas, ¿no?

—Siempre hay una primera vez.

Saca un cigarrillo del paquete que le tiende el hombre. Da una calada cuando el hombre sostiene un encendedor cerca de la punta.

—Después de nadar, un cigarrillo siempre sabe a amoníaco —dice el pelirrojo—. Es por el cloro.

—Es realmente asqueroso —dice Simon. Tira el cigarrillo encendido entre las rosas y escupe un par de veces.

—No vas a engancharte —dice el hombre.

Se quedan un rato de pie, el hombre todavía no se ha terminado el cigarrillo.

—No te llamas Jean, claro —dice.

—No —dice Simon—. Me llamo Simon.

—Yo Oskar.

Todavía no se ha terminado el cigarrillo. Simon mira a un lado, le examina el pelo del cuello.

—¿Algo interesante últimamente? —pregunta Oskar.

Simon reflexiona un poco. Vuelve a escupir entre las rosas. Se podría decir que han pasado muchas cosas, pero se pregunta si hay que compartir todo lo que se vive con los demás, sobre todo si esa otra persona es casi un desconocido.

—Muah —dice.

Se dirigen a sus bicicletas. Resulta que han aparcado cerca.

—Tengo curiosidad —dice Simon, colgando el candado de cadena alrededor del sillín—. ¿Por qué puedes venirte conmigo sin más un día entre semana?

—Tengo dinero —dice el pelirrojo—. Mucho dinero.

—Qué bien —dice Simon.

—Sí, opino lo mismo.

Se alejan de la piscina en bici. Simon reflexiona sobre los comentarios del entrenador de natación. Ha nadado bien, completamente libre y relajado, sin pensar demasiado. Ha visto la piscina pequeña como centro de rehabilitación. Ya no tiene nada que ver con otras cosas que pasan en esa piscina. Aunque su madre aún no lo sabe. Ya verás como Henny vuelve la semana que viene o, al menos, pronto. Huele y ve el verano a su alrededor, y, por el rabillo del ojo, al pelirrojo. Finalmente siente algo de alivio. Un soplo de aire fresco.

—Aquí a la izquierda —avisa.

—Sí —dice el pelirrojo—. Ya me acuerdo.

39

La noche ha transcurrido como Oscar esperaba. Ha venido mucha

gente. *Miss* Windy Mills ha servido para atraer de nuevo a viejos clientes. Había sido casi como antes, y Egan, a quien en realidad todavía estaba formando, había conseguido en todo momento servir lo que le pedían en la barra; había mantenido la calma, aceptando estoicamente la admiración de los clientes, y se había limitado a ignorar a los hombres demasiado insistentes —bastantes de los cuales ya son sesentones. El escritor se había quedado donde estaba. Oscar lo había ido vigilando. Había charlado un poco con el grupo de italianos que también había estado allí a primera hora de la noche, había bebido sin parar, y no parecía haber prestado mucha atención al bingo. Hacia las siete ya estaba bastante bebido; ahora seguro que estaba completamente borracho. ¿Por qué no se había ido a casa?

Egan enjuaga y seca los vasos, el bar está extrañamente vacío, como siempre después de una noche ajetreada. Las puertas que dan al canal siguen abiertas. De vez en cuando se oye un grito procedente de una barca. Más estudiantes, probablemente.

—¡Ven! —grita el escritor.

Oscar suspira. ¿Por qué no se ha ido cuando se ha encendido el fluorescente, como el resto de los clientes? El fluorescente siempre es efectivo: la gente se da un susto de muerte al verse las caras viejas y todo el mundo se va cuanto antes.

—Que Igor te ponga otra. Y tú tómate un *whisky*.

Oscar mira a Egan y sirve una cerveza él mismo. También sirve un *whisky*, el más caro que tiene. Va hacia la mesa que hay junto a la puerta abierta.

—Qué bien, así bebo acompañado —dice el escritor.

Oscar decide dejarlo pasar, todavía no tiene ganas de irse a la cama, y después de una larga noche de agua mineral sabor limón le apetece tomarse la copa que tiene delante.

—El chico se llama Egan —dice—. ¿No puedes aprendértelo?

—Qué más da.

—¿Qué te ha parecido la noche?

—*Miss* Windy estaba en plena forma, pero no me he enterado mucho.

El escritor toma un sorbo de cerveza. Oscar no conoce a mucha gente capaz de beber tanto.

—¿Y eso?

—Estaba trabajando en ese último capítulo, por supuesto. Este trabajo es continuo. Curiosamente, justo cuando más cosas pasan a tu alrededor. —Lleno de cerveza y todavía pagado de sí mismo—. ¿Puedes escucharme ahora?

Oscar da sorbitos al *whisky* sin contestar.

—Mira, a ese avión holandés nunca le había pasado nada, había volado miles y miles de kilómetros de ida y vuelta, cargado de gente que iba de vacaciones. Llevaba 21.195 horas de vuelo y…

—¿Cómo lo sabes con tanta exactitud?

—Investigación, hombre. ¿Qué te pensabas? He investigado un montón. Y la mayor parte se puede tirar a la basura cuando el libro esté terminado, mi editor es así. Pero bueno, a lo que iba, el avión americano, simplemente por ser americano, igual que el piloto que aterriza en el Hudson, ya sabes, el de la película de Tom Hanks que…

—*Sully*.

—Sí, joder, así se llamaba la película. Qué título tan raro, por cierto.

—El capitán se llamaba Sullenburger.

—Vaya, qué cosas sabes, se nota que no naciste ayer. Pero el Clipper Victor, eh, ese fue el primer 747 en volar, bautizado por Pat Nixon, en 1971, ¿o fue en 1970? Bueno, ahora viene lo gordo. Ese mismo año, que ahora que lo pienso, creo que sí que era 1970, fue secuestrado.

El escritor vacía su vaso y lo alza, mostrándoselo a Egan. Este lo ve, pero no reacciona, sigue secando la barra sin inmutarse.

Oscar se levanta, va a la barra y sirve la última cerveza.

—*Close it down* —le dice a Egan. Vuelve y se sienta—. Estoy agotado.

—Solo te cuento una cosa. No va a salir en la novela, me estoy resistiendo, pero, en el fondo, lo sé.

Se calla, traga saliva.

¿Va a echarse a llorar? Oscar lo mira con atención.

—¡Siempre ceder y resistir, ceder y resistir! Toda la vida consiste en soltar y agarrarse con uñas y dientes al mismo tiempo. Pero escúchame. —Vuelve a tragar saliva y no toma un sorbo de cerveza hasta que termina—. Esto no lo sabe nadie. Mira, salió de Kennedy Airport hacia Puorto Rico, pero…

—Puerto Rico.

—¿Qué?

—Que se dice Puerto Rico.

—Joder, ¡déjame acabar! A bordo había un secuestrador. Enseñó una pistola a una azafata, cuyo nombre he olvidado, pero lo tengo apuntado en alguna parte, y dijo que quería ir a Cuba. ¡La azafata primero se lo tomó a broma! Le dijo que era mejor que volaran a Río, porque era mucho más bonito en esa época del año, era agosto. Bueno, el caso es que no era ninguna broma, y lo llevó a la cabina. El piloto también se creyó que era una broma, pero también pensó que el tipo estaba bastante loco, al parecer dijo literalmente «chiflado», así que voló a La Habana.

—Casi me he terminado el *whisky* —dice Oscar.

—Que sí, que sí. ¿Y sabes quién está allí en el aeropuerto, esperando? ¿Como si estuviera todo preparado? ¡Fidel Castro! Watkins, que así se llamaba el piloto, y el secuestrador, salen y hacen de guías turísticos para Castro. Por fuera, ¿eh?, una vuelta alrededor del aparato. Castro tenía todo tipo de preguntas y el piloto las respondió todas. Y entonces, ahora viene lo bueno, preguntó a Castro si quería echar un vistazo dentro. No, dijo este, porque asustaría al pasaje. Los pasajeros estaban sentados en sus asientos como si nada, claro, no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Y el secuestrador le pregunta al piloto si puede recuperar su maleta, porque ya está en su destino. No era posible, claro, pero el piloto prometió enviársela cuando llegaran a Puorto Rico. Y luego volvieron a despegar y llegaron con siete horas de retraso. —Se hace un breve silencio—. ¡No, espera! Hicieron otra escala en Miami, donde repostaron, y allí, la esposa del piloto, que también iba a bordo, salió a pasear con sus dos perros. Debían de haber estado en

el compartimiento de equipaje todo el rato.

Se hace un silencio de nuevo.

—Tienes que irte a casa urgentemente —dice Oscar.

—Sí, supongo —dice el escritor—. Pero espera, ¿Miami no está de vuelta? Quiero decir, ¿en el sentido opuesto?

Oscar se levanta y lo alza de su silla. Algo habitual en las personas que beben mucho: mientras están sentadas, no hay problema, pero en cuanto se ponen en pie, todo se tuerce. Cuando se levanta, se sacude, como un perro. Entonces da un paso. Nada mal. Va hacia la puerta por sí mismo.

—¡Eres un amigo de verdad! —grita antes de salir a la calle Zeedijk. La puerta se cierra detrás de él. Oscar lo ve pasar tropezándose por delante de la ventana. De repente, ha desaparecido —. ¡Suéltame! —grita su voz hueca en la calle estrecha y vieja.

40

El día de su cumpleaños, perdió a Pablo. No es que importara, nunca lo había celebrado, por supuesto, pero sabía cuándo era. El animal estaba enfermo, le habían dicho que tenía cáncer de huesos. Hubo un día que ya no pudo caminar, así que Carlos lo subió al coche y fue a ver a la veterinaria, que tenía la clínica en el extremo de La Laguna. Esta examinó al perro exhaustivamente, hasta llamó a un colega que también había visitado a Pablo en el pasado. Esto molestó a Carlos, porque tuvo la sensación de que la veterinaria lo tomaba por alguien capaz de llevar su perro a eutanasiar a la primera de cambio, porque el animal le estorbaba, porque ya no podía cuidarlo. La veterinaria suspiró y dijo:

—Está terminado.

Poco antes de que le pusieran la inyección, el perro levantó la cabeza hacia Carlos. Él pensó en apartar la mirada, pero luego se dijo: no, tienes que mirar. No leyó nada en esos ojos, ni miedo, ni tristeza, ni esperanza, ni reproche. El hocico negro sobre las patas

blancas estiradas sobre sus piernas. Carlosse había sentado en el suelo, la veterinaria había salido de la sala. La lengua fuera. Acarició al perro, le dijo «Tranquilo» inútilmente en voz baja, y se lo repitió una y otra vez hasta que la veterinaria regresó. Entonces Pablo recibió la inyección, y, veinte segundos más tarde, se había ido. Terminado, pensó Carlos, y se puso a llorar. No podía ponerse de pie, así que la veterinaria lo ayudó a levantarse, y Pablo se deslizó por el suelo como un saco de huesos, carne y pelo sueltos. Dejó al perro, la peluquería no tenía jardín, solo un patio trasero con baldosas. Cuando volvió a la peluquería solo —todavía gimoteando —, Nilda y Conchita también se echaron a llorar, y, al cabo de poco, cuando Nilda explicó lo ocurrido a la mujer a quien estaba haciendo la permanente, hasta la clienta se puso a llorar. Un animal tan leal, que llevaba años por el negocio.

Nilda y Conchita ya no eran chicas agraciadas, sino mujeres casi de mediana edad. Martín estaba muerto, Felipe estaba muerto, Gustava estaba muerta. Carlos había visto subir y bajar la rampa de carga de la carretilla elevadora en innumerables ocasiones. Santiago, ya muy mayor, estaba en una residencia. Hay isleños, muchos de ellos hombres, que son indestructibles. Caras curtidas, narices afiladas, bastones, caminadores… pero desayunan imperturbables todas las mañanas y se toman un montón de cafés y comen caliente al mediodía, con vino. Nunca había dejado de fumar, pero fumaba bastante menos ahora que tenía que salir al jardín para hacerlo. Además, tenía una bonita mata de cabello que el peluquero de la residencia no tenía permitido tocar. Carlos tenía que cortárselo todos los meses. Tenía permiso para llevar a Pepe, ya que los cuidadores habían notado que el humor del comedor mejoraba considerablemente cuando el perrito estaba por ahí. Un animal de color arena con un hocico puntiagudo. Santiago lo llamaba alternativamente Lobo, Pablo u Oro. Pepe, nunca. Como de costumbre, Felipe era quien le había traído a Pepe. Y, también como de costumbre, Carlos ni había pedido nada ni había pagado nada.

Dos días más tarde, Felipe había muerto. Carlos conducía un coche que se había comprado; Santiago no podía amañarle nada desde la residencia.

Había contratado a un nuevo peluquero. Un chico joven, Javi. Era de Lanzarote, y Tenerife le parecía un gran paso adelante. Ni siquiera parecía pensar en Madrid o Barcelona, grandes ciudades en un país lejano. Nilda y Conchita lo encontraban increíblemente guapo, y no era de extrañar porque «En Lanzarote son así», sentenciaba Conchita, y Nilda añadía:

—Como si fueran de otra especie.

—¿Qué tal el nuevo? —preguntó Santiago.

—Buen chico. Puntual. Atrae a un público más joven, cosa que a Conchita, a Nilda y a mí también nos viene bien.

Estaban sentados al aire libre, bajo un árbol, mientras el sol del verano ardía sin piedad. Carlos había comprado una botella de vino tinto en el bar de la residencia. Pepe dormía, después de su habitual ronda entre todas las piernas del comedor, y la cocina, por supuesto. Santiago levantó con dificultades una pierna del suelo y, con buen humor, dio una patadita al perro en el costado.

—Eh, Oro —dijo—. Menuda buena vida llevas.

—Pepe —dijo Carlos.

—¿Qué?

—El perro se llama Pepe.

—Qué va. ¿Te ha pegado una insolación?

—Santiago, ¿te acuerdas de Alanza?

—Claro. La que iba a ser tu esposa algún día. Al menos, eso pensaba Felipe.

—Está muerta. Y su marido también. En un accidente de coche.

—Vaya. ¿Todavía venía a la peluquería?

—Sí.

—¿Y qué me dices del chico nuevo? —volvió a preguntar

Santiago, quizá porque quería saber más de él, quizá porque había olvidado su pregunta anterior.

—Javi, se llama. Lleva ropa un poco rara, eso sí.

—Ah, ¿es uno de esos?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, de todo hay en la viña del Señor.

Había sido la primera vez en cuarenta años, recordó Carlos, que oía a Santiago hacer algún comentario relacionado con la fe. Aparte de todas las veces que había maldecido, por supuesto.

—Quiere montar una zona de cafetería en un rincón de la peluquería.

—¿Una zona de cafetería? ¿Qué significa eso?

—Se quita una de las sillas de la peluquería, se juntan un par de sillas, una mesilla, una vitrina con pasteles, una cafetera cara.

—Pero ¿por qué demonios?

—Dice que la peluquería sería más agradable.

—¿No es agradable tal y como es? Siempre ha estado muy concurrida, ¿no?

—Yo también lo pienso. Pero somos unos viejos.

—Ggg —dijo Santiago, y dio otro golpecito a Pepe en el costado—. Sobre todo gracias a ti, Lobo. La peluquería siempre ha sido muy acogedora y agradable.

Se encendieron un cigarrillo y echaron el humo en dirección al océano. Se quedaron callados.

—Va en bici —dijo Carlos.

—¿Al trabajo?

—No, por diversión. Como deporte. Ciclismo.

—Mientras no me obligue a hacerlo yo.

—A lo mejor tendría que hacer con él lo que Manuel hizo conmigo.

—Pues mira… ¿Cuántos años tienes tú ya?

—Otros hombres de mi edad ya están jubilados.

—¿Hasta cuándo corté yo?

—No hasta caerte muerto, en todo caso.

Eso hizo que Santiago se riera. No estaban solos en el hermoso

jardín. Algunos viejos estaban sentados solos, otros tenían visita. Era un lugar tranquilo, la risa de Santiago resonaba entre los pinos que había en la parte más baja de la colina. Era uno de esos lugares que, quizá por la inventiva de los diseñadores de jardines, transmitía la sensación de que nunca cambia nada. Que aquí todo sería siempre como era, también por el azul verdoso del océano allá abajo y el hermoso clima veraniego, tan suave. Un lugar que engañaba incluso a las personas que se sentaban o caminaban pasito a pasito por allí. Vacaciones eternas.

—Aun así —dijo Carlos.

—Aun así —dijo Santiago. Se incorporó, apoyándose en las asas del andador. Tenía que ir a tumbarse un rato. En su habitación, con aire acondicionado. Caminaron lentamente por el camino central hacia el edificio.

Cuando ya casi estaban en la habitación de Santiago, Carlos preguntó:

—¿Crees que llegará el día que alguien entrará en la peluquería y preguntará «¿Quién es Carlos W.?» y nadie lo sabrá?

—Igual que nosotros no sabíamos quién era Juan Flórez —comprendió Santiago.

—¡Exacto! Chico, qué memoria tienes.

—De momento todo funciona.

Él mismo empujó la puerta de su habitación para abrirla. Era una persona que no soportaba que intentaran ayudarlo. Pepe quiso entrar inmediatamente. Ahí dentro siempre había algo que comer.

—No, Pablito, tú a casa. Largo.

Cuando el perro se metió en el transportin y Carlos lo cerró, se dio cuenta de que Santiago no le había contestado. Claro que la pregunta había sido demasiado difícil.

Pepe fue el primero de sus perros en subirse a su regazo de un salto. A lo mejor los otros tres habían sido demasiado grandes para

hacerlo. Pepe también había sido el primero en gruñirle de vez en cuando por la noche, así, sin motivo aparente. En un momento estaba tumbado y contento bajo una mano que lo acariciaba, y al siguiente hacía retroceder los labios y sacaba la punta de la lengua. De día no lo hacía nunca. Carlos decidió que el animal tenía mal humor por las noches y trató de dejarlo en paz en la medida de lo posible, lo que apenas consiguió, porque el propio Pepe le saltaba encima. Y aun así… aquel extraño gruñido.

—¿Qué te pasa ahora? —había tenido que preguntarle muchas veces. Y Pepe lo miraba, con mucho blanco en los ojos. Por lo demás, era un perro dulce, amable con los clientes u otras personas, tolerante con otros perros. Recorrió toda la isla con él en el coche, pero, al contrario que antes, ahora quien más caminaba era el perro. Pepe era feliz en el Teide, en la playa, en las calles de La Laguna. Carlos seguía teniendo la terca idea de que a estos animales les gusta ir a sitios nuevos, aunque en el fondo sabía que a un perro no le importa recorrer el mismo camino todos los días. Que es un animal de costumbres. Pablo, al igual que Lobo y Oro, se había convertido en un cuadro enmarcado, pero ahora los marcos ya no estaban en la vieja cómoda, sino en una mesa auxiliar de verdad que Conchita más o menos le había obligado a aceptar. Ya llevaba cuatro perros aquí, y a veces se preguntaba si Pepe sería el último. Y por qué la gente siempre se preocupaba tanto por él. Como si tuvieran la sensación de que no sería capaz de arreglárselas solo. Como si no pudiera comprarse una mesilla larga y estrecha como aquella él solo. Tuvo que dar la razón a Conchita cuando comentó que, de repente, su salón tenía un aspecto mucho más moderno. Ahora que lo pensaba, la verdad era que cuando contrató a Conchita y Nilda, a sus ojos él ya era un hombre mayor y, ahora que ellas iban para cincuenta, él era un viejo.

Un día le preguntó a Javi si había estado alguna vez en el Teide. Claro que había estado. Con su bici de carreras.

—Pero nosotros también tenemos volcanes, ¿eh?

—Claro. Pero ningún Teide. ¿Has ido alguna vez por allí a pie? ¿O solo has estado en bici?

—A pie todavía no. No soy tan caminador como usted.

—Podrías tutearme, ¿no?

—Vale. Aunque me cuesta.

Fueron al suroeste en el coche de Carlos. Javi llevaba una gorra pija y unas zapatillas de correr de colores vivos. Era domingo. Carlos se lo había propuesto porque pensaba que a Javi le vendría bien distraerse un poco. Cuando eres nuevo en una isla, no tienes amigos o conocidos al instante. Tenían las ventanillas abiertas, el sol brillaba, Pepe jadeaba en el transportin, y cuando Carlos frenó para coger una curva, empezó a gemir, pensando que habían llegado a algún sitio.

—¿Todo bien? —preguntó Carlos.

—Sí —dijo Javi.

—¿No te arrepientes?

—¿De qué?

Carlos esquivó a un grupo de ciclistas.

—Sí, de qué…

—No, qué va. Me siento a gusto. Nilda y Conchita son amables, de un modo distinto a mi madre.

Ahora apareció un grupo de ciclistas que venía en sentido opuesto. Carlos se puso a la derecha. Todos iban vestidos igual.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó—. Antes aquí nunca había ciclistas.

—Son neerlandeses —dijo Javi, que se había dado la vuelta y miraba a los ciclistas—. ¿Ves? Llevan Jumbo. Es un supermercado neerlandés. Jumbo-Visma, de hecho, pero no sé qué es Visma. Antes, en mi isla, había muchos triatletas.

—¿Ah, sí?

—Ahora ya no. No sé dónde se han metido. Y ahora todos estos equipos ciclistas han descubierto Tenerife, y están haciendo entrenamientos en altitud aquí.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me gusta ver ciclismo en televisión. Lo sigo un poco.

—¿Y tienes algún favorito?

—Sí, Primož Roglič. No lo he visto bien, pero es muy probable que estuviese en ese grupo. Lo sigo en Instagram y Twitter, y ayer publicó una foto.

—¿Y es bueno?

—Muy bueno. Y guapo.

—Ajá. ¿Quieres coger el teleférico?

—¿A qué altura llega?

—¿3.500 metros?

—Uy, qué alto.

—Pero no te cansas nada.

—Mm.

Probablemente habría preferido dar la vuelta y adelantar muy despacio a aquellos ciclistas.

Carlos dejó el coche en el aparcamiento cercano a la estación base. Pepe gimoteaba en el maletero. Javi se bajó y abrió el portón trasero. Luego miró hacia arriba, hacia los mástiles; gracias a la gorra no tuvo que hacerse visera con la mano. En el momento en que oyó chillar a Pepe, Carlos supo que se quedarían abajo. Cuando vas tan a menudo por todas partes con un perro, a veces se te olvida que es un perro. Un animal que no tiene acceso a todas partes. No sabía por qué no se permitía la entrada de perros en el teleférico. ¿Peligro para los demás ocupantes? ¿Higiene?

—No podemos —dijo.

—No me importa —dijo Javi—. A 3.500 metros casi no se puede ni respirar, ¿no?

—Pues daremos una vuelta por aquí. De hecho, aquí ya estamos a 2.400 metros.

—¿En serio?

Pepe olfateó un schnauzer enano que iba atado.

—¿Es macho? —preguntó su dueña.

—Sí —dijo Carlos.

La mujer apartó al schnauzer enano, Carlos no tuvo ni tiempo

de decir que su perro estaba castrado. Salieron del aparcamiento. Aquí arriba hacía viento y al menos cinco grados menos que en La Laguna. Por el camino iban grupitos de personas. Javi se sacó una pelota de tenis del bolsillo de la chaqueta y la tiró. Pepe salió disparado tras ella. Caminaron así durante un rato: Carlos tranquilamente, Javi lanzando la pelota y Pepe yendo a por ella. Había momentos en los que no veían a nadie y entonces, como décadas antes, Carlos se sentía como si caminara por la Luna o por Marte. Miró a su empleado más joven, a su perro y a la pelota de tenis, de un amarillo vivo. Levantó la mano hacia unos niños que saludaban frenéticamente desde una cabina del teleférico. Reflexionó.

—¿Un piti? —preguntó.

Estaban al abrigo de un bloque de roca. Javi también se encendió un cigarrillo.

—Te admiro por eso —dijo Carlos.

—¿Qué?

—Que te fumes un cigarrillo conmigo, probablemente para hacerme compañía, y luego te pases no sé cuánto tiempo sin fumar. Yo empecé porque… bueno, una novieta mía fumaba, y ya nunca lo he dejado.

—Ya —dijo Javi, con prudencia.

—Oye… Ya que estamos aquí…

—¿Sí?

—Ya no soy un jovenzuelo…

—No.

—¿No, qué?

—Los peluqueros no se jubilan, y no quiero pensar en eso ya.

—Pero lo has pensado, o no me habrías interrumpido.

Javi lo miró y dijo:

—Lo siento, he sido un poco brusco, pero va en serio. ¿Cómo voy a decidir ya lo que quiero hacer con mi vida? ¿Dónde estaré dentro de diez años? ¿Cuánto tiempo llevo aquí, unos quince meses? —Exhaló humo, escupió, tiró su cigarrillo al suelo polvoriento y lo apagó con una zapatilla deportiva de colores vivos—. ¿No podemos

hablar de esto más adelante?

—Claro. Como quieras.

—¿Y por qué no Nilda o Conchita?

—Tienen marido, hijos. Para ellas es un trabajo.

Javi lo miró otra vez:

—Y yo no. Yo soy peluquero.

Para Pepe estaban tardando demasiado, y empezó a quejarse.

—A lo mejor me gustaría ir a Barcelona alguna vez.

—Ver mundo.

—Algo así. Pepe, trae la pelota.

Volvieron caminando del mismo modo. Cuando casi llegaban al aparcamiento, Javi se volvió y lanzó la pelota de tenis hacia el otro lado.

—¡Espera! —gritó, y se echó a correr hacia los coches. Carlos recogió la pelota del suelo y lo miró. Había dejado un rastro de polvo. Pepe saltó sobre él.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó al perro. Javi caminaba tranquilamente detrás de ellos, chutando la pelota. Cada vez le costaba más agacharse. Al llegar al aparcamiento, vio que salía un grupo de ciclistas. Detrás de ellos iba un coche con los mismos colores amarillo y negro que las camisetas de los ciclistas. Javi volvió con ellos, por su expresión, parecía que los niños de San Ildefonso acabaran de cantar su número del gordo en la tele.

—¡Mira! —exclamó, agitando un papel. Carlos se lo cogió. Era una postal con una foto de Primož Roglič. Un joven con una nariz puntiaguda que llamaba la atención, pelo negro y ojos gris oscuro. Dio la vuelta a la postal: «for Javi, who says he is a big fan of mine».

—Un autógrafo de Primož Roglič, ¡qué guay! —Pepe se puso a dar saltos a su alrededor como un loco, como si entendiera que había una razón para el entusiasmo.

Javi no se calmó hasta que se hubo tomado la segunda cerveza en el bar.

—Primož Roglič —murmuraba en voz baja, toqueteando la

postal—. A lo mejor va a ganar el *Tour* este año.

Es jueves. La puerta trasera está abierta para que pase un poco de aire. Pepe está tumbado fuera en la acera, con la cabeza delante de la puerta, porque no quiere perderse nada de lo que pasa dentro. Esa misma mañana Javi ha comentado que tener aire acondicionado no les vendría mal. Conchita ha dicho que había oído que solo sirven para que la gente enferme por los cambios tan bruscos de temperatura.

Y también:

—Además, aquí no estamos a cuarenta grados como en Madrid.

En la pausa del café, Nilda le pregunta a Javi si no se siente solo. Si alguien dice algo, habla con la boca llena: Conchita ha hecho una tarta de almendras para celebrar el nacimiento de su primer nieto.

Pepe va de plato de pastel en plato de pastel.

—¿Solo? Os tengo a vosotros, ¿no?

—Ja, ja —dice Nilda.

—No, tranquila, Nilda. Tengo Grindr.

—¿Que tienes qué?

—Grindr. Una aplicación de citas.

—Todavía no lo entiendo.

—Es muy fácil. Cualquiera que tenga esa aplicación puede ver dónde hay gente con quien quedar.

—¿Sí?

Nilda traga con dificultad. Conchita ha puesto demasiado poca mantequilla en el pastel.

—Supongamos que la activo ahora: pues puedo ver si hay alguien por la calle o abajo en el bar.

—Alguien.

—Sí, una persona con quien podría quedar.

—Un hombre.

—Sí, si no, tienes que buscar en Tinder.

—Tinder.

—Mira, te lo enseño —dice Javi.

—Nilda… —advierte Carlos.

—¿Qué pasa? Lo ha propuesto él, ¿no?

Javi saca su iPhone 11 Pro y abre Grindr. Le muestra la pantalla a Nilda.

—No, no, no quiero ver esas cosas —grita Nilda, tapándose los ojos.

—Chicos —dice Carlos—. Clientes.

Todavía es jueves. Diez minutos más tarde. Conchita, Nilda y Carlos atienden a clientes. En general, para ir a la Peluquería Carlos W. hay que pedir hora. Conchita pone un tinte, Nilda, rulos, y Carlos afeita a un hombre mayor. La silla que hay al lado de Nilda (junto a la ventana, opuesta al espejo de Carlos) sigue libre. Javi enjuaga las tazas de café y los platos de la tarta, Pepe levanta la mirada esperanzado. Las puertas siguen abiertas a lado y lado, y nadie se queja de que pase corriente. El árbol que hay delante de la tienda florece como si le diera igual que Pablo haya meado en él todos los días desde hace años.

—Pero… —empieza Nilda, que a pesar de tener a una clienta, quiere saberlo—. ¿Qué foto tienes puesta tú?

—Una normal —dice Javi—. Cara y hombros.

—Ah, suerte.

—¿Qué? —pregunta la clienta de Nilda.

—Nada —dice ella.

Entra una mujer con un vestido colorido, demasiado juvenil para ella. Lleva un corte de pelo que pasaría por corto y práctico, pero que no será realmente corto y práctico hasta que Javi se lo haya arreglado.

—Buenos días —dice. Conchita la mira un momento y responde a su saludo. Carlos le echa un vistazo a través del espejo. Javi deja la última taza de café y va hacia ella, señala con un gesto la silla que hay frente al escaparate. Cuando Carlos vuelve a poner la cuchilla en la garganta de su cliente, recuerda (¿por qué le viene eso ahora?) a aquel hombre arrogante de la empresa de dragados que

había entrado como Pedro por su casa y había dicho «A ti te buscaba» en neerlandés. De Bodegraven era el tipo, hasta de eso se acuerda. Cuando la mujer ha dado los buenos días, le ha parecido oír un acento neerlandés, y ahora que oye cómo da instrucciones a Javi, está seguro.

Habla bastante bien español, y ha aprendido, como él en su día, a decir «Cómo se dice» cuando no sabe algo, y además ve a través del espejo que lo acompaña con un gesto de la mano.

—¿Me prestas atención? —le pregunta su cliente, un hombre que se llama Pasquale y no es precisamente el cliente favorito de Carlos.

—Ya lo creo. ¿No te lo parece?

—Se te ve un poco distraído.

—No te preocupes, no te rebanaré el cuello.

—Solo faltaría.

De vez en cuando, cuando Javi y Carlos dan un paso a la vez cada uno hacia un lado, capta la mirada de la mujer. Un instante. Entonces él desvía la mirada y ella también. Pasquale ha cerrado los ojos, fingiendo no estar allí. Mientras tanto, el recuerdo de aquel dragador de Bodegraven también ha evocado el sentimiento de aquella época. Un ligero susto. El miedo a que te pillen, pero, tanto entonces como ahora, ¿que te pillen haciendo qué? Él no ha hecho nada malo, ¿no? No ha cometido ningún asesinato. La mujer explica a Javi que ella y su novio están en una casa de vacaciones propiedad de británicos, y que su novio está arreglando cosas de la casa. Que cambia de peluquero casi cada mes. No tiene una voz fuerte. El vestido colorido y excesivamente juvenil no significa que sea una mujer ordinaria. Ha terminado con Pasquale, que se pasa una mano por la barba sin mostrar ninguna satisfacción, y se saca la cartera del bolsillo trasero. Coge el dinero exacto y se lo entrega a Carlos.

—Gracias de nuevo —dice.

—Un placer —dice Carlos.

Pepe ladra al hombre. Siempre sabe exactamente a qué clientes

ladrar.

Carlos va a la caja y mete el dinero. Reflexiona. Mira el reloj. Todavía tiene el sabor de las almendras en la boca. Su próximo cliente llegará en unos minutos. Reflexiona y suspira. La tienda está muy animada, con Conchita, Nilda, Javi y los clientes charlando de las cosas típicas de las que se charla en una peluquería. Carlos se sienta en la silla que Pasquale acaba de dejar vacía, el asiento todavía está un poco caliente y le parece que el reposabrazos está un poco húmedo. No se mira en el espejo. Gira la silla media vuelta levantando los pies del suelo y así necesita pasar por un espejo menos para mirar a la mujer. Ella le devuelve la mirada.

—¿Esa W… es por Weiman? —pregunta. Podría sonar a acusación, pero el tono es de incredulidad, casi de desconcierto.

—¿Qué? —pregunta Javi.

—Perdona, chico, no te lo decía a ti —dice la mujer.

—Henny —dice Carlos—. Yo…

Sí, ¿qué? De repente está muy cansado, el sabor a almendras se vuelve más amargo.

Todo el mundo se ha callado. Conchita mira a un lado, Nilda mira hacia atrás y Javi mira fijamente a Henny. La mujer con el papel de aluminio en el pelo (que no se había callado ni un momento) y la mujer de debajo del secador también cierran la boca.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Javi.

—La mujer a quien estás cortando el pelo se llama Henny —dice Carlos—. La conozco de antes.

—Ese hombre de ahí se llama Cornelis —dice Henny a Javi, mirando a Carlos a través del espejo—. Y está muerto.

Está muerto. Lo ha pronunciado perfectamente en español.

Pepe, que había vuelto a tumbarse delante de la puerta, ladra a alguien que pasa. Es el único ruido que llega de la calle. Suena hueco, es como si Pepe no ladrara a nadie en particular.

Y todavía es jueves. Cornelis está tumbado en el sofá, estirado tan largo como es. Pepe se le ha puesto encima.

—No vivimos en Groenlandia, claro —dice Cornelis al perro—. Ni en el desierto del Kalahari.

Pepe gime. Oh, cuántas cosas sabe de repente, es como si los últimos cuarenta años lo hubieran perseguido como un petardo, siseando hasta explotar a sus pies. Su hijo se llama Simon. Su padre todavía vive. Anja nunca se ha vuelto a casar. Simon. También peluquero. Tres generaciones de peluqueros, o bueno, de hecho, cuatro o cinco, porque el padre de Jan también lo era, pero de antes de eso, no sabe nada. El yace bajo una especie de piedra de molino en un cementerio del oeste de Ámsterdam, «el cementerio más feo que te puedas imaginar», según Henny.

—Ni muerta me gustaría que me enterraran allí.

Pero, había continuado Henny, como quien se toma una copa de vino con una amiga a quien ha visto hace apenas tres semanas, «tampoco estás ahí realmente, porque tu nombre no consta». ¿Lo de hacer bromas tan secas, así, es algo típico de Ámsterdam?, se pregunta.

¿Cómo no lo he pensado en todo este tiempo?, piensa, acariciando el pelaje tieso y arenoso de Pepe. No estaba en la Patagonia ni en el desierto de Gobi, sino en Tenerife. ¿Cuántos neerlandeses visitan las Islas Canarias cada año? ¿Cómo ha podido durarle tantos años? Bueno, casi nadie que venga aquí de vacaciones va a la peluquería. Van a bares y cafés, a restaurantes, a la playa, igual se pasan por una tienda si se les rompe el bañador. Pero también van al Teide. Sí, Henny había charlado, pero también había llorado y lo había mirado como si fuera un fantasma. Era, seguramente, la verborrea por la sorpresa, porque no la recordaba para nada como una persona parlanchína.

—Ya no sé, Pepito —dice. Pepe gruñe satisfecho. Todo le parece bien, y esta noche aún mejor, porque su amo no se tumba en el sofá tan a menudo—. ¿Tengo que pensar ahora si quiero conocer a Simon?

Pero ese chico, ese hombre, no significa nada para mí, piensa, era como una gambita cuando me fui, una gambita invisible. Cornelis había bebido, y no con moderación precisamente. No, el

pelaje de Pepe no es recio en absoluto, solo lo parece si lo acaricias a contrapelo; en el sentido correcto, su pelaje es cálido y suave. Hunde la nariz en el cuello del perro. Pepe empieza a gruñir y encoge los labios, Cornelis ve los dientes blancos por debajo de los pelos de los ojos.

—¿Por qué, Pepe? Dime, ¿por qué haces eso? ¿Qué te pasa? Soy yo.

Alarga el brazo hacia la mesa, donde tiene un vaso de *whisky*. El movimiento hace que el perro se detenga, tal vez porque piensa que ya se ha terminado. Pero que se ha terminado ¿qué?, piensa Simon mientras toma un gran trago. ¿Es posible que este animal se sienta amenazado por mí? ¿Por qué?

—¿Por qué? —le pregunta.

Pepe gruñe. Pero ese estúpido animal se queda ahí, no hace ningún esfuerzo por liberarse de su amo, así que no le importará mucho.

—¿Y ahora qué? —había preguntado Henny al despedirse, porque a pesar de que habían mantenido contacto telefónico, era indispensable que regresara con un hombre llamado Ko. «Porque a la que te despistas se pensará que me he encontrado a algún conocido por aquí», había dicho.

Por algún motivo, Cornelis nunca ha pensado que (¿a cuánto sería? ¿Tres mil kilómetros o así?) vive gente que hace cosas, gente a quien conoce, incluso gente a quien conoce bien, como su padre. ¿Podría? ¿Quiere? ¿Se atreve? No, no quiere pensar más. ¿Había querido realmente escaparse una semana hace cuarenta años o había sido un trampolín? El chico aquel… (¿cómo se llamaba? ¡Jacob!), ¿se habría vuelto a casa solo de todos modos? Ya no lo sabe, simplemente. Mañana es viernes, la agenda está bastante llena, Conchita tiene el día libre, Nilda, Javi y él estarán ocupados todo el día. Y las caras de Javi y Nilda aquella mañana…

—Que te calles, Pepe —le dice—. ¿O tenemos que ir al veterinario mañana a que te ponga una inyección?

El perro retrae todavía más los labios. Hasta saca la punta de la lengua, temblorosa. Cornelis se ha hartado y se lo quita de encima.

—¡Largo! —le dice. Pepe aterriza de pie y camina hacia su cojín como si acabara de entrar de la calle, como si acabara de dar un buen paseo en el que hubiese ido a por la pelota de tenis centenares de veces. Cornelis no se enfada nunca con el perro, tiene que haber algo que provoque esos gruñidos, no es agresión. Hay algo que le molesta al animal, algo que no puede remediar, y por eso Cornelis nunca se enfada, por eso siente pena por él. Se incorpora. Mira por la ventana. No sirve de mucho, ya que fuera está muy oscuro, aunque hay una luz encendida detrás de una ventana al otro lado de la calle. Toma otro sorbo de *whisky*.

—Pues yo tampoco sé qué pasará ahora —había contestado a Henny—. Por ahora, nada. —Como ella no había respondido, le había preguntado—: ¿Vale?

Ella se había echado a llorar otra vez y había dicho que vale. Pepe se vuelve a levantar. Ahora viene lo que suele ocurrir: el animal finge que no ha pasado nada, se dirige hacia el sofá y rasca la rodilla de Cornelis con la pata delantera. Él lo agarra por debajo del pecho y por el cuello, y lo sube al sofá, donde el perro da una vuelta sobre sí mismo y se acurruca como una rosquilla. Cuando Cornelis le rasca detrás de las orejas, vuelve a gemir de satisfacción. Jacob, sí, así se llamaba el chico. O Koppie, le había dicho a Cornelis cuando los subieron a primera, y que no le importaba que sus padres o sus hermanos lo llamaran así.

Sí, Pepe es un perro inusual. Será el último. En cualquier caso, es el perro con el que más ha estado, pero solo porque cada vez quedaba menos gente. Intenta imaginarse la peluquería sin perro y, al hacerlo, ve alternativamente, o consecutivamente, a Lobo, a Oro, a Pablo y también a Pepe tumbados frente a la puerta, y por un momento, nada, solo arena y polvo que el viento hace volar por encima del umbral vacío, uno de esos vientos fríos que pueden levantarse de repente a principios de la primavera. Esa imagen le hace estremecerse. No pienses esas cosas, Pepe tiene cuerda para rato. Vivir conlleva preocupaciones. Otro sorbo de *whisky*.

—Oye, Pepe —dice. El perro retrae los labios. Cornelis se deja caer de nuevo en el sofá y cierra los ojos. Por ahora, nada, piensa.

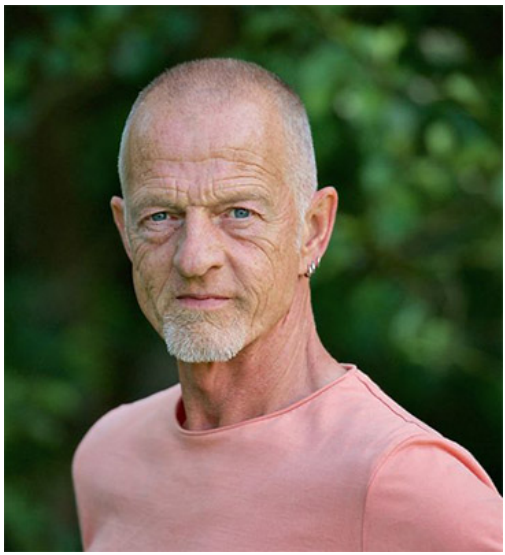
Justificación

Creo que nunca había sentido la necesidad de escribir una especie de «justificación» en la última página de un libro, fuese una novela o no. Para ser sincero, a veces los epílogos que leo me parecen un poco ridículos. La cantidad de personas a las que se les da las gracias, el amor expresado por el marido o la mujer y los hijos, la paciencia que ha tenido la familia mientras la madre o el padre… Todos los lectores, todos los expertos, abuelos cariñosos… Bueno, ya se entiende. Llama la atención que son, sobre todo, los debutantes quienes tienden a entregar textos largos (lo sé porque hace años que soy miembro del tribunal que valora primeras novelas para el Premio Anton Wachter). Más tarde, después de cuatro o cinco libros, se habrán vuelto más sabios, habrán descubierto que en cierto modo lo fácil es debutar, que lo que requiere perseverancia son los libros posteriores. Una perseverancia que tienen que sacar de sí mismos en todo momento. Y que es un trabajo, el de escribir libros, igual que los que tienen sus seres queridos. Yo mismo nunca he tenido la sensación de estorbar a nadie mientras escribía uno, fuese una novela o no. Pero bueno, tampoco he tenido nunca ni esposa ni hijos ni un trabajo remunerado que pudiera verse perjudicado por la escritura. Y puedes dar las gracias a tu editor o redactor, pero ese mismo editor o redactor también podría darte las gracias a ti, porque, sin un escritor, no tendrían ningún libro que editar o publicar. Son los dos lados de la moneda. ¡Qué bonito sería leer un epílogo en el que el editor agradece calurosamente al autor el libro que acaba de leer un lector! O unas palabras de agradecimiento de la Asociación de

Libreros Neerlandeses, o en lo que a mí respecta, de la Fundación para la Promoción del Libro Neerlandés en el extranjero.

Pero esto no es un epílogo en absoluto, es una especie de justificación. Sospecho que debe quedar claro que tuve que hacer bastante «investigación» para esta novela. Antes, típicamente, tocaría incluir una lista de libros consultados al final; ahora todo se puede encontrar en internet. Busques lo que busques, encontrarás en un rincón oscuro y polvoriento de la red un retal de información que te dirá, por ejemplo, que en el choque de dos Boeings murió la modelo *pin-up* Eve Meyer. Así es como trabajé. Busqué y encontré. En el proceso de finalización de esta novela, fueron eliminadas de aquí y de allí referencias literales a (antiguos) artículos de prensa o entrevistas. Y como he utilizado internet de forma tan libre y despreocupada, sin llevar un registro de cada dato que iba encontrando, es casi imposible dar cuenta aquí de las fuentes de información. Pido disculpas por esta omisión. Por otro lado, si alguien, cualquiera, siente el impulso de rastrear mis movimientos, lo conseguirá tarde o temprano, porque todo lo que yo he encontrado también lo ha encontrado Simon y seguro que también lo encontrará cualquier otra persona que se ponga a buscar.

Por tanto, si quisiera o tuviera que dar las gracias a alguien o a algo, sería a internet, ese gran invento que hace que ningún escritor tenga que abandonar su cómoda silla de escribir en ningún momento. No creo que sea necesario mencionar aquí que en toda mi vida nunca he pisado la isla canaria de Tenerife.



GERBRAND BAKKER: (Wieringerwaar, Países Bajos, 1962) es filólogo, jardinero e instructor de patinaje de velocidad sobre hielo. Antes de dedicarse a la escritura trabajó traduciendo obras del inglés al holandés y subtitulando documentales de naturaleza y series de televisión. También es uno de los autores del *Diccionario etimológico del holandés*, del cual dice que es un trabajo duro y honrado, como la jardinería.

Notas

[1] Letra de la canción *Telkens weer* de la cantante amsterdamesa Willeke Alberti. <<